HEIDI

JOHANNA SPYRI

Traducción castellana del original de 1880-1881

y revisión editorial a cargo de CyberLector – 2026

Edición ilustrada con dibujos originales en blanco y negro para colorear

Presentado por:



CRÉDITOS DE ESTA EDICIÓN

Obra: HEIDI

Autora: Johanna Spyri (1827–1901)
Título original, primera parte: *Heidis Lehr- und Wanderjahre* (1880).
Título original, segunda parte: *Heidi kann brauchen, was es gelernt hat* (1881).
Idioma original: alemán.
Género: novela infantil y juvenil.

Edición: CyberLector, Biblioteca Digital Gratuita.
Año de preparación editorial: 2026.
Traducción y revisión castellana: por CyberLector.
Ilustraciones: diseños originales preparados para esta edición de CyberLector.
Formato: PDF de acceso gratuito
Sitio web: **www.cyberlector.com**

Información sobre derechos
La obra original de Johanna Spyri pertenece al dominio público. Esta edición tiene como objetivo ofrecer una versión íntegra en español, acompañada de ilustraciones originales y recursos que fomenten la lectura.
Los textos editoriales y las ilustraciones creados específicamente para esta edición son materiales independientes del texto original y conservan los derechos que les correspondan. La presente edición no reproduce como propia ninguna traducción histórica o contemporánea.

Uso educativo
Este material está destinado a promover la lectura y las actividades culturales y educativas. Las condiciones concretas de reutilización de la traducción, las ilustraciones y los contenidos editoriales son gratuitas y exclusivas al ámbito educativo-formativo.

PRÓLOGO EDITORIAL

Heidi: una historia que nació entre las montañas

Hay historias que conservan su encanto a pesar del paso de los años. *Heidi*, de Johanna Spyri, es una de ellas. Publicada originalmente en dos partes, entre 1880 y 1881, esta novela nos invita a conocer la vida de una niña que descubre, entre las montañas de Suiza, el valor de la familia, la amistad y las cosas sencillas.

Al comenzar la historia, Heidi llega a vivir con su abuelo, un hombre solitario que habita en una pequeña cabaña de los Alpes. Aunque su nuevo hogar es muy diferente de todo lo que había conocido, pronto descubre la belleza de los paisajes, la compañía de los animales y la alegría de una vida cercana a la naturaleza.

Sin embargo, su camino no transcurre únicamente entre montañas y praderas. Las circunstancias la llevarán lejos de aquel lugar, donde conocerá a nuevas personas, experimentará la nostalgia y aprenderá que el cariño y la comprensión pueden transformar la vida de quienes nos rodean.

A lo largo de sus páginas, la novela aborda temas que siguen siendo importantes: el afecto familiar, la solidaridad, las diferencias entre la vida rural y la urbana, la educación, la esperanza y la capacidad de superar las dificultades. La fe y la confianza en Dios, presentes en el mundo narrativo de Johanna Spyri, también forman parte de la historia.

Esta edición de CyberLector busca acercar la obra a nuevas generaciones mediante un lenguaje español cuidado, fiel al contenido original, e ilustraciones en blanco y negro que los lectores podrán colorear, dando vida a los paisajes y personajes con su propia imaginación.

Deseamos que cada capítulo sea una oportunidad para disfrutar de la lectura, descubrir palabras nuevas y reflexionar sobre la manera en que tratamos a los demás.

Bienvenidos al mundo de Heidi, donde una pequeña niña nos recuerda que la alegría también puede encontrarse en las cosas más sencillas.

Equipo editorial de CyberLector

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

JOHANNA SPYRI (1827–1901)

Johanna Spyri fue una escritora suiza reconocida internacionalmente por sus relatos dirigidos a niños y jóvenes, especialmente por su novela Heidi.

Nació el 12 de junio de 1827 en Hirzel, una localidad del cantón de Zúrich, en Suiza. Su nombre de nacimiento fue Johanna Louise Heusser. Creció en un ambiente familiar relacionado con la educación, la literatura y la atención a las personas, circunstancias que contribuyeron a despertar su sensibilidad hacia la infancia y las experiencias humanas.

Durante su juventud vivió rodeada de los paisajes rurales y montañosos de Suiza, que posteriormente influirían en los escenarios y descripciones de sus narraciones.

En 1852 contrajo matrimonio con el abogado Bernhard Spyri y se estableció en Zúrich. Años después comenzó a publicar relatos en los que abordaba las dificultades de la vida cotidiana, los sentimientos familiares, la formación del carácter y la importancia de la fe.

Su obra más conocida, Heidi, apareció en dos partes: la primera en 1880 y la segunda en 1881. La historia de la niña que vive con su abuelo en los Alpes alcanzó una enorme popularidad y fue traducida a numerosos idiomas, convirtiéndose en uno de los clásicos más reconocidos de la literatura infantil.

Los relatos de Spyri suelen presentar personajes que enfrentan dificultades emocionales, familiares o sociales y que encuentran nuevas posibilidades de esperanza mediante el afecto, la comprensión y la ayuda de otras personas.

Johanna Spyri falleció el 7 de julio de 1901 en Zúrich. Su legado literario continúa vigente, y Heidi sigue acercando a lectores de diferentes generaciones a los paisajes suizos y a los valores humanos que forman parte de su historia.

Obra destacada: Heidi, publicada originalmente en 1880 y 1881.

¡PREPÁRATE PARA CONOCER A HEIDI!

Antes de comenzar esta aventura, imagina un lugar rodeado de enormes montañas, con caminos estrechos, praderas verdes, flores silvestres y pequeñas cabañas de madera.

Allí viven personas que conocen muy bien los cambios de las estaciones y pasan gran parte del tiempo en contacto con la naturaleza. Es el mundo que descubrirá Heidi al llegar a la casa de su abuelo.

Pero antes de acompañarla en esta historia, hay algunas cosas que puedes conocer.

1. ¿Dónde ocurre la historia?

Gran parte de la novela transcurre en los Alpes suizos, una extensa región montañosa de Europa. Algunos episodios se desarrollan también en Fráncfort, una ciudad de Alemania.

2. ¿Cómo era la vida cuando se escribió el libro?

La obra fue publicada a finales del siglo XIX, cuando las costumbres, los medios de transporte y la educación eran diferentes de los actuales. En los pueblos rurales, muchas familias dependían de la agricultura, la ganadería y otras actividades relacionadas con la naturaleza.

3. ¿Qué encontrarás durante la lectura?

Conocerás a personas de distintas edades y maneras de pensar. Algunas son alegres y amables; otras parecen severas o tienen dificultades para expresar sus sentimientos. A medida que avance la historia, descubrirás que las primeras impresiones no siempre nos permiten comprender a los demás.

4. Observa y reflexiona

Antes de leer el primer capítulo, piensa en estas preguntas:

- ¿Te gustaría vivir en una cabaña rodeada de montañas? ¿Por qué?
- ¿Qué cosas echarías de menos si tuvieras que mudarte lejos de tu hogar?
- ¿Crees que una persona que parece poco amable puede cambiar cuando recibe cariño?

- ¿Qué ventajas y dificultades podría tener vivir lejos de una gran ciudad?
- ¿Por qué consideras importante tener amigos con quienes compartir nuestras experiencias?

No hay respuestas únicas. Puedes escribir tus ideas y compararlas con lo que descubras durante la lectura.

5. Una propuesta especial: lee y colorea

Algunas ilustraciones de esta edición están diseñadas para que puedas darles color. Observa sus detalles, imagina los paisajes que describe la autora y elige los colores que mejor expresen tu interpretación de cada escena.

Recuerda que colorear no sustituye la lectura: es una forma de participar creativamente en ella.

¡Ahora sí, nuestra aventura puede comenzar!

PERSONAJES

Conoce quién es el personaje principal y quiénes acompañarán a la protagonista a lo largo de esta historia:

Heidi

Es la protagonista de la novela. Una niña alegre, espontánea, curiosa y cariñosa que encuentra felicidad en las cosas sencillas. Su capacidad para demostrar afecto tendrá una influencia importante en quienes la rodean.

El abuelo de Heidi

Conocido por los habitantes de la región como el Tío de la Montaña o el Viejo de los Alpes, vive apartado de los demás en una cabaña situada en las alturas. Aunque tiene fama de ser un hombre severo y solitario, su relación con Heidi permitirá descubrir otros aspectos de su personalidad.

Pedro

Es un niño que cuida las cabras y conoce muy bien los caminos de la montaña. Se convierte en compañero de Heidi durante sus paseos por los Alpes. A lo largo de la historia manifiesta tanto cualidades positivas como comportamientos que necesitará aprender a corregir.

La abuela de Pedro

Es una mujer mayor que ha perdido la vista. Su relación con Heidi ocupa un lugar especial en la historia, pues entre ambas surge un vínculo de afecto y compañía.

Brígida

Es la madre de Pedro. Vive con él y con la abuela en una modesta vivienda de la montaña.

Dete

Es la tía de Heidi. Después de haber participado en su crianza, decide llevarla a vivir con su abuelo. Sus decisiones influyen considerablemente en el desarrollo de la historia.

Clara Sesemann

Es una niña que vive en Fráncfort y tiene dificultades importantes para caminar. Su amistad con Heidi constituye una de las relaciones fundamentales de la novela.

El señor Sesemann

Es el padre de Clara. Debido a sus ocupaciones debe viajar con frecuencia, pero se preocupa por el bienestar de su hija.

La señorita Rottenmeier

Es la encargada de supervisar la vida doméstica y la educación de Clara. Tiene un carácter estricto y concede mucha importancia a las reglas de comportamiento.

La señora Sesemann

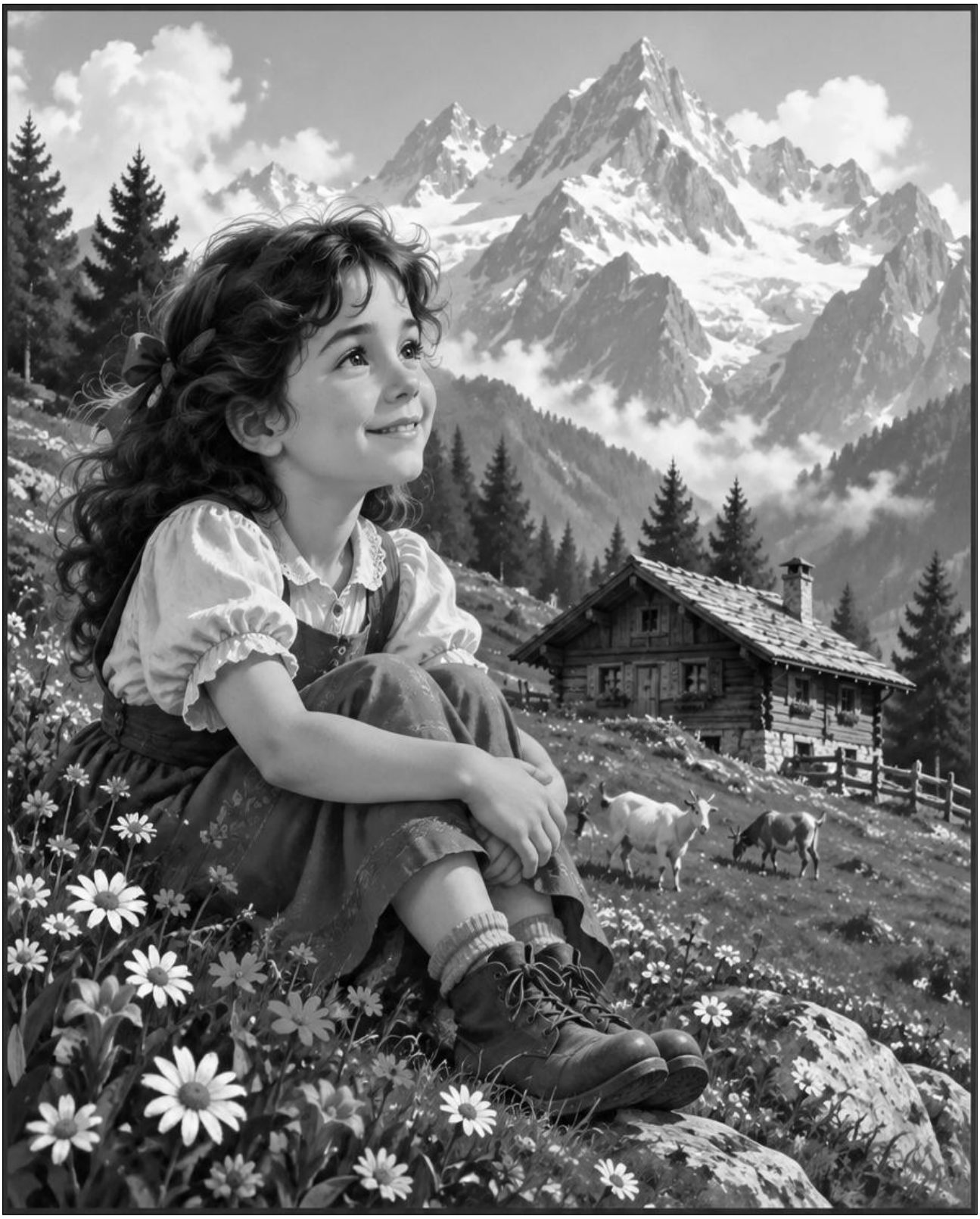
Es la abuela de Clara. Su carácter comprensivo y afectuoso influye positivamente en la vida de Heidi y en su aprendizaje.

El doctor

Es un médico cercano a la familia Sesemann. Su intervención ayuda a comprender las necesidades emocionales y físicas de algunos personajes.

Las cabras de la montaña

Los animales también ocupan un lugar importante en la vida de Heidi. Entre las cabras que acompaña Pedro destacan **Blanquita y Osita**, nombres que pueden variar entre traducciones. Su presencia forma parte del mundo natural que tanto alegra a la protagonista.



ÍNDICE

PRIMERA PARTE

LOS AÑOS DE APRENDIZAJE Y PEREGRINACIÓN DE HEIDI

CAPÍTULO 1: SUBIENDO HACIA EL ABUELO DE LA MONTAÑA 11
CAPÍTULO 2: CON EL ABUELO 18
CAPÍTULO 3: EN LOS PASTOS DE LA MONTAÑA 23
CAPÍTULO 4: EN CASA DE LA ABUELA 33
CAPÍTULO 5: LLEGA UNA VISITA Y DESPUÉS OTRA DE MAYORES CONSECUENCIAS 42
CAPÍTULO 6: UN NUEVO CAPÍTULO Y MUCHAS NOVEDADES 49
CAPÍTULO 7: LA SEÑORITA ROTTENMEIER TIENE UN DÍA AGITADO 56
CAPÍTULO 8: LA CASA DE LOS SESEMANN SE LLENA DE ALBOROTO 66
CAPÍTULO 9: EL SEÑOR SESEMANN DESCUBRE MUCHAS COSAS QUE DESCONOCÍA 73
CAPÍTULO 10: UNA ABUELA 78
CAPÍTULO 11: HEIDI PROGRESA POR UN LADO Y DECAE POR OTRO 84
CAPÍTULO 12: EN CASA DE LOS SESEMANN HAY FANTASMAS 88
CAPÍTULO 13: UNA TARDE DE VERANO, CAMINO DE LA MONTAÑA 97
CAPÍTULO 14: EL DOMINGO, CUANDO SUENAN LAS CAMPANAS 108

SEGUNDA PARTE

HEIDI PONE EN PRÁCTICA LO APRENDIDO

CAPÍTULO 15: PREPARATIVOS PARA EL VIAJE 119
CAPÍTULO 16: UN VISITANTE EN LA MONTAÑA 125
CAPÍTULO 17: UNA RECOMPENSA 132
CAPÍTULO 18: EL INVIERNO EN EL PUEBLECITO 139
CAPÍTULO 19: EL INVIERNO CONTINÚA 148
CAPÍTULO 20: LOS AMIGOS LEJANOS SE PONEN EN MOVIMIENTO 155
CAPÍTULO 21: CÓMO CONTINÚAN LAS COSAS EN LA MONTAÑA 167
CAPÍTULO 22: SUCEDE LO QUE NADIE ESPERABA 174
CAPÍTULO 23: LA DESPEDIDA, PERO CON LA ESPERANZA DE VOLVER A VERSE 184

PRIMERA PARTE

Los años de aprendizaje y peregrinación de Heidi

CAPÍTULO 1: SUBIENDO HACIA EL ABUELO DE LA MONTAÑA

Desde el agradable pueblo de Maienfeld parte un sendero que atraviesa verdes campos poblados de árboles y llega hasta el pie de unas montañas que, vistas desde allí, se alzan grandes y solemnes sobre el valle. Allí donde comienza la subida, los terrenos de brezo y las vigorosas hierbas de montaña comienzan a perfumar el aire, pues el camino asciende empinado y casi directamente hacia los Alpes.

Una luminosa mañana de junio subía por aquel estrecho sendero una muchacha alta y fuerte, propia de aquellas tierras, que llevaba de la mano a una niña. Las mejillas de la pequeña ardían tanto que su rostro, moreno por el sol, parecía encendido. No era extraño: a pesar del calor de junio, iba abrigada como si tuviera que protegerse de un frío intensísimo.

La niña apenas tendría cinco años. Era difícil reconocer su figura bajo las dos o acaso tres prendas que llevaba una sobre otra y el gran pañuelo rojo de algodón que la envolvía. Con sus pesados zapatos de montaña, reforzados con clavos, avanzaba trabajosamente cuesta arriba.

Después de aproximadamente una hora de camino llegaron a una pequeña aldea situada a media altura de la montaña, a la que todos llamaban Dörfli, «el pueblecito». Desde las ventanas, las puertas y la calle saludaban a la joven y le dirigían preguntas: había llegado al lugar donde había nacido. Ella respondía mientras seguía andando, sin detenerse, hasta que, junto a la última casa, una voz gritó:

—¡Espera un momento, Dete! Voy contigo si sigues hacia arriba.

Dete se detuvo. Al instante, la niña soltó su mano y se sentó en el suelo.

—¿Estás cansada, Heidi? —preguntó su acompañante.

—No; tengo calor —respondió la pequeña.

—Ya casi estamos. Solo tienes que esforzarte un poco más y dar pasos largos. Dentro de una hora llegaremos —la animó Dete.

Una mujer corpulenta y de aspecto bondadoso salió de la casa y se unió a ellas. Heidi se levantó y fue caminando detrás de las dos conocidas, que enseguida comenzaron a hablar animadamente de los habitantes del pueblecito y de las casas de los alrededores.

—Pero ¿adónde llevas exactamente a la niña, Dete? —preguntó la recién llegada—. Debe de ser la hija que dejó tu hermana.

—La misma. La llevo a casa del tío de la montaña. Tiene que quedarse allí.

—¿Qué? ¿Quieres dejarla con el viejo de los Alpes? ¡No estás en tus cabales! ¿Cómo se te ocurre? ¡Ya verás cómo te hace volver con ella!

—No puede hacerlo. Es su abuelo y le corresponde ocuparse de ella. Hasta ahora la he tenido yo. Y te aseguro, Bárbara, que no pienso dejar escapar el buen puesto que me ofrecen por causa de la niña. Ahora le toca al abuelo cumplir con su parte.

—Si fuera como los demás, todavía —repuso Bárbara—. Pero ya sabes cómo es. ¿Qué hará con una criatura tan pequeña? ¡No resistirá allí! Y tú, ¿adónde vas?

—A Fráncfort. Me ofrecen un empleo excelente. El verano pasado los señores estuvieron en el balneario; yo me ocupaba de sus habitaciones. Ya entonces quisieron llevarme con ellos, pero no pude marcharme. Ahora han vuelto y quieren contratarme, y esta vez sí que me voy.

—¡No querría estar en el lugar de esa niña! —exclamó Bárbara—. Nadie sabe qué le ocurre al viejo. No quiere tratar con persona alguna. Año tras año no pone los pies en la iglesia, y si alguna vez baja con aquel bastón tan grueso, todos se apartan. Con aquellas cejas grises tan pobladas y esa barba espantosa, parece un viejo pagano o un indio. ¡Una se alegra de no encontrárselo a solas!

—Sea como sea, es el abuelo —replicó Dete—. Tendrá que cuidar de Heidi y no creo que le haga daño. Si lo hace, será responsabilidad suya, no mía.

—Me gustaría saber qué carga tiene sobre la conciencia para vivir solo allá arriba y mirar a la gente de esa manera. Se cuentan muchas cosas sobre él. Tu hermana tendría que haberte explicado algo, ¿verdad?

—Desde luego que sé cosas, pero no pienso hablar de ellas. ¡Como el viejo se enterase, buena me esperaba!

A Bárbara le interesaba desde hacía mucho tiempo conocer la historia del abuelo de los Alpes. No comprendía por qué vivía tan apartado ni por qué todos hablaban de él con medias palabras, como si lo temieran. Tampoco sabía por qué todos lo llamaban «tío», pues era evidente que no podía ser tío de todos los habitantes del pueblo. En aquella región, la palabra «Öhi» era la forma dialectal de «Oheim», que significa «tío». Como todos los vecinos lo llamaban así, Bárbara también había adoptado aquella denominación. Se había casado hacía poco y se había trasladado a Dörfli. Antes vivía en el valle de Prättigau, por lo que todavía no conocía bien las historias ni a los personajes más singulares del pueblo y sus alrededores. Dete, en cambio, había nacido allí y conocía a las familias.

La madre de Dete había muerto el año anterior. Desde entonces, la joven trabajaba en el gran hotel del balneario de Ragaz. Esa mañana había viajado con Heidi desde allí; un conocido las había acercado hasta Maienfeld en un carro cargado de heno.

Bárbara aprovechó que caminaban juntas para insistir.

—Tú sabrás distinguir lo verdadero de lo que añade la gente. Cuéntame por qué ese hombre se volvió tan huraño.

—No puedo saber cómo era de joven —contestó Dete—. Yo tengo veintiséis años y él debe de rondar los setenta. Pero mi madre era de Domleschg, de donde también procedía el viejo, y me contó su historia. Solo hablaré si prometes no repetirla por todo Prättigau.

—¡Vamos, Dete! Sé guardar un secreto cuando hace falta.

—Está bien, pero cumple tu palabra.

Antes de continuar, Dete miró alrededor para comprobar que Heidi no estuviera escuchando. La niña había desaparecido del sendero sin que ninguna de las dos lo advirtiera. Se detuvieron y buscaron con la vista por las curvas del camino.

—¡Allí está! —dijo Bárbara, señalando una ladera—. Mira cómo trepa junto a Pedro, el cabrero, y sus cabras. No sé por qué lleva hoy tan tarde el rebaño, pero mejor así: él puede cuidarla y tú contarme lo demás.

—Heidi sabe cuidarse —respondió Dete—. Aunque solo tiene cinco años, abre bien los ojos y se fija en todo. Le hará falta, porque el abuelo no posee más que su cabaña y dos cabras.

—¿Antes tenía más?

—¡Muchísimo más! Era dueño de una de las mejores propiedades rurales de Domleschg. Era el hijo mayor de la familia y tenía un hermano menor, tranquilo y trabajador. Pero al mayor solo le interesaban los paseos, la vida de señor y las malas compañías. Perdió la hacienda entre el juego y la bebida. Sus padres murieron uno después de otro, consumidos por la pena; el hermano, arruinado también, se marchó lejos y nadie volvió a saber de él.

»El propio viejo desapareció cuando solo le quedaba una mala reputación. Después se supo que había entrado en el ejército, en Nápoles. Durante doce o quince años no se recibieron noticias suyas. Un día regresó a Domleschg con un muchacho que ya estaba bastante crecido. Buscó alojamiento para él entre los parientes, pero todas las puertas se cerraron. Se enfureció y juró no volver a pisar aquella región. Entonces se vino a vivir aquí, al pueblecito, con el niño.

»Su mujer debió de ser una mujer de los Grisones a la que conoció durante esos años y perdió poco tiempo después. Aún debía de tener dinero, porque mandó aprender un oficio a su hijo, Tobías, que se hizo carpintero. El muchacho era honrado y todos lo estimaban. Pero nadie se fiaba del padre. Se decía incluso que había desertado y que en una pelea había matado a un hombre; no en la guerra, sino durante una riña.

»Nuestra familia reconocía aquel parentesco lejano: la abuela de mi madre y la de él eran primas. Por eso nosotros lo llamábamos tío, y como casi todos en el pueblo estaban emparentados de una forma u otra, terminaron llamándolo igual. Cuando se mudó a la montaña, pasó a ser el tío de los Alpes.

—¿Y qué fue de Tobías? —preguntó Bárbara, cada vez más interesada.

—Espera, que todo llega. Tobías aprendió carpintería en Mels y, cuando terminó, volvió al pueblo y se casó con mi hermana Adelaida. Se querían desde jóvenes y vivían muy felices. Pero aquella felicidad duró poco. Dos años después, mientras trabajaba en la construcción de una casa, una viga cayó sobre él y lo mató.

»Cuando llevaron el cuerpo a casa, Adelaida sufrió tal impresión que enfermó con una fiebre terrible. Nunca había sido muy fuerte y a veces padecía extraños desvanecimientos. No logró recuperarse. Apenas unas semanas después enterramos también a mi hermana.

»Todos hablaban de la desgracia de aquella familia. Algunos aseguraban que era el castigo que el viejo merecía por su vida anterior. Hasta el pastor del pueblo le dijo que debía arrepentirse, pero él se volvió más amargo y dejó de hablar con todos. Un día se supo que se había instalado definitivamente allá arriba. Desde entonces vive apartado de Dios y de los hombres.

»Mi madre y yo nos hicimos cargo de la pequeña Adelaida, a quien todos llamaban Heidi; tenía un año. Cuando mi madre murió el verano pasado y yo empecé a trabajar en el balneario, dejé a la niña al cuidado de una mujer mayor de Pfäfers. Durante el invierno seguí trabajando, cosiendo y remendando también.

A comienzos de primavera volvió la familia de Fráncfort que quería contratarme. Dentro de dos días parten y yo voy con ellos. Es un empleo muy bueno.

—¿Y aun así pretendes dejar a la niña con aquel viejo? No sé en qué estás pensando, Dete.

—Ya hice cuanto pude por Heidi. No voy a llevar a una criatura de cinco años a Fráncfort. Pero ¿adónde vas ahora tú? Hemos subido muchísimo.

—Ya estoy cerca de donde tenía que ir. Quiero hablar con la madre de Pedro, que durante el invierno hila para mí. Adiós, Dete, y buena suerte.

Las dos mujeres se despidieron. Bárbara se dirigió a una pequeña cabaña oscura, situada en una hondonada a un lado del camino, donde quedaba algo protegida del viento. La vivienda estaba tan deteriorada que parecía poco segura cuando soplaba el fuerte viento cálido de las montañas y hacía crujir las vigas, puertas y ventanas. Si aquella cabaña hubiera estado situada en lo alto de la montaña, en lugar de encontrarse protegida en una hondonada, el viento la habría arrastrado inmediatamente hasta el valle.

Allí vivía Pedro, un muchacho de once años que cada mañana recogía las cabras del pueblo y las llevaba a pastar a las alturas. Al atardecer regresaba con el rebaño y daba un silbido penetrante entre los dedos para que cada familia viniera a buscar sus animales. Casi siempre acudían los niños; ese era prácticamente el único momento del día en que Pedro se relacionaba con otros muchachos, pues pasaba el resto del tiempo con las cabras.

En casa lo esperaban su madre, Brígida, y su abuela ciega. Pero Pedro salía temprano y volvía tarde, después de conversar con los niños del pueblo, de modo que apenas tenía tiempo para tomar leche y pan antes de acostarse. Su padre, que también había sido cabrero, había muerto años atrás en un accidente mientras cortaba árboles. Por eso a Brígida todos la llamaban «la madre de Pedro, el cabrero», mientras que a la anciana simplemente la conocían como «la abuela».

Dete esperó impaciente unos diez minutos, buscando a los niños por la montaña. Al no verlos, subió un poco más para dominar mejor la ladera. Mientras tanto, Pedro conducía las cabras por un rodeo, pues conocía lugares donde podían mordisquear los mejores arbustos y plantas.

Al principio Heidi había tenido que esforzarse para seguirlos, jadeando bajo tanta ropa y aquellos zapatos pesados. Miraba alternativamente a Pedro, que saltaba con facilidad sobre sus pies descalzos, y a las cabras, que trepaban aún más ágilmente entre piedras y pendientes.

De pronto se sentó en el suelo y comenzó a quitarse los zapatos y las medias. Después se desprendió del grueso pañuelo rojo y de un vestido. ¡Aún llevaba otro debajo! Dete había decidido vestirla con las prendas de domingo encima de las de diario para no tener que cargarlas durante el viaje. Heidi se quitó también el segundo vestido y quedó con una ligera prenda interior, feliz de poder mover los brazos libremente.

Colocó todo en un montoncito y echó a correr detrás de Pedro y las cabras, tan ligera como cualquiera de ellas. El muchacho se volvió y sonrió de oreja a oreja al descubrirla tan cambiada y ver, más abajo, el montón de ropa abandonada. Pero no dijo nada.

Ahora que se sentía cómoda, Heidi empezó a hacerle preguntas. Quería saber cuántas cabras llevaba, adónde las conducía y qué hacían al llegar a los pastos. Pedro respondía como podía a aquella inagotable curiosidad.

Por fin aparecieron ante la cabaña de Pedro, donde Dete los estaba esperando. Apenas vio a la niña, lanzó un grito:

—¡Heidi! ¿Qué has hecho? ¿Dónde están tus vestidos y el pañuelo? ¡Te compré zapatos nuevos para la montaña y te preparé medias nuevas! ¡Lo has perdido todo!

La niña señaló tranquilamente hacia abajo.

—Allí.

Dete siguió la dirección de su dedo y distinguió, muy lejos, un pequeño montón coronado por una mancha roja.

—¡Qué desgracia de niña! ¿Por qué te quitaste todo eso?

—No lo necesito —contestó Heidi sin mostrar arrepentimiento.

—¡Pobre criatura insensata! ¿Quién va a bajar ahora a recogerlo? ¡Está a media hora de aquí! Pedro, corre a buscar la ropa, ¡enseguida!

—Ya voy tarde —respondió él lentamente, sin moverse.

—¡Pero si estás ahí parado! Ven. Te daré algo bonito, ¿ves? —Dete le mostró una reluciente moneda de cinco rappen, equivalente a cinco céntimos de franco suizo.

Pedro salió disparado ladera abajo. Pronto recogió el montón y volvió con tal rapidez que Dete no pudo menos que felicitarlo y entregarle la moneda de cinco rappen. La guardó en lo más hondo del bolsillo, con una sonrisa enorme: no todos los días conseguía un tesoro semejante.

—Lleva la ropa hasta la casa del abuelo —añadió Dete—. Tú también subes por allí.

Pedro aceptó. Sujetó el fardo bajo el brazo izquierdo y empuñó con la derecha su vara de cabrero. Heidi y las cabras saltaban alegremente a su lado.

Tres cuartos de hora más tarde alcanzaron la parte alta del monte. Sobre un saliente de roca se levantaba la cabaña del abuelo, expuesta a los vientos y abierta por completo a la luz del sol y a una amplia vista del valle. Detrás crecían tres abetos viejos, de ramas largas y espesas. Más arriba se extendían praderas cubiertas de hierbas, matorrales pedregosos y, finalmente, escarpadas paredes de roca gris.

Junto al muro de la cabaña, de cara al valle, el abuelo había construido un banco. Allí estaba sentado, fumando una pipa, con las manos apoyadas sobre las rodillas. Observaba tranquilamente la llegada de los niños, las cabras y Dete, a quien los demás habían adelantado.

Heidi llegó primero. Se acercó directamente al anciano, le tendió la mano y dijo:

—¡Buenas tardes, abuelo!

—Vaya, vaya. ¿Qué significa esto? —preguntó él con brusquedad, estrechándole brevemente la mano mientras la observaba bajo sus pobladas cejas.

Heidi sostuvo aquella mirada sin pestañear. El abuelo, con su larga barba y las cejas grises tan tupidas que casi se unían en el centro, le parecía una persona extraordinaria y quería examinarlo bien.

Dete y Pedro llegaron poco después.

—Buenos días, tío —saludó Dete—. Le traigo a la niña de Tobías y Adelaida. Supongo que ya no la reconocerá: no la ve desde que tenía un año.

—¿Y qué viene a hacer aquí? —preguntó el viejo secamente. Luego se volvió hacia Pedro—. Tú puedes irte con las cabras. Ya es tarde. ¡Llévate también las mías!

Pedro obedeció al instante y desapareció con el rebaño.

—La niña debe quedarse con usted —respondió Dete—. Yo he cumplido con ella durante estos cuatro años. Ahora le toca a usted.

—¿Ah, sí? —replicó el abuelo, lanzándole una mirada fulminante—. ¿Y si empieza a llorar y a pedirte que vuelvas, como hacen las criaturas? ¿Qué se supone que he de hacer?

—Eso es asunto suyo. Nadie me explicó a mí cómo debía cuidar de una niña de apenas un año cuando ya tenía suficiente trabajo para mantenernos a mi madre y a mí. Ahora debo ganarme la vida y usted es su pariente más cercano. Si no puede quedársela, haga lo que quiera; tendrá que responder de lo que le ocurra.

Dete no tenía la conciencia del todo tranquila y, por eso, hablaba cada vez con más vehemencia. Sus últimas palabras hicieron que el anciano se pusiera de pie. La miró de tal manera que ella retrocedió varios pasos. Después señaló el camino y ordenó:

—¡Vuelve por donde has venido y no aparezcas por aquí en mucho tiempo!

Dete no necesitó que se lo repitiera.

—¡Adiós, entonces! ¡Adiós, Heidi! —dijo apresuradamente, y echó a andar montaña abajo casi a la carrera.

Al llegar al pueblecito, los vecinos volvieron a llamarla desde todas las puertas y ventanas, sorprendidos de que regresara sin la niña.

—¿Dónde está Heidi? ¿Qué has hecho con ella?

—¡Arriba, con el viejo de los Alpes! —respondía Dete, cada vez más molesta—. ¡Sí, con el viejo! ¿No me oyen?

Pero de todas partes surgían nuevas exclamaciones:

—¡Cómo has podido hacer algo así! ¡Pobrecita! ¡Una criatura tan pequeña e indefensa!

Dete caminó tan deprisa como pudo, aliviada cuando dejó de escuchar aquellas voces. No se sentía bien consigo misma: su madre le había confiado a Heidi antes de morir. Intentó consolarse pensando que, cuando ganara más dinero, podría ayudar mejor a la pequeña. Y se alegró de la idea de marcharse lejos de todas aquellas personas que se entrometían en sus decisiones.



CAPÍTULO 2: CON EL ABUELO

En cuanto Dete desapareció, el abuelo volvió a sentarse en el banco y comenzó a lanzar grandes nubes de humo de su pipa. Miraba al suelo sin pronunciar palabra. Entretanto, Heidi examinaba alegremente cuanto había a su alrededor. Descubrió el establo de las cabras, adosado a la cabaña, y se asomó al interior, pero estaba vacío. Continuó explorando y llegó hasta los viejos abetos que crecían detrás de la casa. El viento soplaba con tanta fuerza entre sus ramas que las copas silbaban y rugían. Heidi se detuvo a escuchar.

Cuando el ruido disminuyó un poco, rodeó la otra esquina de la cabaña y regresó hasta donde estaba su abuelo. Al verlo exactamente en la misma postura en que lo había dejado, se plantó delante de él, puso las manos a la espalda y se quedó mirándolo. El anciano levantó los ojos.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó, al ver que la niña seguía inmóvil.

—Quiero ver lo que tienes dentro de la cabaña —respondió Heidi.

—Pues ven.

El abuelo se levantó y entró delante de ella.

—Recoge también ese hatillo de ropa —ordenó al llegar a la puerta.

—Ya no lo necesito —explicó Heidi.

El anciano se volvió y observó atentamente a la pequeña, cuyos ojos negros brillaban de expectación ante las maravillas que pudiera encontrar dentro.

—No le falta entendimiento —murmuró para sí—. ¿Por qué ya no lo necesitas? —preguntó después, en voz alta.

—Porque lo que más me gustaría sería andar como las cabras. ¡Tienen las patas tan ligeras!

—Bueno, puedes hacerlo, pero trae la ropa. La guardaremos en el armario.

Heidi obedeció. El abuelo abrió la puerta y ella entró detrás de él en una habitación bastante grande, que ocupaba todo el interior de la cabaña. Había una mesa con una silla a su lado; en una esquina estaba la cama del abuelo y, en otra, sobre el hogar, colgaba un gran caldero. En la pared opuesta se veía una puerta grande que el abuelo abrió: era el armario.

Allí colgaban sus prendas de vestir. En una repisa tenía algunas camisas, medias y pañuelos; en otra, unos platos, tazas y vasos. En la de más arriba había un pan redondo, carne ahumada y queso. El armario contenía cuanto poseía el abuelo y todo lo que necesitaba para su sustento.

Apenas quedó abierto, Heidi se acercó rápidamente y metió su hatillo bien al fondo, detrás de la ropa del anciano, para que no fuera fácil encontrarlo otra vez. Después recorrió la habitación con la mirada.

—Abuelo, ¿dónde voy a dormir?

—Donde quieras —respondió él.

Aquella respuesta era justamente lo que Heidi deseaba. Se puso a recorrer los rincones, buscando el lugar más agradable para acostarse. Cerca de la cama del abuelo había una pequeña escalera de mano. La subió

y llegó al desván del heno. Allí encontró un montón de heno fresco y fragante. Por una abertura redonda podía contemplarse el valle, muy abajo.

—¡Aquí quiero dormir! —gritó Heidi desde arriba—. ¡Es precioso! ¡Sube y mira qué bonito es, abuelo!

—Ya lo sé —respondió la voz del anciano desde abajo.

—¡Ahora voy a hacer la cama! —anunció la niña, moviéndose diligentemente de un lado a otro—. Pero tienes que traerme una sábana, porque sobre las camas se pone una sábana y encima se acuesta uno.

—Vaya, vaya —dijo el abuelo.

Al cabo de un rato fue hasta el armario y revolvió entre sus cosas. De debajo de unas camisas sacó una pieza de tela larga y áspera, que podía hacer las veces de sábana, y subió con ella por la escalera.

Heidi había preparado ya una camita bastante bonita. En el extremo donde debía apoyar la cabeza había amontonado más heno, de modo que, al acostarse, podría mirar directamente por la abertura circular.

—Está muy bien hecho —dijo el abuelo—. Ahora pondremos la sábana, pero espera un momento.

Tomó del montón un buen brazado de heno y duplicó el grosor del lecho para que no se sintiera la dureza del suelo.

—Bien, ahora dame eso.

Heidi había tomado la sábana, aunque casi no podía sostenerla porque pesaba mucho. Precisamente eso era una ventaja: su tejido resistente impediría que las puntas del heno la atravesaran.

Entre los dos extendieron la tela sobre el lecho. Cuando sobraba por los lados o por los extremos, Heidi se apresuraba a meterla debajo del heno. La cama quedó limpia y arreglada, y la niña se detuvo a contemplarla con aire pensativo.

—Abuelo, todavía nos hemos olvidado de una cosa.

—¿De qué? —preguntó él.

—De una manta. Cuando uno se acuesta, tiene que meterse entre la sábana y la manta.

—¿Eso crees? ¿Y si no tengo ninguna? —dijo el anciano.

—¡Oh, no importa! —lo tranquilizó Heidi—. Entonces podemos taparnos con más heno.

Ya iba a buscar otro montón cuando el abuelo la detuvo.

—Espera un momento.

Bajó la escalera, se acercó a su propia cama y regresó con un saco grande y pesado de lino, que dejó en el suelo.

—¿No te parece mejor esto que el heno?

Heidi tiró del saco con todas sus fuerzas para extenderlo, pero sus manitas no conseguían dominar una tela tan pesada. El abuelo la ayudó y, una vez colocado sobre la cama, todo quedó sólido y bien dispuesto. Heidi contemplaba su nuevo lecho con verdadero asombro.

—¡Qué manta tan estupenda! ¡Y qué cama tan bonita! ¡Ojalá fuera ya de noche para poder acostarme!

—A mí me parece que antes podríamos comer algo —dijo el abuelo—. ¿Tú qué opinas?

Con el entusiasmo de preparar su cama, Heidi se había olvidado de todo lo demás. Pero apenas oyó hablar de comida sintió un hambre enorme: desde temprano solo había tomado un pedazo de pan y unos sorbos de café aguado, y después había hecho el largo camino montaña arriba.

—Sí, yo también lo creo —respondió con entusiasmo.

—Pues baja, ya que estamos de acuerdo.

El anciano descendió detrás de ella. Se acercó al hogar, apartó el caldero grande y puso en su lugar otro más pequeño, que también colgaba de una cadena. Se sentó frente al fuego en un taburete de tres patas, de asiento redondo, y avivó las llamas hasta que ardieron con fuerza. Pronto comenzó a hervir el contenido del caldero. Mientras tanto, sujetaba un gran trozo de queso con una larga horquilla de hierro sobre el fuego y lo giraba hasta que adquirió por todas partes un color dorado.

Heidi lo había observado con gran atención. De repente pareció ocurrírsele algo: corrió hasta el armario y empezó a ir y venir de allí a la mesa. Cuando el abuelo se acercó con una olla y el queso tostado aún ensartado en la horquilla, encontró sobre la mesa el pan redondo, dos platos y dos cuchillos, todo cuidadosamente dispuesto. Heidi había visto dónde se guardaban aquellas cosas y comprendido que pronto las necesitarían para comer.

—¡Muy bien! Me gusta que se te ocurran las cosas por ti misma —dijo el abuelo, mientras apoyaba el queso sobre el pan—. Pero todavía nos falta algo en la mesa.

Heidi vio el vapor que salía de la olla y volvió corriendo al armario. Solo encontró un cuenco; un poco más atrás había dos vasos. Sin perder tiempo, regresó con el cuenco y uno de los vasos y los dejó en la mesa.

—Eso es. Sabes arreglártelas. Pero ¿dónde vas a sentarte?

El abuelo ocupaba la única silla. Heidi salió disparada hacia el hogar, recogió el pequeño taburete de tres patas y se sentó en él.

—Por lo menos ya tienes asiento —observó su abuelo—, aunque te queda un poco bajo. Claro que, en mi silla, tampoco alcanzarías bien la mesa. Tendrás que tomar algo ahora; ven aquí.

Se levantó, llenó el cuenco de leche, lo puso sobre la silla y la acercó al taburete. Así Heidi tenía delante una pequeña mesa a su altura.

El abuelo colocó un gran trozo de pan sobre la mesa y puso encima una porción del queso dorado. Después dijo:

—¡Ahora come!

Él se sentó en una esquina de la mesa y comenzó su comida. Heidi tomó el cuenco y bebió sin detenerse. Después del largo camino tenía mucha sed. Cuando por fin lo bajó, soltó una respiración profunda, pues, por el entusiasmo de beber, casi había olvidado tomar aire.

—¿Te gusta la leche? —preguntó el abuelo.

—Nunca he bebido una leche tan buena —respondió Heidi.

—Entonces tienes que tomar más.

El anciano volvió a llenar el cuenco hasta el borde y lo puso ante ella. Heidi mordía su pan con evidente satisfacción, después de untar sobre él el queso caliente, que se había ablandado como mantequilla. Aquel sabor intenso le resultaba delicioso. Entre bocado y bocado bebía leche y se la veía completamente feliz.

Al terminar la comida, el abuelo salió al establo de las cabras, donde había bastantes cosas que arreglar. Heidi lo siguió y observó atentamente cómo barría, limpiaba el suelo y extendía una capa de paja fresca para que los animales pudieran acostarse. Luego el abuelo pasó al cobertizo contiguo. Allí cortó unos palos redondos, trabajó una tabla, le hizo agujeros y encajó los palos. En un momento apareció una silla semejante a la suya, aunque mucho más alta. Heidi se quedó mirando la obra, muda de admiración.

—¿Qué es eso, Heidi? —preguntó el abuelo.

—¡Es mi silla! Porque es tan alta... ¡Y de pronto ya estaba terminada! —respondió ella, todavía maravillada.

—Sabe lo que tiene delante de los ojos; los usa como es debido —murmuró el abuelo.

Luego fue de un lado a otro alrededor de la cabaña, clavando aquí un clavo, asegurando algo más allá y ajustando una pieza de la puerta. Llevaba consigo martillo, clavos y trozos de madera, y reparaba o retiraba lo que hiciera falta. Heidi caminaba detrás de él paso a paso, sin apartar los ojos de sus manos. Todo cuanto hacía le parecía extraordinariamente entretenido.

Así fue llegando la tarde. Los viejos abetos empezaron a sonar cada vez con más fuerza. Un viento poderoso se precipitaba por la montaña y silbaba y rugía entre sus copas espesas. A Heidi aquellos sonidos le resultaban tan hermosos, tan llenos de vida, que sentía una alegría inmensa. Se puso a saltar y brincar entre los árboles como si acabara de recibir una noticia maravillosa.

El abuelo la observaba desde la puerta del cobertizo. De pronto resonó un silbido agudo. Heidi dejó de saltar y el abuelo salió.

Desde lo alto descendían las cabras de una en una, dando brincos como si participaran en una carrera; en medio de la manada venía Pedro. Heidi lanzó un grito de alegría y corrió entre los animales, saludando uno por uno a sus amigos de aquella mañana.

Al llegar junto a la cabaña, la manada se detuvo. De entre las cabras se separaron dos animales hermosos y esbeltos, uno blanco y otro pardo, que se acercaron al abuelo y comenzaron a lamerle las manos. El anciano llevaba un poco de sal en ellas, como hacía todas las tardes para recibir a sus dos cabras.

Pedro se alejó con el resto de la manada. Heidi acarició con ternura primero a una cabra y después a la otra, y daba vueltas alrededor de ambas para acariciarlas también por el otro lado. Se sentía tan feliz que apenas podía contener sus preguntas.

—¿Son nuestras, abuelo? ¿Las dos son nuestras? ¿Van a entrar en el establo? ¿Se quedarán siempre con nosotros?

—Sí, sí —repetía el abuelo, que apenas encontraba un momento entre una pregunta y la siguiente para responder.

Cuando las cabras terminaron de lamer la sal, el anciano dijo:

—Ve a buscar tu cuenco y el pan.

Heidi obedeció y regresó enseguida. El abuelo ordeñó la cabra blanca hasta llenar el cuenco, cortó un pedazo de pan y se lo entregó a la niña.

—Ahora come y luego sube a dormir. Tu tía Dete ha dejado otro paquetito con camisitas y algunas cosas para ti. Está abajo, en el armario, por si lo necesitas. Yo tengo que llevar las cabras adentro. ¡Que duermas bien!

—¡Buenas noches, abuelo! ¡Buenas noches!... Pero ¿cómo se llaman, abuelo? ¿Cómo se llaman? —gritó Heidi, corriendo detrás del anciano y de las cabras que desaparecían en el establo.

—La blanca se llama Blanquita y la parda Osita —respondió el abuelo.

—¡Buenas noches, Blanquita! ¡Buenas noches, Osita! —gritó Heidi con todas sus fuerzas, mientras los dos animales entraban en el establo.

Después se sentó un rato en el banco para comer su pan y beber la leche. Pero el viento soplaba con tanta intensidad que casi la arrancaba del asiento. Terminó rápidamente, entró en la cabaña y subió a su cama. Poco después dormía tan profunda y dulcemente como si descansara en el más hermoso lecho de un palacio.

No mucho más tarde, cuando todavía no había oscurecido del todo, el abuelo se acostó también. Acostumbraba levantarse con el sol y, en aquella época del verano, el sol asomaba muy temprano por encima de las montañas.

Durante la noche, el viento se hizo tan violento que cada ráfaga sacudía toda la cabaña y hacía crujir sus vigas. La chimenea gemía y aullaba como si de su interior salieran voces lastimeras. Afuera, el viento azotaba con furia los viejos abetos y, de cuando en cuando, alguna rama se desplomaba con estrépito.

En mitad de la noche el abuelo se levantó y dijo en voz baja, para sí:

—Seguramente tendrá miedo.

Subió por la escalera y se acercó al lecho de Heidi. Afuera, la luna brillaba intensamente en el cielo; después pasaban nubes veloces que la cubrían y todo quedaba oscuro. En ese momento, la claridad de la luna volvió a entrar por la abertura redonda e iluminó directamente la cama de la pequeña.

Heidi tenía las mejillas encendidas por el calor bajo su pesada manta. Descansaba tranquila, con la cabecita apoyada en uno de sus brazos redondeados. Debía estar soñando algo agradable, pues su rostro mostraba una expresión de completa felicidad.

El abuelo permaneció largo rato observando a la niña dormida, hasta que la luna volvió a ocultarse detrás de las nubes y todo quedó en tinieblas. Entonces regresó a su propia cama.

CAPÍTULO 3: EN LOS PASTOS DE LA MONTAÑA

Heidi se despertó muy temprano al oír un fuerte silbido. Cuando abrió los ojos, un resplandor dorado entraba por la abertura redonda e iluminaba su cama y el heno que la rodeaba, de modo que todo parecía brillar como el oro. Miró a su alrededor, sorprendida, y por un momento no supo dónde estaba. Pero entonces oyó fuera la voz grave del abuelo y recordó cómo había llegado hasta allí: ahora vivía en la montaña, con él, y ya no en casa de la anciana Úrsula, que apenas oía nada y siempre tenía frío. Úrsula pasaba casi todo el día junto a la ventana de la cocina o cerca de la estufa de la habitación, y Heidi tenía que permanecer a su lado o, por lo menos, a la vista, porque la anciana no podía saber dónde estaba la niña si no la veía. A Heidi, que hubiera preferido correr al aire libre, aquellas habitaciones se le hacían demasiado pequeñas.

Por eso se alegró tanto al despertar en su nuevo hogar y recordar todas las cosas que había descubierto el día anterior, y las muchas más que podría ver aquel día, sobre todo a Blanquita y a Osita. Saltó rápidamente del lecho y en pocos minutos se puso la poca ropa que llevaba la víspera. Bajó la escalera y salió corriendo de la cabaña.

Pedro, el pastor de cabras, esperaba ya con su rebaño. El abuelo sacaba precisamente del establo a Blanquita y a Osita para que se unieran a los demás animales. Heidi corrió a saludarlos a todos.

—¿Quieres ir a los pastos? —le preguntó el abuelo.

Aquello era exactamente lo que deseaba. La niña dio saltos de alegría.

—Pero primero tienes que lavarte y quedar bien limpia —añadió él—. Si no, el sol, que resplandece tan hermoso allá arriba, se reirá de ti cuando vea que estás toda negra. Mira, te he preparado el agua allí.

Señaló una gran tina llena de agua que había colocado al sol delante de la puerta. Heidi se acercó corriendo y comenzó a chapotear y a frotarse con tantas ganas que pronto quedó reluciente.

Mientras tanto, el abuelo entró en la cabaña y llamó a Pedro:

—¡Ven acá, general de las cabras! Y trae tu morral.

Pedro acudió sorprendido y le tendió la pequeña bolsa en la que llevaba su escasa comida del mediodía.

—Ábrela —ordenó el anciano.

Metió dentro un pedazo grande de pan y otro igualmente grande de queso. Pedro abrió los ojos cuanto pudo, pues aquellas dos porciones eran por lo menos el doble de las que él había llevado para sí.

—Ahora guarda también este cuenco —continuó el abuelo—. La niña no sabe beber directamente de la cabra, como tú. Al mediodía le ordeñarás dos cuencos llenos de leche. Heidi irá contigo y permanecerá a tu lado hasta que regreses. Ten cuidado de que no se caiga por los precipicios. ¿Me has oído?

En ese momento Heidi entró corriendo.

—Abuelo, ¿ahora ya no podrá reírse de mí el sol? —preguntó, muy preocupada.

Se había frotado la cara, el cuello y los brazos con el paño áspero que el abuelo había dejado junto a la tina, y lo había hecho con tanto empeño, por temor a las burlas del sol, que tenía la piel roja como un cangrejo. El anciano soltó una pequeña risa.

—No, ahora no tendrá de qué reírse —le aseguró—. Pero ¿sabes una cosa? Esta noche, cuando vuelvas, te meterás entera en la tina, como un pez, porque si vas descalza como las cabras terminarás con los pies negros. Y ahora podéis marcharos.

Emprendieron alegremente la subida por la montaña. Durante la noche, el viento había barrido la última nube; el cielo mostraba por todas partes un azul profundo, y en medio brillaba el sol, cuyos rayos caían sobre las praderas verdes. Las pequeñas flores azules y amarillas abrían sus corolas, como si saludaran contentas a la luz.

Heidi corría de un lado a otro y lanzaba gritos de alegría. Aquí encontraba grupos enteros de delicadas prímulas rojas; más allá, las gencianas resplandecían con un azul intenso, y por todas partes las florecillas doradas inclinaban sus pétalos al sol, como si sonrieran y saludaran. Tan fascinada estaba por aquellas flores, que se olvidó de las cabras y del propio Pedro.

Se adelantaba a grandes saltos y se desviaba enseguida hacia uno u otro lado, porque por aquí brillaba una flor roja y por allá la llamaba otra amarilla. Arrancaba ramilletes enteros y los guardaba en su delantal. Quería llevarlos todos a casa y ponerlos entre el heno de su dormitorio, para que aquel rincón fuese tan hermoso como la pradera.

Aquel día Pedro tenía que mirar en todas direcciones. Sus ojos redondos, poco acostumbrados a moverse con rapidez, trabajaban más de lo que él podía soportar. Las cabras hacían lo mismo que Heidi: se dispersaban por aquí y por allá, y el muchacho debía silbar, gritar y agitar su vara para reunir otra vez a los animales descarriados.

—¿Dónde te has metido ahora, Heidi? —gritó con voz bastante enfadada.

—¡Aquí! —respondió una vocecita desde algún lugar.

Pedro no veía a nadie. Heidi se había sentado detrás de una pequeña elevación del terreno densamente cubierta de brunelas fragantes. Todo el aire estaba impregnado de una fragancia tan deliciosa que la niña nunca había respirado algo semejante. Permanecía sentada entre las flores, aspirando profundamente aquel perfume.

—¡Ven de una vez! —volvió a gritar Pedro—. No debes caerte por las rocas. El abuelo lo ha prohibido.

—¿Dónde están las rocas? —preguntó Heidi sin moverse, porque cada ráfaga de viento le llevaba un aroma todavía más agradable.

—Allá arriba, muy arriba. Todavía nos falta mucho para llegar. ¡Vamos! En lo más alto está el viejo pájaro de presa, que se pone a chillar.

Aquello sí consiguió hacerla reaccionar. Heidi se levantó de un salto y corrió hacia Pedro con el delantal lleno de flores.

—Ya tienes suficientes —dijo él cuando volvieron a subir juntos—. Si sigues deteniéndote, no llegaremos nunca. Y si te llevas todas las flores, mañana no quedará ninguna.

Este último argumento convenció a Heidi. Además, su delantal estaba tan lleno que apenas cabía otra flor, y quería encontrar más al día siguiente.

Continuaron subiendo. Las cabras avanzaban ahora sin detenerse, porque desde lejos percibían el olor de las hierbas sabrosas de los pastos altos. El lugar donde Pedro acostumbraba detenerse con su rebaño se encontraba al pie de unas montañas rocosas que, primero cubiertas de matorrales y abetos, se elevaban después desnudas, escarpadas y abruptas hacia el cielo. A un lado se abrían profundas hendiduras entre las rocas. El abuelo tenía razón al recomendar prudencia.

Cuando llegaron, Pedro se quitó el morral y lo dejó cuidadosamente en una pequeña depresión del terreno. Conocía bien las ráfagas violentas de viento que a veces barrían aquella altura y no quería ver rodar montaña abajo sus preciosas provisiones. Después se tendió cuan largo era sobre la hierba soleada para descansar del esfuerzo de la subida.

Heidi se desató el delantal, lo enrolló bien con las flores dentro y lo dejó junto al morral. Luego se sentó al lado de Pedro y miró a su alrededor.

Muy abajo, el valle resplandecía bajo el sol de la mañana. Delante de ella se alzaba una inmensa extensión de nieve que parecía llegar hasta el cielo azul oscuro. A su izquierda se levantaba una mole gigantesca de roca, flanqueada por dos grandes picos desnudos y dentados que miraban solemnemente hacia la niña.

Heidi permaneció inmóvil y silenciosa. A su alrededor reinaba una quietud profunda. Tan solo la brisa rozaba suavemente las campanillas azules y las florecillas doradas, que se inclinaban alegremente sobre sus tallos finos. Pedro, agotado por la caminata, se había quedado dormido; las cabras trepaban entre los arbustos de las alturas.

Heidi se sentía más feliz que nunca. Respiraba la luz cálida del sol, el aire fresco y el suave perfume de las flores, sin desear otra cosa que quedarse allí para siempre. Pasó bastante tiempo. Había mirado tantas veces las grandes cumbres que casi le parecía que cada una tenía un rostro y la contemplaba amistosamente, como si fueran viejas conocidas.

De pronto oyó sobre su cabeza un grito fuerte y agudo, seguido de un graznido. Levantó la vista y vio un ave tan enorme como jamás había contemplado, que giraba en grandes círculos con las alas extendidas. Una y otra vez regresaba sobre ella y lanzaba sus penetrantes chillidos.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Despierta! —gritó Heidi—. ¡Mira, ahí está el ave de presa! ¡Mira, mira!

Pedro se incorporó y ambos siguieron con los ojos el vuelo del pájaro, que se elevó cada vez más hacia el azul del cielo hasta desaparecer detrás de unas rocas grises.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Heidi, que no había dejado de observarlo.

—A su nido —respondió Pedro.

—¿Vive allá arriba? ¡Oh, qué hermoso debe de ser vivir tan alto! ¿Y por qué grita tanto?

—Porque tiene que hacerlo —explicó Pedro.

—Pues subamos hasta allí para ver dónde vive —propuso Heidi.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamó el muchacho, cada vez más escandalizado—. ¡Si ni siquiera las cabras pueden llegar allá! Además, el abuelo ha dicho que no debes caerte por los precipicios.

Entonces Pedro comenzó a silbar y a llamar con tal fuerza que Heidi se quedó sorprendida. Las cabras, en cambio, parecieron comprenderlo: una tras otra bajaron dando saltos, hasta que el rebaño entero se reunió en la ladera verde. Algunas seguían mordisqueando las hierbas aromáticas; otras corrían en todas direcciones, y otras se entrechocaban los cuernos por diversión.

Heidi se levantó y corrió alegremente entre ellas. Nunca había visto un espectáculo tan divertido. Saltaba de una cabra a otra, intentando conocerlas por separado, pues cada animal tenía una apariencia particular y sus propias costumbres.

Mientras tanto, Pedro recogió el morral y colocó en el suelo, formando un cuadrado, las cuatro porciones de comida que contenía. Puso las más grandes del lado de Heidi y las más pequeñas del suyo, tal como se las había entregado el abuelo. Después tomó el cuenco, ordeñó en él leche fresca de Blanquita y lo colocó en el centro de aquel improvisado comedor.

Llamó entonces a Heidi, pero tuvo que gritar más veces que para reunir a las cabras. La niña estaba tan entretenida con las cabriolas de sus nuevas compañeras que no veía ni oía otra cosa. Pedro, sin embargo, sabía hacerse escuchar: lanzó un grito que resonó hasta las peñas, y Heidi apareció enseguida. La comida estaba dispuesta de un modo tan apetitoso que la niña saltó de alegría alrededor de ella.

—Deja de brincar, que es hora de comer —dijo Pedro—. Siéntate y empieza.

Heidi se sentó y contempló satisfecha aquel cuadrado de alimentos y, sobre todo, el cuenco del centro.

—¿La leche es para mí?

—Sí —respondió Pedro—. Y también son tuyos los dos pedazos grandes de comida. Cuando termines la leche te daré otro cuenco de Blanquita. Después comeré yo.

—¿Y tú de qué cabra sacas la leche? —quiso saber Heidi.

—De la mía, la que se llama Caracol. Vamos, empieza a comer —insistió él.

Heidi bebió primero su leche. Apenas dejó el cuenco vacío, Pedro se levantó a buscar otra porción. La niña partió un trozo de pan y entregó al muchacho todo lo que le quedaba, que todavía era más de lo que él había llevado para sí, junto con el gran pedazo de queso.

—Puedes quedarte con esto. Yo ya he comido bastante.

Pedro se quedó mirándola sin poder pronunciar palabra. En toda su vida no se le habría ocurrido decir algo semejante ni regalar una parte tan grande de su almuerzo. Dudó un momento, pues no podía creer que Heidi hablara en serio; pero como ella seguía ofreciéndole el pan y el queso y él no los tomaba, terminó dejándoselos sobre las rodillas. Entonces comprendió que era verdad. Recogió el regalo, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se dispuso a disfrutar del almuerzo más abundante que había tenido desde que cuidaba cabras.

Mientras Pedro comía, Heidi miró al rebaño.

—¿Cómo se llaman todas, Pedro? —preguntó.

Él conocía perfectamente sus nombres y los recordaba con facilidad, pues tenía pocas otras cosas que guardar en la memoria. Comenzó a nombrarlas una por una, señalando cada animal con el dedo. Heidi

escuchó atentamente y no tardó en distinguirlas y llamarlas por su nombre: todas tenían alguna característica especial que permitía reconocerlas con solo observarlas bien, y eso era precisamente lo que hacía la niña.

Allí estaba el enorme Turco, de grandes cuernos, que siempre intentaba embestir a los demás. Casi todas las cabras huían cuando se acercaba y no querían saber nada de tan brusco compañero.

Pero el atrevido Jilguero, una cabrita delgada y ágil, no se apartaba de su camino. A veces se lanzaba contra él tres o cuatro veces seguidas, tan rápida y decidida, que Turco se quedaba inmóvil de sorpresa y dejaba de atacar. Jilguero lo esperaba dispuesto a seguir luchando, mostrando sus cuernos pequeños y puntiagudos.

También estaba Copito de Nieve, una cabrita blanca y pequeña que no paraba de balar de manera tan lastimera que Heidi ya había corrido varias veces a consolarla, acariciándole la cabeza. Al oír de nuevo aquella vocecita suplicante, volvió a acercarse.

Le rodeó el cuello con un brazo y le preguntó con ternura:

—¿Qué te pasa, Copito de Nieve? ¿Por qué pides ayuda de esa manera?

La cabrita se arrimó confiada a Heidi y se quedó completamente tranquila. Desde su sitio, Pedro explicó entre bocado y bocado:

—Lo hace porque la vieja ya no viene con nosotros. La vendieron anteayer en Maienfeld. Ya no volverá a la montaña.

—¿Quién era la vieja? —preguntó Heidi.

—¡Bah! Su madre.

—¿Y dónde está su abuela? —preguntó la niña.

—No tiene.

—¿Y su abuelo?

—Tampoco tiene.

—¡Pobre Copito de Nieve! —dijo Heidi, estrechándola cariñosamente—. Pero ya no llores así. Yo vendré contigo todos los días y entonces no estarás tan sola. Si necesitas cualquier cosa, podrás venir a buscarme.

Copito de Nieve restregó alegremente la cabeza contra el hombro de Heidi y dejó de balar con tristeza. Pedro terminó por fin de comer y se reunió con el rebaño. Heidi, entretanto, había seguido observando a los animales.

Las más hermosas y limpias de todas eran, sin duda, Blanquita y Osita. También se comportaban con cierta dignidad, casi siempre iban por su propio camino y se apartaban con desprecio cuando el entrometido Turco se les acercaba.

Las cabras comenzaron otra vez a subir hacia los matorrales. Cada una lo hacía a su manera: algunas brincaban despreocupadas por encima de cualquier obstáculo; otras se detenían para elegir las hierbas más sabrosas, y Turco aprovechaba de vez en cuando para intentar una nueva embestida. Blanquita y

Osita ascendían ligeras y seguras, encontraban enseguida los mejores arbustos y se colocaban hábilmente para mordisquear sus hojas.

Heidi, de pie y con las manos a la espalda, contemplaba todo con enorme interés.

—Pedro —dijo al muchacho, que se había tendido nuevamente en el suelo—, las más bonitas de todas son Blanquita y Osita.

—Ya lo sé —respondió él—. El abuelo las cepilla y las lava, les da sal y tiene para ellas el establo más hermoso.

De pronto Pedro saltó y echó a correr detrás de las cabras. Heidi lo siguió inmediatamente, pues estaba segura de que ocurría algo importante y no quería quedarse atrás.

Pedro atravesó el rebaño y corrió hacia el lado de la montaña donde las rocas descendían desnudas y casi verticales. Una cabra imprudente que se acercara demasiado podía precipitarse al vacío y romperse las patas.

El muchacho había visto a Jilguero saltar hacia aquel lugar peligroso. Llegó justo a tiempo, porque el animal estaba a punto de lanzarse hacia el borde del abismo. Pedro intentó atraparlo, pero tropezó y cayó al suelo. Aun así, consiguió sujetarlo por una pata. Jilguero balaba enfurecido y sorprendido de que alguien lo agarrase y le impidiera continuar su excursión; forcejeaba obstinadamente para seguir adelante.

Pedro llamó a Heidi para que lo ayudara, pues no podía levantarse y casi le estaba arrancando la pata al animal en el esfuerzo. La niña ya estaba allí y comprendió enseguida lo apurada que era la situación. Arrancó del suelo unas hierbas aromáticas, se las puso delante del hocico a Jilguero y le habló para tranquilizarlo:

—Vamos, vamos, Jilguero. ¡Tienes que ser sensato! Mira que puedes caerte allí abajo y romperte una pata. ¡Te dolería muchísimo!

La cabrita se volvió inmediatamente y comenzó a comer con gusto las hierbas que Heidi le ofrecía. Mientras tanto, Pedro logró ponerse de pie y agarró la cuerdecita que sostenía la campanilla del cuello del animal. Heidi la sujetó por el otro extremo y, entre los dos, condujeron a la fugitiva de regreso al rebaño que pastaba tranquilamente.

Pero cuando Pedro la tuvo a salvo, levantó la vara con intención de darle una buena paliza como castigo. Jilguero retrocedió asustado, pues comprendió lo que iba a suceder.

—¡No, Pedro, no! —gritó Heidi—. ¡No debes pegarle! ¿No ves cuánto miedo tiene?

—Se lo merece —gruñó él, disponiéndose a golpearla.

Heidi se interpuso y lo agarró del brazo.

—¡No puedes hacerle daño! ¡Le duele! ¡Déjala en paz! —exclamó indignada.

Pedro miró sorprendido a Heidi, que lo observaba con sus ojos oscuros encendidos de indignación, y bajó involuntariamente la vara.

—Entonces la dejaré ir si mañana vuelves a darme de tu queso —dijo por fin, dispuesto a ceder pero decidido a obtener alguna compensación por el susto.

—Puedes quedarte con todo el queso, mañana y todos los días. Yo no lo necesito —aceptó Heidi—. También te daré mucho pan, como hoy. Pero jamás, jamás debes pegar a Jilguero, ni a Copito de Nieve ni a ninguna otra cabra.

—Por mí, está bien —respondió Pedro, y aquello equivalía a una promesa.

Dejó libre a la culpable y Jilguero volvió dando saltos al interior del rebaño.

Sin que apenas se dieran cuenta, el día había transcurrido. El sol se preparaba ya para ocultarse detrás de las montañas lejanas. Heidi se había sentado de nuevo sobre la hierba y contemplaba en silencio las campanillas azules y las florecillas doradas, que resplandecían bajo la luz del atardecer. El pasto parecía cubierto de oro, y las rocas altas empezaron a brillar y centellear.

De pronto, Heidi se puso de pie de un salto y comenzó a gritar:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Todas las montañas están ardiendo! ¡Y también la nieve grande de allá enfrente y el cielo! ¡Oh, mira, mira! ¡Aquella montaña tan alta está toda roja! ¡Qué hermosa se ve la nieve encendida! ¡Pedro, mira! ¡El fuego ha llegado hasta donde vive el ave de presa! ¡Mira las rocas! ¡Mira los abetos! ¡Todo, todo está en llamas!

—Siempre ocurre lo mismo —respondió Pedro tranquilamente, mientras seguía quitando la corteza a su vara—. Pero no es fuego.

—¿Entonces qué es? —gritó Heidi, corriendo de un lado a otro para contemplar cuanto pudiera, porque todo le parecía tan hermoso que no se cansaba de mirar—. ¿Qué es, Pedro? ¿Qué es?

—Se pone así por sí solo —explicó el muchacho.

—¡Oh, mira, mira! —exclamó Heidi todavía más emocionada—. ¡De repente se han vuelto de color rosa! ¡Mira la montaña nevada y aquella que tiene dos puntas tan altas! ¿Cómo se llaman, Pedro?

—Las montañas no tienen nombre —respondió él.

—¡Oh, qué hermoso! ¡Mira la nieve rosada! ¡Y qué cantidad de rosas parece que hay sobre las rocas! ¡Oh, ahora se están poniendo grises! ¡Oh! ¡Oh! ¡Ya se ha apagado todo! ¡Todo ha terminado, Pedro!

Se sentó en el suelo con una expresión tan desconsolada como si de verdad el mundo hubiera llegado a su fin.

—Mañana volverá a pasar —le aseguró Pedro—. Levántate, tenemos que volver a casa.

Reunió las cabras con silbidos y llamadas, y emprendieron el camino de regreso.

—¿Sucede todos los días? —preguntó Heidi, deseosa de oír una respuesta afirmativa mientras bajaban por la montaña—. ¿Todos los días que venimos a los pastos?

—Casi siempre.

—¿Pero mañana también? ¿Seguro?

—¡Sí, sí, mañana también! —afirmó Pedro.

Heidi volvió a sentirse contenta. Había visto tantas cosas y tenía tantos pensamientos en la cabeza que permaneció callada hasta llegar a la cabaña y descubrir al abuelo sentado bajo los abetos. El anciano había colocado allí un banco y esperaba cada tarde a sus cabras, que regresaban por aquel lado de la montaña.

Heidi corrió inmediatamente hacia él, seguida de Blanquita y Osita, que reconocían a su dueño y sabían dónde estaba su establo.

—¡Vuelve mañana! ¡Buenas noches! —le gritó Pedro, porque le interesaba mucho que Heidi lo acompañara otra vez.

La niña volvió corriendo, le estrechó la mano y le prometió que regresaría. Después se metió entre las cabras que se alejaban, abrazó por última vez a Copito de Nieve y le dijo cariñosamente:

—Duerme bien, Copito de Nieve. Acuérdate de que mañana volveré y ya no tendrás que balar tan tristemente.

La pequeña cabra la miró con aire amistoso y agradecido antes de salir saltando tras el rebaño.

Heidi regresó bajo los abetos.

—¡Oh, abuelo, ha sido tan hermoso! —exclamó, incluso antes de llegar a su lado—. ¡El fuego y las rosas sobre las rocas, y todas las flores azules y amarillas! ¡Y mira lo que te traigo!

Abrió el delantal y dejó caer a sus pies todas las flores que había recogido. Pero ¡qué aspecto tenían las pobres florecillas! Heidi ya no las reconocía: estaban marchitas como el heno y ninguna conservaba abierta su corola.

—¡Oh, abuelo! ¿Qué les ha pasado? —preguntó espantada—. ¡Antes no eran así! ¿Por qué están de esa manera?

—Porque quieren quedarse afuera, al sol, y no encerradas dentro de tu delantal —respondió el abuelo.

—Entonces nunca más recogeré flores para llevármelas. Pero, abuelo, ¿por qué gritaba tanto aquella ave de presa? —preguntó enseguida, interesadísima.

—Ahora tú vas a lavarte y yo iré al establo por la leche. Después entraremos juntos en la cabaña, cenaremos y te lo contaré.

Así lo hicieron. Más tarde, cuando Heidi estuvo sentada en su silla alta delante del cuenco de leche y el abuelo se acomodó a su lado, la niña volvió inmediatamente a su pregunta:

—Abuelo, ¿por qué grita y grazna tanto el ave de presa, allá arriba?

—Se burla de las personas que viven amontonadas en los pueblos y se hacen daño unas a otras. Les grita desde las alturas: «¡Si os separarais y cada uno siguiera su propio camino y subiera a una cima, como hago yo, os encontraríais mucho mejor!».

El abuelo pronunció estas palabras casi con fiereza, y Heidi recordó con mayor intensidad los gritos del ave.

—¿Y por qué no tienen nombre las montañas, abuelo? —preguntó luego.

—Sí que tienen nombres —contestó él—. Si me describes alguna de manera que pueda reconocerla, te diré cómo se llama.

Heidi describió cuidadosamente la montaña de roca con dos grandes torres puntiagudas, tal como la había visto. El abuelo respondió satisfecho:

—Muy bien. La conozco. Se llama Falknis. ¿Has visto alguna otra?

Entonces la niña le habló de la montaña cubierta por un inmenso campo de nieve que había parecido incendiarse, después se había vuelto rosada y, por último, había quedado pálida y apagada.

—También conozco esa —dijo el abuelo—. Es la Schesaplana. De modo que te ha gustado estar en los pastos, ¿verdad?

Heidi comenzó a contarle todo cuanto le había sucedido durante el día. Habló especialmente del maravilloso resplandor del atardecer y pidió al abuelo que le explicara de dónde venía aquel fuego, porque Pedro no había sabido decírselo.

—Verás —explicó el anciano—: es el sol. Cuando se despide de las montañas para darles las buenas noches, les envía sus rayos más hermosos, para que no lo olviden hasta que vuelva por la mañana.

Aquella explicación encantó a Heidi. Apenas podía esperar a que llegara otro día para subir nuevamente a los pastos y contemplar cómo el sol daba las buenas noches a las montañas. Pero antes debía irse a dormir. Aquella noche descansó profundamente sobre su cama de heno y soñó con montañas resplandecientes, rocas cubiertas de rosas rojas y, en medio de todo, Copito de Nieve dando saltos de alegría.


HEIDI — Capítulos 1-3

CAPÍTULO 4: EN CASA DE LA ABUELA

A la mañana siguiente volvió a brillar el sol, y Pedro apareció con las cabras. Los dos niños subieron de nuevo con el rebaño a los pastos altos. Así transcurrieron los días, uno tras otro. Heidi, que pasaba la vida entre la hierba y las flores, se puso morena por el sol y creció tan fuerte y saludable que nunca se encontraba mal. Vivía alegre y dichosa de un día para otro, tan libre y despreocupada como los pajarillos que anidan entre los árboles del bosque verde.

Cuando llegó el otoño, el viento comenzó a soplar con mayor fuerza por las montañas. Algunas mañanas el abuelo le decía:

—Hoy te quedarás aquí, Heidi. Una ráfaga podría levantar del suelo a una pequeñita como tú y arrojarla por encima de las rocas hasta el valle.

Cuando Pedro oía que tendría que subir solo, ponía una cara muy triste. Se imaginaba un día lleno de contratiempos: sin Heidi se aburriría terriblemente, perdería además la buena comida que ella compartía con él y tendría el doble de trabajo con las cabras. Los animales se habían acostumbrado tanto a la compañía de Heidi que, cuando faltaba, se desparramaban en todas direcciones y se negaban a seguir andando.

Pero Heidi nunca se entristecía demasiado, porque siempre encontraba algo agradable con que entretenerse. Lo que más le gustaba era subir con Pedro y las cabras hasta las flores de la pradera y contemplar el vuelo de la gran ave de presa. Sin embargo, también resultaba muy entretenido ver al abuelo martillar, serrar y trabajar la madera. Si aquel día preparaba los pequeños quesos redondos de cabra, Heidi se alegraba especialmente: lo observaba arremangarse y remover con ambos brazos el contenido de la gran caldera.

Sobre todas las cosas, en los días ventosos le atraía el balanceo de los tres viejos abetos que crecían detrás de la cabaña. Interrumpía cualquier ocupación para correr hasta ellos. No había para Heidi nada tan hermoso y misterioso como aquel rumor profundo que resonaba en las copas. Permanecía al pie de los árboles, mirando hacia lo alto y escuchando sin cansarse cómo el viento los sacudía y los hacía murmurar con tanta fuerza.

El sol ya no calentaba como en verano, y Heidi buscó sus medias, sus zapatos y su vestido de abrigo. Cada día hacía más frío. Cuando permanecía bajo los abetos, el viento la atravesaba como si fuera una hoja delgada; aun así, volvía una y otra vez, incapaz de quedarse dentro cuando oía el rumor de las ramas.

Después llegó el verdadero frío. Pedro se soplaba las manos cuando subía por la mañana; pero aquello duró poco, porque una noche cayó tanta nieve que al amanecer toda la montaña estaba blanca y no quedaba ni una hoja verde a la vista.

Pedro dejó de llevar el rebaño a los pastos. Heidi miraba maravillada por la pequeña ventana. Comenzó a nevar de nuevo y los copos grandes cayeron sin descanso hasta que la nieve llegó a la altura de la ventana y luego la sobrepasó. Ya no era posible abrirla; la cabaña parecía envuelta por completo en nieve.

A Heidi le parecía muy divertido. Corría de una ventana a otra para observar hasta dónde llegaría la nevada y se preguntaba si cubriría toda la casa, de modo que tendrían que encender una luz en pleno día.

Pero no llegó a suceder. Al día siguiente dejó de nevar y el abuelo salió con la pala para despejar el contorno de la casa. Amontonó montañas enormes de nieve por aquí y por allá, dejando libres las ventanas y la puerta.

Aquella tarde, el abuelo y Heidi estaban sentados junto al fuego, cada uno en su banquito de tres patas, pues el anciano ya había construido uno para la niña. De pronto, algo comenzó a golpear ruidosamente el umbral de madera. La puerta se abrió al fin y apareció Pedro.

No había golpeado por travesura; estaba sacudiéndose la nieve de los zapatos. Tenía los pies y el cuerpo cubiertos de nieve endurecida por el frío. Se había abierto camino a través de capas tan altas que la nieve se le había pegado y congelado encima. No se había rendido: llevaba ocho días sin ver a Heidi y quería visitarla.

—Buenas tardes —dijo al entrar.

Se colocó tan cerca del fuego como pudo y se quedó callado, aunque en su cara se dibujaba una sonrisa de satisfacción. Heidi lo contempló asombrada, pues el calor empezó a derretir toda la nieve que llevaba, y Pedro parecía una pequeña cascada.

—Bueno, general, ¿cómo van las cosas? —preguntó el abuelo—. Ahora estás sin ejército y tienes que roer el lápiz de pizarra.

—¿Por qué tiene que roer el lápiz de pizarra, abuelo? —preguntó Heidi enseguida.

—Porque en invierno debe ir a la escuela —explicó el anciano—. Allí se aprende a leer y a escribir; y a veces cuesta tanto que parece que morder el lápiz de pizarra ayuda un poco. ¿No es verdad, general?

—Sí, es verdad —confirmó Pedro.

Heidi empezó entonces a hacerle innumerables preguntas sobre la escuela, sobre lo que se hacía allí y sobre cuanto podía verse y oírse. A Pedro le costaba mucho convertir sus pensamientos en palabras, y esta vez la tarea era especialmente difícil: apenas conseguía terminar una respuesta, Heidi le planteaba dos o tres preguntas nuevas, casi todas necesitadas de una frase entera. Al menos aquella conversación le dio tiempo para secarse de pies a cabeza. El abuelo escuchaba en silencio, aunque de vez en cuando una sonrisa le movía las comisuras de la boca.

—Bien, general, ya has pasado por el fuego y necesitas reponer fuerzas. Ven a comer con nosotros.

El abuelo se levantó y sacó la cena del armario. Heidi acercó las sillas a la mesa. El anciano había construido también un banco junto a la pared. Desde que ya no vivía solo, había preparado asientos para dos personas en varios lugares de la cabaña, porque Heidi acostumbraba a permanecer muy cerca de él allí donde trabajara, se sentara o se detuviera.

Los tres encontraron sitio sin dificultad. Pedro abrió mucho sus ojos redondos cuando vio el enorme trozo de deliciosa carne seca que el abuelo colocaba sobre su gruesa rebanada de pan. Hacía tiempo que no comía tan bien. Terminada la alegre cena, comenzó a oscurecer y Pedro se dispuso a regresar.

—Buenas noches y que Dios se lo pague —se despidió.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió y añadió:

—El domingo regresaré, dentro de ocho días. Y la abuela dice que tú también deberías ir a verla alguna vez.

La idea de ir a visitar a alguien era completamente nueva para Heidi, pero arraigó de inmediato en su pensamiento. A la mañana siguiente, lo primero que dijo fue:

—Abuelo, tengo que bajar a ver a la abuela. Me está esperando.

—Hay demasiada nieve —respondió el abuelo, dando por terminada la cuestión.

Pero Heidi no olvidó su propósito. La abuela había mandado a llamarla, y había que ir. Desde entonces, ningún día pasaba sin que la pequeña repitiera cinco o seis veces:

—Abuelo, de verdad tengo que ir. La abuela sigue esperándome.

Al cuarto día, el frío era tan intenso que la nieve crujía bajo cada paso. Su superficie se había endurecido, y un sol espléndido entraba por la ventana y alumbraba la silla alta donde Heidi almorzaba.

—Hoy sí que tengo que ir a casa de la abuela —volvió a decir—. Si no, la espera se le hará demasiado larga.

El abuelo se levantó de la mesa, subió al desván, bajó el grueso saco que servía de manta a Heidi y dijo:

—Entonces, ven.

La niña salió detrás de él, dando saltos de alegría, hacia el mundo resplandeciente de nieve.

Los viejos abetos estaban silenciosos. Todas sus ramas aparecían cubiertas de blanco, y al sol brillaban con tanta belleza que Heidi saltaba y exclamaba una y otra vez:

—¡Ven, abuelo, ven a mirar! ¡Los abetos están llenos de plata y oro!

El abuelo había entrado en el cobertizo y salió empujando un trineo ancho y bajo. Tenía delante una barra para sujetarse y permitía apoyar los pies en la nieve para dirigir el descenso. Antes de subir, el anciano contempló un momento los árboles con Heidi. Después se sentó, colocó a la niña en su regazo, la envolvió cuidadosamente en el saco para mantenerla caliente y la sujetó con fuerza contra sí con el brazo izquierdo. Con la mano derecha tomó la barra y se impulsó con ambos pies.

El trineo salió disparado montaña abajo con tal rapidez que Heidi creyó volar como un pájaro y gritó de alegría. De pronto se detuvieron ante la pequeña casa de Pedro. El abuelo dejó a la niña en el suelo, la desenvolvió y le dijo:

—Entra. Cuando empiece a oscurecer, sal y prepárate para volver.

Luego dio la vuelta con su trineo y comenzó a subir la montaña.

Heidi abrió la puerta y entró en una cocina pequeña y oscura. Vio un fogón y unos pocos platos en una repisa. Había otra puerta: la abrió y se encontró en una habitación estrecha. Aquella vivienda no se parecía a la cabaña del abuelo, que tenía un espacio grande y el desván encima; era una casita antiquísima donde todo era reducido, estrecho y pobre.

Enseguida vio, sentada junto a la mesa, a una mujer que remendaba una chaqueta de Pedro. En una esquina, una anciana encorvada hilaba en su rueca. Heidi comprendió al instante quién era. Caminó directamente hacia ella y le dijo:

—¡Buenos días, abuela! Ya he venido a verte. ¿Se te hizo muy larga la espera?

La anciana levantó la cabeza y buscó la mano que se le tendía. Cuando la encontró, la sostuvo durante un rato entre las suyas, palpándola pensativamente.

—¿Eres la niña que vive arriba, con el abuelo de la montaña? ¿Eres Heidi?

—Sí, sí. Acabo de bajar en trineo con mi abuelo.

—¡Cómo es posible! ¡Tienes las manos tan calentitas! Dime, Brígida, ¿ha bajado el abuelo en persona con la niña?

Brígida, la madre de Pedro, se levantó de la mesa y examinó a Heidi de arriba abajo con curiosidad.

—No lo sé, madre. Me cuesta creer que el viejo haya bajado con ella. A lo mejor la pequeña se ha confundido.

Pero Heidi miró a la mujer con toda firmeza.

—Sé perfectamente quién me envolvió en la manta y bajó conmigo en el trineo. Fue mi abuelo.

—Entonces debe de haber algo de verdad en lo que Pedro nos ha contado de él durante el verano —dijo la anciana—. Nosotras pensábamos que el muchacho no sabía bien lo que decía. ¿Quién habría creído algo semejante? Yo pensaba que la niña no viviría allí ni tres semanas. ¿Cómo es, Brígida? ¿Qué aspecto tiene?

La mujer había observado a Heidi por todas partes y podía responder:

—Es de constitución fina, como lo era Adelaida; pero tiene los ojos oscuros y el cabello rizado de Tobías y también del viejo de allá arriba. Creo que se parece a los dos.

Heidi, mientras tanto, había examinado cuanto había a su alrededor.

—Mira, abuela —dijo—. Aquella contraventana golpea sin parar. Mi abuelo le pondría enseguida un clavo para sujetarla. Si no, terminará rompiendo un cristal. ¡Mira cómo se mueve!

—Ay, pequeña —respondió la anciana—. No puedo verla, pero sí puedo oírla, y oigo muchas otras cosas. Cuando sopla el viento, toda la casa cruje y traquetea; el aire entra por todas partes, porque casi nada se sostiene bien. Por la noche, cuando ellos dos duermen, a veces tengo tanto miedo de que la casa se nos venga encima y nos aplaste a los tres... No tenemos a nadie que sepa repararla. Pedro no entiende de esos trabajos.

—Pero ¿por qué no puedes ver la ventana, abuela? ¡Mira, ahora vuelve a moverse, allí mismo! —Heidi señaló con el dedo.

—Ay, niña, es que no puedo ver nada. No solo la ventana: nada en absoluto.

—¿Y si abro bien la contraventana y entra mucha luz? ¿Entonces podrás ver?

—No, tampoco. Nadie puede hacer que vuelva a ver la luz.

—Pues si sales conmigo a la nieve, que es tan blanca, seguro que podrás ver. ¡Ven, abuela, te lo enseñaré!

Heidi tomó la mano de la anciana e intentó conducirla hacia la puerta. Empezaba a angustiarse al pensar que nada pudiera iluminar el mundo de aquella mujer.

—Déjame aquí sentada, querida niña. Todo seguirá oscuro para mí, aun entre la nieve y bajo la claridad del día. La luz ya no entra en mis ojos.

—¿Y en verano, abuela? —insistió Heidi, buscando con ansiedad alguna solución—. Cuando el sol calienta mucho, y al despedirse hace que las montañas se pongan rojas como el fuego y brillen las florecillas amarillas, ¿entonces tampoco volverá a hacerse la luz para ti?

—Ay, hija mía, nunca más podré ver aquellas montañas encendidas ni las florecillas doradas. En esta tierra nunca volverá a hacerse la luz para mí, nunca.

Heidi rompió a llorar desconsoladamente.

—¿Quién podrá devolverte la luz? ¿Nadie puede hacerlo? ¿De verdad nadie?

La abuela quiso consolarla, pero al principio no lo consiguió. Heidi lloraba pocas veces; sin embargo, cuando empezaba, le costaba mucho superar la pena. A la anciana le dolía oír sus sollozos y probó de distintas maneras a calmarla.

—Ven, mi buena Heidi, acércate. Quiero decirte algo. Cuando uno ya no puede ver, le gusta mucho escuchar una palabra cariñosa. A mí me gusta oírte hablar. Siéntate aquí, cerca de mí, y cuéntame cómo vives allá arriba y qué hace tu abuelo. Antes lo conocía muy bien, pero desde hace años casi solo sé de él lo que cuenta Pedro, y él habla muy poco.

Esta idea iluminó de pronto el rostro de Heidi. Se secó rápidamente las lágrimas.

—¡Espera, abuela! Se lo contaré todo a mi abuelo. Él sabrá hacer que vuelva a haber luz para ti y que la casa no se derrumbe. Puede arreglarlo todo.

La anciana guardó silencio. Heidi comenzó a contar con enorme entusiasmo cómo vivía con su abuelo, lo que hacía en los pastos y cómo pasaban ahora los días de invierno. Explicó que el abuelo era capaz de fabricar bancos, sillas y bonitos pesebres de madera donde se ponía el heno para Blanquita y Osita; también una pila grande para bañarse en verano y nuevos cuencos y cucharas para la leche. Cuanto más hablaba, más se animaba al recordar aquellas cosas maravillosas que parecían surgir de una simple pieza de madera, mientras ella observaba a su abuelo trabajar y pensaba que algún día también aprendería a hacerlas.

La abuela escuchaba atentamente y de vez en cuando exclamaba:

—¿Lo oyes, Brígida? ¿Oyes lo que cuenta del abuelo?

De repente la narración se interrumpió por un gran estruendo en la puerta. Pedro entró dando fuertes pisotones, pero se detuvo al ver a Heidi. Abrió desmesuradamente sus ojos redondos y esbozó la sonrisa más amable que pudo cuando ella lo saludó:

—¡Buenas tardes, Pedro!

—¡Cómo! ¿Ya ha vuelto de la escuela? —exclamó la abuela, sorprendida—. ¡Hace años que una tarde no se me pasaba tan deprisa! Buenas tardes, Pedrito. ¿Cómo te va con la lectura?

—Igual —respondió Pedro.

—Vaya, vaya —suspiró la abuela—. Pensé que quizá las cosas cambiarían cuando cumplieras doce años, allá por febrero.

—¿Y por qué tendría que cambiar algo? —preguntó Heidi, interesada.

—Porque esperaba que aprendiera a leer. Allí arriba, en la repisa, tengo un viejo libro de oraciones con himnos muy hermosos. Hace tanto tiempo que no los escucho que ya no los recuerdo de memoria. Pensé que, cuando Pedro aprendiera, podría leerme alguno de vez en cuando. Pero no consigue aprender; le resulta demasiado difícil.

—Creo que encenderé la lámpara, porque ya está oscureciendo —dijo Brígida, que no había dejado de remendar la chaqueta—. A mí también se me ha pasado la tarde sin darme cuenta.

Heidi se levantó de un salto y tendió la mano a la anciana.

—Buenas noches, abuela. Tengo que volver a casa enseguida, porque se está haciendo de noche.

Después estrechó las manos de Pedro y de su madre y se dirigió a la puerta.

—¡Espera, espera, Heidi! —exclamó la abuela, preocupada—. No puedes irte sola. Pedro debe acompañarte. ¡Cuida bien de la niña, Pedrito! No dejes que se caiga y no te detengas por el camino, para que no se enfríe. ¿Lleva una bufanda gruesa?

—No llevo ninguna bufanda —respondió Heidi—, pero no pasaré frío.

Y salió con tal rapidez que Pedro apenas podía seguirla.

—¡Corre detrás de ella, Brígida! —llamó la anciana—. ¡La pobre se congelará de noche! ¡Llévale mi bufanda! ¡Corre!

Brígida obedeció. Pero los niños apenas habían avanzado unos pasos cuesta arriba cuando vieron al abuelo que bajaba de la montaña. Enseguida estuvo junto a ellos.

—¡Muy bien, Heidi! ¡Has cumplido tu palabra! —dijo.

La envolvió nuevamente en la manta, la levantó en brazos y emprendió el ascenso. Brígida todavía alcanzó a ver cómo el viejo acomodaba cuidadosamente a la niña antes de regresar con Pedro a la casa. Contó a la abuela, llena de asombro, lo que acababa de presenciar.

La anciana no dejaba de maravillarse.

—¡Gracias a Dios que trata así a la niña! ¡Gracias a Dios! Ojalá la deje volver a visitarme. ¡Cuánto bien me ha hecho! ¡Qué corazón tan bueno tiene y qué alegría da escucharla!

Hasta la hora de acostarse repitió una y otra vez:

—¡Si pudiera volver pronto! Ahora tengo por fin algo que esperar con ilusión en este mundo.

Brígida asentía cada vez que su madre lo decía. Pedro también movía la cabeza con satisfacción, estirando la boca en una gran sonrisa.

—Ya lo sabía —repetía.

Mientras tanto, Heidi no dejaba de hablar a su abuelo desde el interior de la manta. Estaba tan bien envuelta en las ocho vueltas de la tela que su voz no conseguía llegar con claridad hasta el abuelo.

—Espera a que lleguemos a casa —le dijo él—. Entonces podrás contármelo.

En cuanto entraron en la cabaña y el anciano la desenvolvió, Heidi comenzó:

—Abuelo, mañana tenemos que llevar el martillo y los clavos grandes para sujetar la contraventana de la abuela. Y hay que poner muchos otros clavos, porque toda la casa cruje y traquetea.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó el abuelo.

—No me lo ha dicho nadie. Lo sé porque nada está bien sujeto y la abuela tiene mucho miedo por las noches, cuando no puede dormir y escucha aquellos ruidos. Cree que la casa se va a caer encima de todos. Y nadie puede hacer que vuelva a ver la luz; ella no sabe cómo podría ser. Pero tú sí puedes ayudarla, abuelo. ¡Piensa qué triste es vivir siempre a oscuras y además tener miedo! Nadie puede arreglar su casa excepto tú. Mañana iremos a ayudarla, ¿verdad que sí?

Heidi se había abrazado al abuelo y lo miraba con una confianza absoluta. El anciano contempló durante un momento a la niña antes de responder:

—Sí, Heidi. Podemos hacer que la casa de la abuela deje de traquetear. Mañana lo haremos.

La pequeña empezó a saltar por toda la cabaña gritando de alegría:

—¡Mañana lo haremos! ¡Mañana lo haremos!

El abuelo cumplió su palabra. A la tarde siguiente bajaron otra vez en trineo. Como el día anterior, dejó a Heidi delante de la casita de Pedro.

—Entra ahora. Cuando llegue la noche, sal de nuevo.

Dejó el saco encima del trineo y rodeó la casa.

Apenas Heidi abrió la puerta y entró corriendo, la abuela exclamó desde su rincón:

—¡Ahí viene la niña! ¡Es ella!

Dejó caer el hilo, la rueca se detuvo y extendió los brazos hacia Heidi. La pequeña corrió hasta ella, acercó un banquito y se sentó a su lado. Enseguida comenzó a contarle novedades y a hacerle preguntas.

De repente sonaron golpes tan fuertes contra la casa que la anciana se sobresaltó y casi volcó la rueca.

—¡Dios mío! ¡Ya ocurre! ¡La casa se viene abajo! —gritó temblando.

Heidi la tomó del brazo y la tranquilizó:

—¡No, no, abuela! No tengas miedo. Es mi abuelo con el martillo. Está arreglando todo para que nunca más tengas que asustarte.

—¡Dios santo! ¿Es posible? ¡Entonces Dios no se ha olvidado del todo de nosotras! ¿Lo oyes, Brígida? ¡Es un martillo, sin duda! Sal a ver si es el abuelo de la montaña y pídele que entre un momento, para poder darle las gracias.

Brígida salió. El viejo estaba colocando fuertes fijaciones nuevas en la pared a golpe de martillo.

—Buenas tardes, abuelo —lo saludó—. Mi madre también le manda recuerdos y las dos queremos agradecerle este favor tan grande. Mi madre quisiera darle las gracias en persona, si pudiera entrar un momento. Nadie más habría venido a ayudarnos y nunca olvidaremos...

—No hace falta alargarse —la interrumpió el viejo—. Ya sé lo que piensan de mí por aquí. Vuelva dentro. Yo mismo encontraré todo lo que necesite reparación.

Brígida obedeció enseguida; el abuelo tenía una manera de hablar que no invitaba a discutir. Dio la vuelta a la casa, martillando y reforzando las partes deterioradas. Después subió por una estrecha escalera hasta el tejado y siguió trabajando hasta clavar el último de los clavos que había llevado.

Mientras tanto cayó la noche. Apenas el abuelo terminó, bajó de la escalera y sacó el trineo de detrás del cobertizo de las cabras, Heidi apareció en la puerta. Igual que el día anterior, el anciano la envolvió cuidadosamente y la tomó en brazos para regresar montaña arriba, arrastrando el trineo. Si hubiera dejado a la niña sentada sola, la manta habría acabado por soltarse y Heidi podría haberse congelado. Él lo sabía y la mantuvo bien abrigada contra su pecho.

Así fue transcurriendo el invierno. Después de muchos años sin alegrías, la abuela ciega había encontrado una nueva razón para sentirse feliz. Sus días ya no eran todos igualmente largos y oscuros: ahora siempre tenía algo hermoso que esperar.

Desde temprano escuchaba atentamente, aguardando el golpeteo ligero de los pasos de Heidi. Cuando por fin se abría la puerta y la pequeña aparecía dando saltos, la anciana exclamaba:

—¡Gracias a Dios! ¡Ha vuelto!

Heidi se sentaba junto a ella y conversaba con tanta animación que las horas transcurrían sin que la abuela lo notara. Ya nunca preguntaba como antes: «Brígida, ¿todavía no termina el día?». Ahora, cuando Heidi se despedía, decía:

—¡Qué corta se ha hecho la tarde! ¿No es verdad, Brígida?

—Claro que sí. Parece que acabáramos de retirar los platos del almuerzo —respondía su hija.

Entonces la abuela añadía:

—¡Que Dios nos conserve a esta niña y que su abuelo siga permitiéndole venir! ¿Tiene buen aspecto, Brígida?

—Está sana y sonrosada como una manzana —contestaba siempre la mujer.

Heidi también se había encariñado profundamente con la abuela. Cada vez que recordaba que nadie, ni siquiera su propio abuelo, podía devolverle la vista, sentía una tristeza inmensa. Pero la anciana le aseguraba una y otra vez que aquella pena se hacía mucho menor cuando Heidi estaba a su lado. Por eso la niña bajaba en trineo todos los días de invierno que hacía buen tiempo.

El abuelo, sin hablar demasiado del asunto, la acompañaba cada vez. Llevaba el martillo y otras herramientas, y dedicaba muchas tardes a reparar la casita de Pedro. El resultado fue notable: durante las noches ya no se oían crujidos ni golpes por todas partes. La abuela decía que hacía muchos inviernos que no conseguía dormir tan tranquila, y que nunca olvidaría aquel favor del abuelo de la montaña.

CAPÍTULO 5: LLEGA UNA VISITA Y DESPUÉS OTRA DE MAYORES CONSECUENCIAS

El invierno había pasado rápidamente, y todavía más deprisa el alegre verano que vino después. Un nuevo invierno estaba ya a punto de terminar. Heidi vivía tan contenta y feliz como los pajarillos del cielo, y cada día esperaba con mayor impaciencia la llegada de la primavera. Entonces el viento cálido del sur volvería a soplar entre los abetos y barrería la nieve; el sol luminoso haría salir las florecillas azules y amarillas de sus escondites, y regresarían los días de subir a los pastos, que para Heidi encerraban todo lo más hermoso que podía existir en el mundo.

Heidi estaba ya en su octavo año. Había aprendido de su abuelo toda clase de habilidades y sabía manejar a las cabras tan bien como cualquiera. Blanquita y Osita la seguían como perritos fieles y balaban alegremente en cuanto oían su voz.

Aquel invierno, Pedro había llevado dos veces un recado del maestro de la aldea: el abuelo debía enviar a la niña a la escuela, pues tenía edad más que suficiente para asistir y, en realidad, ya debió haber empezado el invierno anterior. Las dos veces el abuelo había contestado que, si el maestro quería algo de él, sabía dónde encontrarlo; pero que no enviaría a la niña a la escuela. Pedro había transmitido fielmente ambas respuestas.

Cuando el sol de marzo comenzó a derretir la nieve en las laderas y las primeras campanillas blancas asomaron por el valle, los abetos de la montaña se desprendieron de su pesada carga de nieve y sus ramas volvieron a agitarse libremente. Heidi corría de alegría de la puerta de la cabaña al establo, del establo a los árboles y de allí otra vez a donde estaba su abuelo, para contarle cuánto había crecido el pequeño trozo de tierra verde que se descubría debajo de los abetos. Apenas terminaba de hablar, salía otra vez a comprobarlo. No podía esperar a que toda la montaña se cubriera de verde y volviera el hermoso verano con sus flores.

Una soleada mañana de marzo, cuando Heidi cruzaba el umbral por décima vez, estuvo a punto de retroceder de un salto, porque de pronto encontró ante sí a un anciano vestido de negro que la miraba muy seriamente. Pero el desconocido, al advertir el susto de la niña, le dijo con amabilidad:

—No tienes que asustarte de mí. Quiero mucho a los niños. Dame la mano. Tú debes de ser Heidi. ¿Dónde está tu abuelo?

—Está sentado a la mesa, tallando cucharas redondas de madera —explicó Heidi, y abrió de nuevo la puerta.

Era el viejo pastor de la aldea, que había conocido bien al abuelo años atrás, cuando ambos vivían allí abajo y eran vecinos. Entró en la cabaña, se acercó al anciano, inclinado sobre su trabajo, y lo saludó:

—Buenos días, vecino.

El abuelo alzó la mirada con sorpresa, se puso de pie y respondió:

—Buenos días, señor pastor.

Después acercó una silla y añadió:

—Si no le molesta sentarse en una silla de madera, aquí tiene una.

El pastor tomó asiento.

—Hace mucho tiempo que no lo veía, vecino —dijo.

—Y yo tampoco lo veía a usted —contestó el abuelo.

—He venido hoy porque necesito hablar con usted de un asunto. Supongo que ya imagina de qué se trata y quisiera saber qué piensa hacer.

El pastor guardó silencio y miró a Heidi, que seguía junto a la puerta observando atentamente al visitante.

—Heidi, ve a ver las cabras —dijo el abuelo—. Puedes llevarles un poco de sal y quedarte con ellas hasta que vaya yo.

La niña desapareció inmediatamente.

—Esta pequeña debía haber empezado a ir a la escuela el año pasado y, con mayor razón, durante este invierno —comenzó el pastor—. El maestro le ha enviado avisos, pero usted no ha hecho caso. ¿Qué piensa hacer con la niña, vecino?

—Pienso no enviarla a la escuela —fue la respuesta.

El pastor miró sorprendido al abuelo, que permanecía sentado en su banco, con los brazos cruzados y una expresión que no anunciaba disposición alguna a ceder.

—¿Y qué pretende hacer de la pequeña? —preguntó.

—Nada en particular. Crece sana y fuerte entre las cabras y los pájaros. Allí se encuentra bien y no aprende nada malo de ellos.

—Pero la niña no es una cabra ni un pájaro; es una criatura humana. Es cierto que esos compañeros no le enseñarán nada malo, pero tampoco le enseñarán lo que necesita saber. Debe aprender, y ya ha llegado el momento. He venido a advertírselo con tiempo para que pueda organizarse durante el verano. Este ha sido el último invierno que la niña ha pasado sin instrucción. El próximo asistirá a la escuela todos los días.

—No lo haré, señor pastor —contestó el abuelo, sin vacilar.

—¿Cree de verdad que no habrá forma de hacerle entrar en razón, si persiste con tanta obstinación en una decisión tan poco razonable? —replicó el pastor, algo alterado—. Usted ha recorrido mundo, ha visto y aprendido muchas cosas. Esperaba mayor sensatez de su parte, vecino.

—¡Vaya! —exclamó el abuelo, cuya voz revelaba que estaba perdiendo la calma—. ¿Y cree usted que el invierno próximo mandaré a una niña tan delicada montaña abajo, durante dos horas, en una mañana helada, entre viento y nieve, para que después vuelva a subir al anochecer? ¡Hay días en que hasta un hombre hecho y derecho corre peligro de ahogarse entre la ventisca! ¿Y quiere que mande a una pequeña como ella? Acaso recuerde a su madre, Adelaida. Era sonámbula y sufría ataques. ¿Quiere que la niña termine también enferma por tanto esfuerzo? ¡Que venga alguien a obligarme! Iré ante todos los tribunales que haga falta, y veremos quién consigue imponérmelo.

—En eso tiene razón, vecino —respondió amablemente el pastor—. Desde aquí arriba sería imposible enviarla a la escuela. Pero veo que quiere mucho a esa niña. Por ella debería hacer algo que hace tiempo tendría que haber hecho: bajar otra vez a la aldea y vivir entre las personas.

»¿Qué clase de vida lleva aquí, solo, amargado contra Dios y contra los hombres? Si algún día le ocurriera algo en esta montaña, ¿quién acudiría a ayudarlo? Ni siquiera comprendo cómo logra no helarse durante el invierno en esta cabaña, ni cómo puede resistirlo una niña tan pequeña.

—La niña tiene sangre joven y una buena manta, señor pastor. Y le diré otra cosa: sé dónde encontrar leña y cuál es el mejor momento para recogerla. Puede mirar en mi cobertizo si quiere; allí hay bastante. En mi cabaña nunca falta el fuego durante el invierno. En cuanto a eso de bajar al pueblo, no es para mí. Las personas de allí me desprecian y yo las desprecio a ellas. Nos mantenemos separados, y así estamos mejor todos.

—No, vecino, no está usted bien; yo sé lo que le falta —dijo el pastor con afecto—. El desprecio de los demás no es tan grande como imagina. Créame: haga las paces con Dios, pídale perdón por aquello en que lo necesite y vuelva a vivir entre sus vecinos. Entonces verá cómo cambia la manera en que lo reciben y cuánto mejor puede sentirse.

El pastor se levantó, tendió la mano al abuelo y añadió con la misma cordialidad:

—Cuento con ello, vecino. El invierno próximo espero verlo otra vez en la aldea, y que volvamos a ser los buenos vecinos de antes. Me entristecería mucho que hubiera que recurrir a medidas obligatorias. Deme la mano y prométame que bajará a vivir entre nosotros, reconciliado con Dios y con las personas.

El abuelo estrechó la mano del pastor, pero respondió con firmeza:

—Sé que usted desea mi bien, señor pastor. Pero no haré lo que me pide. Lo digo claramente y no cambiaré de opinión: ni enviaré a la niña a la escuela ni bajaré a vivir al pueblo.

—¡Que Dios lo ayude! —dijo el pastor, y salió entristecido de la cabaña para emprender el descenso.

El abuelo quedó de mal humor. Cuando Heidi le dijo aquella tarde: «Ahora iremos a ver a la abuela», respondió secamente: «Hoy no». No volvió a hablar durante todo el día. A la mañana siguiente, cuando Heidi preguntó si podrían visitar a la abuela, el anciano seguía tan parco y contestó: «Ya veremos».

Pero, antes de que hubieran terminado de recoger los cuencos del almuerzo, apareció otra visita en la puerta: era la tía Dete.

Llevaba un bonito sombrero adornado con una pluma y un vestido tan largo que iba barriendo cuanto encontraba por el suelo; y en aquella cabaña había bastantes cosas que no convenía que se engancharan en la tela. El abuelo la miró de arriba abajo sin decir palabra.

Dete, en cambio, estaba resuelta a mantener una conversación muy amable. Empezó alabando el aspecto saludable de Heidi. Dijo que casi no la había reconocido y que era evidente que la niña no lo había pasado mal al lado de su abuelo.

Sin embargo, prosiguió, siempre había pensado en quitarle de encima aquella responsabilidad, porque comprendía perfectamente que una pequeña debía de estorbarle. Cuando se la llevó, no había encontrado otro lugar donde dejarla, pero desde entonces no había cesado de pensar, día y noche, dónde podría

colocarla. Y precisamente por eso venía ahora: acababa de enterarse de una oportunidad tan extraordinaria para Heidi que al principio no había podido creerla. Se había informado de inmediato y ahora podía asegurar que el asunto estaba prácticamente arreglado. ¡Una suerte semejante no le tocaba ni a una persona entre cien mil!

Una familia de parientes de sus señores, inmensamente rica, vivía en una de las casas más hermosas de Fráncfort. Tenían una hija única que debía pasar todo el tiempo en una silla de ruedas, pues tenía paralizado un lado del cuerpo y, además, su salud era delicada. La niña se encontraba casi siempre sola, recibía las clases de un profesor particular y se aburría mucho. Deseaba tener una compañera en casa. Se había hablado entonces de encontrar una niña que reuniera las condiciones solicitadas por la señora que dirigía la casa, porque la familia sentía mucha compasión por la pequeña enferma y quería procurarle una amiga agradable.

La encargada de la casa había expresado el deseo de encontrar una niña sencilla, sin artificios, singular, distinta de las que se ven todos los días. Dete había pensado inmediatamente en Heidi, había acudido a describirla, explicando cómo era y cuál era su carácter, y la señora había aceptado la propuesta sin demora.

Nadie podía imaginar la felicidad y el bienestar que aguardaban a Heidi. Una vez instalada allí, si la familia llegaba a encariñarse con ella, quién sabía lo que podría suceder. Y si algo le ocurriera a su hija, que era tan delicada, y los padres no quisieran quedarse sin una niña en casa, bien podría llegarle a Heidi una fortuna extraordinaria...

—¿Vas a terminar pronto? —la interrumpió el abuelo, que hasta entonces no había dicho una palabra.

—¡Vaya! —respondió Dete, levantando la cabeza—. ¡Habla usted como si le hubiese venido a contar la cosa más vulgar del mundo! En todo el Prättigau no habría una sola persona que no diera gracias a Dios si yo le llevara una noticia semejante.

—Pues llévasela a quien quieras. A mí no me interesa —contestó secamente el abuelo.

Dete estalló entonces como un cohete:

—¡Ah, conque esas tenemos! Pues ahora le diré también lo que pienso. ¡La niña tiene ya ocho años y no sabe nada porque usted no permite que aprenda! No quiere mandarla ni a la escuela ni a la iglesia; en la aldea me lo han contado. Es hija de mi única hermana y yo tengo la responsabilidad de velar por su bienestar. Si una niña puede tener una oportunidad como esta, solo se opondría alguien a quien no le importara nadie y que no deseara el bien de ninguna persona.

»¡Pero no cederé! Se lo advierto. Todos los vecinos están de mi parte; no hay uno solo que no me ayude contra usted. Y si quiere llevar el asunto a los tribunales, piénselo bien, abuelo: podrían recordarse cosas de su pasado que preferiría no volver a oír. Cuando interviene la justicia, salen a la luz asuntos que todo el mundo creía olvidados.

—¡Calla! —tronó el abuelo, y sus ojos echaron chispas—. ¡Llévatela y échala a perder! ¡Pero no vuelvas a presentarte ante mí con ella! No quiero volver a verla con un sombrero de plumas en la cabeza ni hablando como tú has hablado hoy.

Dicho esto, el abuelo salió de la cabaña a grandes zancadas.

—Has hecho enfadar al abuelo —dijo Heidi, mirando a su tía con sus ojos negros, llenos de reproche.

—Ya se le pasará. Vamos, ven —insistió Dete—. ¿Dónde está tu ropa?

—No voy —respondió Heidi.

—¿Qué dices? —exclamó su tía. Luego cambió de tono y continuó, medio cariñosa, medio contrariada—. Vamos, vamos, tú no entiendes estas cosas. Estarás tan bien que ni siquiera puedes imaginarlo.

Se acercó al armario, sacó las prendas de Heidi y las reunió en un hatillo.

—¡Anda! Toma ese sombrerito. No es precisamente bonito, pero por ahora servirá. Póntelo y salgamos cuanto antes.

—No voy —repitió Heidi.

—¡No seas tonta y testaruda como una cabra! Se nota que has aprendido sus costumbres. Comprende que el abuelo está enfadado. Lo has oído decir que no quiere volver a vernos y que desea que te marches conmigo. No debes hacerlo enfadar todavía más. No sabes lo bonito que es Fráncfort ni cuántas cosas vas a conocer allí. Y si luego no te gusta, podrás volver a casa. Para entonces el abuelo ya estará contento otra vez.

—¿Podré dar media vuelta y regresar esta misma noche? —preguntó Heidi.

—¡Pero qué cosas dices! ¡Vamos ya! Te estoy diciendo que podrás volver cuando quieras. Hoy bajaremos hasta Maienfeld y mañana por la mañana tomaremos el tren. Después podrás volver a casa en un abrir y cerrar de ojos. ¡Se viaja como si volaras!

Dete tomó el hatillo de ropa bajo el brazo, agarró de la mano a Heidi y emprendieron juntas el descenso de la montaña.

Como todavía no había llegado la época de subir el rebaño a los pastos, Pedro seguía yendo a la escuela de la aldea, o por lo menos debía hacerlo. Sin embargo, de vez en cuando se concedía un día de vacaciones por su cuenta, pues pensaba que ir a clase no servía de nada, que no necesitaba aprender a leer y que era mucho más útil corretear por el campo y buscar varas largas que después pudieran aprovecharse.

Aquel día regresaba precisamente hacia su cabaña con una prueba visible del éxito de sus ocupaciones: llevaba al hombro un enorme haz de varas largas y gruesas de avellano. Al ver que Dete y Heidi se acercaban, se detuvo y se quedó mirándolas hasta que llegaron a su lado.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo que ir un momento a Fráncfort con mi tía —respondió Heidi—, pero antes quiero entrar a ver a la abuela. Me estará esperando.

—No, no, ni hablar. Es demasiado tarde —dijo Dete con prisa, sujetando con firmeza la mano de Heidi, que ya intentaba apartarse—. Podrás visitarla cuando vuelvas. ¡Vamos!

Y continuó tirando de la niña sin soltarla, pues temía que, una vez dentro de la cabaña, Heidi se negara de nuevo a marcharse y que la abuela intentara ayudarla.

Pedro entró de un salto en su casa y arrojó el haz de varas sobre la mesa con tal estrépito que todo tembló. La abuela se levantó sobresaltada de su rueca y dio un grito de miedo. Pedro había necesitado desahogar su rabia.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —preguntó la anciana, asustada.

Su madre, que estaba sentada a la mesa y casi había saltado de la silla por el ruido, preguntó con su habitual paciencia:

—¿Qué te pasa, Pedrito? ¿Por qué haces tanto escándalo?

—Porque se han llevado a Heidi —explicó el muchacho.

—¿Quién? ¿Quién se la ha llevado? ¿Adónde, Pedrito? —preguntó la abuela, ahora todavía más angustiada.

Pero enseguida debió de comprender lo ocurrido. Poco antes, Brígida le había contado que había visto a Dete subir hacia la cabaña del abuelo. Temblando por la urgencia, abrió la ventana y comenzó a gritar con voz suplicante:

—¡Dete! ¡Dete! ¡No nos quites a la niña! ¡No te lleves a Heidi!

Las dos caminantes oyeron su voz, y Dete seguramente adivinó lo que decía, porque apretó todavía más la mano de Heidi y se apresuró cuanto pudo. La niña intentó resistirse.

—¡La abuela me ha llamado! Quiero ir a verla.

Pero aquello era precisamente lo que Dete deseaba impedir. Procuró tranquilizar a Heidi diciéndole que debían avanzar deprisa para no llegar demasiado tarde y poder continuar el viaje al día siguiente. Ya vería lo mucho que le gustaría Fráncfort, tanto que quizá no quisiera abandonarla nunca. Y si deseaba volver, podría hacerlo enseguida y traerle a la abuela un regalo que la llenara de alegría.

Aquella idea agradó mucho a Heidi, que comenzó a caminar sin oponer resistencia.

—¿Qué podría llevarle a la abuela? —preguntó al cabo de un rato.

—Algo muy rico —respondió Dete—. Unos panecillos blancos, hermosos y blanditos. Se pondrá contentísima, porque casi no puede comer ya ese pan negro tan duro.

—Sí, siempre se lo da a Pedro y dice: «Para mí es demasiado duro». Yo misma lo he visto —confirmó Heidi—. ¡Entonces caminemos deprisa, tía Dete! Quizá lleguemos hoy a Fráncfort y así podré volver pronto con los panecillos.

Heidi empezó a correr tan deprisa que Dete, con el hatillo bajo el brazo, apenas podía seguirle el paso. Pero su tía estaba encantada de que avanzaran tan rápidamente, porque ya se acercaban a las primeras casas de la aldea y allí podían surgir comentarios y preguntas que hicieran cambiar de idea a la niña. Por eso siguió adelante sin detenerse, mientras Heidi tiraba de su mano con tanta fuerza que cualquiera habría pensado que era la pequeña quien tenía prisa por marcharse.

A todos los saludos y preguntas que llegaban de puertas y ventanas, Dete respondía siempre lo mismo:

—¡Ya ven que no puedo pararme! ¡La niña tiene prisa y todavía nos queda mucho camino!

—¿Te la llevas? —preguntaban unos.

—¿Se escapa del abuelo de la montaña? —querían saber otros.

—¡Ya es un milagro que siga viva! —se oía comentar.

—¡Y con esas mejillas tan coloradas! —añadían desde otra casa.

Dete estaba satisfecha de poder atravesar el pueblo sin tener que dar explicaciones. Heidi no decía palabra y únicamente se esforzaba por seguir adelante.

Desde aquel día, cuando el abuelo bajaba a la aldea, llevaba una expresión todavía más sombría que antes. No saludaba a nadie. Con el armazón para transportar quesos a la espalda, su enorme bastón en la mano y las espesas cejas fruncidas, tenía un aspecto tan amenazador que algunas mujeres advertían a sus hijos pequeños:

—¡Cuidado! ¡Apártate del camino del abuelo de la montaña, que podría hacerte algo!

El anciano no trataba con nadie en la aldea. Simplemente la atravesaba y continuaba hasta el valle, donde vendía sus quesos y compraba sus provisiones de pan y carne.

Después de su paso, los vecinos se reunían en pequeños grupos y cada cual tenía alguna observación que hacer: que cada día parecía más fiero, que ni siquiera respondía ya a un saludo, que estaba más apartado de la gente que nunca. Todos coincidían en que había sido una gran suerte que Heidi pudiera marcharse. ¡Bien se había visto cómo tiraba de la mano de su tía, como si temiera que el anciano la persiguiera para obligarla a volver!

Solo la abuela ciega de Pedro seguía defendiendo con firmeza al abuelo. A cuantas personas acudían a su casa a llevarle lana para hilar o a recoger el hilo terminado, les repetía lo bueno y cuidadoso que había sido con Heidi, cuánto había hecho por ella y por Brígida, y cuántas tardes había dedicado a reparar su humilde vivienda, que sin su ayuda seguramente ya se habría venido abajo.

Estos relatos también llegaban a la aldea, pero la mayoría de quienes los oían decían que la abuela era demasiado vieja para comprender bien las cosas, que probablemente había entendido mal lo sucedido y que, ya que no podía ver, acaso tampoco oyera como antes.

El abuelo dejó de visitar la casa de Pedro. Por fortuna, había asegurado tan bien sus paredes y su tejado que la vivienda pudo resistir mucho tiempo sin que nadie volviera a repararla.

La abuela ciega comenzó otra vez a pasar los días entre suspiros. No transcurría ninguno sin que dijera tristemente:

—¡Ay! Con esa niña se nos han ido toda la alegría y todo lo bueno de nuestra casa. ¡Qué vacíos se han vuelto los días! ¡Si al menos pudiera oír la voz de Heidi una vez más antes de morir!

CAPÍTULO 6: UN NUEVO CAPÍTULO Y MUCHAS NOVEDADES

En la casa del señor Sesemann, en Fráncfort, Clara, su hija enferma, se encontraba en el cómodo sillón de ruedas en el que pasaba el día entero y que trasladaban de una habitación a otra. En aquel momento estaba en la llamada sala de estudio, contigua al gran comedor. Los diversos objetos que allí había daban al aposento un aspecto acogedor y dejaban ver que la familia acostumbraba a pasar mucho tiempo en él. Una hermosa biblioteca con puertas de cristal explicaba el nombre de la estancia y hacía suponer que era allí donde Clara recibía diariamente sus lecciones.

Clara tenía el rostro pálido y delgado y dos ojos azules de mirada dulce. En ese instante los mantenía fijos en el gran reloj de la pared, cuyas agujas parecían avanzar con extraordinaria lentitud. Aunque no solía impacientarse, preguntó con cierta inquietud:

—¿Todavía no es la hora, señorita Rottenmeier?

La señorita Rottenmeier estaba sentada muy erguida ante una mesita, ocupada en su bordado. Llevaba una prenda bastante singular, con un cuello grande, a modo de media capa, que le confería un aire solemne. Completaba su aspecto un tocado elevado, semejante a una pequeña cúpula.

Desde la muerte de la señora de la casa, años atrás, la señorita Rottenmeier dirigía el hogar de los Sesemann y supervisaba al personal de servicio. Como el señor Sesemann viajaba con frecuencia, dejaba la casa bajo su responsabilidad, con la condición de que su hija tuviera voz en todas las decisiones y de que nada se hiciera en contra de sus deseos.

Mientras Clara preguntaba por segunda vez cuándo llegarían las personas que aguardaban, abajo, ante la puerta principal, la tía Dete sujetaba de la mano a Heidi. Acababan de llegar, y Dete preguntó al cochero Johann, que bajaba del carruaje, si sería oportuno molestar a la señorita Rottenmeier a aquellas horas.

—Eso no es asunto mío —gruñó el cochero—. Llame a Sebastián, el criado que está dentro, en el corredor.

Dete obedeció. Al poco rato bajó por las escaleras un criado que llevaba grandes botones redondos en la chaqueta y unos ojos casi tan redondos como aquellos.

—Quisiera saber si todavía puedo hablar con la señorita Rottenmeier —repitió Dete.

—Eso no es asunto mío —respondió Sebastián—. Haga venir a la doncella Tinette con la otra campanilla.

Sin añadir palabra desapareció. Dete volvió a llamar, y esta vez apareció en la escalera la doncella Tinette, con una pequeña cofia de blancura deslumbrante sobre la cabeza y una expresión burlona en el rostro.

—¿Qué desea? —preguntó desde lo alto, sin molestarse en bajar.

Dete repitió su petición. Tinette se retiró un instante y reapareció enseguida.

—Las están esperando —anunció.

Dete subió con Heidi y siguió a la doncella hasta la sala de estudio. Al entrar se quedó respetuosamente junto a la puerta, sin soltar la mano de su sobrina. No estaba muy segura de lo que la pequeña podía hacer en aquel ambiente tan desconocido para ella.

La señorita Rottenmeier se levantó despacio y se acercó para examinar a la futura compañera de Clara. Por su expresión, el resultado no parecía satisfactorio. Heidi llevaba un sencillo vestido de algodón y su

viejo sombrero de paja, ya bastante aplastado. La niña miraba alrededor con inocente curiosidad, aunque lo que más le llamaba la atención era aquella construcción tan alta que la dama llevaba en la cabeza.

Durante unos momentos ambas se observaron sin hablar. Finalmente preguntó la señorita Rottenmeier:

—¿Cómo te llamas?

—Heidi —respondió la pequeña con voz clara y sonora.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Ese no puede ser un nombre cristiano! No te habrán bautizado así. ¿Qué nombre recibiste al bautizarte?

—Ahora ya no lo recuerdo —contestó Heidi.

—¡Vaya manera de responder! —exclamó la dama, meneando la cabeza—. Señorita Dete, ¿es esta niña poco inteligente o está siendo insolente?

—Con su permiso, señora, si me permite hablar por ella... —intervino Dete, después de dar disimuladamente un pequeño empujón a Heidi por su respuesta—. La niña tiene muy poca experiencia, pero no es tonta ni insolente. Ni siquiera sabe lo que significan esas cosas. Dice exactamente lo que piensa. Es la primera vez que entra en una casa distinguida y aún desconoce las buenas maneras, pero tiene buena disposición y puede aprender, si usted se muestra indulgente. La bautizaron Adelheid, como a su madre, mi difunta hermana.

—Bueno, al menos ese es un nombre que puede decirse —observó la señorita Rottenmeier—. Pero debo decirle, señorita Dete, que esta niña me parece bastante extraña para su edad. Le expliqué que la compañera de la señorita Clara debía tener aproximadamente sus mismos años, para que ambas recibieran las mismas lecciones y compartieran sus ocupaciones. Clara ya ha cumplido los doce. ¿Cuántos años tiene esta niña?

—Con su permiso, señora —comenzó Dete con renovada elocuencia—, ahora mismo no sabría decirlo con total exactitud. Es algo más pequeña, desde luego, pero no mucho. Yo diría que tendrá unos diez años, quizá algo más.

—Ahora tengo ocho; me lo dijo el abuelo —declaró Heidi.

Su tía volvió a darle un codazo, pero la niña no comprendió por qué lo hacía y no se turbó en absoluto.

—¿Solo ocho años? —exclamó indignada la señorita Rottenmeier—. ¡Cuatro años menos de lo convenido! ¿Y qué vamos a hacer ahora? Dime, ¿qué has aprendido? ¿Qué libros utilizabas para tus lecciones?

—Ninguno —respondió Heidi.

—¿Cómo? Entonces, ¿con qué aprendiste a leer?

—No he aprendido a leer, y Pedro tampoco —explicó Heidi.

—¡Santo cielo! ¿No sabes leer? ¿De verdad no sabes leer? —preguntó la dama, cada vez más alarmada—. Entonces, ¿qué has aprendido?

—Nada —respondió Heidi, diciendo la verdad.

La señorita Rottenmeier necesitó unos instantes para recobrar la serenidad.

—Señorita Dete, nada de esto es como habíamos acordado. ¿Cómo se le ha ocurrido traerme a una niña así?

Pero Dete no se dejó intimidar.

—Perdone, señora, pero yo creí que era exactamente lo que usted buscaba. Me dijo que quería una niña especial, diferente de las demás, y pensé que esta era perfecta. Las mayores de nuestra comarca ya no son tan originales. Ahora debo marcharme; mis señores me esperan. Si me lo permiten, regresaré pronto a ver cómo se encuentra.

Hizo una reverencia y salió apresuradamente por la puerta y escaleras abajo. La señorita Rottenmeier permaneció un instante inmóvil y después corrió tras ella: recordó que aún tenía muchos asuntos que tratar antes de aceptar definitivamente a la niña en la casa. Pero Dete ya había tomado la decisión de dejar allí a Heidi.

Heidi continuaba de pie en el mismo lugar, junto a la puerta. Hasta entonces Clara lo había observado todo sin intervenir. Ahora le hizo una seña.

—Ven aquí.

Heidi se acercó al sillón de ruedas.

—¿Prefieres que te llamen Heidi o Adelheid? —preguntó Clara.

—Yo me llamo Heidi y nada más —contestó la niña.

—Entonces te llamaré siempre Heidi —dijo Clara—. Me gusta ese nombre para ti. Nunca lo había oído y tampoco había visto a una niña como tú. ¿Siempre has llevado el pelo tan corto y rizado?

—Sí, creo que sí.

—¿Te alegra haber venido a Fráncfort?

—No. Pero mañana regresaré a casa y llevaré panecillos blancos a la abuela —explicó Heidi.

—¡Qué niña más curiosa eres! —exclamó Clara—. Te han hecho venir precisamente para que te quedes conmigo y compartas mis clases. Y ahora las clases serán mucho más divertidas, porque no sabes leer y habrá algo nuevo que aprender. Antes eran terriblemente aburridas y las mañanas no terminaban nunca. El profesor viene todos los días a las diez y estudiamos hasta las dos. ¡Es muchísimo tiempo! A veces acerca tanto el libro a la cara que parece haberse vuelto miope de pronto, pero yo sé que solo trata de ocultar sus enormes bostezos.

Clara, animada por tener por fin una compañera a quien contarle esas cosas, continuó:

—La señorita Rottenmeier también saca de vez en cuando su gran pañuelo y se cubre toda la cara, como si algo que estamos leyendo la hubiera conmovido profundamente. Pero yo sé muy bien que detrás está bostezando. Y entonces también me entran ganas de bostezar, aunque tengo que contenerme. Si bostezo una sola vez, la señorita Rottenmeier trae enseguida el aceite de hígado de bacalao y asegura que vuelvo a estar débil. ¡Tomar ese aceite es lo más horrible del mundo! Prefiero tragarme los bostezos. Pero ahora será mucho más entretenido escuchar cómo aprendes a leer.

Al oír hablar de aprender a leer, Heidi meneó la cabeza con evidente preocupación.

—Sí, sí, Heidi, naturalmente tendrás que aprender —la tranquilizó Clara—. Todo el mundo debe hacerlo. El profesor es muy bueno y nunca se enfada; te explicará todo. Solo hay una cosa: cuando empieza una explicación, al principio no entiendes nada. Entonces es mejor esperar sin decir palabra, porque si preguntas, vuelve a explicarlo con mayor detalle y lo entiendes todavía menos. Después, cuando ya has aprendido, comprendes lo que quería decir.

En aquel momento regresó la señorita Rottenmeier. No había conseguido hacer volver a Dete y se encontraba visiblemente alterada. Ni siquiera había tenido tiempo de explicarle todo lo que no correspondía a lo convenido. Tampoco sabía cómo deshacer el acuerdo, sobre todo porque había sido ella misma quien había organizado la llegada de la niña.

Atravesó la sala de estudio, pasó al comedor, volvió sobre sus pasos y enseguida regresó al comedor, donde Sebastián examinaba atentamente la mesa puesta, asegurándose de que nada faltara.

—¡Deje sus grandes reflexiones para mañana y haga que podamos cenar de una vez! —le ordenó con brusquedad.

Pasó junto a él y llamó a Tinette en un tono tan poco amable que la doncella acudió con pasos todavía más cortos de lo habitual y una expresión tan burlona que ni siquiera la señorita Rottenmeier se atrevió a reprenderla. Tuvo que esforzarse para dominar su irritación.

—Tinette, hay que preparar la habitación de la recién llegada. Todo está dispuesto; quite solamente el polvo de los muebles.

—¡Vaya, sí que merece la pena! —murmuró Tinette con sarcasmo antes de retirarse.

Mientras tanto, Sebastián abrió las puertas dobles de la sala de estudio con un golpe bastante fuerte. Estaba furioso, pero no podía permitirse responder a la señorita Rottenmeier y necesitaba desahogarse de algún modo. Entró para trasladar a Clara hasta el comedor. Mientras ajustaba una pieza de la parte trasera del sillón que se había desplazado, Heidi se colocó frente a él y lo miró fijamente. Sebastián se dio cuenta.

—Bueno, ¿qué hay de particular en mí? —le preguntó de mal humor.

Si hubiera visto a la señorita Rottenmeier, que acababa de aparecer en la puerta, quizá no se habría atrevido a hablarle así.

—Te pareces a Pedro, el cabrero —respondió Heidi con toda naturalidad.

La dama juntó las manos, horrorizada.

—¡Es increíble! —gimió—. ¡Ahora tutea al criado! Esta criatura desconoce hasta las normas más elementales.

Sebastián acercó el sillón, levantó a Clara y la instaló en su asiento junto a la mesa. La señorita Rottenmeier se sentó a su lado e indicó a Heidi que ocupara la silla de enfrente. Nadie más acudió a cenar, de manera que las tres quedaron bastante separadas y Sebastián tenía espacio de sobra para ofrecer los platos.

Junto al cubierto de Heidi había un hermoso panecillo blanco. La niña lo miró con gran alegría. El parecido que había encontrado entre Sebastián y su amigo Pedro parecía haber despertado inmediatamente su confianza en el criado. Permaneció quietecita hasta que él se acercó con una gran fuente de pescaditos fritos.

—¿Puedo quedarme con esto? —preguntó Heidi señalando el panecillo.

Sebastián asintió, aunque lanzó una mirada de reojo a la señorita Rottenmeier, intrigado por la reacción que aquella pregunta pudiera provocar. Heidi tomó enseguida el panecillo y se lo guardó en el bolsillo.

El criado hizo una mueca para contener la risa: sabía que no le estaba permitido reírse en la mesa. Siguió inmóvil con la fuente en las manos, pues tampoco podía hablar ni retirarse antes de que la niña se sirviera.

Heidi lo observó durante un rato, extrañada.

—¿Tengo que comer también de eso? —preguntó al fin.

Sebastián volvió a asentir.

—Pues dame —dijo ella, mirando tranquilamente su plato.

Esta vez el esfuerzo de Sebastián por no reírse fue tan grande que la fuente empezó a temblarle peligrosamente entre las manos.

—Puede dejar la fuente sobre la mesa y regresar después —ordenó severamente la señorita Rottenmeier.

Sebastián desapareció de inmediato.

—Adelheid, veo que tendré que enseñarte hasta los principios más elementales —prosiguió la dama con un profundo suspiro—. Ante todo, voy a explicarte cómo debes servirte en la mesa.

Y comenzó una demostración minuciosa de todos los movimientos que la niña debía realizar.

—Además, debes comprender que no puedes hablar con Sebastián mientras comemos, ni en ninguna otra ocasión, salvo que necesites darle una orden o hacerle una pregunta indispensable. Y entonces jamás debes tratarlo con la familiaridad con que acabas de hacerlo. Debes tratarlo siempre de usted y dirigirte a él con el debido respeto. A Tinette la llamarás señorita Tinette. A mí me llamarás como oigas que lo hacen los demás. Clara decidirá por sí misma cómo debes llamarla.

—Naturalmente, Clara —intervino esta.

Todavía siguió una larga enumeración de reglas: cuándo levantarse y acostarse, cómo entrar y salir de las habitaciones, dónde guardar las cosas, cómo cerrar las puertas y muchos otros asuntos semejantes.

Pero Heidi se había levantado aquella mañana antes de las cinco y había pasado un día entero de viaje. Mientras la señorita Rottenmeier seguía explicándole las normas de la casa, los ojos comenzaron a cerrársele. La niña apoyó la espalda en el sillón y se quedó profundamente dormida.

Después de un buen rato, cuando la dama terminó por fin su instrucción, preguntó:

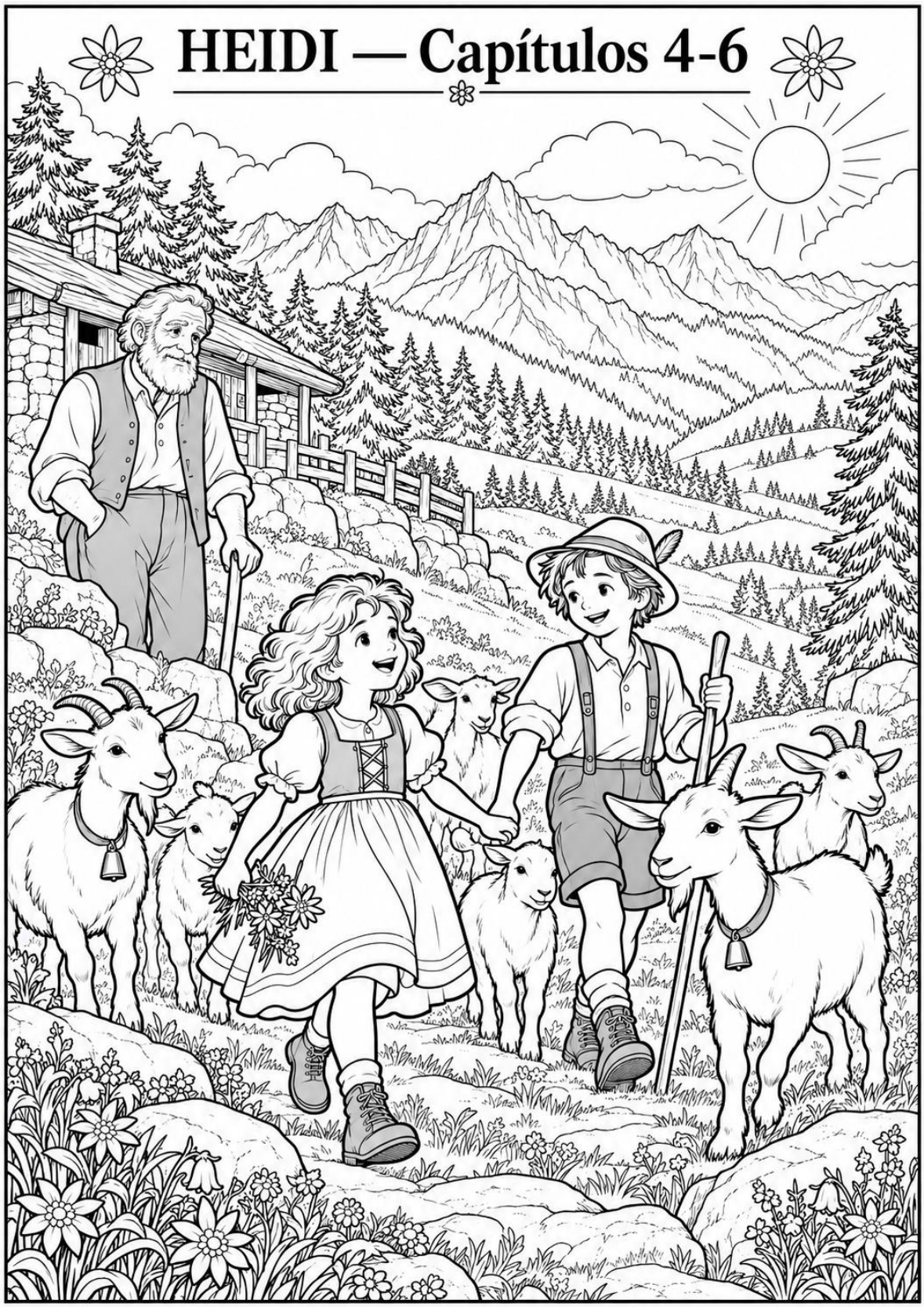
—Y ahora, Adelheid, ¿has comprendido bien todo lo que te he explicado?

—Heidi lleva mucho tiempo dormida —respondió Clara, muy divertida.

Hacía mucho que una cena no le resultaba tan entretenida.

—¡Es inaudito lo que una tiene que soportar con esta niña! —exclamó la señorita Rottenmeier, fuera de sí.

Tocó la campanilla con tanta fuerza que Tinette y Sebastián entraron precipitadamente. Pero ni siquiera aquel ruido consiguió despertar a Heidi. Tuvieron grandes dificultades para hacerla abrir los ojos lo suficiente y llevarla a su dormitorio: primero atravesaron la sala de estudio, luego la habitación de Clara y después la de la señorita Rottenmeier, hasta llegar a un cuarto situado en una esquina, que habían preparado para ella.


HEIDI — Capítulos 4-6

CAPÍTULO 7: LA SEÑORITA ROTTENMEIER TIENE UN DÍA AGITADO

Cuando Heidi abrió los ojos la primera mañana que pasó en Fráncfort, no pudo comprender lo que estaba viendo. Se restregó los ojos con fuerza y miró de nuevo; pero todo seguía igual. Se encontraba en una cama alta y blanca, dentro de una habitación grande y espaciosa. Por donde entraba la luz colgaban unas cortinas blancas, larguísimas; cerca había dos sillones tapizados con grandes flores y un sofá con el mismo dibujo, delante del cual se encontraba una mesa redonda. En un rincón había un lavabo con objetos que Heidi no había visto jamás.

De pronto recordó que estaba en Fráncfort. Todo cuanto había ocurrido el día anterior volvió a su memoria y, al final, también las instrucciones de la señorita Rottenmeier, al menos aquellas que había alcanzado a escuchar.

Saltó de la cama y se vistió rápidamente. Después corrió de una ventana a otra: quería ver el cielo y la tierra que había fuera. Se sentía encerrada, como si aquellas cortinas fueran los barrotes de una jaula. No consiguió apartarlas del todo, así que se deslizó por detrás para llegar al cristal. Pero la ventana estaba tan alta que apenas podía asomar la cabeza por encima del alféizar.

Y lo que vio no era lo que buscaba. Miró por una ventana, luego por otra y volvió a la primera. Por todas partes aparecían muros y ventanas, y luego más muros y más ventanas. Una angustia desconocida empezó a apoderarse de ella.

Era todavía temprano. En los Alpes estaba acostumbrada a levantarse al amanecer, correr a la puerta de la cabaña y comprobar si el cielo estaba azul y el sol había salido, si los abetos susurraban y si las pequeñas flores habían abierto ya sus ojos. Como un pajarillo encerrado por primera vez en una jaula reluciente, que revolotea de un lado a otro y prueba todos los barrotes buscando una salida, Heidi fue de ventana en ventana intentando abrirlas. Estaba segura de que, si conseguía hacerlo, vería algo distinto: el suelo, la hierba verde, quizá los últimos restos de nieve derritiéndose en las laderas.

Pero las ventanas no se movieron. Heidi tiró, giró los cierres y trató de introducir sus deditos bajo los marcos para levantarlos. Todo estaba firmemente cerrado. Finalmente abandonó su intento. Pensó entonces que tal vez podría salir de la casa y dar la vuelta hasta encontrar algún terreno verde: recordaba que, al llegar la víspera, por delante de la casa no había visto más que piedras.

En ese momento llamaron a la puerta y, casi enseguida, Tinette asomó la cabeza.

—El desayuno está servido —anunció secamente.

Heidi no comprendió aquellas palabras como una invitación a seguirla. Además, el rostro desdeñoso de Tinette parecía advertirle que no se acercara demasiado. Así lo entendió la niña. Sacó un pequeño taburete de debajo de la mesa, lo llevó a un rincón, se sentó y aguardó muy quieta a ver qué ocurría.

Transcurrió algún tiempo antes de que se oyera un ruido apresurado. Era la señorita Rottenmeier, que ya estaba nuevamente alterada y exclamó desde la puerta:

—¿Qué pasa contigo, Adelaida? ¿No sabes lo que significa que el desayuno está servido? ¡Ven inmediatamente!

Eso sí lo entendió Heidi y la siguió sin demora. En el comedor, Clara llevaba ya un buen rato sentada a la mesa. Recibió a su nueva amiga con una sonrisa especialmente alegre: presentía que aquel día volverían a suceder cosas muy diferentes de las acostumbradas.

El desayuno transcurrió sin incidentes. Heidi comió tranquilamente su pan con mantequilla. Después llevaron a Clara al cuarto de estudio y la señorita Rottenmeier ordenó a Heidi que permaneciera a su lado hasta la llegada del profesor.

Cuando las dos niñas se quedaron solas, Heidi preguntó de inmediato:

—¿Cómo se hace aquí para mirar afuera y ver hasta el suelo?

—Se abre una ventana y se mira —respondió Clara, divertida.

—Pero estas ventanas no se pueden abrir —dijo Heidi con tristeza.

—Claro que sí. Lo que pasa es que tú todavía no sabes hacerlo, y yo tampoco puedo ayudarte. Cuando veas a Sebastián, pídele que te abra una.

Saber que las ventanas podían abrirse alivió enormemente a Heidi. Desde que había despertado, la sensación de estar prisionera no la había abandonado. Clara empezó entonces a preguntarle cómo era su casa. Heidi le habló con entusiasmo de los Alpes, de las cabras, de los pastos y de todas las cosas que tanto quería.

Mientras tanto había llegado el profesor. Pero aquella mañana la señorita Rottenmeier no lo condujo directamente al cuarto de estudio, como de costumbre. Primero tenía que exponerle una preocupación que la atormentaba. Lo hizo pasar al comedor, se sentó frente a él y comenzó a relatarle, con gran agitación, el lamentable estado en que se encontraba.

Tiempo atrás había escrito al señor Sesemann, que por entonces estaba en París, explicándole que Clara deseaba desde hacía mucho tener una compañera en casa. Ella misma consideraba que una niña de su edad podría estimular a Clara durante las lecciones y distraerla durante las demás horas. En realidad, a la señorita Rottenmeier también le parecía conveniente disponer de alguien que hiciera compañía a Clara, pues a menudo resultaba agotador ocuparse de entretenerla.

El señor Sesemann había respondido que aceptaba encantado el deseo de su hija, con una condición: la nueva compañera debía recibir exactamente el mismo trato que Clara. No quería que se maltratara a ningún niño bajo su techo. La señorita Rottenmeier consideraba aquella advertencia completamente innecesaria: ¡como si alguien hubiera pensado maltratar a una criatura!

Luego explicó al profesor cuán terriblemente se había equivocado con la recién llegada. Enumeró una por una todas las pruebas de la absoluta falta de conocimientos que, a su juicio, había dado la niña. El profesor no solo tendría que empezar a enseñarle desde las primeras letras: ella misma tendría que comenzar desde el principio en todo lo referente a la educación y a las buenas maneras.

Solo veía una salida a aquella desgracia: que el profesor declarara imposible educar juntas a dos niñas de niveles tan distintos sin perjudicar gravemente a la más adelantada. Aquello sería una razón suficiente para convencer al señor Sesemann de que permitiera devolver de inmediato a Heidi al lugar de donde

había venido. Sin su consentimiento, la señorita Rottenmeier no se atrevía a tomar esa decisión, ahora que el dueño de la casa sabía que la niña había llegado.

Pero el profesor era un hombre prudente, que no juzgaba precipitadamente. Trató de tranquilizarla con muchas explicaciones. Si la recién llegada estaba muy atrasada en unas materias, quizá tuviera capacidades mayores en otras; con una enseñanza ordenada, todo acabaría equilibrándose.

Cuando comprendió que el profesor no respaldaría su propuesta de despedir a Heidi y que estaba dispuesto a enseñarle el abecedario, la señorita Rottenmeier abrió la puerta del cuarto de estudio, lo dejó entrar y la cerró enseguida. Prefirió quedarse fuera, pues la sola idea de las primeras letras le causaba un profundo disgusto.

Se puso a caminar de un extremo al otro del comedor. Ahora debía decidir cómo tendrían que dirigirse los criados a Adelaida. El señor Sesemann había escrito que debían tratarla igual que a su hija, y la señorita Rottenmeier consideraba que aquella instrucción se refería, principalmente, al personal de servicio.

No consiguió pensar mucho tiempo. De pronto, desde el cuarto de estudio llegó un estrépito espantoso: algo había caído, seguido de un grito pidiendo que llamaran a Sebastián. La señorita Rottenmeier corrió hacia allí.

En el suelo se amontonaban los libros, cuadernos, útiles de estudio y un tintero. Encima de todo había caído el tapete de la mesa; por debajo se extendía un pequeño arroyo de tinta negra que atravesaba la habitación. Heidi había desaparecido.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó la señorita Rottenmeier, retorciéndose las manos—. ¡El tapete, los libros, la cesta de costura! ¡Todo manchado de tinta! ¡Jamás había ocurrido algo semejante! ¡No hay duda de que esa niña trae la desgracia!

El profesor contemplaba consternado los daños. Clara, en cambio, observaba con vivo interés aquellos sucesos extraordinarios y las reacciones que provocaban.

—Sí, lo ha hecho Heidi —explicó—, pero no fue a propósito. No deben castigarla. Tenía muchísima prisa por salir, tiró del tapete sin darse cuenta y todo cayó detrás de ella. Pasaron varios carruajes seguidos y por eso salió corriendo. Tal vez nunca había visto uno.

—¿No es exactamente lo que le decía, señor profesor? —insistió la señorita Rottenmeier—. ¡No conoce ni los principios más elementales! ¡Ni siquiera sabe que durante una clase hay que escuchar y permanecer sentado! Pero ¿adónde habrá ido esa criatura? ¡Como haya escapado! ¿Qué dirá el señor Sesemann...?

No terminó la frase. Salió precipitadamente y bajó las escaleras. Bajo la puerta abierta de la casa encontró a Heidi, que contemplaba desconcertada la calle, mirando a un lado y a otro.

—¿Qué significa esto? ¿Qué se te ha ocurrido? ¿Cómo te atreves a salir corriendo de esa manera?

—He oído el rumor de los abetos —contestó Heidi—, pero no sé dónde están y ahora ya no los oigo.

Miraba decepcionada en la dirección por donde había desaparecido el ruido de los carruajes. A sus oídos, aquel estruendo se había parecido al rugido del viento cálido entre los abetos de la montaña; por eso había corrido, llena de alegría, hacia el sonido.

—¡Abetos! ¿Acaso estamos en un bosque? ¡Qué ocurrencias! ¡Sube ahora mismo a ver lo que has hecho!

La señorita Rottenmeier volvió escaleras arriba. Heidi la siguió y se quedó asombrada al contemplar aquel desorden. En su alegría por escuchar los supuestos abetos, ni siquiera había notado los objetos que arrastraba al salir.

—Lo has hecho una vez, pero no volverás a hacerlo —advirtió la señorita Rottenmeier, señalando el suelo—. Durante las lecciones hay que permanecer sentado y prestar atención. Si no puedes hacerlo por ti misma, tendré que atarte a la silla. ¿Me has entendido?

—Sí —respondió Heidi—. Me quedaré sentada sin moverme.

Ahora había comprendido que aquella era una regla de las clases. Sebastián y Tinette tuvieron que entrar para restablecer el orden. El profesor se marchó, pues era imposible continuar con la lección. Aquel día no había tenido un solo instante para bostezar.

Por las tardes, Clara acostumbraba descansar durante un rato. La señorita Rottenmeier había explicado a Heidi que, mientras tanto, podría escoger por sí misma una ocupación. Después de comer, cuando Clara se acomodó para descansar y la señorita Rottenmeier se retiró a su habitación, Heidi comprendió que había llegado el momento esperado.

Llevaba horas deseando hacer algo, pero necesitaba ayuda. Se situó entonces en el pasillo, frente al comedor, para no dejar escapar a la persona a la que pensaba consultar.

Al poco rato apareció Sebastián, subiendo las escaleras con una gran bandeja. Traía de la cocina la vajilla de plata que debía guardar en el aparador. Al alcanzar el último peldaño, Heidi se plantó frente a él y dijo con toda claridad:

—¡Usted o él!

Sebastián abrió unos ojos enormes.

—¿Qué significa eso, señorita? —preguntó con brusquedad.

—Quería preguntarte algo, pero no es nada malo, como lo de esta mañana —añadió Heidi conciliadoramente. Había notado su gesto serio y pensaba que tal vez siguiera disgustado por la tinta derramada.

—Primero quisiera saber por qué tienes que decir «usted o él» —replicó Sebastián, sin suavizar la voz.

—Porque así tengo que decirlo desde ahora. La señorita Rottenmeier me lo ha ordenado.

Sebastián soltó una carcajada tan fuerte que Heidi lo miró con asombro; no veía nada divertido. Pero el criado acababa de comprender el origen de aquella extraña fórmula.

—Está bien, señorita. Continúe usted.

—No me llamo señorita —replicó Heidi, ligeramente ofendida—. Me llamo Heidi.

—Eso lo sé. Pero la misma señora ha ordenado que la llame señorita.

—¿De veras? Entonces supongo que tendré que llamarme así —aceptó Heidi resignada. Ya había descubierto que en aquella casa todo debía hacerse como lo mandaba la señorita Rottenmeier—. Ahora tengo tres nombres —añadió con un suspiro.

—¿Qué deseaba preguntar la señorita? —dijo Sebastián mientras colocaba los cubiertos de plata en el aparador.

—¿Cómo se abre una ventana, Sebastián?

—Así, exactamente así.

Y abrió una de las grandes hojas de la ventana. Heidi se acercó, pero era demasiado pequeña para alcanzar a mirar: sus ojos apenas llegaban hasta el alféizar.

—Espere. De este modo podrá asomarse y ver lo que hay abajo.

Sebastián trajo un taburete alto de madera y lo colocó junto a la ventana. Heidi subió llena de alegría. Por fin podría contemplar lo que tanto deseaba. Pero, apenas miró afuera, retiró la cabeza con una expresión de profunda decepción.

—¡Aquí no se ve más que la calle de piedra! No hay nada más —dijo apenada—. Y si uno da la vuelta a toda la casa, ¿qué se ve del otro lado, Sebastián?

—Exactamente lo mismo.

—Pero ¿adónde hay que ir para mirar muy, muy lejos, hacia abajo, por todo el valle?

—Para eso tendría que subir a una torre muy alta; a la torre de una iglesia, por ejemplo, como aquella que ve allí, con una bola dorada en lo alto. Desde arriba se divisa todo a gran distancia.

Heidi bajó apresuradamente del taburete, corrió hacia la puerta, descendió las escaleras y salió a la calle. Pero las cosas no resultaron como había imaginado. Desde la ventana le había parecido que bastaba con cruzar la calle para encontrarse delante de la torre. Caminó hasta el extremo de aquella calle sin llegar a verla y, al doblar una esquina, entró en otra, y luego en otra más. Por mucho que anduvo, no consiguió encontrarla.

Pasaban numerosas personas a su lado, pero todas caminaban tan de prisa que Heidi pensó que no tendrían tiempo de darle indicaciones. En una esquina vio a un muchacho que llevaba a la espalda un organillo pequeño y sostenía en el brazo un animal muy extraño.

—¿Dónde está la torre que tiene una bola dorada arriba? —preguntó.

—No sé —respondió el muchacho.

—Entonces, ¿a quién podría preguntárselo?

—No sé.

—¿Conoces alguna otra iglesia que tenga una torre alta?

—Claro que sí.

—Pues ven y enséñamela.

—Enséñame primero qué vas a darme por ello —respondió el muchacho, tendiendo la mano.

Heidi rebuscó en su bolsillo y sacó una estampa que mostraba una bonita corona de rosas rojas. La contempló un instante; le daba pena desprenderse de ella, pues Clara se la había regalado aquella misma mañana. Pero el deseo de contemplar los valles y las laderas verdes pudo más.

—Toma —dijo, ofreciéndosela—. ¿Quieres esto?

El muchacho retiró la mano y negó con la cabeza.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó Heidi, contenta de poder guardar su estampa.

—Dinero.

—Yo no tengo, pero Clara sí tiene. Ella me dará. ¿Cuánto quieres?

—Veinte pfennigs.

—Entonces vamos.

Caminaron juntos por una calle muy larga. Por el camino, Heidi le preguntó qué llevaba a la espalda. El muchacho explicó que bajo la tela había un organillo muy bonito, capaz de producir música maravillosa cuando se giraba la manivela.

De pronto se detuvieron ante una iglesia antigua con una torre elevada.

—Ahí está —dijo el muchacho.

—Pero ¿cómo entraré? —preguntó Heidi al encontrar cerradas las grandes puertas.

—No sé.

—¿Crees que podría tocar una campana, como hacemos para llamar a Sebastián?

—No sé.

Heidi había descubierto un tirador junto al muro y lo hizo sonar con todas sus fuerzas.

—Cuando suba tendrás que esperarme aquí abajo —advirtió al muchacho—. Ya no sé volver sola y tendrás que mostrarme el camino.

—¿Y qué me darás por eso?

—¿Tengo que darte otra vez algo?

—Otros veinte pfennigs.

Se oyó girar una cerradura antigua y la puerta se abrió con un chirrido. Apareció un hombre mayor, que miró primero a los niños con sorpresa y después con bastante enojo.

—¿Cómo se les ocurre llamarme de esta manera? ¿No saben leer lo que dice encima de la campana? ¡Es para quienes quieren subir a la torre!

El muchacho señaló a Heidi sin pronunciar palabra.

—Precisamente quería subir a la torre —contestó la niña.

—¿Y qué tienes que hacer ahí arriba? ¿Te ha enviado alguien? —preguntó el encargado.

—No. Solo quiero subir para poder mirar hacia abajo.

—¡Váyanse a casa y no vuelvan a gastar bromas semejantes! La próxima vez no saldrán tan bien librados.

El hombre se volvió para cerrar la puerta, pero Heidi lo sujetó suavemente del faldón de la chaqueta.

—¡Solo una vez! —le suplicó.

El hombre se volvió. Los ojos de la niña lo miraban con tanta esperanza que cambió por completo de actitud. La tomó de la mano.

—Si tanta ilusión te hace, ven conmigo.

El muchacho se sentó en los escalones de piedra para dar a entender que no deseaba subir. Heidi comenzó a ascender junto al encargado por muchísimos peldaños. Cuanto más alto subían, más estrechas se volvían las escaleras, hasta que desembocaron en una escalerilla angosta. Por fin alcanzaron la cima.

El hombre levantó a Heidi y la sostuvo junto a una ventana abierta.

—Ahí tienes. Ahora mira hacia abajo.

La niña contempló un mar de tejados, torres y chimeneas. Retiró la cabeza casi enseguida.

—No es como yo había imaginado —dijo, completamente desanimada.

—¿Lo ves? ¿Qué puede entender una niña tan pequeña de buenas vistas? Anda, bajemos, y no vuelvas a llamar a la puerta de una torre.

El hombre la dejó en el suelo y empezó a descender delante de ella. Donde las escaleras se hacían más anchas, a la izquierda, había una puerta que conducía a su pequeña habitación. Junto a ella, bajo el techo inclinado, se extendía una especie de desván. Al fondo había una cesta grande y, delante, una gata gris y corpulenta que gruñía para advertir a todo visitante que no se entrometiera en sus asuntos familiares: en la cesta vivían sus crías.

Heidi se detuvo maravillada. Nunca había visto una gata tan grande. En aquella vieja torre abundaban tanto los ratones que la gata podía conseguir sin dificultad varias presas cada día. El encargado advirtió el interés de la niña.

—Ven. No te hará nada mientras yo esté aquí. Puedes mirar a sus crías.

Heidi se acercó a la cesta y lanzó exclamaciones de alegría.

—¡Oh, qué animalitos tan bonitos! ¡Qué gatitos tan preciosos!

Rodeó la cesta, saltando de entusiasmo, para ver las graciosas piruetas de los siete u ocho gatitos, que se trepaban unos sobre otros, se caían, se levantaban y volvían a jugar sin detenerse.

—¿Quieres uno? —preguntó el hombre, entretenido con la felicidad de Heidi.

—¿Para mí? ¿De verdad? ¿Para quedármelo siempre? —preguntó ella, incapaz de creer su suerte.

—Claro que sí. Puedes llevarte más de uno. Incluso todos, si tienes sitio.

Al hombre no le venía mal encontrar un hogar para las crías sin tener que hacerles daño. Heidi se sintió inmensamente feliz: en la gran casa de Fráncfort habría mucho espacio para aquellos animales, y ¡qué asombrada y contenta se pondría Clara cuando los viera!

—Pero ¿cómo podré llevármelos? —preguntó, al tiempo que trataba de atrapar alguno con las manos.

La gata saltó hacia su brazo y le bufó con tanta ferocidad que la niña retrocedió sobresaltada.

—Yo te los llevaré. Solo tienes que decirme adónde —respondió el hombre, acariciando a la madre para tranquilizarla. Era una vieja amiga suya que llevaba muchos años compartiendo la torre con él.

—A la casa del señor Sesemann. Es la casa grande que tiene en la puerta la cabeza de un perro dorado con una argolla en la boca —explicó Heidi.

La descripción bastaba y sobraba. El encargado conocía desde hacía muchos años todas las casas de los alrededores y además era antiguo conocido de Sebastián.

—Ya sé cuál dices. Pero ¿a quién debo preguntar cuando llegue? Tú no eres hija del señor Sesemann, ¿verdad?

—No, pero Clara se alegrará muchísimo cuando lleguen los gatitos.

El hombre quiso continuar bajando, pero Heidi no podía apartarse de aquel espectáculo tan divertido.

—¡Si al menos pudiera llevarme ahora uno o dos! Uno para mí y otro para Clara. ¿Puedo?

—Espera un momento.

El encargado tomó con cuidado a la gata y la llevó a su habitación. Le puso delante el plato de comida y cerró la puerta. Después regresó junto a Heidi.

—Ahora puedes escoger dos.

Los ojos de la niña brillaron de alegría. Eligió un gatito blanco y otro de rayas amarillas y blancas. Colocó uno en el bolsillo derecho y el otro en el izquierdo. Luego comenzó el descenso.

El muchacho seguía sentado en los escalones. Cuando el encargado cerró la puerta de la torre, Heidi le preguntó:

—¿Por dónde tenemos que ir para llegar a la casa del señor Sesemann?

—No sé.

Heidi trató de describirle cuanto recordaba: la puerta, las ventanas, las escaleras. El muchacho sacudía la cabeza; nada de aquello le resultaba familiar.

—Mira —prosiguió Heidi—, desde una ventana se ve una casa muy grande y gris, y el tejado es así...

Con el dedo trazó en el aire unos picos altos. El muchacho se levantó de un salto. Quizá él también estaba acostumbrado a orientarse por señales semejantes. Echó a correr y Heidi lo siguió. Poco después llegaron, efectivamente, a la puerta con la gran cabeza de animal de latón.

Heidi llamó a la campana. Sebastián apareció enseguida y, al verla, exclamó:

—¡Rápido! ¡Rápido!

Heidi entró y Sebastián cerró de golpe, sin advertir siquiera al muchacho que seguía afuera, muy sorprendido.

—¡Aprisa, señorita! —insistió—. ¡Directamente al comedor! Ya están sentadas a la mesa y la señorita Rottenmeier parece un cañón cargado. Pero ¿cómo se le ocurre salir así, sin decir nada?

Heidi entró en el comedor. La señorita Rottenmeier no levantó la mirada; Clara tampoco habló. Reinaba un silencio algo inquietante. Sebastián acomodó la silla de Heidi.

Cuando la niña se sentó, la señorita Rottenmeier comenzó a hablar con rostro severo y tono solemne:

—Adelaida, más tarde hablaré contigo. Por ahora solo diré esto: te has comportado de manera muy desobediente, merecedora de un castigo. Has salido de la casa sin pedir permiso, sin que nadie supiera dónde estabas, y has vagado por las calles hasta estas horas. ¡Es una conducta verdaderamente inaudita!

—Miau —se oyó como respuesta.

El enojo de la señora aumentó de inmediato.

—¡Cómo, Adelaida! —exclamó, elevando cada vez más la voz—. Después de todo lo que has hecho, ¿te atreves todavía a burlarte de mí? ¡Ten mucho cuidado!

—Yo no he... —comenzó Heidi.

—¡Miau! ¡Miau!

Sebastián casi dejó caer la fuente que llevaba y salió precipitadamente de la habitación.

—¡Ya es suficiente! —intentó gritar la señorita Rottenmeier, pero estaba tan alterada que apenas le salía la voz—. ¡Levántate y sal de aquí!

Heidi se levantó asustada y quiso explicarse de nuevo:

—De verdad que yo no...

—¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

—Pero, Heidi —intervino Clara—, si ves que estás haciendo enfadar tanto a la señorita Rottenmeier, ¿por qué sigues maullando?

—¡No soy yo! ¡Son los gatitos! —logró decir Heidi por fin, sin que la interrumpieran.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Gatos? ¿Gatitos? —chilló la señorita Rottenmeier—. ¡Sebastián! ¡Tinette! ¡Busquen a esos animales horribles y sáquenlos de aquí!

Y salió corriendo hacia el cuarto de estudio, donde cerró las puertas con cerrojo para sentirse segura, pues nada le producía más terror que los gatos pequeños.

Sebastián se encontraba en el pasillo, tratando de terminar de reír. Al servir a Heidi había visto asomar una cabecita de gato por uno de los bolsillos y había adivinado el escándalo que se avecinaba. Cuando estalló, no pudo contenerse y apenas consiguió dejar su fuente sobre la mesa antes de salir. Al fin, cuando

recuperó la compostura, entró de nuevo. Hacía ya un rato que habían cesado los gritos de auxilio de la señora.

En el comedor reinaba ahora la calma. Clara tenía a los dos gatitos en su regazo y Heidi estaba arrodillada junto a ella. Ambas jugaban felices con los dos graciosos animalitos.

—Sebastián —dijo Clara al verlo—, tiene que ayudarnos. Busque un lugar donde los gatitos puedan estar sin que los vea la señorita Rottenmeier. Ella les tiene miedo y quiere que desaparezcan, pero nosotras queremos conservarlos y sacarlos para jugar cuando estemos solas. ¿Dónde podríamos ponerlos?

—De eso me encargo yo, señorita Clara —contestó Sebastián de buena gana—. Les prepararé una camita muy cómoda en una cesta y la dejaré donde esa señora tan asustadiza no pueda descubrirla. Confíe en mí.

Sebastián se puso inmediatamente manos a la obra. No dejaba de reírse por lo bajo, pensando que aquello aún daría mucho que hablar. En el fondo, no le desagradaba ver de vez en cuando a la señorita Rottenmeier un poco alterada.

Pasó mucho tiempo. Cuando se acercaba la hora de acostarse, la señorita Rottenmeier abrió apenas una rendija en la puerta del cuarto donde se había encerrado y preguntó:

—¿Se han llevado ya a esos animales espantosos?

—¡Sí, sí, por supuesto! —respondió Sebastián, que había permanecido allí cerca esperando precisamente aquella pregunta.

Con rapidez y sin hacer ruido, recogió los dos gatitos del regazo de Clara y desapareció con ellos.

La reprimenda especial que la señorita Rottenmeier pensaba dar a Heidi quedó aplazada hasta el día siguiente. Estaba demasiado agotada por todas las emociones de disgusto, cólera y susto que la niña, sin la menor intención, le había provocado una tras otra durante aquella jornada. Se retiró en silencio. Clara y Heidi también fueron a descansar, muy contentas de saber que sus gatitos tenían una buena cama donde dormir.

CAPÍTULO 8: LA CASA DE LOS SESEMANN SE LLENA DE ALBOROTO

A la mañana siguiente, Sebastián acababa de abrir la puerta de la casa al preceptor y de acompañarlo al cuarto de estudio cuando volvió a sonar la campanilla de la entrada, esta vez con tanta fuerza que el criado bajó las escaleras a toda velocidad. «Solo el señor Sesemann llama así —pensó—. ¡Debe de haber regresado inesperadamente!» Abrió de golpe la puerta y se encontró con un muchacho vestido de harapos que llevaba un organillo a la espalda.

—¿Qué significa esto? —le gritó Sebastián—. ¡Ya te enseñaré yo a no arrancar las campanillas de un tirón! ¿Qué haces aquí?

—Tengo que ver a Clara —respondió el muchacho.

—¡Mira que eres desvergonzado y sucio! ¿No sabes decir «señorita Clara», como hace la gente educada? ¿Y qué tienes tú que tratar con ella?

—Me debe cuarenta pfennigs —declaró el chico.

—¡Creo que te falta un tornillo! ¿Cómo sabes siquiera que aquí vive una señorita llamada Clara?

—Ayer le enseñé el camino: veinte pfennigs. Después la acompañé de vuelta: otros veinte. Total, cuarenta.

—¡Ves cómo inventas disparates! La señorita Clara no sale jamás y ni siquiera puede caminar. ¡Vete enseguida a donde perteneces, antes de que tenga que ayudarte a hacerlo!

Pero el chico no se dejó intimidar. Permaneció inmóvil y replicó tranquilamente:

—La vi en la calle. Puedo describirla: tiene el pelo corto, negro y rizado, los ojos negros, lleva un vestido marrón y no habla como nosotros.

«¡Ah, ya entiendo! —pensó Sebastián, riéndose para sus adentros—. Ha sido nuestra señorita pequeña. ¡Otra de sus aventuras!» Y, tirando del muchacho hacia el interior, le dijo:

—Está bien, ven conmigo y espera delante de la puerta hasta que salga. Cuando te haga pasar, puedes tocar un poco; a la señorita le gusta la música.

Subió al cuarto de estudio, llamó y entró después de recibir permiso.

—Ha venido un muchacho que insiste en entregarle personalmente un recado a la señorita Clara —anunció.

Clara se alegró muchísimo ante aquella novedad.

—¡Que pase enseguida! ¿Verdad, señor profesor, que debe entrar si tiene que hablar conmigo personalmente?

El muchacho ya estaba dentro y, siguiendo las indicaciones recibidas, comenzó sin demora a hacer girar la manivela del organillo. La señorita Rottenmeier, que había encontrado varias ocupaciones en el comedor para librarse de escuchar una y otra vez las lecciones del abecedario, se quedó de pronto inmóvil, prestando atención. ¿Venía aquella música de la calle? Parecía demasiado cercana. ¿Cómo era posible que sonara un organillo en el cuarto de estudio? Sin embargo, no cabía duda. Atravesó apresuradamente el largo comedor y abrió la puerta de golpe.

Allí estaba, en mitad de la habitación, un muchacho harapiento haciendo funcionar el organillo con el mayor entusiasmo. El profesor parecía intentar decir algo sin cesar, pero nadie podía oírlo. Clara y Heidi escuchaban la música con rostros encantados.

—¡Basta! ¡Que pare inmediatamente! —gritó la señorita Rottenmeier desde la puerta.

Su voz quedó ahogada por la melodía. Se precipitó hacia el muchacho, pero de repente sintió que algo se movía entre sus pies. Miró hacia abajo: un animal negro y espantoso se arrastraba por el suelo, precisamente entre sus zapatos. ¡Una tortuga! La señorita Rottenmeier dio entonces un salto como no había dado en muchos años y lanzó un grito con todas sus fuerzas:

—¡Sebastián! ¡Sebastián!

El organillero dejó de tocar, porque aquella vez el grito había conseguido imponerse a la música. Sebastián estaba detrás de la puerta entreabierta, doblado de risa, pues había presenciado el salto de la señorita Rottenmeier. Al fin logró dominarse y entró. La dama había caído sobre una silla.

—¡Fuera todo! ¡El muchacho y el animal! ¡Lléveselos inmediatamente, Sebastián! —ordenó.

Sebastián obedeció de buena gana. Sacó al chico, que había recogido rápidamente su tortuga, y ya fuera le puso unas monedas en la mano.

—Cuarenta de parte de la señorita Clara y otros cuarenta por la música. ¡Te lo has ganado bien!

Luego cerró la puerta de la casa tras él.

El cuarto de estudio recuperó la tranquilidad y se reanudaron las clases. La señorita Rottenmeier decidió permanecer allí para impedir que volvieran a producirse semejantes horrores. Cuando terminaran las lecciones investigaría lo ocurrido y castigaría al culpable de modo que no lo olvidase.

Pero volvieron a llamar a la puerta. Era otra vez Sebastián, que anunció la llegada de una cesta grande destinada expresamente a la señorita Clara.

—¿Para mí? —preguntó la niña, muy sorprendida y llena de curiosidad—. ¡Enséñemela enseguida! Quiero ver cómo es.

Sebastián introdujo una cesta cubierta y salió de nuevo a toda prisa.

—Me parece que primero debemos terminar la lección y después abrir la cesta —observó la señorita Rottenmeier.

Clara no podía imaginar qué le habían enviado y miraba la cesta con impaciencia.

—Señor profesor —preguntó, interrumpiéndose ella misma en medio de una declinación—, ¿no podría mirar solo un instante dentro para saber qué contiene? Después seguiría inmediatamente con la lección.

—Desde cierto punto de vista podría aprobarse y desde otro desaprobarse —contestó el profesor—. A favor estaría el argumento de que, si toda su atención se concentra ahora en ese objeto...

No pudo terminar su explicación. La tapa estaba apenas apoyada sobre la cesta y, de pronto, salieron de debajo de ella uno, dos, tres gatitos; después otros dos y muchos más. Saltaron al suelo y se desperdigaron por la habitación con tal rapidez que parecía que el cuarto entero estuviese lleno de ellos.

Unos cruzaron por encima de las botas del profesor; otros mordisquearon sus pantalones; algunos treparon por el vestido de la señorita Rottenmeier o se enredaron entre sus pies. También saltaron hacia la silla de Clara, arañaron, corretearon y maullaron por todas partes. El alboroto era extraordinario.

—¡Oh, qué animalitos tan preciosos! ¡Qué saltos tan divertidos! ¡Mira, Heidi! ¡Aquí! ¡Allí! ¡Mira este! —exclamaba Clara, completamente encantada.

Heidi iba de un rincón a otro detrás de los gatitos, llena de alegría. El profesor permanecía muy incómodo junto a la mesa y levantaba alternativamente un pie y otro para escapar de aquel ir y venir de pequeñas patas. La señorita Rottenmeier había quedado primero sin habla por el espanto; enseguida empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Tinette! ¡Tinette! ¡Sebastián! ¡Sebastián!

No se atrevía a levantarse de la silla, porque temía que aquellos pequeños monstruos se le subieran todos encima a la vez.

Finalmente acudieron Sebastián y Tinette, alarmados por las llamadas. Sebastián empezó a recoger uno por uno a los animalitos, los devolvió a la cesta y se los llevó al desván, donde ya había preparado un lecho para los dos gatitos del día anterior.

Tampoco aquella mañana hubo ocasión de bostezar durante las clases.

Ya entrada la noche, cuando la señorita Rottenmeier se hubo recuperado lo suficiente de las emociones del día, llamó a Sebastián y Tinette al cuarto de estudio para llevar a cabo una investigación minuciosa de aquellos hechos que merecían castigo. Así se descubrió que Heidi, durante su excursión del día anterior, había preparado sin saberlo cuanto había sucedido.

La señorita Rottenmeier estaba tan pálida de indignación que al principio no encontró palabras para expresar sus sentimientos. Hizo una señal con la mano para que los dos criados se retiraran y se volvió hacia Heidi, que permanecía al lado de la silla de Clara sin comprender bien qué falta había cometido.

—Adelaida —comenzó con severidad—, solo conozco un castigo capaz de hacerte sentir lo que has hecho, porque eres una pequeña salvaje. Veremos si encerrada en el sótano oscuro, entre tritones y ratas, aprendes a comportarte de una vez y dejas de tener semejantes ocurrencias.

Heidi escuchó silenciosa y asombrada su sentencia. Nunca había estado en un sótano espantoso. La pequeña habitación contigua a la cabaña de los Alpes que su abuelo llamaba sótano, donde guardaba los quesos preparados y la leche fresca, le parecía un lugar agradable y acogedor. Además, nunca había visto ratas ni tritones.

Pero Clara comenzó a protestar con voz angustiada:

—¡No, no, señorita Rottenmeier! ¡Hay que esperar hasta que venga papá! Ha escrito diciendo que regresará pronto. Yo le contaré todo y él decidirá lo que debe hacerse con Heidi.

Ante la autoridad del señor Sesemann la señorita Rottenmeier no podía oponerse, especialmente porque de verdad se esperaba su regreso para muy pronto. Se levantó y dijo con cierta aspereza:

—Está bien, Clara, pero yo también tendré algo que decirle al señor Sesemann.

Y abandonó la habitación.

Pasaron unos días sin nuevos incidentes, pero la señorita Rottenmeier no consiguió recuperar la tranquilidad. A cada momento pensaba en cuánto se había equivocado al juzgar el carácter de Heidi. Le parecía que, desde que la pequeña había llegado a la casa de los Sesemann, todo se había trastornado y que jamás volvería a ponerse en orden.

Clara, por el contrario, estaba muy contenta y nunca se aburría. En las horas de estudio, Heidi hacía las cosas más inesperadas. Continuaba confundiendo todas las letras y no conseguía aprenderlas. Si el profesor, intentando hacerle más comprensible la forma de alguna, la comparaba con un cuerno o con el pico de un pájaro, Heidi gritaba de repente, llena de entusiasmo:

—¡Es una cabra! —o bien—: ¡Es un ave de presa!

Y es que las descripciones despertaban en su imaginación toda clase de imágenes, menos las letras que debía aprender.

Durante las últimas horas de la tarde, Heidi se sentaba otra vez junto a Clara y le hablaba de la montaña y de la vida allí. Contaba una y otra vez cuanto recordaba, hasta que el deseo de regresar se volvía tan intenso que siempre terminaba exclamando:

—¡Ahora sí que tengo que volver a casa! ¡Mañana tengo que irme sin falta!

Clara conseguía tranquilizarla cada vez, explicándole que debía esperar por lo menos a que regresara su padre; entonces verían cómo resolver la situación.

Heidi acababa cediendo y volvía a mostrarse conforme porque guardaba para sí una esperanza que la alegraba: cada día que permaneciera en Fráncfort, el montoncito de panecillos destinados a la abuela de Pedro aumentaría en dos. A mediodía y por la noche encontraba junto a su plato un hermoso panecillo blanco, que se guardaba inmediatamente. No habría podido comerlo al pensar que la abuela jamás tenía uno y que apenas podía ya masticar el duro pan negro.

Después de comer, Heidi se quedaba todos los días durante horas sola en su habitación, casi sin moverse. Ya había comprendido que en Fráncfort estaba prohibido salir libremente como lo hacía en la montaña y, desde entonces, no volvió a hacerlo. Tampoco podía conversar con Sebastián en el comedor, porque la señorita Rottenmeier se lo había prohibido. Y ni se le ocurría hablar con Tinette: procuraba evitarla, pues la criada siempre se dirigía a ella con tono desdeñoso y se burlaba continuamente. Heidi comprendía perfectamente que no hacía otra cosa que ridiculizarla.

Así pasaba las horas pensando en cómo estaría la montaña, ya verde otra vez; imaginaba las florecillas amarillas que brillaban bajo el sol, la nieve resplandeciente en las cumbres y el extenso valle iluminado. A veces la nostalgia se hacía tan grande que casi no podía soportarla. Su tía le había dicho que podría volver a casa cuando quisiera.

Por fin, un día, Heidi ya no consiguió resistir aquel deseo. Recogió apresuradamente todos sus panecillos, los ató dentro de su gran pañuelo rojo, se puso el sombrerito de paja y salió dispuesta a marcharse.

Sin embargo, antes de atravesar la puerta de la casa se encontró con un obstáculo formidable: la propia señorita Rottenmeier, que regresaba en ese momento de una salida. La dama se detuvo y observó a Heidi

de arriba abajo con una expresión de asombro absoluto. Sus ojos quedaron especialmente fijos en el pañuelo rojo, abultado por cuanto llevaba dentro.

—¿Qué forma de presentarte es esta? —estalló—. ¿Qué significa todo esto? ¿No te he prohibido terminantemente que vuelvas a vagabundear? ¡Y ahora lo intentas otra vez, vestida como una pordiosera!

—No iba a vagabundear —respondió Heidi, asustada—. Solo quería regresar a casa.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Regresar a casa? ¿Eso pretendías? —La señorita Rottenmeier juntó las manos, dominada por la agitación—. ¡Escaparte! ¡Si el señor Sesemann lo supiera! ¡Huir de su casa! ¡Procura que no llegue a enterarse nunca! ¿Qué te falta aquí? ¿Acaso no recibes un trato mucho mejor del que mereces? ¿Te privan de algo? ¿Has tenido alguna vez en tu vida una casa, una mesa o personas que te sirvan como aquí? ¡Contesta!

—No —respondió Heidi.

—¡Ya lo sabía! —prosiguió la dama con vehemencia—. ¡No te falta absolutamente nada! Eres una niña increíblemente desagradecida y, de tan bien que estás, ya ni siquiera sabes qué más disparates inventar.

Pero en ese instante todo lo que Heidi había guardado en su interior salió de golpe:

—¡Yo solo quiero volver a casa! Si tardo tanto, Copito de Nieve se lamentará siempre; la abuela me está esperando, y a Jilguero le dan con la vara cuando Pedro no recibe queso. Además, aquí nunca se puede ver cómo el sol da las buenas noches a las montañas. Y si el gran pájaro de la montaña volara por encima de Fráncfort, graznaría mucho más fuerte, porque aquí vive tanta gente amontonada que se hace daño unos a otros, en vez de subir a las rocas, donde uno se siente tan bien.

—¡Cielo santo! ¡La niña ha perdido el juicio! —exclamó la señorita Rottenmeier.

Se precipitó escaleras arriba con tal espanto que chocó violentamente contra Sebastián, que bajaba en ese momento.

—¡Traiga inmediatamente arriba a esa pobre criatura! —le gritó, frotándose la cabeza por el golpe.

—Sí, sí, está bien; muchas gracias —respondió Sebastián, frotándose también la suya, pues había recibido el choque con más fuerza todavía.

Heidi seguía inmóvil en el mismo lugar. Tenía los ojos encendidos y el cuerpo entero le temblaba de emoción.

—¿Qué travesura has cometido esta vez? —preguntó Sebastián alegremente.

Pero cuando la miró de verdad y vio que no se movía, le dio unas palmaditas amistosas en el hombro y trató de consolarla:

—¡Bah, bah! No tienes que tomártelo tan a pecho, señorita. ¡Hay que estar alegre, eso es lo importante! A mí también casi me abre un agujero en la cabeza al pasar, pero no debes dejarte asustar. ¿Qué? ¿Sigues clavada aquí? Tenemos que subir: lo ha ordenado ella.

Heidi empezó a subir las escaleras, pero despacio y en silencio, de una manera muy distinta de la habitual. A Sebastián le dio pena verla así y la siguió diciéndole palabras de ánimo:

—¡No hay que rendirse! ¡Nada de tristeza! ¡Siempre adelante! Tenemos una señorita muy sensata: desde que llegó no ha llorado ni una vez. A tu edad otras niñas lloran doce veces al día; sé bien lo que digo. Los gatitos están muy divertidos arriba, corretean por todo el desván y hacen toda clase de locuras. Después subiremos juntos a verlos, cuando la señora no esté, ¿te parece?

Heidi asintió ligeramente con la cabeza, pero con tan poca alegría que Sebastián sintió verdadera compasión y se quedó mirándola con preocupación mientras la niña avanzaba lentamente hacia su habitación.

Durante la cena, la señorita Rottenmeier no dijo una palabra, aunque dirigía a Heidi continuas miradas vigilantes, como si esperase que en cualquier instante intentara algo extraordinario. La pequeña permaneció muy quieta en la mesa y no probó la comida ni la bebida. Solo se guardó rápidamente su panecillo.

A la mañana siguiente, cuando el profesor llegó a la casa, la señorita Rottenmeier le hizo señas misteriosas para que entrase en el comedor. Allí le comunicó, muy alarmada, que temía que el cambio de aire, la nueva forma de vida y tantas impresiones desconocidas hubieran trastornado la razón de la niña. Le contó su intento de fuga y repitió cuanto pudo recordar de aquellas palabras que le parecían tan extrañas.

Pero el profesor la tranquilizó, asegurándole que, según sus observaciones, Adelaida era sin duda algo excéntrica en ciertos aspectos, aunque en otros conservaba perfectamente el juicio. Con un tratamiento cuidadosamente considerado desde todos los puntos de vista, podría alcanzarse poco a poco el equilibrio necesario; él se ocuparía de ello. Lo que juzgaba más grave era que no lograba hacerla avanzar más allá del abecedario, porque la niña parecía incapaz de comprender y retener las letras.

La señorita Rottenmeier se sintió más aliviada y dejó que el profesor comenzara su trabajo.

Más tarde, aquella misma tarde, volvió a recordar el aspecto de Heidi cuando había querido marcharse. Decidió arreglar su vestuario con prendas de Clara antes del regreso del señor Sesemann. Comunicó su propósito a Clara, que estuvo encantada y quiso regalar a Heidi muchos vestidos, pañuelos y sombreros. La señorita Rottenmeier fue entonces a la habitación de la niña para revisar el armario y decidir qué cosas podían conservarse y cuáles debían retirarse.

No habían pasado muchos minutos cuando regresó haciendo gestos de profunda repugnancia.

—¡Adelaida! ¡Qué descubrimiento acabo de hacer! —exclamó—. ¡Jamás se ha visto cosa semejante! En tu armario, que está destinado a guardar ropa, ¡en el fondo de tu armario!, ¿qué encuentro? ¡Un montón de panecillos! ¡Pan, Clara, dentro del armario! ¡Y en semejante cantidad!

Después llamó hacia el comedor:

—¡Tinette! ¡Retire inmediatamente ese pan viejo del armario de Adelaida, y también el sombrero de paja aplastado que está sobre la mesa!

—¡No, no! —gritó Heidi—. ¡Necesito mi sombrero! ¡Y los panecillos son para la abuela!

Quiso correr detrás de Tinette, pero la señorita Rottenmeier la sujetó.

—Tú te quedas aquí. Esos trastos irán al lugar que les corresponde —dijo con firmeza, impidiendo que la niña se marchase.

Entonces Heidi se dejó caer junto a la silla de Clara y rompió a llorar con una desesperación cada vez mayor. Entre sollozos repetía:

—¡Ahora la abuela no tendrá panecillos! ¡Eran para la abuela! ¡Se los han llevado todos y la abuela no recibirá ninguno!

Lloraba con tanta amargura que parecía que el corazón fuera a partírsele.

La señorita Rottenmeier salió apresuradamente. Clara estaba tan afligida por el llanto de su amiga que casi no sabía qué hacer.

—Heidi, Heidi, por favor, no llores así —le suplicó—. ¡Escúchame! Te prometo que cuando vuelvas a casa te daré tantos panecillos como tenías, o incluso más. Además, serán frescos y blanditos, mientras que los tuyos ya se habrían puesto muy duros. ¡Vamos, Heidi, no llores más!

Heidi tardó mucho en calmar sus sollozos, pero comprendió el consuelo que Clara le ofrecía y se aferró a aquella promesa; de lo contrario, quizá no habría conseguido dejar de llorar. Varias veces, interrumpida todavía por el llanto, volvió a preguntarle:

—¿Me darás muchos, muchos panecillos, tantos como tenía, para la abuela?

Y Clara le aseguró una y otra vez:

—¡Claro que sí! ¡Muchísimos más! Ahora anímate.

Heidi llegó a la cena con los ojos rojos e hinchados de llorar. Cuando vio el panecillo junto a su plato, se le escapó otro sollozo, pero se dominó con gran esfuerzo, pues ya sabía que debía permanecer tranquila a la mesa.

Aquel día Sebastián hizo los gestos más curiosos cada vez que se acercaba a ella. Se señalaba primero la cabeza y después señalaba la de Heidi; luego asentía y cerraba un ojo, como queriendo decirle: «¡Tranquila! Ya me he dado cuenta y he arreglado el asunto».

Más tarde, cuando Heidi entró en su habitación y se disponía a acostarse, encontró debajo de la colcha su viejo sombrerito de paja, aplastado y escondido allí. Con enorme alegría lo sacó, lo apretó entre sus manos hasta deformarlo un poco más y después lo envolvió en un pañuelo, escondiéndolo en el rincón más apartado del armario.

Había sido Sebastián quien lo había guardado bajo la colcha. Se encontraba en el comedor cuando llamaron a Tinette, y había oído los gritos desesperados de Heidi.

Entonces había seguido a Tinette y, cuando esta salió de la habitación de Heidi cargada con los panecillos y el sombrerito encima, Sebastián se apresuró a quitarle el sombrero de las manos.

—De esto me encargo yo —le dijo.

Y, muy satisfecho de haber podido salvarlo para Heidi, lo escondió debajo de la colcha de su cama. Precisamente eso era lo que había intentado comunicarle con sus gestos durante la cena, para consolarla.

CAPÍTULO 9: EL SEÑOR SESEMANN DESCUBRE MUCHAS COSAS QUE DESCONOCÍA

Unos días después de aquellos acontecimientos, la casa de los Sesemann estaba llena de animación. Se oían pasos apresurados escaleras arriba y abajo, porque el dueño de la casa acababa de regresar de uno de sus viajes. Sebastián y Tinette subían del coche un paquete tras otro: el señor Sesemann tenía por costumbre traer siempre muchas cosas bonitas cuando volvía a casa.

Él había ido antes que nada a saludar a su hija. Heidi estaba sentada junto a ella, pues era ya avanzada la tarde, la hora en que las dos niñas solían estar juntas. Clara recibió a su padre con gran ternura, porque lo quería muchísimo, y él abrazó a su querida hija con igual cariño. Después tendió la mano a Heidi, que se había retirado discretamente a un rincón, y le dijo con amabilidad:

—Así que esta es nuestra pequeña suiza. ¡Ven, dame la mano! Eso es. Ahora dime: ¿Clara y tú sois buenas amigas? ¿No os peleáis, os enfadáis, luego lloráis y hacéis las paces, para empezar otra vez al día siguiente?

—No; Clara siempre es buena conmigo —respondió Heidi.

—¡Y Heidi jamás ha intentado pelear conmigo, papá! —añadió Clara enseguida.

—Me alegra mucho oír eso —dijo el señor Sesemann levantándose—. Pero ahora tendrás que disculparme, Clara: hoy todavía no he comido nada. Después volveré y podrás ver lo que te he traído.

El señor Sesemann pasó al comedor, donde la señorita Rottenmeier inspeccionaba la mesa preparada para su comida. Él tomó asiento y la dama se sentó enfrente con una expresión tan sombría que parecía personificar la desgracia.

—Pero, señorita Rottenmeier, ¿qué tengo que pensar de esto? —preguntó el dueño de la casa—. Me recibe usted con una cara verdaderamente alarmante. ¿Qué ocurre? ¡Si Clara está muy animada!

—Señor Sesemann —comenzó la dama con gran solemnidad—, Clara también está afectada. Nos han engañado de una manera espantosa.

—¿Cómo es eso? —preguntó él tranquilamente, mientras bebía un sorbo de vino.

—Como usted sabe, habíamos decidido traer a casa una compañera de juegos para Clara. Y como sé cuánto le importa que su hija esté rodeada únicamente de lo bueno y noble, pensé en una niña suiza. Esperaba recibir a una de esas criaturas de las que tanto he leído, nacidas del aire puro de las montañas, que parecen pasar por la vida sin tocar siquiera el suelo.

—Yo diría que los niños suizos también necesitan pisar el suelo para caminar —observó el señor Sesemann—. De lo contrario, les habrían crecido alas en lugar de pies.

—¡Ay, señor Sesemann! Usted comprende perfectamente lo que quiero decir —prosiguió la señorita Rottenmeier—. Me refiero a esas criaturas que viven en las regiones altas y puras de las montañas y que parecen pasar ante nosotros como un soplo ideal.

—¿Y qué iba a hacer mi Clara con un soplo ideal, señorita Rottenmeier?

—No, señor Sesemann, no estoy bromeando. La cuestión es mucho más seria de lo que usted imagina. Me han engañado terriblemente, de un modo verdaderamente espantoso.

—Pero ¿en qué consiste lo espantoso? —preguntó él sin perder la calma—. La niña no me parece tan terrible.

—¡Si supiera qué clase de personas y animales ha introducido esa criatura en su casa mientras usted estaba ausente! El profesor podría contarle mucho sobre ese asunto.

—¿Animales? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡No hay manera de explicarlo! Solo podría comprenderse su conducta suponiendo que sufre ataques en los que pierde por completo la razón.

Hasta ese momento, el señor Sesemann no había concedido demasiada importancia al relato. Pero ¿un trastorno de la razón? Aquello sí podría tener consecuencias graves para su hija. Observó detenidamente a la señorita Rottenmeier, casi como si quisiera asegurarse de que no fuera ella quien padeciera semejante trastorno. En ese instante se abrió la puerta y anunciaron la llegada del profesor.

—¡Ah, aquí viene nuestro profesor! Él podrá aclararnos todo esto —exclamó el señor Sesemann—. Pase, pase y siéntese conmigo.

El dueño de la casa tendió la mano al recién llegado.

—¡El profesor tomará conmigo una taza de café negro, señorita Rottenmeier! Siéntese, sin ceremonias. Y ahora dígame: ¿qué ocurre con la niña que vino como compañera de mi hija y a la que usted da clases? ¿Qué pasa con los animales que ha traído a casa y qué opina usted de su entendimiento?

El profesor comenzó expresando su alegría por el feliz regreso del señor Sesemann y dándole la bienvenida, que era precisamente el motivo de su visita. Pero el dueño de la casa insistió en que contestara aquellas preguntas. Así pues, el profesor empezó:

—Si he de hablar del carácter de esta joven, señor Sesemann, quisiera ante todo hacer notar que, aunque por una parte se advierte cierta falta de desarrollo debida a una educación más o menos descuidada, o, mejor dicho, a una enseñanza iniciada algo tarde, y también al aislamiento de una prolongada estancia en los Alpes —aislamiento que, por otro lado, no debe censurarse en todos sus aspectos, pues presenta indudablemente ciertas ventajas, siempre que no exceda de determinada duración—...

—Mi querido profesor —lo interrumpió el señor Sesemann—, se está tomando demasiadas molestias. Dígame sencillamente: ¿también a usted le ha causado un susto la niña por los animales que ha traído? ¿Y qué piensa de su compañía para mi hija?

—No quisiera perjudicar de ninguna manera a la pequeña —volvió a empezar el profesor—, pues si bien, por un lado, muestra cierta falta de experiencia social, vinculada a la vida más o menos ajena a la cultura que llevaba antes de su traslado a Fráncfort, traslado que sin duda influye en el desarrollo de esta criatura todavía no enteramente formada, o al menos formada solo en parte, aunque dotada, por otra parte, de facultades nada despreciables que, bajo una dirección cuidadosa desde todos los puntos de vista...

—Perdóneme, profesor, por favor, no deje que lo interrumpa —dijo el señor Sesemann—. Yo... debo ir un momento a ver a mi hija.

Y salió rápidamente por la puerta. No volvió.

En la habitación de estudio se sentó junto a Clara. Heidi se puso de pie. El señor Sesemann se volvió hacia ella.

—Escucha, pequeña: ¿puedes traerme enseguida...? Espera, tráeme... —No sabía muy bien qué pedirle, pero quería que Heidi saliera un momento—. Tráeme un vaso de agua.

—¿Fresca? —preguntó Heidi.

—¡Sí, sí! ¡Muy fresca! —respondió el señor Sesemann.

Heidi desapareció.

—Ahora, mi querida Clara —dijo su padre acercándose mucho a ella y tomando su mano entre las suyas—, explícame con claridad: ¿qué animales ha metido en casa tu compañera? ¿Y por qué piensa la señorita Rottenmeier que a veces no está del todo bien de la cabeza? ¿Puedes contármelo?

Clara sí podía explicarlo, pues la dama, asustada, también le había hablado de ciertas expresiones de Heidi que la desconcertaban, aunque para Clara todas tenían sentido. Contó primero a su padre las historias de la tortuga y de los gatitos; después le explicó las palabras de Heidi que tanto habían alarmado a la señorita Rottenmeier.

Entonces el señor Sesemann se echó a reír de buena gana.

—Así que no quieres que envíe a la niña de regreso a su casa, Clara. ¿Todavía no te has cansado de ella? —preguntó.

—¡No, no, papá! ¡No hagas eso! —exclamó Clara con viveza—. Desde que Heidi está aquí, siempre sucede algo, todos los días. La vida se ha vuelto muy entretenida, muy distinta de antes, cuando nunca pasaba nada. Además, Heidi me cuenta muchísimas cosas.

—Está bien, está bien, Clara. Mira, aquí viene tu amiga. A ver, Heidi, ¿me has traído agua bien fresca? —preguntó el señor Sesemann cuando la pequeña le ofreció un vaso.

—Sí, recién sacada de la fuente —respondió Heidi.

—Pero ¿no habrás ido tú misma hasta la fuente? —preguntó Clara.

—¡Claro que sí! Está muy fresca. Solo que tuve que caminar mucho, porque en la primera fuente había tanta gente que seguí hasta el final de la calle. En la segunda también había mucha gente; entonces fui por otra calle y allí conseguí el agua. Y un señor de cabellos blancos le manda saludos, señor Sesemann.

—¡Vaya expedición! —rió él—. ¿Y quién es ese señor?

—Pasaba por la fuente y se detuvo. Me dijo: «Ya que tienes un vaso, dame a mí también un poco de agua. ¿Para quién la llevas?». Yo contesté: «Para el señor Sesemann». Entonces se rio muchísimo y me encargó que le trajera sus saludos y que le dijera que disfrutara del agua.

—¿Y quién será el que me manda tan buenos deseos? —preguntó el señor Sesemann—. ¿Cómo era ese caballero?

—Se ríe con mucha amabilidad. Lleva una cadena gruesa de oro, con un objeto dorado que tiene una gran piedra roja. Y en su bastón hay una cabeza de caballo.

—¡Es el doctor! —exclamaron Clara y su padre al mismo tiempo.

—¡Es mi viejo amigo el doctor! —repitió el señor Sesemann, que siguió riéndose para sus adentros al imaginar lo que su amigo habría pensado de aquella manera tan original de llevarle un vaso de agua.

Aquella misma noche, cuando se encontraba a solas con la señorita Rottenmeier en el comedor para tratar diversos asuntos domésticos, el señor Sesemann declaró que la compañera de su hija permanecería en la casa. Consideraba que la niña estaba perfectamente bien y que su compañía resultaba para Clara más querida y agradable que cualquier otra.

—Por tanto —añadió con mucha firmeza—, deseo que se trate a esta niña con amabilidad en todo momento y que sus particularidades no sean consideradas faltas. Si a usted le resulta difícil ocuparse sola de ella, señorita Rottenmeier, pronto tendrá una buena ayuda, pues mi madre vendrá en breve a quedarse una temporada larga en esta casa. Mi madre sabe entenderse con cualquier persona, se comporte como se comporte. Usted lo sabe bien, ¿verdad, señorita Rottenmeier?

—Sí, desde luego que lo sé, señor Sesemann —respondió la dama, aunque no parecía precisamente aliviada ante la perspectiva de recibir aquella ayuda.

Esta vez el señor Sesemann apenas pudo disfrutar de una breve estancia en su casa. Dos semanas después, sus negocios volvieron a reclamarlo en París. Consoló a su hija, que no estaba nada conforme con la próxima partida, anunciándole la llegada de su abuela, a quien esperaban pocos días después.

Apenas había salido el señor Sesemann, llegó una carta de la señora Sesemann desde Holstein, donde vivía en una antigua finca. Comunicaba que emprendía el viaje y precisaba que llegaría al día siguiente, para que fueran a recogerla en coche a la estación.

Clara se llenó de alegría al recibir la noticia y aquella misma noche habló tanto y durante tanto tiempo a Heidi de su abuela que la pequeña empezó también a llamarla «abuela». La señorita Rottenmeier la miró con desaprobación, pero Heidi no dio importancia especial a aquella mirada, pues ya estaba acostumbrada a la desaprobación constante de la dama.

Más tarde, cuando iba camino de su dormitorio, la señorita Rottenmeier la hizo entrar primero en el suyo y le explicó que nunca debía utilizar la palabra «abuela». Cuando llegara la señora Sesemann, tendría que dirigirse a ella siempre con el tratamiento de «graciosa señora», una fórmula de cortesía que Heidi jamás había escuchado.

—¿Lo has entendido? —preguntó.

Heidi la miró con cierta vacilación. La dama, sin embargo, le dirigió una mirada tan terminante que la niña no se atrevió a pedir más explicaciones, aunque no había comprendido aquel tratamiento.


HEIDI — Capítulos 7-9

CAPÍTULO 10: UNA ABUELA

En la casa de los Sesemann reinaba una extraordinaria agitación. Se esperaba para aquella tarde la llegada de la señora Sesemann, madre del dueño de la casa y abuela de Clara, y todos parecían convencidos de que la visitante tendría mucho que decir acerca de cuanto ocurría allí.

Tinette se había puesto una cofia blanca completamente nueva. Sebastián, por su parte, iba colocando escabeles por las habitaciones, procurando que la señora encontrara dónde apoyar los pies en cualquier sitio en que decidiera sentarse. La señorita Rottenmeier recorría los cuartos erguida y solemne, inspeccionándolo todo como si quisiera demostrar que, aun cuando estuviera por llegar otra persona con autoridad, la suya no había disminuido.

Por fin se oyó detenerse el carruaje ante la puerta. Sebastián y Tinette bajaron apresuradamente a recibir a la recién llegada, y la señorita Rottenmeier los siguió con paso reposado y digno. A Heidi le habían ordenado permanecer en su dormitorio hasta que la llamaran. Era natural, le habían dicho, que la abuela deseara ver primero a Clara a solas.

La niña se sentó en un rincón de su habitación y comenzó a repetirse cuidadosamente la fórmula con la que debía saludar a aquella dama. La señorita Rottenmeier había sido muy precisa: no debía llamarla «abuela», como hacía Clara, sino dirigirse a ella con un tratamiento de respeto. Sin embargo, Heidi no había comprendido del todo la expresión y, como no se había atrevido a pedir más explicaciones, trataba de recordarla a su manera.

No transcurrió demasiado tiempo antes de que Tinette asomara apenas la cabeza por la puerta.

—¡Vaya al cuarto de estudio! —ordenó secamente.

Heidi se levantó y fue enseguida. Estaba convencida de haber entendido mal el tratamiento indicado por la señorita Rottenmeier: siempre había oído colocar primero el título y después el nombre, y había decidido hacerlo así también en aquella ocasión.

Apenas abrió la puerta, escuchó una voz llena de cordialidad:

—¡Ah, aquí tenemos a la niña! Ven, acércate; quiero verte bien.

Heidi avanzó con toda seriedad y dijo, clara y solemnemente:

—Buenos días, señora Graciosa.

La abuela soltó una alegre carcajada.

—¡Vaya, vaya! ¿Así saludan en tu pueblo? ¿Lo has aprendido allá arriba, en las montañas?

—No —respondió Heidi con mucha seriedad—. Allí nadie se llama así.

—¡Aquí tampoco! —rió nuevamente la señora, mientras le acariciaba la mejilla—. No te preocupes por eso. Para los niños soy la abuela. Así me llamarás tú también. ¿Podrás recordarlo?

—¡Oh, sí! —respondió Heidi, aliviada—. Yo ya decía «abuela» antes.

—¡Así que esa era la cuestión! —exclamó la anciana, divertida.

La señora Sesemann observó atentamente a Heidi, que la miraba con igual atención. Había tanta bondad en sus ojos que la niña comenzó a sentirse tranquila y a gusto desde el primer momento. Los cabellos de la señora eran muy blancos, y alrededor de la cabeza llevaba un delicado adorno de encaje, del que pendían dos cintas anchas que se movían continuamente. A Heidi le gustaba verlas agitarse como si soplara una suave brisa junto al rostro de la abuela.

—Y dime, pequeña, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Heidi; pero como dicen que debo llamarme Adelaida, procuraré acordarme…

Se detuvo de pronto. Le parecía que estaba confesando una falta: todavía no respondía cuando la señorita Rottenmeier la llamaba «Adelaida», porque sencillamente no se reconocía bajo aquel nombre. En ese momento entró precisamente la institutriz.

—La señora Sesemann comprenderá —intervino— que haya sido necesario emplear un nombre que pueda pronunciarse con propiedad, especialmente por consideración al servicio.

—Mi querida señorita Rottenmeier —replicó la abuela—, cuando una persona se llama Heidi y está acostumbrada a ese nombre, yo la llamo Heidi. ¡Y así quedará!

La señorita Rottenmeier sintió una nueva incomodidad, pues la anciana nunca se preocupaba mucho por añadir tratamientos ceremoniosos a su nombre. Pero conocía ya su carácter y sabía que discutir no serviría de nada. La señora Sesemann tenía sus propias costumbres, y las seguía sin permitir que los demás se las modificaran. También conservaba una extraordinaria agudeza para advertir lo que sucedía a su alrededor.

Al día siguiente, cuando Clara se recostó después de la comida para descansar, su abuela se acomodó a su lado en un sillón y cerró los ojos algunos minutos. Pronto estuvo de pie otra vez. Salió al comedor y no encontró a nadie.

—Seguramente está durmiendo —se dijo, pensando en la señorita Rottenmeier.

Fue entonces a llamar con firmeza a la puerta de esta última. La dama tardó unos momentos en aparecer y no pudo ocultar su sorpresa ante la visita.

—Quisiera saber dónde está Heidi a esta hora y en qué se ocupa —preguntó la señora Sesemann.

—Está encerrada en su habitación, donde podría aprovechar el tiempo haciendo algo útil si mostrara la menor disposición al trabajo. Pero, señora, ¡si usted supiera las extravagancias que inventa y llega a realizar esa niña! Algunas ni siquiera podrían mencionarse en una conversación educada.

—Pues yo también inventaría cosas extraordinarias si me obligaran a pasar encerrada allí las horas —contestó la anciana sin inmutarse—. ¡Ya veríamos cómo explicaría usted mis ocurrencias en sociedad! Haga venir a la niña a mi habitación. Quiero darle algunos libros bonitos que he traído.

—¡Ah, pero precisamente ahí está la dificultad! —exclamó la señorita Rottenmeier, juntando las manos—. ¿Para qué quiere libros una niña que todavía no ha aprendido siquiera el abecedario? Parece imposible hacerle comprender hasta la noción más sencilla. El profesor puede dar fe de ello. Si ese excelente hombre no tuviera la paciencia de un ángel, ya habría renunciado a enseñarle.

—Eso es extraño —respondió pensativa la señora Sesemann—. No tiene aspecto de ser una niña incapaz de aprender las letras. De cualquier forma, tráigamela. Por ahora podrá mirar las ilustraciones.

La señorita Rottenmeier quiso añadir algo, pero la abuela ya había dado media vuelta y se dirigía a su habitación. No conseguía comprender que Heidi encontrara tanta dificultad para leer y se propuso averiguar el motivo. Sin embargo, prefería no hacer sus averiguaciones conversando con el profesor. Le tenía estima por su carácter, pero su manera de expresarse era tan complicada que siempre procuraba saludarlo amablemente y alejarse antes de que pudiera iniciar una explicación interminable.

Cuando Heidi entró, abrió desmesuradamente los ojos. Sobre la mesa había varios libros grandes, llenos de ilustraciones de colores. La abuela comenzó a pasar las páginas, mostrándoselas una tras otra. De repente, al descubrir una de las imágenes, Heidi lanzó un grito. Se quedó contemplándola con una emoción tan intensa que las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas; al instante siguiente rompió a sollozar sin poder contenerse.

La abuela miró la ilustración. Representaba una hermosa pradera verde por la que pastaban distintos animales, mordisqueando las hojas de los arbustos. En medio se veía a un pastor apoyado en su largo cayado mientras vigilaba tranquilamente el rebaño. Al fondo se ponía el sol y bañaba el paisaje con un resplandor dorado.

La anciana tomó a Heidi de la mano.

—Vamos, pequeña, no llores. Esa imagen te ha recordado algo, ¿verdad? Pero también hay una historia muy bonita que la acompaña, y esta noche te la contaré. El libro está lleno de historias que se pueden leer y volver a contar. Ahora vamos a conversar un poquito. Sécate las lágrimas y ponte aquí, delante de mí, para que pueda mirarte. Eso es; pronto estaremos tranquilas.

Pasó todavía un buen rato antes de que Heidi pudiera dominar sus sollozos. La abuela no la apuró; la dejó recuperar la calma y le habló de vez en cuando con palabras cariñosas.

—Ahora cuéntame una cosa, Heidi —dijo cuando la vio más serena—. ¿Cómo te van las lecciones con el profesor? ¿Aprendes mucho?

—¡Oh, no! —suspiró la niña—. Pero yo ya sabía que eso no podía aprenderse.

—¿Qué es lo que no puede aprenderse?

—A leer. Es demasiado difícil.

—¡Qué ocurrencia! ¿Y quién te ha dicho semejante cosa?

—Pedro me lo dijo. Él lo sabe, porque tiene que intentarlo una y otra vez y nunca consigue aprender. Es demasiado difícil.

—¡Vaya con ese Pedro! —exclamó la señora Sesemann—. Pero no debes creer sin más todo lo que diga Pedro. Hay que probar las cosas por una misma. Seguro que no has prestado toda tu atención al profesor ni has observado con cuidado las letras.

—No sirve de nada —respondió Heidi, resignada.

—Escúchame bien. No has aprendido a leer porque creíste a Pedro. Ahora quiero que me creas a mí: estoy segura de que puedes aprender, y pronto, como tantos otros niños. Y voy a decirte algo más. ¿Recuerdas el pastor de la pradera verde? Cuando sepas leer, te regalaré ese libro y podrás conocer toda su historia, como si alguien te la contara: lo que hace con sus ovejas y cabras, y las cosas sorprendentes que le suceden. Te gustaría saberlas, ¿verdad?

Heidi había escuchado con creciente atención. Sus ojos comenzaron a brillar.

—¡Oh, cuánto quisiera saber leer ahora mismo!

—Lo conseguirás, y no creo que tardes mucho —aseguró la abuela—. Vamos a ver qué hace Clara. Llevaremos también los libros.

Tomó a Heidi de la mano y juntas fueron al cuarto de estudio.

Desde aquel día en que había querido marcharse y la señorita Rottenmeier la reprendió en la escalera, acusándola de ser desagradecida por desear abandonar una casa donde la trataban tan bien, Heidi había cambiado. Había comprendido que no podía regresar a los Alpes cuando quisiera, como le había prometido su tía. Debía quedarse en Fráncfort durante mucho tiempo, acaso para siempre.

También había comprendido que el señor Sesemann consideraría una ingratitud su deseo de volver a casa, y pensaba que Clara y su abuela opinarían lo mismo. Por eso no se atrevía a hablar con nadie de su nostalgia. Temía que aquella abuela tan bondadosa se disgustara también con ella, como ya lo había hecho la señorita Rottenmeier.

Pero el peso que llevaba en el corazón se hacía cada día mayor. Había perdido el apetito y su rostro palidecía poco a poco. Por las noches le costaba mucho conciliar el sueño. Cuando todo quedaba en silencio, las imágenes de los Alpes volvían a su memoria con una claridad dolorosa: el sol sobre los prados, las flores, la cabaña y las montañas. Al fin se dormía y soñaba con las rocas enrojecidas del Falknis y los resplandecientes campos de nieve de la Schesaplana. Al despertar, por un instante quería saltar de la cama para salir de la cabaña del abuelo; entonces reconocía su enorme habitación de Fráncfort y comprendía que se encontraba muy lejos de su hogar.

Muchas mañanas hundía la cabeza en la almohada y lloraba largo rato, procurando que nadie pudiera oírla.

A la abuela no le pasó inadvertida aquella tristeza. Esperó algunos días, pensando que quizá desaparecería, pero Heidi seguía apagada, y en ocasiones se notaba que había llorado desde muy temprano. Una mañana la llevó nuevamente a su habitación, la colocó delante de sí y le preguntó con ternura:

—Dime qué te ocurre, Heidi. ¿Tienes alguna pena?

Justamente porque la abuela había sido tan buena con ella, Heidi no quería parecer ingrata a sus ojos. Respondió tristemente:

—No puedo decirlo.

—¿No? ¿Tal vez podrías contárselo a Clara?

—¡Oh, no! A nadie —aseguró la niña, con una expresión tan desdichada que conmovió a la anciana.

—Escúchame, pequeña. Cuando tenemos una pena que no podemos contar a ninguna persona, podemos hablar con Dios y pedirle ayuda, porque él conoce todo nuestro sufrimiento. ¿Comprendes? Tú rezas cada noche, ¿verdad? Le das gracias por lo bueno y le pides que te proteja.

—No, yo nunca hago eso —respondió Heidi.

—¿Nunca rezas? ¿No sabes lo que es rezar?

—Antes lo hacía con mi primera abuela, pero fue hace mucho tiempo y ahora lo he olvidado.

—Entonces comprenderás por qué te sientes tan sola. Piensa qué consuelo es poder contarle a Dios todo lo que nos oprime el corazón y pedirle ayuda cuando nadie más puede ayudarnos. Podemos hablar con él en cualquier momento.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos de Heidi.

—¿Puedo contárselo todo, absolutamente todo?

—Todo, Heidi, todo.

La niña retiró rápidamente las manos de entre las de la anciana.

—¿Puedo irme ahora?

—¡Claro que sí!

Heidi corrió a su habitación, se sentó en un pequeño taburete y juntó las manos. Allí expresó en oración cuanto guardaba en el corazón y le causaba tanta tristeza. Rogó fervientemente que la ayudara y le permitiera volver a casa, junto a su abuelo.

Transcurrió algo más de una semana cuando el profesor solicitó hablar con la señora Sesemann acerca de un acontecimiento extraordinario. Fue recibido en su habitación, y la abuela le tendió la mano con cordialidad.

—Bienvenido, querido profesor. Siéntese aquí, a mi lado. Dígame qué lo trae. Espero que no sean malas noticias ni nuevas quejas.

—Todo lo contrario, estimada señora —comenzó el profesor—. Ha sucedido algo que, en vista de los antecedentes, nadie hubiera podido razonablemente anticipar, porque las circunstancias parecían excluir de manera absoluta la posibilidad de aquello que, no obstante, acaba de verificarse de un modo que contradice nuestras previsiones más fundadas…

—¿Quiere usted decir que Heidi ha aprendido a leer? —lo interrumpió la abuela.

El profesor la miró sin poder pronunciar palabra durante unos instantes.

—¡Es realmente maravilloso! —consiguió decir al fin—. Después de todas mis explicaciones y esfuerzos, la niña no había logrado aprender el abecedario. Y ahora, justo cuando yo había decidido dejar de lado las explicaciones más complejas y mostrarle únicamente las letras, ha comenzado a leer casi de la noche a la mañana. ¡Y lo hace con una corrección extraordinaria para una principiante! Me sorprende también que usted haya podido imaginar esa posibilidad.

—En la vida ocurren muchas cosas sorprendentes —respondió la señora Sesemann, sonriendo—. A veces coinciden felizmente una nueva disposición para aprender y un método más adecuado. Lo importante es alegrarnos por sus progresos y confiar en que continúen.

Acompañó al profesor hasta la puerta y se dirigió enseguida al cuarto de estudio para comprobar la noticia. Allí encontró a Heidi junto a Clara, leyéndole una historia en voz alta. La propia niña parecía maravillada por lo que estaba haciendo: aquellos signos negros que antes carecían de sentido se habían convertido en personas, paisajes y acontecimientos que cobraban vida delante de sus ojos.

Aquella noche, cuando todos se sentaron a la mesa, Heidi descubrió sobre su plato el gran libro de las bellas ilustraciones. Miró interrogativamente a la abuela.

—Sí, sí —le dijo ella con una sonrisa—. Ahora es tuyo.

—¿Para siempre? ¿También cuando vuelva a casa? —preguntó Heidi, ruborizada de alegría.

—Por supuesto. Para siempre. Mañana comenzaremos a leerlo juntas.

—¡Pero no te marcharás a casa todavía, Heidi! —intervino Clara—. Tendrás que quedarte conmigo muchos años, sobre todo cuando la abuela vuelva a irse.

Antes de acostarse, Heidi quiso contemplar otra vez su hermoso libro. Desde entonces, leerlo se convirtió en su ocupación preferida. Volvía una y otra vez a las historias que acompañaban las imágenes, y se alegraba especialmente cuando la abuela le pedía que leyera en voz alta. Las palabras parecían cobrar todavía más vida al pronunciarlas, y la anciana añadía explicaciones y detalles que hacían las historias más hermosas.

La imagen favorita de Heidi seguía siendo la pradera verde con el pastor en medio del rebaño. Allí el joven todavía se encontraba en casa de su padre, cuidando alegremente las ovejas y las cabras del rebaño paterno. Pero el relato continuaba: el muchacho había abandonado la casa paterna y se encontraba ahora en tierras lejanas, cuidando cerdos. Había adelgazado tanto que apenas le quedaban fuerzas, y su único alimento eran las sobras destinadas a aquellos animales. La ilustración correspondiente mostraba un paisaje gris y triste, muy distinto del campo iluminado por el sol.

Después venía otra escena. Un padre anciano salía de su casa con los brazos abiertos y corría al encuentro del hijo que regresaba arrepentido, temeroso, muy delgado y vestido con una túnica desgarrada. Era la historia que Heidi más quería leer. Nunca se cansaba de escuchar lo que la abuela explicaba sobre ella, porque veía en aquellas imágenes algo que conmovía profundamente su propio corazón.

Había, sin embargo, muchas otras narraciones bellas en el libro. Entre lecturas, ilustraciones y conversaciones, los días transcurrieron rápidamente, hasta que comenzó a acercarse la fecha en que la abuela debía marcharse de Fráncfort.

CAPÍTULO 11: HEIDI PROGRESA POR UN LADO Y DECAE POR OTRO

Durante toda su estancia en Fráncfort, la abuela de Clara acostumbraba sentarse cada tarde junto a su nieta después de la comida, cuando esta se recostaba para descansar y la señorita Rottenmeier desaparecía misteriosamente en su habitación, seguramente porque también necesitaba reposo. La abuela se sentaba un momento junto a Clara, pero a los cinco minutos ya se había levantado y mandaba llamar a Heidi. Entonces se la llevaba a su cuarto, conversaba con ella y la mantenía entretenida de mil maneras.

La señora Sesemann tenía unas muñequitas muy bonitas y enseñaba a Heidi a confeccionarles vestidos y delantales. Sin darse casi cuenta, la niña aprendió a coser y llegó a hacer las faldas y los abriguitos más hermosos para aquellas pequeñas señoritas, pues la abuela siempre tenía a mano retazos de tela de los colores más espléndidos.

Ahora que Heidi sabía leer, también podía leerle sus cuentos una y otra vez a la abuela, y eso le causaba una alegría inmensa. Cuantas más veces leía aquellas historias, más cariño les tomaba, porque vivía junto a sus personajes cuanto les sucedía, como si fueran conocidos suyos muy próximos, y siempre le alegraba volver a encontrarlos. Pero, a pesar de todo, Heidi nunca parecía verdaderamente contenta: sus ojos habían perdido aquel brillo alegre de antes.

Había llegado la última semana de la estancia de la abuela en Fráncfort. Una tarde, a la hora en que Clara dormía, mandó llamar a Heidi. La pequeña entró llevando su libro grande debajo del brazo. La abuela le hizo una seña para que se acercara, dejó el libro a un lado y le dijo:

—Ven aquí, hija mía, y dime por qué no estás alegre. ¿Sigues llevando la misma pena en el corazón?

Heidi asintió con la cabeza.

—¿Se la has contado a Dios?

—Sí.

—¿Y le pides todos los días que todo se arregle y que vuelvas a estar contenta?

—¡Oh, no! Ya no rezo nunca.

—¿Qué estás diciéndome, Heidi? ¿Cómo es posible? ¿Por qué has dejado de rezar?

—Porque no sirve de nada. Dios no me ha escuchado. Y creo que es natural —continuó Heidi, un poco alterada—: si todas las noches tantas y tantas personas de Fráncfort rezan al mismo tiempo, Dios no puede prestar atención a todas. Seguro que a mí ni siquiera me ha oído.

—¿Y cómo puedes estar tan segura de eso?

—Porque durante muchas semanas le pedí lo mismo todos los días y nunca hizo lo que le pedía.

—No debes pensar así, Heidi. Las cosas no suceden de ese modo. Mira: Dios es para todos nosotros un padre bueno, que siempre sabe lo que nos conviene, incluso cuando nosotros mismos no lo sabemos. Y si le pedimos algo que no es bueno para nosotros, no nos concede eso que queremos, sino algo mucho mejor, siempre que continuemos rezándole de corazón y no nos apartemos de Él ni perdamos la confianza enseguida.

»Lo que tú le pedías no era lo mejor para ti en aquel momento. Pero Dios sí te ha escuchado: Él puede oír y atender a todas las personas a la vez, porque es Dios y no un ser humano como tú o como yo. Y como sabe lo que te conviene, habrá pensado: "Sí, Heidi recibirá un día aquello que me pide, pero cuando llegue el momento adecuado, cuando pueda alegrarse de verdad por ello".

»Porque, si te concediera ahora lo que deseas y luego descubrieras que habría sido mejor que no lo hiciera, quizá llorarías diciendo: "¡Ojalá Dios no me hubiera dado lo que le pedí! No era tan bueno como yo pensaba". Mientras Él observaba si confiabas en su bondad, si acudías cada día a pedirle ayuda y seguías mirándolo cuando algo te faltaba, tú te apartaste sin confianza alguna, dejaste de rezar y lo olvidaste por completo.

»Y cuando alguien hace eso, cuando su voz deja de oírse entre quienes rezan, Dios también lo olvida y lo deja ir por el camino que quiera. Si más tarde las cosas le salen mal y se lamenta: "¡Nadie me ayuda!", nadie se compadece de él, sino que todos le responden: "¡Pero si tú mismo te apartaste de Aquel que podía ayudarte!". ¿Quieres que te suceda eso, Heidi? ¿O prefieres volver a Dios enseguida, pedirle perdón por haber dejado de confiar y rezarle cada día, creyendo que Él sabrá disponerlo todo para tu bien y que podrás recuperar la alegría?

Heidi había escuchado con muchísima atención. Cada palabra de la abuela le llegaba al corazón, pues la niña confiaba en ella sin la menor reserva.

—Voy a ir ahora mismo a pedirle perdón a Dios —dijo arrepentida—. ¡Y nunca volveré a olvidarlo!

—Eso está bien, hija mía. Ya verás cómo te ayudará cuando llegue el momento. ¡Ten confianza! —la animó la abuela.

Heidi corrió inmediatamente a su habitación y allí rezó con toda seriedad y arrepentimiento. Le pidió a Dios que no la olvidara y que volviera a mirar por ella.

Llegó el día de la partida de la abuela. Para Clara y Heidi habría sido un día muy triste, pero la señora Sesemann supo arreglarlo todo de tal manera que las niñas casi no se dieron cuenta de que se trataba de una despedida. Más bien pareció una fiesta, hasta el momento en que la querida abuela se marchó en su carruaje. Entonces la casa quedó tan vacía y silenciosa que parecía haberse acabado todo. Durante el resto del día, Clara y Heidi permanecieron sentadas, desconcertadas, sin saber cómo continuarían las cosas a partir de entonces.

Al día siguiente, una vez terminadas las clases, a la hora en que las dos niñas solían estar juntas, Heidi entró con su libro debajo del brazo y dijo:

—Ahora quiero leerte siempre, siempre. ¿Te gustaría, Clara?

Clara acogió de buen grado la propuesta, y Heidi comenzó a leer con entusiasmo.

Pero aquello duró muy poco. Apenas había empezado una historia que hablaba de una abuela moribunda, Heidi lanzó de pronto un grito:

—¡Oh! ¡La abuela se ha muerto!

Y rompió a llorar desconsoladamente. Para Heidi, cuanto leía se convertía en algo presente y real. En aquel instante había creído que quien había muerto era la abuela de Pedro, allá arriba en los Alpes. Y entre sollozos cada vez más fuertes exclamaba:

—¡La abuela se ha muerto y ya nunca podré ir a verla! ¡Y ni siquiera ha recibido uno solo de los panecillos!

Clara trató una y otra vez de explicarle que no era la abuela de los Alpes, sino otra distinta, la que aparecía en el cuento. Por fin consiguió que Heidi comprendiera su equivocación; pero la pequeña no logró tranquilizarse y siguió llorando sin consuelo. Ahora había surgido en su corazón otro pensamiento terrible: la abuela podía morir mientras ella estuviera tan lejos, y también su abuelo. Quizá, cuando algún día regresara a casa, encontraría la montaña vacía y silenciosa, y estaría completamente sola, sin poder volver a ver jamás a las personas que tanto quería.

Entretanto había entrado la señorita Rottenmeier, que escuchó los intentos de Clara por aclararle a Heidi su error. Pero, como la niña seguía sollozando, la institutriz se acercó mostrando una impaciencia evidente y dijo con voz firme:

—¡Adelaida, ya basta de esos gritos sin motivo! Te advierto una cosa: si vuelves a dejarte llevar de ese modo por tus emociones mientras lees tus cuentos, ¡te quitaré el libro para siempre!

Aquellas palabras produjeron un efecto inmediato. Heidi se quedó blanca de espanto: su libro era el mayor de sus tesoros. Se secó las lágrimas a toda prisa y, haciendo un gran esfuerzo, contuvo los sollozos hasta que no dejó escapar el menor sonido.

La amenaza había surtido efecto. Desde entonces Heidi no volvió a llorar mientras leía, fuera cual fuera el contenido del relato. Pero algunas veces tenía que esforzarse tanto para dominarse y no gritar que Clara, sorprendida, le decía:

—¡Heidi, estás haciendo unas muecas terribles! Nunca he visto unas caras como esas.

Sin embargo, aquellas muecas no hacían ruido y pasaban inadvertidas para la señorita Rottenmeier. Cuando Heidi conseguía vencer uno de esos ataques de tristeza desesperada, todo volvía a su curso por algún tiempo, sin que nadie hubiera escuchado nada.

Pero Heidi perdió hasta tal punto el apetito y se puso tan delgada y pálida que Sebastián apenas podía soportar verla de aquel modo. Le dolía presenciar cómo, durante las comidas, dejaba pasar los platos más apetitosos sin probar bocado. Muchas veces, cuando le ofrecía alguna fuente, le susurraba para animarla:

—Tome un poco, señorita, ¡está delicioso! Así no, ¡una buena cucharada! ¡Y otra más!

Y le daba otros consejos cariñosos por el estilo; pero de nada servían. Heidi apenas comía ya. Por las noches, apenas apoyaba la cabeza en la almohada, volvían a aparecer ante sus ojos todas las cosas de su hogar. Entonces lloraba de añoranza, muy bajito, hundiendo el rostro en la almohada para que nadie pudiera oírla.

Así transcurrió mucho tiempo. Heidi ya no sabía nunca si era verano o invierno, porque los muros y las ventanas que veía desde todas las habitaciones de la casa de los Sesemann presentaban siempre el mismo aspecto. Solo salía cuando Clara se encontraba especialmente bien y podían dar juntas un paseo en coche;

pero aquellos paseos eran muy cortos, porque Clara no soportaba permanecer mucho tiempo en el carruaje.

Casi nunca llegaban a dejar atrás las calles empedradas y los altos muros. Generalmente tenían que regresar antes y recorrían una y otra vez calles amplias y elegantes donde abundaban los edificios y las personas, pero donde no se veían ni hierba, ni flores, ni abetos, ni montañas. La añoranza de Heidi por aquellas cosas hermosas y familiares crecía cada día. Bastaba con que encontrara escrita alguna palabra que le trajera un recuerdo de su hogar para sentir que estaba a punto de echarse a llorar, y entonces tenía que luchar con todas sus fuerzas para contenerse.

Así pasaron el otoño y el invierno. Ya el sol volvía a reflejarse con tanta intensidad sobre los muros blancos de la casa de enfrente que Heidi adivinó que se acercaba el tiempo en que Pedro conduciría de nuevo las cabras a los pastos de la montaña, en que las florecillas doradas de jara brillarían bajo el sol y, cada tarde, las cumbres parecerían encendidas por el resplandor del atardecer.

Heidi se sentaba entonces en un rincón de su habitación solitaria y se cubría los ojos con ambas manos para no ver la luz del sol en la pared de enfrente. Así permanecía, inmóvil, luchando en silencio contra aquella nostalgia que le quemaba el corazón, hasta que Clara volvía a llamarla.

CAPÍTULO 12: EN CASA DE LOS SESEMANN HAY FANTASMAS

Desde hacía algunos días, la señorita Rottenmeier andaba por la casa casi siempre silenciosa y ensimismada. Cuando, al caer la tarde, pasaba de una habitación a otra o atravesaba el largo corredor, miraba a menudo a su alrededor, hacia los rincones, y a veces volvía rápidamente la cabeza, como si pensara que alguien podía seguirla sin hacer ruido y tirarle de pronto de la falda. Pero ya solo se atrevía a caminar sola por las habitaciones habitadas.

Si tenía algún asunto que atender en el piso superior, donde se encontraban las habitaciones de huéspedes, amuebladas con toda solemnidad, o, peor aún, en las dependencias de abajo, donde estaba el gran salón misterioso en el que cada paso producía un eco que resonaba a lo lejos y los antiguos consejeros, retratados con sus grandes cuellos blancos, miraban a uno desde las paredes con expresión grave e inmóvil, llamaba invariablemente a Tinette y le decía que debía acompañarla, por si había algo que subir o bajar de allí.

Tinette, por su parte, hacía exactamente lo mismo: si tenía que ocuparse de algún trabajo arriba o abajo, llamaba a Sebastián y le decía que debía acompañarla, pues quizá hubiera algo que traer que ella no pudiera cargar sola. Y, cosa admirable, Sebastián procedía de idéntica manera: cuando lo enviaban a las habitaciones apartadas, iba en busca de Johann y le ordenaba acompañarlo, por si no podía transportar lo que hiciera falta.

Todos respondían siempre de buen grado a aquellas llamadas, aunque en realidad nunca había nada que transportar y cualquiera habría podido ir solo. Era como si cada uno pensara que pronto podría necesitar del otro un favor semejante. Mientras ocurría todo esto en los pisos de arriba, la cocinera, que llevaba muchos años en la casa, permanecía pensativa junto a sus ollas, meneaba la cabeza y suspiraba:

—¡Tener que vivir yo para ver esto!

Desde hacía algún tiempo sucedía algo muy extraño e inquietante en casa de los Sesemann. Cada mañana, cuando los criados bajaban, encontraban la puerta principal abierta de par en par; pero no se veía por ninguna parte a nadie que pudiera explicar aquel hecho.

Los primeros días, aterrorizados, registraron enseguida todas las habitaciones y dependencias para descubrir qué habían robado, porque suponían que algún ladrón habría logrado esconderse en la casa y escapado durante la noche con el botín. Sin embargo, no faltaba absolutamente nada: ni un solo objeto había desaparecido.

Por las noches no solo aseguraban la puerta con dos cerrojos, sino que además corrían el grueso travesaño de madera. No servía de nada: a la mañana siguiente la encontraban abierta de par en par. Por temprano que bajara toda la servidumbre, alarmada por aquel asunto, la puerta ya estaba abierta, aun cuando alrededor todo continuaba sumido en el sueño y las ventanas y puertas de las otras casas seguían firmemente cerradas.

Por fin, Johann y Sebastián se armaron de valor y, ante las insistentes exhortaciones de la señorita Rottenmeier, accedieron a pasar la noche en el cuarto de abajo que comunicaba con el gran salón, para esperar y ver qué sucedía. La señorita Rottenmeier sacó varias armas del señor Sesemann y entregó a

Sebastián una gran botella de licor, a fin de que primero pudieran cobrar fuerzas y después defenderse como correspondía, si era necesario.

La noche señalada, los dos hombres se sentaron y empezaron enseguida a beber para darse ánimos. Aquello los volvió primero muy conversadores y después bastante soñolientos, hasta que ambos se recostaron en sus sillones y guardaron silencio. Cuando el viejo reloj de la torre dio las doce, Sebastián logró despabilarse y llamó a su compañero. Pero no era fácil despertarlo: cuantas veces Sebastián lo llamaba, Johann dejaba caer la cabeza de un lado al otro del respaldo y seguía durmiendo.

Sebastián escuchó entonces con toda atención, pues ya estaba completamente despierto. Reinaba un silencio absoluto; ni siquiera de la calle llegaba un sonido. No volvió a dormirse, porque aquella profunda quietud empezó a resultarle muy siniestra. Ya solo se atrevía a llamar a Johann en voz baja y de vez en cuando lo sacudía un poco.

Por último, cuando arriba ya había sonado la una, Johann despertó y recobró la conciencia de por qué estaba sentado en una silla y no acostado en su cama. Entonces se incorporó de golpe, mostrando gran valentía, y exclamó:

—Vamos, Sebastián. Tendremos que salir de una vez y ver cómo están las cosas. No irás a tener miedo, ¿verdad? ¡Sígueme!

Johann abrió del todo la puerta de la habitación, que estaba entornada, y salió. En aquel mismo instante, por la puerta principal, que estaba abierta, entró una fuerte corriente de aire y apagó la vela que Johann llevaba en la mano. Este retrocedió de un salto, estuvo a punto de derribar de espaldas a Sebastián dentro de la habitación, lo arrastró consigo, cerró de golpe y, con una prisa febril, dio todas las vueltas que pudo a la llave. Después sacó apresuradamente sus fósforos y volvió a encender la vela.

Sebastián no había comprendido bien lo sucedido, pues, al encontrarse detrás del corpulento Johann, apenas había sentido la corriente de aire. Pero cuando pudo mirarlo a la luz lanzó un grito de espanto: Johann estaba blanco como la tiza y temblaba como una hoja.

—¿Qué ocurre? ¿Qué había ahí fuera? —preguntó Sebastián, preocupado.

—¡La puerta, abierta de par en par! —jadeó Johann—. ¡Y en la escalera una figura blanca! Mira, Sebastián: subió la escalera así, ¡zas!, y desapareció.

A Sebastián le recorrió un escalofrío toda la espalda. Los dos se sentaron muy juntos y no se movieron hasta que amaneció y comenzó a sentirse movimiento en la calle. Entonces salieron juntos, cerraron la puerta principal, que seguía abierta de par en par, y subieron para contar a la señorita Rottenmeier lo que habían vivido. La dama ya estaba dispuesta a recibirlos, pues la expectativa de lo que iba a oír no la había dejado dormir.

En cuanto escuchó el relato, se sentó y escribió al señor Sesemann una carta como nunca antes había recibido. Debía ponerse en camino inmediatamente, sin demora, y regresar a casa, porque allí estaban sucediendo cosas inauditas. Le refirió lo ocurrido y le informó de que la puerta continuaba apareciendo abierta cada mañana; por tanto, nadie en aquella casa tenía ya segura la vida mientras la entrada permaneciera abierta todas las noches, y era imposible prever qué sombrías consecuencias podía traer aquel inquietante suceso.

El señor Sesemann respondió enseguida que le era imposible abandonarlo todo tan repentinamente y volver a casa. Aquella historia de fantasmas le resultaba muy extraña y esperaba que fuera pasajera. Pero, si no recobraban la tranquilidad, la señorita Rottenmeier podía escribir a la señora Sesemann y preguntarle si deseaba acudir a Fráncfort para prestarles ayuda. Sin duda, su madre acabaría con los fantasmas en muy poco tiempo, y después estos no se atreverían a perturbar su casa durante una buena temporada.

A la señorita Rottenmeier no le agradó el tono de la carta: el señor Sesemann no se tomaba el asunto con suficiente seriedad. Escribió de inmediato a la señora Sesemann, pero la respuesta de esta tampoco fue satisfactoria y contenía algunas observaciones bastante mordaces. La abuela decía que no pensaba viajar expresamente desde Holstein hasta Fráncfort solo porque Rottenmeier creyera ver fantasmas. Además, jamás se había visto un fantasma en casa de los Sesemann, y si ahora andaba alguno por allí, únicamente podía tratarse de uno de carne y hueso con el que Rottenmeier debería poder entenderse. De lo contrario, que llamara a los vigilantes nocturnos para que la ayudaran.

Pero la señorita Rottenmeier estaba resuelta a no seguir viviendo aterrorizada y sabía cómo arreglárselas. Hasta entonces no había dicho nada a las dos niñas acerca de las apariciones, porque temía que, por miedo, ya no quisieran quedarse solas ni un instante, de día o de noche, lo que podía ocasionarle grandes incomodidades.

Ahora fue directamente al cuarto de estudio, donde estaban sentadas las dos, y les contó en voz baja las apariciones nocturnas de un desconocido.

Clara soltó inmediatamente un grito. No se quedaría sola ni un instante más; papá tenía que volver a casa y la señorita Rottenmeier debía trasladar su cama a la habitación de Clara. Heidi tampoco podía seguir sola, pues el fantasma podría ir a verla y hacerle daño. ¡Debían dormir todos en una sola habitación, dejar encendida la luz durante toda la noche, hacer que Tinette durmiera al lado y que Sebastián y Johann bajaran también a dormir al corredor, para poder gritar enseguida y espantar al fantasma si intentaba subir la escalera!

Clara estaba tan agitada que la señorita Rottenmeier tuvo enormes dificultades para tranquilizarla un poco. Le prometió escribir de inmediato a su padre, colocar su propia cama en el cuarto de Clara y no dejarla nunca más sola. No era posible que todos durmieran en la misma habitación; pero si Adelaida también tenía miedo, Tinette tendría que instalar su cama junto a ella.

Heidi, sin embargo, temía a Tinette mucho más que a los fantasmas, de los cuales ni siquiera había oído hablar. Por eso declaró enseguida que no tenía miedo del fantasma y que podía seguir durmiendo sola en su habitación.

La señorita Rottenmeier corrió entonces a su escritorio y escribió al señor Sesemann que los sucesos aterradores que se repetían cada noche en la casa habían trastornado de tal modo la delicada constitución de su hija que era de temer lo peor. En circunstancias semejantes se habían visto casos de ataques epilépticos repentinos o del llamado baile de San Vito, y su hija estaba expuesta a todos esos peligros si no se ponía fin al estado de terror reinante.

Aquella carta sí produjo efecto. Dos días después, el señor Sesemann estaba ante la puerta de su casa tocando la campanilla con tanta fuerza que todos acudieron corriendo y se miraron unos a otros,

convencidos de que el fantasma tenía ya la insolencia de hacer sus travesuras incluso antes de que llegara la noche. Sebastián miró cautelosamente desde arriba por una contraventana entreabierta. En aquel momento volvió a sonar la campanilla con tal energía que todos supusieron instintivamente que detrás de aquel tirón había una mano humana.

Sebastián reconoció la mano. Atravesó el cuarto a toda prisa, bajó las escaleras casi de cabeza, logró caer de pie al llegar abajo y abrió de golpe la puerta principal. El señor Sesemann saludó brevemente y subió sin detenerse a la habitación de su hija.

Clara recibió a su padre con un grito de alegría. Cuando él la vio tan animada y completamente igual que siempre, se le alisó la frente, que hasta entonces había mantenido muy fruncida. Su tranquilidad creció al oír de labios de Clara que se encontraba tan bien como de costumbre y que estaba tan feliz por su llegada que ahora hasta le parecía magnífico que hubiera un fantasma en casa, puesto que gracias a él papá se había visto obligado a regresar.

—Y bien, señorita Rottenmeier, ¿cómo se sigue comportando el fantasma? —preguntó el señor Sesemann con una sonrisa juguetona en los labios.

—No, señor Sesemann —respondió la dama con gravedad—, no es cosa de broma. Estoy segura de que mañana el señor Sesemann ya no se reirá, porque lo que sucede en esta casa indica que en otros tiempos debió de ocurrir aquí algo espantoso que se mantuvo oculto.

—Vaya, yo no sé nada de eso —observó el señor Sesemann—, pero debo pedirle que no ponga bajo sospecha a mis antepasados, que fueron personas absolutamente honorables. Y ahora haga llamar a Sebastián al comedor. Quiero hablar con él a solas.

El señor Sesemann pasó al comedor y Sebastián compareció ante él. Al señor Sesemann no se le había escapado que Sebastián y la señorita Rottenmeier no se miraban precisamente con afecto; por ello tenía sus propias sospechas.

—Acércate, muchacho —le indicó al verlo entrar—, y dime ahora con toda sinceridad: ¿no habrás hecho tú mismo un poco el papel de fantasma, para divertir a la señorita Rottenmeier, eh?

—No, se lo juro, señor. No debe creer algo así. A mí mismo este asunto me tiene muy intranquilo —respondió Sebastián con una sinceridad inconfundible.

—Bien, si es así, mañana te mostraré a ti y al valeroso Johann cómo se ven los fantasmas a la luz. ¡Debería darte vergüenza, Sebastián! ¡Un muchacho joven y fuerte como tú, huyendo de los fantasmas! Ahora ve enseguida a buscar a mi viejo amigo, el doctor Classen. Dale recuerdos de mi parte y dile que venga sin falta esta noche a las nueve. He viajado expresamente desde París para consultarlo. Tiene que velar toda la noche junto a mí, tan grave es mi estado. ¡Que se prepare! ¿Has entendido, Sebastián?

—¡Sí, sí, señor! Puede estar seguro de que cumpliré bien el encargo.

Con eso, Sebastián se retiró y el señor Sesemann volvió al lado de su hija para quitarle todo temor a una aparición que aquella misma noche se proponía esclarecer debidamente.

A las nueve en punto, cuando las niñas ya se habían acostado y la señorita Rottenmeier también se había retirado, llegó el doctor. Bajo sus cabellos grises conservaba un rostro bastante fresco y dos ojos vivaces,

de mirada amable. Parecía algo inquieto; sin embargo, apenas hubo saludado a su amigo, soltó una carcajada y, dándole una palmada en el hombro, dijo:

—¡Vamos, vamos! Para ser alguien a quien hay que velar, todavía tienes bastante buen aspecto, viejo amigo.

—Paciencia, amigo mío —replicó el señor Sesemann—. Aquel a quien tendrás que velar presentará un aspecto mucho peor cuando consigamos atraparlo.

—¿Así que, después de todo, hay un enfermo en la casa y, además, uno al que hay que atrapar?

—Mucho peor, doctor, mucho peor. ¡Tengo un fantasma en casa! ¡Aquí ocurren apariciones!

El doctor rompió a reír a carcajadas.

—¡Hermosa muestra de compasión, doctor! —prosiguió el señor Sesemann—. Lástima que mi amiga Rottenmeier no pueda disfrutarla. Está firmemente convencida de que uno de los antiguos Sesemann anda alborotando por aquí para expiar alguna atrocidad.

—¿Y cómo ha llegado ella a conocerlo? —preguntó el doctor, todavía muy divertido.

El señor Sesemann contó entonces a su amigo todo cuanto había sucedido y cómo, según afirmaban todos los habitantes de la casa, la puerta principal seguía abriéndose cada noche. Añadió que, por precaución, había mandado poner dos revólveres bien cargados en el cuarto de guardia. Porque, o bien se trataba de una broma muy desagradable de algún conocido de los criados, destinada a asustar a los habitantes durante la ausencia del dueño, y en tal caso un pequeño susto, como un buen disparo al aire, no le vendría mal al bromista; o bien podía tratarse de ladrones que pretendían hacer creer que había fantasmas para conseguir que después nadie se atreviera a salir. En ese caso, una buena arma tampoco estaría de más.

Mientras hablaban, los dos señores habían bajado las escaleras y entraron en el mismo cuarto donde Johann y Sebastián habían montado guardia. Sobre la mesa había varias botellas de excelente vino, pues no les vendría mal un pequeño refrigerio de vez en cuando si debían permanecer allí toda la noche. Junto a ellas estaban los dos revólveres y, en medio de la mesa, dos candelabros que despedían una luz intensa. El señor Sesemann no tenía intención de esperar a un fantasma en la penumbra.

Dejaron la puerta del cuarto entornada, porque tampoco convenía que escapara demasiada luz hacia el corredor: podría ahuyentar al fantasma. Luego se acomodaron en sus sillones y empezaron a contarse toda clase de cosas, tomando de vez en cuando un buen trago. Así, sin que apenas se dieran cuenta, dieron las doce.

—El fantasma nos ha olido y seguramente no aparecerá esta noche —dijo entonces el doctor.

—Paciencia. Según dicen, no llega hasta la una —repuso su amigo.

Reanudaron la conversación. Sonó la una. En torno a ellos reinaba un silencio completo; también en la calle había cesado todo ruido. De pronto, el doctor levantó un dedo.

—¡Chist! Sesemann, ¿no oyes nada?

Ambos prestaron atención. Aunque muy débilmente, escucharon con toda claridad cómo se retiraba el travesaño de madera, cómo giraba dos veces la llave en la cerradura y cómo, por último, se abría la puerta. El señor Sesemann alargó la mano hacia su revólver.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —dijo el doctor, poniéndose de pie.

—Más vale ser prudente —susurró el señor Sesemann. Tomó con la mano izquierda el candelabro de tres velas y con la derecha el revólver. Siguió al doctor, que iba delante, armado asimismo con un candelabro y una pistola. Salieron al corredor.

Por la puerta abierta de par en par entraba una pálida luz de luna que iluminaba una figura blanca, inmóvil sobre el umbral.

—¿Quién está ahí? —tronó el doctor, y su voz resonó por todo el corredor.

Los dos señores se acercaron a la figura con sus luces y sus armas. La figura se volvió y lanzó un pequeño grito. Allí estaba Heidi, descalza, con su camisón blanco. Miraba desconcertada las llamas brillantes y las armas, mientras temblaba de pies a cabeza como una hoja agitada por el viento. Los dos hombres se miraron con enorme asombro.

—¡Vaya, Sesemann! Creo que es tu pequeña aguadora —dijo el doctor.

—Niña, ¿qué significa esto? —preguntó el señor Sesemann—. ¿Qué intentabas hacer? ¿Por qué has bajado hasta aquí?

Heidi, blanca como la nieve del susto, respondió casi sin voz:

—No lo sé.

Entonces intervino el doctor:

—Sesemann, este caso es de mi competencia. Ve a sentarte entretanto en tu sillón. Yo primero llevaré a la niña al lugar donde debe estar.

Dejó su revólver en el suelo, tomó paternalmente de la mano a la pequeña, que seguía temblando, y se dirigió con ella hacia la escalera.

—No tengas miedo, no tengas miedo —le dijo amablemente mientras subían—. Quédate tranquila; no ha ocurrido nada malo. Ten confianza.

Al entrar en la habitación de Heidi, el doctor puso el candelabro sobre la mesa, levantó a la niña en brazos, la acostó y la arropó con cuidado. Después se sentó en una silla junto a la cama y esperó hasta que Heidi se hubiera tranquilizado un poco y sus miembros dejaran de temblar. Entonces le tomó una mano y le preguntó con dulzura:

—Bien, ya está todo en orden. Dime ahora, ¿adónde querías ir?

—¡Yo no quería ir a ninguna parte! —aseguró Heidi—. Tampoco he bajado por mi cuenta. De repente me encontré allí.

—Ya veo. Y ¿acaso sueñas por la noche? Quiero decir, ¿tienes sueños en los que ves y oyes las cosas con toda claridad?

—Sí, todas las noches sueño, y siempre lo mismo. Entonces creo que estoy con el abuelo y oigo afuera cómo susurra el viento entre los abetos. Y pienso: «¡Qué hermosas brillan ahora las estrellas en el cielo!». Corro enseguida, abro la puerta de la cabaña y ¡todo es tan bonito! Pero cuando despierto, sigo estando en Fráncfort.

Heidi ya comenzaba a luchar con aquel peso que le subía por la garganta y a tragar para contenerlo.

—Hum. Y dime, ¿no te duele nada en ninguna parte? ¿Ni la cabeza ni la espalda?

—¡Oh, no! Solo aquí siento siempre una presión, como si tuviera una piedra muy grande.

—Hum. ¿Algo así como cuando uno ha comido y luego preferiría devolver lo que ha comido?

—No, no es eso. Es un peso, como cuando una tiene muchas ganas de llorar.

—Ya veo. ¿Y lloras entonces con todas tus fuerzas, hasta desahogarte?

—¡Oh, no! No se puede. La señorita Rottenmeier lo ha prohibido.

—Entonces te tragas el llanto, ¿verdad? Sí, ya entiendo. Pero tú estás muy contenta en Fráncfort, ¿no?

—Oh, sí —fue la débil respuesta, aunque sonó más bien como si quisiera decir lo contrario.

—Hum. Y ¿dónde vivías con tu abuelo?

—Siempre en la montaña.

—Bueno, pero allí no debe de haber muchas diversiones. Será un poco aburrido, ¿verdad?

—¡Oh, no! ¡Allí es tan hermoso, tan hermoso...!

Heidi no pudo continuar. El recuerdo, el susto que acababa de pasar y todo el llanto contenido durante tanto tiempo acabaron por vencer sus fuerzas. Las lágrimas le brotaron impetuosamente de los ojos y rompió en sollozos fuertes y desesperados.

El doctor se levantó, acomodó con cariño la cabeza de Heidi sobre la almohada y dijo:

—Bueno, llora un poquito más. Eso no puede hacerte daño. Después duérmete, duerme muy tranquila y contenta. Mañana todo irá bien.

Y salió de la habitación.

Cuando regresó al cuarto donde habían montado guardia, el doctor se acomodó en el sillón frente a su amigo, que lo aguardaba expectante, y le explicó:

—Sesemann, tu pequeña protegida es, en primer lugar, sonámbula. Sin saber absolutamente nada de lo que hacía, ha abierto cada noche la puerta principal de tu casa, convertida en el fantasma que ha metido el miedo en el cuerpo a toda tu servidumbre. En segundo lugar, la consume la nostalgia de su hogar, hasta el punto de que ya está casi reducida a los huesos y acabará por consumirse del todo si no se la ayuda enseguida. ¡Hay que actuar con rapidez! Para el primer mal y para la intensa excitación nerviosa que padece, solo hay un remedio: devolver inmediatamente a la niña al aire de las montañas de su tierra. Para el segundo existe también una sola medicina, y es exactamente la misma. Por consiguiente, la niña se marcha mañana. Esa es mi receta.

El señor Sesemann se había puesto en pie y recorría la habitación de un lado a otro, profundamente agitado. Por fin estalló:

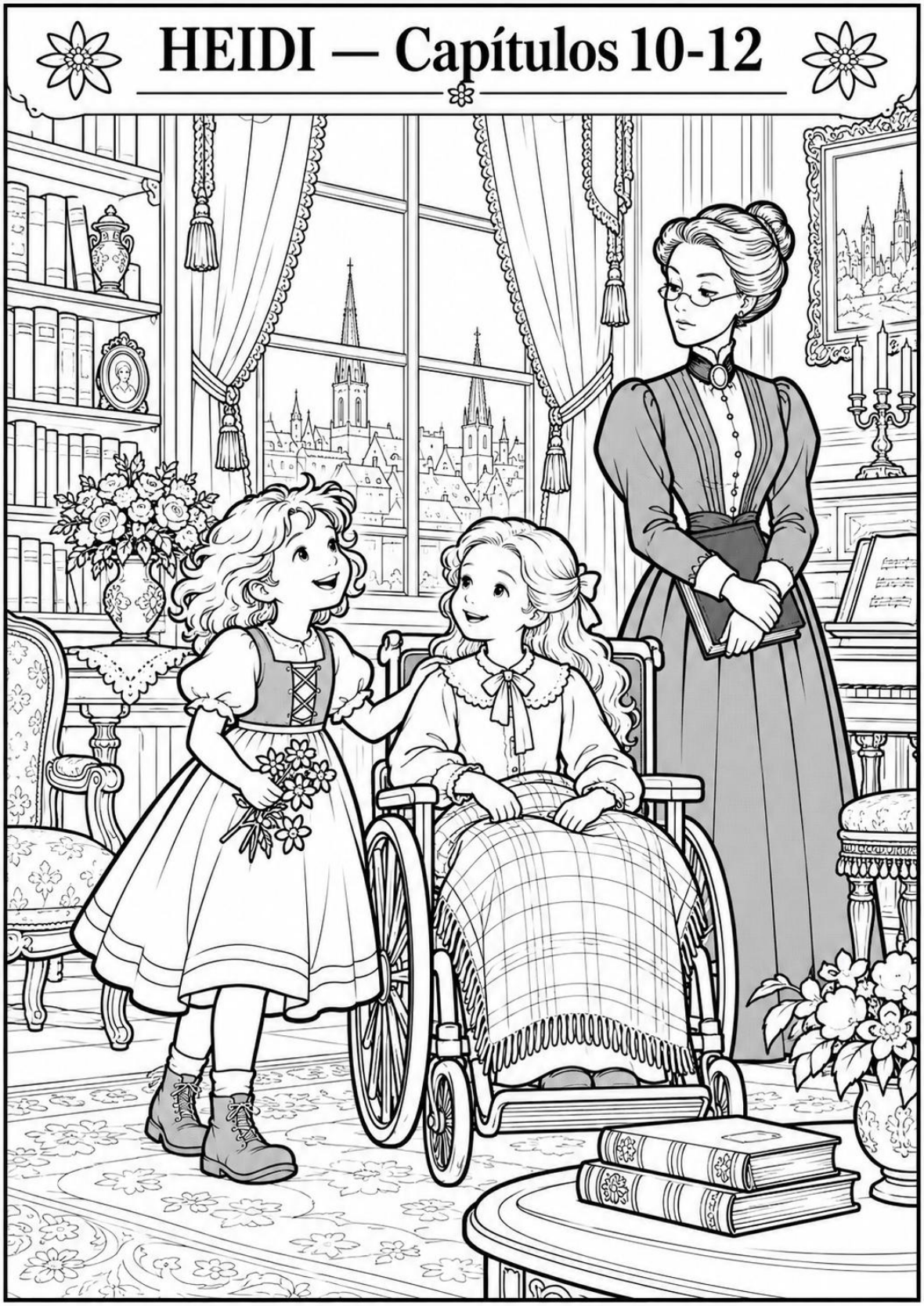
—¡Sonámbula! ¡Enferma! ¡Consumida por la nostalgia! ¡Adelgazando de ese modo en mi propia casa! ¡Y nadie se da cuenta! ¡Y nadie lo advierte ni se entera de nada! Y tú, doctor, ¿pretendes que devuelva a su abuelo, desdichada y consumida, a la niña que llegó a mi casa fresca y saludable? No, doctor, eso no puedes pedírmelo. ¡No lo haré, jamás lo haré! Ocúpate ahora de ella, aplícale tratamientos, haz cuanto quieras, pero devuélvemela sana y fuerte. Después la mandaré a casa si ella quiere, pero primero ¡ayúdala!

—Sesemann —respondió el doctor con seriedad—, piensa bien lo que haces. Este estado no es una enfermedad que pueda curarse con polvos y píldoras. La niña no tiene una constitución especialmente resistente. Si la envías ahora mismo al aire vigoroso de las montañas al que está acostumbrada, podrá recuperarse por completo. Si no... Tú no querrás que vuelva con su abuelo incurable o que ni siquiera llegue a regresar, ¿verdad?

El señor Sesemann se detuvo, espantado.

—Bien, doctor, si me hablas de ese modo, entonces solo hay un camino: debemos actuar inmediatamente.

Mientras decía esto, tomó del brazo a su amigo y paseó con él de un lado a otro para seguir hablando del asunto. Después el doctor se marchó a su casa, pues entretanto había transcurrido mucho tiempo y, por la puerta principal, que esta vez abrió el propio dueño de la casa, entraba ya la claridad del amanecer.


HEIDI — Capítulos 10-12

CAPÍTULO 13: UNA TARDE DE VERANO, CAMINO DE LA MONTAÑA

El señor Sesemann subió las escaleras muy agitado y se dirigió con paso firme a la habitación de la señorita Rottenmeier. Llamó a la puerta con tanta fuerza, de una manera tan desacostumbrada, que la dama despertó sobresaltada y soltó un grito. Oyó la voz del dueño de la casa que decía desde fuera:

—Haga el favor de darse prisa y presentarse en el comedor. Hay que preparar una partida inmediatamente.

La señorita Rottenmeier miró el reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada, hora a la que jamás se había levantado en toda su vida. ¿Qué habría ocurrido? Movida por la curiosidad y la angustiosa expectación, tomaba todas las cosas equivocadamente y no conseguía avanzar: lo que ya se había puesto encima lo buscaba después sin cesar por toda la habitación.

Entretanto, el señor Sesemann recorrió el corredor y tiró con todas sus fuerzas de los cordones de las campanillas que llamaban a los distintos criados. En cada habitación, una figura espantada saltó de la cama y se vistió como pudo, poniéndose las prendas al revés, pues todos pensaban que el fantasma había atrapado de algún modo al dueño de la casa y que aquellas campanillas eran su llamada de auxilio.

Así fueron bajando uno tras otro, cada cual con un aspecto más aterrador que el anterior, y se presentaron asombrados ante el señor Sesemann. Él, sin embargo, caminaba por el comedor fresco y animado, sin parecer en absoluto un hombre a quien hubiera asustado un fantasma. Mandó enseguida a Johann preparar los caballos y el coche y traerlos después ante la puerta. A Tinette le encargó despertar inmediatamente a Heidi y dejarla lista para emprender un viaje.

Sebastián recibió la orden de correr a la casa donde trabajaba la tía de Heidi y traerla. Para entonces la señorita Rottenmeier había conseguido terminar de vestirse y todas sus prendas estaban en su sitio, excepto la cofia, que llevaba colocada al revés, de manera que, desde lejos, parecía tener la cara en la nuca. El señor Sesemann atribuyó aquella extraña apariencia al brusco despertar y pasó sin demora a tratar los asuntos urgentes.

Le explicó que debía buscar inmediatamente un baúl y guardar en él todas las pertenencias de la niña suiza —así solía llamar el señor Sesemann a Heidi, cuyo nombre le resultaba poco familiar—, además de una buena parte de la ropa y otras cosas de Clara, para que la pequeña regresara a casa bien provista. Todo debía hacerse deprisa y sin perder tiempo en deliberaciones.

La señorita Rottenmeier se quedó plantada en el suelo de pura sorpresa y miró fijamente al señor Sesemann. Esperaba que él le confiara un relato estremecedor de lo sucedido durante la noche con el fantasma, que, a la clara luz de la mañana, no le habría disgustado escuchar. En vez de eso, recibía encargos completamente prosaicos y, por añadidura, muy incómodos. No lograba asimilar tan deprisa algo tan inesperado. Continuó allí, muda, esperando más explicaciones.

Pero el señor Sesemann no tenía intención de dárselas. Dejó a la dama donde estaba y fue al cuarto de su hija. Como había supuesto, Clara se había despertado a causa del movimiento inusual de la casa y escuchaba atentamente por todos lados, preguntándose qué estaría pasando.

El padre se sentó junto a su cama y le contó todo lo ocurrido con la aparición. Le explicó que, según el médico, Heidi se encontraba muy debilitada y que probablemente sus paseos nocturnos irían haciéndose

cada vez más largos; quizá llegara incluso a subir al tejado, lo que entrañaría gravísimos peligros. Por eso había decidido enviarla inmediatamente a su hogar, pues no podía asumir semejante responsabilidad. Clara tendría que resignarse: comprendía que no había otra solución.

Clara recibió la noticia con mucho dolor y al principio intentó proponer toda clase de alternativas; pero fue inútil. Su padre se mantuvo firme en la decisión, aunque prometió que al año siguiente viajarían juntos a Suiza si ella era razonable y no se entregaba a los lamentos.

Clara aceptó por fin lo inevitable. A cambio pidió que llevaran el baúl de Heidi a su habitación y lo prepararan allí, de modo que pudiera introducir en él cuanto quisiera regalarle. Su padre accedió de muy buena gana e incluso la animó a preparar para la niña un hermoso ajuar.

Entretanto había llegado la tía Dete y esperaba en la antesala llena de expectación. Que la hubieran llamado a una hora tan extraordinaria debía significar que había ocurrido algo fuera de lo común.

El señor Sesemann salió a recibirla y le explicó la situación de Heidi y su deseo de que acompañara a la niña de vuelta a su hogar inmediatamente, aquel mismo día. Dete parecía muy decepcionada; no esperaba semejante noticia. Recordaba muy bien las palabras que el abuelo le había dirigido cuando se marchó de la montaña: que no volviera a presentarse jamás ante sus ojos. Haber llevado una vez a la niña al viejo, quitársela después y ahora devolvérsela no le parecía una empresa demasiado prudente.

No tardó, por tanto, en decidirse. Declaró con gran elocuencia que lamentablemente le resultaba absolutamente imposible emprender el viaje ese día; que al siguiente le sería todavía más difícil; que durante los días posteriores sería del todo imposible por los asuntos que tendría después, y que más adelante ya no podría de ninguna manera. El señor Sesemann comprendió perfectamente lo que quería decir y la despidió sin más.

Mandó llamar entonces a Sebastián y le explicó que debía prepararse para viajar sin demora. Ese mismo día iría con la niña hasta Basilea y al siguiente la llevaría a su hogar. Luego podría regresar inmediatamente. No tendría que dar explicaciones: una carta al abuelo lo aclararía todo.

—Y ahora, Sebastián, una cosa muy importante —concluyó el señor Sesemann—. ¡Quiero que cumpla usted estas instrucciones al pie de la letra! Conozco la posada de Basilea cuya dirección he escrito aquí en mi tarjeta. Presente la tarjeta y le asignarán una buena habitación a la niña; usted ya se arreglará para encontrar la suya. Después entre en la habitación de la pequeña y asegure todas las ventanas de tal manera que solo se puedan abrir por la fuerza. Cuando la niña esté acostada, salga y cierre con llave la puerta desde fuera. La niña camina por la noche mientras duerme y podría correr peligro en una casa desconocida si saliera de su habitación y pretendiera abrir la puerta principal. ¿Me entiende?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¿Era eso? ¿Eso era? —exclamó Sebastián, enormemente asombrado, porque de pronto se le había hecho la luz sobre el misterio de las apariciones.

—¡Sí, eso era! ¡Eso mismo! ¡Y usted es un cobarde! Puede decirle a Johann que él también lo es y que todos juntos forman una cuadrilla ridícula.

Dicho esto, el señor Sesemann se fue a su habitación, se sentó y escribió una carta al abuelo de Heidi.

Sebastián se había quedado estupefacto en medio del cuarto y repetía una y otra vez para sus adentros: «¡Ojalá no hubiera dejado que aquel cobarde de Johann me arrastrara al cuarto de guardia! Si hubiera

seguido a la figurita blanca, como sin duda haría ahora...». Es que en aquel momento el sol iluminaba con toda claridad hasta el último rincón de la habitación gris clara.

Mientras tanto, Heidi permanecía allí, completamente ajena a todo, vestida con su traje de domingo y esperando a ver qué sucedía. Tinette se había limitado a sacarla de la cama, retirar la ropa del armario y ayudarla a vestirse, sin dirigirle una sola palabra. Nunca hablaba con aquella Heidi tan poco refinada: le parecía rebajarse demasiado.

El señor Sesemann entró en el comedor con su carta en la mano. El desayuno estaba servido.

—¿Dónde está la niña? —preguntó.

Llamaron a Heidi. Cuando se acercó para darle los buenos días, el señor Sesemann la miró a la cara con expresión interrogativa.

—Bueno, pequeña, ¿qué me dices de esto?

Heidi alzó hacia él una mirada de asombro.

—Al parecer todavía no sabes nada —dijo el señor Sesemann, riendo—. Pues bien: hoy vuelves a casa, ahora mismo.

—¿A casa? —repitió Heidi, casi sin voz, y se puso blanca como la nieve. Durante unos instantes ni siquiera pudo respirar, de tan fuerte como le había golpeado la noticia en el corazón.

—¿Es que acaso no quieres saber nada de eso? —preguntó el señor Sesemann sonriendo.

—¡Oh, sí! ¡Claro que quiero! —consiguió decir por fin, mientras su rostro se ponía de un rojo intenso.

—Bien, bien —dijo él para animarla, sentándose y haciéndole señas de que también tomara asiento—. Ahora desayuna bien, y después al coche y en marcha.

Pero Heidi no lograba tragar ni un bocado, por mucho que se esforzara por obedecer. Estaba tan agitada que no sabía si se encontraba despierta o soñando, y temía que de repente volviera a despertar, vestida con su camisón, ante la puerta principal de la casa.

—Que Sebastián lleve abundantes provisiones —dijo el señor Sesemann a la señorita Rottenmeier, que acababa de entrar—. Es comprensible que la niña no pueda comer. Ve con Clara hasta que llegue el coche —añadió amablemente, dirigiéndose a Heidi.

Eso era justamente lo que ella deseaba, y corrió a la habitación de su amiga. En medio del cuarto había un baúl enorme, todavía abierto de par en par.

—¡Ven, Heidi, ven! —la llamó Clara—. Mira todo lo que he hecho guardar para ti. Ven, ¿te gusta?

Y empezó a enumerarle una gran cantidad de cosas: vestidos y delantales, pañuelos y utensilios de costura.

—¡Y mira aquí, Heidi! —añadió, levantando triunfalmente una cesta.

Heidi miró dentro y dio un salto de alegría: allí había unos doce panecillos hermosos, blancos y redondos, todos para la abuela.

En medio de su júbilo, las dos niñas olvidaron por completo que se acercaba el instante de separarse. Y cuando de pronto se oyó la voz que anunciaba «¡El coche está preparado!», ya no hubo tiempo de entristecerse. Heidi corrió a su habitación. Allí debía encontrarse todavía el precioso libro que le había regalado la abuela de Clara. Nadie podía haberlo guardado, pues estaba debajo de su almohada: Heidi no se separaba de él ni de día ni de noche. Lo puso en la cesta, encima de los panecillos.

Después abrió el armario y buscó otra cosa que tal vez tampoco hubieran guardado. ¡En efecto! Allí seguía el viejo pañuelo rojo, que la señorita Rottenmeier había considerado demasiado insignificante para incluirlo en el equipaje. Heidi lo envolvió alrededor de otro objeto y colocó aquel paquete encima de la cesta, de manera que el bulto rojo se veía perfectamente. Luego se puso su bonito sombrero y salió de la habitación.

Las dos niñas tuvieron que despedirse deprisa, porque el señor Sesemann ya estaba esperando para conducir a Heidi al coche. La señorita Rottenmeier se hallaba en lo alto de la escalera para decirle adiós. Al ver el extraño hatillo rojo, lo sacó rápidamente de la cesta y lo arrojó al suelo.

—No, Adelaida —dijo con tono de reproche—. No puedes salir de esta casa para emprender un viaje de esa manera. No necesitas llevar semejantes trastos. Y ahora, adiós.

Ante aquella prohibición, Heidi no se atrevió a recoger el paquete. Pero levantó hacia el dueño de la casa una mirada tan suplicante como si estuvieran a punto de quitarle su mayor tesoro.

—No, no —dijo el señor Sesemann con mucha firmeza—. La niña se llevará a su casa todo cuanto le haga ilusión, aunque quisiera cargar consigo gatitos o tortugas. No vamos a disgustarnos por eso, señorita Rottenmeier.

Heidi recogió apresuradamente el hatillo del suelo; en sus ojos brillaban el agradecimiento y la alegría.

Abajo, junto al coche, el señor Sesemann estrechó la mano de la niña y le dijo con afecto que tanto él como su hija Clara la recordarían. Le deseó un buen viaje. Heidi le dio las gracias de todo corazón por los muchos beneficios recibidos y, al terminar, añadió:

—Y por favor, dé mil recuerdos al señor doctor y muchísimas gracias de mi parte.

Recordaba muy bien que la noche anterior él había dicho: «Mañana todo irá bien». Así había sucedido, y Heidi pensaba que el médico había contribuido a ello.

Subieron a la niña al coche y después colocaron la cesta y la bolsa de provisiones. Sebastián también ocupó su asiento. El señor Sesemann volvió a despedirse cordialmente:

—¡Buen viaje!

Y el coche se puso en marcha.

Poco después, Heidi viajaba en el tren con la cesta inmóvil sobre el regazo. No quería soltarla ni un momento, porque dentro estaban los valiosos panecillos para la abuela, que debía cuidar con todo esmero y mirar de vez en cuando para alegrarse contemplándolos.

Durante varias horas permaneció tan callada como un ratoncito. Solo ahora comenzaba a comprender de verdad que se encontraba de camino a casa, hacia el abuelo, la montaña, la abuela y Pedro, el pastor de

cabras. Se imaginaba una tras otra todas las cosas que volvería a ver y cómo serían al llegar. Entonces le surgían nuevos pensamientos y de pronto preguntó con inquietud:

—Sebastián, ¿estás seguro de que la abuela de la montaña no ha muerto?

—No, no —la tranquilizó él—. Esperemos que no. Seguro que todavía vive.

Heidi volvió a sumirse en sus pensamientos y solo miraba de cuando en cuando el interior de la cesta. Su mayor ilusión era poner todos aquellos panecillos sobre la mesa de la abuela. Al cabo de un buen rato volvió a decir:

—Sebastián, ¡si pudiéramos saber con absoluta seguridad que la abuela sigue viva!

—¡Sí, sí! —respondió su acompañante, medio dormido—. Seguramente está viva. Tampoco veo por qué no habría de estarlo.

Algún tiempo después, a Heidi también se le cerraron los ojos. Tras la noche inquieta y el despertar tan temprano, tenía tanto sueño que no volvió a abrirlos hasta que Sebastián la sacudió vigorosamente del brazo y le gritó:

—¡Despierte, despierte! ¡Tenemos que bajar enseguida! ¡Hemos llegado a Basilea!

A la mañana siguiente continuaron el viaje durante muchas horas. Heidi volvió a llevar la cesta sobre el regazo y no permitió que Sebastián la sostuviera por nada del mundo. Ese día, sin embargo, ya no dijo una palabra, porque con cada hora que pasaba crecía la tensión de la espera.

De pronto, cuando menos lo esperaba, se oyó una voz que gritaba con fuerza:

—¡Maienfeld!

Heidi se levantó de un salto, y Sebastián hizo lo mismo, pues también lo había sorprendido el anuncio. Ya estaban fuera del tren, con el baúl junto a ellos, cuando la locomotora silbó y prosiguió su camino hacia el valle.

Sebastián la siguió con una mirada melancólica. Habría preferido continuar viajando cómodamente y sin esfuerzo, en vez de emprender ahora un trayecto a pie que, por añadidura, debía terminar con la subida de una montaña; un recorrido que podía ser penoso y peligroso en aquel país donde, según imaginaba él, todo seguía siendo medio salvaje.

Miró, pues, cuidadosamente a su alrededor en busca de alguien a quien consultar sobre el camino más seguro para llegar al pueblecito. No lejos del pequeño edificio de la estación había un carro de madera con barandillas, tirado por un caballo flaco. Un hombre de anchos hombros estaba cargando en él unos grandes sacos recién llegados en tren. Sebastián se acercó y le preguntó por el camino más seguro para llegar al pueblo.

—Aquí todos los caminos son seguros —fue la breve respuesta.

Sebastián preguntó entonces cuál era el mejor camino para caminar sin precipitarse en ningún abismo y cómo podía transportarse un baúl hasta el pueblo en cuestión.

El hombre miró el baúl, calculó sus dimensiones con los ojos y dijo que, si no era demasiado pesado, podía llevarlo en su carro, puesto que él mismo iba al pueblo. Una palabra llevó a otra y al final convinieron que

el hombre transportaría a la niña y el baúl en su carro y que, desde el pueblo, por la tarde, podrían enviar a la pequeña montaña arriba con alguna persona.

—Yo puedo subir sola. Conozco muy bien el camino desde el pueblo hasta la montaña —intervino Heidi, que había escuchado atentamente la conversación.

A Sebastián se le quitó un peso enorme de encima al ver que, de pronto, quedaba libre de la perspectiva de escalar la montaña.

Llamó entonces a Heidi misteriosamente a un lado y le entregó un rollo pesado y una carta dirigida al abuelo. Le explicó que el rollo era un regalo del señor Sesemann y debía guardarlo en el fondo mismo de la cesta, por debajo de los panecillos. Había que vigilar con muchísimo cuidado que no se perdiera, porque de lo contrario el señor Sesemann se enfadaría terriblemente y no volvería a estar de buen humor durante toda su vida. La señorita debía tenerlo muy presente.

—No lo perderé —afirmó Heidi con seguridad, y guardó el rollo y la carta en el fondo de la cesta.

Cargaron el baúl. Sebastián levantó después a Heidi, con la cesta, hasta el alto asiento del carro. Le tendió la mano para despedirse y le hizo nuevas recomendaciones, acompañadas de muchos gestos, para que vigilara el contenido de la cesta. El carretero todavía estaba cerca y Sebastián quería ser prudente, especialmente porque sabía que en realidad él mismo debía haber acompañado a la niña hasta su destino.

El conductor trepó al asiento junto a Heidi y el carro emprendió el camino hacia las montañas. Sebastián, contentísimo de haberse librado de la temida excursión, se sentó junto a la pequeña estación a esperar el tren de regreso.

El hombre del carro era el panadero del pueblecito y llevaba a casa sus sacos de harina. Nunca había visto a Heidi, pero, como todos en el pueblo, conocía la historia de la niña que habían llevado a vivir con el abuelo de la montaña. Además, había conocido a sus padres y enseguida supuso que debía tratarse de aquella pequeña de la que tanto se había hablado.

Le sorprendía un poco que regresara tan pronto y, mientras avanzaban, comenzó a conversar con ella.

—Tú debes de ser la niña que vivía allí arriba con el abuelo de la montaña, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y tan mal te ha ido que vuelves de tan lejos?

—No, no me ha ido mal. Nadie puede estar mejor atendido que en Fráncfort.

—Entonces, ¿por qué regresas corriendo a casa?

—Solo porque el señor Sesemann me ha dado permiso. De lo contrario, no habría vuelto.

—¡Bah! Pero ¿por qué no te quedaste allí, si te permitían regresar cuando quisieras?

—Porque deseo mil veces más volver a casa con el abuelo, a la montaña, que cualquier otra cosa del mundo.

—Quizá pienses de otra manera cuando llegues —gruñó el panadero. Luego murmuró para sí—: Pero sí que es extraño. Ella sabrá cómo son las cosas.

Empezó entonces a silbar y no dijo nada más. Heidi miraba alrededor y sentía que todo su cuerpo temblaba de emoción, porque reconocía los árboles junto al camino y, al otro lado, las altas cumbres dentadas del Falknis parecían mirarla y saludarla como viejos amigos queridos. Heidi les devolvía el saludo. A cada paso que avanzaban, su impaciencia crecía, y le parecía que debía saltar del carro y correr con todas sus fuerzas hasta llegar arriba.

No obstante, permaneció sentada sin moverse, aunque todo su cuerpo temblaba. Entraron por fin en el pueblecito, justamente cuando el reloj daba las cinco. Al instante se reunió alrededor del carro un grupo de niños y mujeres, al que se sumaron algunos vecinos. El baúl y la niña que viajaban en el carro del panadero habían despertado la curiosidad de todos, y cada cual quería saber de dónde venían, adónde iban y a quién pertenecían.

Cuando el panadero ayudó a Heidi a bajar, ella dijo apresuradamente:

—Gracias. El abuelo vendrá después a recoger el baúl.

Y quiso echar a correr. Pero la retuvieron por todos lados y una multitud de voces le hizo preguntas al mismo tiempo, cada una sobre una cosa distinta. Heidi se abrió paso entre la gente con tal expresión de angustia que todos se apartaron involuntariamente y la dejaron marchar.

—Ya ven cuánto miedo tiene —decía uno a otro—, y motivos no le faltan.

Comenzaron entonces a contarse que, durante el último año, el abuelo de la montaña se había vuelto todavía peor que antes: ya no dirigía una palabra a nadie y tenía una cara como si quisiera matar al primero que se cruzara en su camino. Si aquella niña conociera algún otro lugar adonde ir en el mundo, jamás correría hacia la vieja guarida del dragón.

Pero el panadero intervino diciendo que probablemente él sabía más que todos los demás. Contó con mucho misterio que un caballero había acompañado a la niña hasta Maienfeld y se había despedido de ella con gran amabilidad; que le había pagado sin regatear el precio del viaje en carro y le había dado, además, una propina. Podía asegurar, en fin, que a la niña no le había faltado nada donde había estado y que ella misma había deseado regresar con su abuelo.

Aquella noticia causó un enorme asombro y pronto corrió por todo el pueblecito. Antes de terminar la tarde, no había una sola casa en la que no se hablara de que Heidi había preferido volver con su abuelo antes que seguir disfrutando de todas las comodidades.

Heidi subía desde el pueblo tan deprisa como podía. De vez en cuando, sin embargo, tenía que detenerse de repente, porque le faltaba completamente el aliento. La cesta que llevaba al brazo pesaba bastante y, cuanto más ascendía, más empinado se volvía el camino.

Solo tenía un pensamiento: «¿Estará todavía la abuela en su rincón, junto a la rueca? ¿No habrá muerto entretanto?». Ya divisaba la cabaña situada en el hueco de la montaña. Su corazón comenzó a latir con fuerza y Heidi echó a correr más deprisa todavía. Cuanto más corría, más fuerte golpeaba su corazón.

Al fin llegó. Temblaba tanto que apenas podía abrir la puerta. Pero la abrió, entró de un salto hasta el centro de la pequeña habitación y se quedó allí, completamente sin aliento, incapaz de pronunciar una palabra.

—¡Ay, Dios mío! —se oyó desde el rincón—. Así era como entraba corriendo nuestra Heidi. ¡Ay, si pudiera tenerla conmigo una sola vez más antes de morir! ¿Quién ha entrado?

—¡Aquí estoy, abuela, aquí estoy! —gritó Heidi.

Se precipitó hacia el rincón, se arrodilló junto a la anciana, tomó sus brazos y sus manos y se apretó contra ella. De pura alegría, ya no podía decir nada.

Al principio, la abuela quedó tan sorprendida que tampoco consiguió hablar. Después acarició con una mano los rizos de Heidi y comenzó a repetir una y otra vez:

—¡Sí, sí! ¡Estos son sus cabellos! ¡Y esa es su voz! ¡Ay, Dios querido, que me hayas permitido vivir para ver esto!

De sus ojos ciegos cayeron unas grandes lágrimas de alegría sobre la mano de Heidi.

—¿Eres tú, Heidi? ¿De verdad has vuelto?

—¡Sí, sí, de verdad, abuela! —respondió Heidi con absoluta seguridad—. No llores. He vuelto de verdad y vendré a verte todos los días y no volveré a marcharme nunca. ¡Y muchos días ya no tendrás que comer pan duro! ¿Ves, abuela, ves?

Heidi empezó a sacar de su cesta un panecillo tras otro, hasta reunir los doce sobre el regazo de la abuela.

—¡Ay, niña! ¡Ay, niña! ¡Cuántas bendiciones traes contigo! —exclamó la anciana al ver que no terminaban de salir panecillos y siempre aparecía uno más—. ¡Pero la mayor bendición eres tú misma, hija mía!

Volvió a hundir la mano en los cabellos rizados de Heidi, le acarició las mejillas ardientes y le pidió otra vez:

—Dime algo más, hija mía. Habla un poquito, para que pueda oírte.

Heidi contó cuánto miedo había pasado al pensar que la abuela tal vez hubiera muerto durante su ausencia sin llegar a recibir los panecillos blancos, y que entonces ella nunca, nunca más podría visitarla.

En aquel momento entró la madre de Pedro. Se quedó un instante inmóvil, asombrada, y luego exclamó:

—¡Pero si es Heidi! ¡Cómo puede ser posible!

Heidi se levantó y le estrechó la mano. Brígida no podía dejar de maravillarse por el aspecto de la niña. Daba vueltas a su alrededor y decía:

—Abuela, ¡si pudieras ver qué vestido tan bonito lleva Heidi y cómo está! Casi no se la reconoce. ¿Y también es tuyo ese sombrerito con plumas que está sobre la mesa? Póntelo un momento, para que vea cómo te queda.

—No quiero ponérmelo —declaró Heidi—. Puedes quedártelo. Ya no lo necesito, porque todavía conservo el mío.

Abrió entonces su hatillo rojo y sacó de él el viejo sombrerito, que durante el viaje había adquirido algunas nuevas abolladuras además de las que ya tenía. A Heidi le importaba muy poco. No había olvidado que, al despedirse, su abuelo le había gritado que jamás quería verla con un sombrero de plumas. Por eso había conservado el suyo con tanto cuidado, pues siempre había pensado en regresar a casa con él.

Brígida, sin embargo, le dijo que no debía ser tan ingenua. El sombrero de plumas era magnífico y ella no podía aceptarlo. Si Heidi no quería ponérselo, quizá podrían vendérselo a la hija del maestro del pueblecito y obtener bastante dinero. Pero Heidi mantuvo su decisión y depositó suavemente el sombrero detrás de la abuela, en un rincón donde quedaba completamente escondido.

Luego se quitó de repente su hermoso vestido y, sobre la enagua, con los brazos desnudos, se ató el pañuelo rojo alrededor de los hombros. Tomó entonces la mano de la abuela y dijo:

—Ahora tengo que ir a casa con el abuelo, pero mañana volveré a verte. Buenas noches, abuela.

—Sí, vuelve, Heidi, vuelve también mañana —le suplicó la anciana, apretando la mano de la niña entre las suyas. Casi no podía dejarla marchar.

—¿Por qué te has quitado ese vestido tan bonito? —preguntó Brígida.

—Porque prefiero ir así con el abuelo. Si no, quizá ya no me reconozca. Tú misma casi no me has reconocido con él puesto.

Brígida acompañó a Heidi hasta la puerta y allí le dijo con cierto aire misterioso:

—Podrías haber conservado el vestido; tu abuelo te habría reconocido igualmente. Pero en otras cosas debes tener cuidado. Pedrito dice que el abuelo de la montaña está ahora siempre enfadado y que ya no habla con nadie.

Heidi le dio las buenas noches y siguió montaña arriba con la cesta al brazo. El sol de la tarde iluminaba por todas partes los verdes pastos, y al otro lado se veía ya el gran campo de nieve de la Schesaplana, que resplandecía a lo lejos. Heidi tenía que detenerse y volverse a mirar a cada pocos pasos, porque al subir dejaba las grandes montañas a su espalda.

De pronto, un resplandor rojo cayó sobre la hierba a sus pies. Se volvió y allí estaba aquella maravilla, mucho más espléndida de lo que la recordaba, más hermosa incluso que en todos sus sueños. Los picos rocosos del Falknis ardían hacia el cielo; el vasto campo de nieve resplandecía como fuego, mientras por encima pasaban nubes de color rosa. La hierba de toda la montaña estaba dorada, las rocas brillaban y centelleaban, y abajo, hasta donde alcanzaba la vista, todo el valle flotaba entre vapores luminosos y oro.

Heidi permaneció en medio de aquel esplendor. Lágrimas claras de dicha le corrían por las mejillas y no pudo hacer otra cosa que juntar las manos, levantar la mirada al cielo y dar gracias en voz alta al buen Dios por haberla traído otra vez a casa; porque todo, todo continuaba siendo tan hermoso, y aun más hermoso de lo que había recordado; porque todo volvía a ser suyo. Heidi se sentía tan feliz, tan rica en medio de tanta magnificencia, que no encontraba palabras suficientes para agradecerle a Dios.

Solo cuando la luz empezó a apagarse por todas partes pudo volver a moverse. Entonces corrió montaña arriba con tanta rapidez que pronto vio asomar las copas de los abetos sobre el tejado, después el tejado y por fin la cabaña entera. El abuelo estaba sentado en el banco junto a la casa, fumando su pipa, mientras las viejas copas de los abetos se balanceaban sobre el techo y susurraban al viento de la tarde.

Heidi corrió todavía más. Antes de que el abuelo pudiera distinguir bien qué se acercaba, la niña ya se había precipitado sobre él, había dejado caer la cesta al suelo y lo rodeaba con los brazos. De la emoción del reencuentro, no podía decir otra cosa que repetir sin cesar:

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Abuelo!

El abuelo tampoco dijo nada. Por primera vez en muchos años tenía los ojos llenos de lágrimas y tuvo que pasarse una mano por ellos. Después soltó suavemente los brazos que Heidi tenía alrededor de su cuello, la sentó sobre sus rodillas y la contempló durante un instante.

—Así que has vuelto a casa, Heidi —dijo por fin—. ¿Cómo ha sido eso? No te veo especialmente presumida. ¿Te han echado?

—¡Oh, no, abuelo! —comenzó a explicar Heidi con gran empeño—. No debes creer eso. Todos fueron tan buenos conmigo: Clara, la abuela y el señor Sesemann. Pero, ¿sabes, abuelo? Apenas podía soportar esperar hasta volver a estar aquí contigo, en casa. A veces me parecía que me iba a ahogar, de tanto como me oprimía la garganta; pero no dije nada, porque habría sido una ingratitud. Entonces, de pronto, una mañana muy temprano, el señor Sesemann me llamó... Aunque creo que el señor doctor tuvo que ver con todo esto. Quizá lo explique la carta.

Heidi saltó al suelo, sacó de la cesta la carta y el rollo y puso ambas cosas en las manos del abuelo.

—Esto es tuyo —dijo él, dejando el rollo sobre el banco a su lado.

Tomó la carta y la leyó. Sin pronunciar palabra, se la guardó en el bolsillo.

—¿Crees que todavía podrás beber un poco de leche conmigo, Heidi? —preguntó mientras tomaba a la niña de la mano para entrar en la cabaña—. Pero recoge tu dinero: con eso puedes comprar una cama completa y ropa para varios años.

—¡No lo necesito, abuelo! —aseguró Heidi—. Ya tengo una cama y Clara me ha guardado tantos vestidos que seguro que nunca necesitaré otros.

—Recógelo, recógelo y guárdalo en el armario. Algún día te hará falta.

Heidi obedeció y entró saltando detrás de su abuelo en la cabaña. De alegría por volver a verla, recorrió todos los rincones y subió por la escalera. Pero allí arriba se detuvo de golpe y gritó sorprendida:

—¡Oh, abuelo! ¡Ya no tengo cama!

—Volverá a estar ahí —se oyó desde abajo—. No sabía que regresarías. Ahora ven a beber leche.

Heidi bajó y se sentó en su silla alta, en el lugar de siempre. Tomó su cuenco y bebió con tantas ganas como si jamás hubiera probado nada tan delicioso. Cuando lo dejó sobre la mesa con un profundo suspiro de satisfacción, dijo:

—¡No hay nada en el mundo tan bueno como nuestra leche, abuelo!

En aquel momento sonó afuera un silbido agudo. Heidi salió disparada por la puerta como un relámpago. Todo el rebaño de cabras descendía de la altura a saltos y brincos, y en medio venía Pedro. En cuanto vio a Heidi, el muchacho se detuvo en seco como si hubiera echado raíces y la miró sin poder hablar.

—¡Buenas tardes, Pedro! —gritó Heidi, y se lanzó en medio de las cabras—. ¡Blanquita! ¡Osita! ¿Todavía me conocéis?

Las cabritas debieron reconocer inmediatamente su voz, porque le frotaron las cabezas y comenzaron a balar con verdadero entusiasmo. Heidi llamó a todas, una por una, por sus nombres, y todas corrieron y se apretujaron a su alrededor alborotadamente. El impaciente Jilguero saltó por encima de dos cabras para llegar enseguida hasta ella. Incluso la tímida Copito de Nieve apartó con un empujón bastante decidido al corpulento Turco, que se quedó perplejo ante semejante atrevimiento y levantó la barba como para recordar a todos quién era él.

Heidi estaba fuera de sí de alegría por volver a encontrar a sus antiguos compañeros. Abrazó una y otra vez a la pequeña y cariñosa Copito de Nieve y acarició al inquieto Jilguero. Las cabras, movidas por tanto afecto y confianza, la empujaban y la llevaban de un lado a otro, hasta que finalmente se encontró cerca de Pedro, que seguía inmóvil en el mismo lugar.

—¡Baja de ahí, Pedro, y ven a darme las buenas tardes! —le gritó Heidi.

—¿De verdad has vuelto? —consiguió decir él por fin, todavía asombrado.

Se acercó y tomó la mano que Heidi le llevaba tendida desde hacía rato. Entonces preguntó, como solía hacer siempre al regresar por la tarde:

—¿Vendrás mañana otra vez con nosotros?

—Mañana no, pero tal vez pasado mañana. Mañana tengo que visitar a la abuela.

—Está bien que hayas vuelto —dijo Pedro, y su cara se contrajo en toda clase de gestos de inmenso contento.

Después se dispuso a regresar a su casa, pero aquel día le costó más que nunca reunir el rebaño. Cuando por fin, entre llamadas y amenazas, consiguió que las cabras se agruparan a su alrededor, Heidi se alejó con un brazo en torno al cuello de Blanquita y el otro alrededor de la cabeza de Osita. En ese mismo instante todas las demás cabras dieron media vuelta y echaron a correr detrás de las tres.

Heidi tuvo que entrar con sus dos cabritas en el establo y cerrar la puerta. De lo contrario, Pedro no habría conseguido nunca marcharse con su rebaño.

Cuando la niña regresó a la cabaña, encontró su cama otra vez preparada, alta y magníficamente mullida, con un perfume delicioso de heno recién recogido. Encima, el abuelo había extendido con todo cuidado las sábanas limpias. Heidi se acostó feliz y durmió de una manera tan maravillosa como no había dormido en todo un año.

Durante la noche, el abuelo se levantó quizá diez veces de su cama y subió la escalera para escuchar atentamente si Heidi dormía tranquila y no se agitaba. También revisaba el agujero por donde antes entraba la luz de la luna sobre la cama de la pequeña, comprobando que el heno con que lo había tapado continuara bien apretado: a partir de entonces, el resplandor de la luna ya no debía entrar.

Pero Heidi durmió de un tirón y no dio un solo paso en sueños. Su deseo más grande y ardiente estaba por fin satisfecho: había contemplado nuevamente los montes y las rocas encendidos por el resplandor del atardecer, había escuchado el rumor de los abetos y volvía a estar en su hogar, en la montaña.

CAPÍTULO 14: EL DOMINGO, CUANDO SUENAN LAS CAMPANAS

Heidi estaba bajo los abetos que se mecían al viento y esperaba al abuelo. Él iba a acompañarla hasta el pueblecito para recoger el baúl, mientras ella visitaba a la abuela de Pedro. La niña apenas podía contener su impaciencia por volver a verla y preguntarle si le habían gustado los panecillos; sin embargo, tampoco se le hacía larga la espera, porque no se cansaba de escuchar aquel rumor de los abetos que tanto había echado de menos, ni de aspirar la fragancia de los verdes pastos y contemplar las flores doradas que brillaban bajo el sol.

Por fin salió el abuelo de la cabaña, miró una vez más a su alrededor y dijo con satisfacción:

—Bien, ahora podemos irnos.

Era sábado, y ese día el abuelo acostumbraba a dejar todo limpio y ordenado en la cabaña, en el establo y alrededor. Aquella mañana había realizado todos esos trabajos para poder salir por la tarde con Heidi; ahora todo presentaba el buen aspecto que él deseaba.

Al llegar a la casita de Pedro, se separaron y Heidi entró de un salto. La abuela ya había reconocido sus pasos y la llamó con cariño:

—¿Vienes, hija? ¿Has vuelto a verme?

Le tomó la mano y la sostuvo con fuerza, pues todavía temía que pudieran arrebatarle otra vez a la niña.

Lo primero que tuvo que contarle la abuela fue cuánto le habían gustado los panecillos. Dijo que la habían reconfortado tanto que aquel día se sentía mucho más fuerte que desde hacía mucho tiempo. La madre de Pedro añadió que la abuela, por miedo a terminar demasiado pronto con ellos, solo había querido comerse uno entre el día anterior y aquel. Seguramente recuperaría bastantes fuerzas si pudiera comer uno cada día durante ocho días seguidos.

Heidi escuchó atentamente a Brígida y permaneció pensativa un rato. De pronto se le ocurrió la solución.

—¡Ya sé lo que haré, abuela! —dijo con alegre entusiasmo—. Escribiré una carta a Clara y seguro que me mandará otros tantos panecillos como estos, o el doble. Yo tenía un montón muy grande de panecillos iguales guardados en el armario, y cuando me los quitaron, Clara me dijo que me daría exactamente el mismo número. ¡Y seguro que cumple su palabra!

—¡Ay, Dios mío! —dijo Brígida—. Es una buena idea, pero piensa que también se pondrán duros. Si tuviéramos de vez en cuando algunas monedas de sobra... El panadero del pueblecito también prepara panecillos de esos, pero apenas me alcanza para comprar el pan negro.

Un resplandor de felicidad iluminó el rostro de Heidi.

—¡Oh, tengo muchísimo dinero, abuela! —gritó, saltando de alegría—. ¡Ahora ya sé para qué lo utilizaré! Todos, todos los días tendrás un panecillo recién hecho, y los domingos dos. Pedro podrá subirlos desde el pueblo.

—¡No, no, hija! —protestó la abuela—. Eso no puede ser. No te dieron el dinero para eso. Debes entregárselo a tu abuelo, y él te dirá qué tienes que hacer con él.

Pero Heidi no permitió que nada enturbiara su alegría. Saltaba y exclamaba una y otra vez por la habitación:

—¡Ahora la abuela podrá comer un panecillo todos los días y volverá a ponerse muy fuerte! ¡Y, oh, abuela! —añadió con un nuevo estallido de júbilo—, cuando estés tan sana quizá también vuelvas a ver la luz. ¡A lo mejor es solo porque estás muy débil!

La abuela guardó silencio. No quería ensombrecer la dicha de la niña. Mientras Heidi seguía saltando, descubrió de pronto el viejo libro de himnos de la anciana, y una nueva idea alegre cruzó por su mente.

—Abuela, ahora sé leer muy bien. ¿Quieres que te lea uno de los himnos de tu libro antiguo?

—¡Oh, sí! —pidió la abuela, sorprendida y feliz—. ¿De verdad puedes hacerlo, hija? ¿De verdad?

Heidi trepó a una silla y bajó el libro de su estante, levantando una espesa nube de polvo, pues llevaba muchísimo tiempo sin que nadie lo tocara. Lo limpió cuidadosamente, se sentó con él en su taburete junto a la abuela y le preguntó qué quería escuchar.

—Lo que tú quieras, hija, lo que tú quieras.

La anciana apartó un poco la rueca y se sentó a esperar con gran expectación. Heidi pasó las páginas, leyendo en voz baja algunos versos aquí y allá.

—Aquí viene algo sobre el sol. Eso voy a leerte, abuela.

Y comenzó a leer. A medida que avanzaba, su voz se llenaba cada vez más de fervor y emoción:

«El sol dorado, colmado

de gozo y alegría,

derrama sobre nuestra tierra,

con su resplandor,

una luz amable que reanima el corazón.

»Mi cabeza y mis miembros

yacían postrados;

pero ahora me levanto,

despierto y lleno de alegría,

y alzo mi rostro para mirar el cielo.

»Mis ojos contemplan

cuanto Dios ha creado

para su propia gloria

y para enseñarnos

cuán grande y poderoso es Él.

»Y adónde llegarán los piadosos
cuando en paz
se hayan despedido
del seno pasajero
de esta tierra mortal.
»Todo pasa,
pero Dios permanece
sin vacilar jamás.
Sus pensamientos,
su palabra y su voluntad tienen fundamento eterno.
»Su salvación y su gracia
no sufren menoscabo;
sanando en el corazón
los dolores mortales,
nos sostienen sanos en el tiempo y la eternidad.
»La cruz y el sufrimiento
tendrán su fin.
Después del rugido del mar
y del silbido de los vientos,
resplandece el rostro anhelado del sol.
»La plenitud de la alegría
y la paz bienaventurada
puedo esperar
en el jardín celestial:
hacia allí se dirigen mis pensamientos».

La abuela permanecía sentada en silencio, con las manos juntas. Una expresión de alegría indescriptible, como Heidi nunca había visto en ella, iluminaba su rostro, aunque las lágrimas le corrían por las mejillas. Cuando Heidi terminó, la anciana le suplicó con fervor:

—¡Oh, otra vez, Heidi! Déjame oír de nuevo estas palabras:

«La cruz y el sufrimiento
tendrán su fin».

Y Heidi comenzó otra vez, con la misma alegría y el mismo deseo de escuchar aquellas palabras:

«La cruz y el sufrimiento

tendrán su fin.

Después del rugido del mar

y del silbido de los vientos,

resplandece el rostro anhelado del sol.

»La plenitud de la alegría

y la paz bienaventurada

puedo esperar

en el jardín celestial:

hacia allí se dirigen mis pensamientos».

—¡Oh, Heidi, eso da luz! ¡Da tanta luz al corazón! ¡Cuánto bien me has hecho, Heidi!

La abuela repetía aquellas palabras de alegría una y otra vez. Heidi resplandecía de felicidad y no podía dejar de mirarla, porque jamás la había visto así. Ya no tenía su antigua expresión sombría; alzaba el rostro con tanta alegría y gratitud que parecía contemplar ya con unos ojos nuevos y luminosos el hermoso jardín del cielo.

En aquel momento llamaron a la ventana. Heidi vio fuera al abuelo, que le hacía señas para que volviera con él. La niña obedeció enseguida, pero antes aseguró a la abuela que regresaría al día siguiente y que, aunque saliera con Pedro a los pastos, volvería a verla a mitad del día. Poder devolverle a la anciana aquella claridad interior y hacerla feliz era ahora para Heidi la mayor dicha imaginable, incluso mayor que pasar el día entre las flores y las cabras en los pastos soleados.

Brígida corrió detrás de Heidi hasta la puerta, llevando el vestido y el sombrero que la niña había dejado allí. La niña tomó el vestido en el brazo, pues pensaba que su abuelo ya la reconocía perfectamente. Pero rechazó obstinadamente el sombrero: Brígida podía quedárselo; ella no volvería a ponérselo en la cabeza, nunca, nunca más.

Heidi estaba tan llena de las emociones vividas que tuvo que contárselo todo inmediatamente a su abuelo: que podían comprar panecillos blancos para la abuela en el pueblo si tenían dinero, y que de pronto la anciana había sentido tanta luz y tanto bienestar. Cuando terminó de relatarlo todo, volvió al principio y preguntó con absoluta confianza:

—¿Verdad, abuelo, que aunque la abuela no quiera, me darás todo el dinero del rollo para que pueda darle a Pedro cada día una moneda para comprar un panecillo, y los domingos dos?

—¿Y tu cama, Heidi? —preguntó el abuelo—. Sería bueno que tuvieras una cama de verdad. Después todavía quedaría dinero para bastantes panecillos.

Pero Heidi no lo dejó descansar. Le aseguró que dormía mucho mejor en su cama de heno que en la cama de almohadas que había tenido en Fráncfort. Suplicó con tanta insistencia y de forma tan convincente que al final el abuelo le dijo:

—El dinero es tuyo. Haz con él lo que te haga feliz. Con esa cantidad podrás comprarle pan a la abuela durante muchos años.

Heidi lanzó un grito de júbilo:

—¡Hurra! ¡Ahora la abuela ya no tendrá que comer nunca más pan negro y duro! ¡Oh, abuelo, ahora todo es más hermoso que nunca desde que estamos vivos!

Y dio un gran salto, sin soltar la mano de su abuelo, lanzando alegres exclamaciones al aire como los pájaros felices del cielo.

Pero de repente se puso muy seria y dijo:

—¡Oh, si el buen Dios hubiera hecho enseguida lo que yo tanto le pedía, las cosas no habrían sucedido así! Habría vuelto directamente a casa, solo le habría traído unos pocos panecillos a la abuela y no habría podido leerle lo que tanto bien le hace. Pero Dios ya lo había pensado todo de una manera mucho más hermosa de lo que yo sabía. La abuela de Clara me lo explicó, y ahora ha sucedido exactamente así.

»¡Oh, cuánto me alegro de que Dios no cediera cuando yo le pedía y le suplicaba llorando! Ahora quiero rezar siempre como me enseñó la abuela, darle siempre gracias a Dios y, cuando no haga algo que yo le pida, pensar enseguida: "Seguro que sucede como en Fráncfort; el buen Dios está preparando algo mucho mejor". Pero nosotros también rezaremos todos los días, ¿verdad, abuelo? Y no volveremos a olvidarlo, para que Dios tampoco nos olvide.

—¿Y si alguno lo hiciera? —murmuró el abuelo.

—¡Oh, entonces le irá mal! Porque Dios también lo olvidará y lo dejará seguir su camino. Y si algún día le ocurre algo malo y se lamenta, nadie tendrá compasión de él, sino que todos dirán: "Él fue quien primero se apartó de Dios, y ahora Dios también lo deja marchar, aunque podría ayudarlo".

—Eso es verdad, Heidi. ¿De dónde lo has aprendido?

—De la abuela de Clara. Ella me lo explicó todo.

El abuelo continuó caminando en silencio durante un rato. Luego dijo para sí, siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Y cuando eso ha sucedido, ya está hecho. Nadie puede regresar; al que el Señor ha olvidado, olvidado queda.

—¡Oh, no, abuelo! Sí se puede regresar. Eso también lo sé por la abuela. Y entonces sucede como en la hermosa historia de mi libro, pero tú todavía no la conoces. Ya casi estamos en casa, y enseguida verás qué bonita es.

En su entusiasmo, Heidi apresuró cada vez más el paso en la última subida. Apenas llegaron arriba, soltó la mano de su abuelo y corrió a la cabaña. El anciano se quitó de la espalda el cesto en el que había metido

la mitad de las cosas del baúl, pues subir el baúl completo le habría resultado demasiado pesado. Después se sentó pensativo en el banco.

Heidi volvió corriendo con su gran libro bajo el brazo.

—¡Oh, qué bien, abuelo, ya estás sentado!

De un salto se puso a su lado y abrió el libro por la historia. La había leído tantas veces que el libro casi se abría solo en aquella página.

Heidi comenzó a leer con profunda emoción la historia de un hijo que vivía muy bien en su hogar. Fuera, en los campos de su padre, pastaban hermosas vacas y ovejas. El joven, vestido con un bonito manto y apoyado en su cayado de pastor, podía permanecer junto a ellas contemplando la puesta del sol, tal como aparecía en la ilustración.

«Pero un día quiso tener sus bienes para sí y ser dueño de su propia vida. Pidió al padre la parte que le correspondía y se marchó llevándoselo todo. Entonces derrochó cuanto tenía.

»Cuando se quedó sin nada, tuvo que emplearse como criado de un campesino. Pero aquel hombre no tenía los animales hermosos de los campos de su padre, sino solamente cerdos, y el joven debía cuidarlos. Llevaba la ropa hecha jirones y solo recibía un poquito del alimento que comían los cerdos.

»Entonces recordó lo bien que había vivido en casa de su padre y lo bueno que este había sido con él. Comprendió lo ingrato que había sido, y lloró de arrepentimiento y nostalgia.

»Y pensó: "Iré a mi padre y le pediré perdón. Le diré que ya no merezco ser llamado hijo suyo, pero que me permita trabajar como uno de sus jornaleros". Cuando todavía estaba lejos de la casa, su padre lo vio y salió corriendo a su encuentro...

—¿Y ahora qué crees tú, abuelo? —interrumpió Heidi la lectura—. ¿Piensas que el padre todavía estaba enfadado y le dijo: "¡Ya te lo había advertido!"? Pues escucha lo que sucedió:

«Y cuando su padre lo vio, se compadeció de él, corrió a su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti, y ya no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Traed el mejor vestido y ponédselo; colocad un anillo en su mano y zapatos en sus pies. Traed el ternero cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado". Y comenzaron a celebrar una fiesta».

—¿No es una historia preciosa, abuelo? —preguntó Heidi.

El abuelo seguía sentado en silencio, aunque ella había esperado que se alegrara y se maravillara.

—Sí, Heidi, es una hermosa historia —respondió él.

Pero su rostro estaba tan serio que la niña también se quedó callada y contempló las ilustraciones. Luego acercó suavemente el libro al abuelo y dijo:

—Mira qué feliz está.

Y señaló con un dedo la imagen del hijo que había vuelto y que, vestido con ropa nueva, estaba junto a su padre y pertenecía otra vez a su familia.

Unas horas después, cuando Heidi llevaba mucho tiempo profundamente dormida, el abuelo subió por la pequeña escalera. Colocó su lamparita junto a la cama para que la luz iluminara a la niña. Heidi dormía con las manos juntas, pues no había olvidado rezar. En su rostro rosado había una expresión de paz y de confianza bienaventurada que parecía hablar directamente al corazón del abuelo. Durante mucho, mucho tiempo él permaneció allí sin moverse, sin apartar los ojos de la pequeña dormida.

Entonces también él juntó las manos y dijo a media voz, con la cabeza inclinada:

—Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti, y ya no merezco ser llamado hijo tuyo.

Unas gruesas lágrimas rodaron por las mejillas del anciano.

Pocas horas más tarde, muy temprano, el abuelo estaba delante de su cabaña y contemplaba el paisaje con los ojos luminosos. La mañana del domingo brillaba y resplandecía sobre la montaña y el valle. Desde abajo llegaban los sonidos de algunas campanas tempraneras y, arriba, entre los abetos, los pájaros entonaban sus cantos matinales.

El abuelo volvió a entrar en la cabaña.

—¡Ven, Heidi! —llamó hacia el desván—. ¡Ya ha salido el sol! Ponte un vestido bonito. ¡Vamos a ir juntos a la iglesia!

Heidi no se demoró. Era una invitación del abuelo completamente nueva, y tenía que obedecerla deprisa. Al poco rato bajó de un salto, vestida con uno de sus bonitos vestidos de Fráncfort. Pero se quedó inmóvil ante su abuelo, mirándolo con asombro.

—¡Oh, abuelo, nunca te había visto así! —exclamó finalmente—. Y nunca te has puesto esa chaqueta con botones de plata. ¡Oh, qué guapo estás con tu hermosa ropa de domingo!

El anciano contempló a la niña con una sonrisa satisfecha.

—Y tú con la tuya. ¡Vamos!

Tomó la mano de Heidi y juntos comenzaron a descender por la montaña. Desde todas partes llegaba hasta ellos el alegre sonido de las campanas, cada vez más pleno y abundante a medida que bajaban. Heidi escuchaba encantada y decía:

—¿Las oyes, abuelo? ¡Parece una fiesta enorme, enorme!

Cuando llegaron al pueblecito, todos estaban ya en la iglesia y empezaban a cantar. El abuelo entró con Heidi y se sentó en el último banco, al fondo. Pero en mitad del canto, una persona dio un codazo a su vecino y murmuró:

—¿Lo has visto? ¡El abuelo de la montaña está en la iglesia!

El vecino dio a su vez un codazo al siguiente, y así sucesivamente. En unos instantes se oía susurrar por todos los rincones: «¡El abuelo de la montaña! ¡El abuelo de la montaña!». Casi todas las mujeres tuvieron que volverse un momento y la mayoría se equivocó un poco de melodía, de manera que el encargado de dirigir el canto tuvo grandes dificultades para mantenerlo afinado.

Sin embargo, cuando el pastor comenzó a predicar, cesó por completo la distracción. Había en sus palabras una alabanza y una gratitud tan cálidas que todos los oyentes se sintieron profundamente conmovidos, como si hubieran recibido juntos una gran alegría.

Terminado el culto, el abuelo salió con Heidi de la mano y caminó hacia la casa pastoral. Todos los que salían junto a él, y los que ya estaban fuera, lo siguieron con la mirada. La mayoría fue detrás para comprobar si realmente entraba en la casa del pastor. Y así fue.

Entonces se reunieron en grupos para comentar, enormemente excitados, aquel acontecimiento inaudito: ¡el abuelo de la montaña había aparecido en la iglesia! Todos observaban la puerta de la casa pastoral, deseosos de saber cómo saldría de allí, si enfadado y dispuesto a discutir o reconciliado con el pastor. Nadie sabía qué lo había hecho bajar ni qué se proponía.

Sin embargo, muchos ya comenzaban a cambiar de opinión. Uno decía al otro:

—Quizá el abuelo de la montaña no sea tan malo como se cuenta. Basta ver con cuánto cuidado lleva de la mano a la pequeña.

Y otro respondía:

—Eso es lo que yo siempre he dicho. Tampoco entraría en casa del pastor si fuera tan malvado, porque entonces tendría miedo de presentarse ante él. La gente exagera mucho.

Y el panadero decía:

—¿No fui yo el primero en decirlo? ¿Desde cuándo una niña que tiene cuanto quiere para comer y beber, y toda clase de comodidades, lo abandona todo para regresar junto a un abuelo feroz y malvado, si tiene que temerlo?

Poco a poco comenzó a extenderse entre todos un sentimiento de verdadero cariño hacia el abuelo de la montaña. Las mujeres también se acercaron; habían oído muchas cosas de la madre y la abuela de Pedro que pintaban al anciano de una manera muy diferente de lo que todos creían, y de pronto aquellos relatos les parecieron verosímiles. La buena disposición creció hasta que todos parecían estar esperando para dar la bienvenida a un antiguo amigo cuya ausencia habían lamentado durante mucho tiempo.

Mientras tanto, el abuelo había llegado a la puerta del despacho del pastor y llamó. El pastor abrió y salió a recibirlo, no con la sorpresa que habría sido natural, sino como si hubiera estado esperándolo. Sin duda, no le había pasado inadvertida la presencia del anciano en la iglesia.

Tomó la mano del abuelo y se la estrechó repetidas veces con la mayor cordialidad. El abuelo permaneció callado y al principio no pudo pronunciar una palabra, pues no estaba preparado para un recibimiento tan afectuoso. Por fin se repuso y dijo:

—He venido a pedirle, señor pastor, que olvide las palabras que le dije en la montaña y que no me guarde rencor por haber rechazado obstinadamente sus buenos consejos. Usted tenía razón en todo, y yo estaba equivocado. Ahora quiero seguir su consejo y volver a instalarme durante el invierno en el pueblecito, porque la estación fría no es apropiada para la niña allá arriba. Es demasiado delicada. Y si aquí abajo las personas me miran de reojo, como si no se pudiera confiar en mí, no merezco otra cosa. Pero usted no lo hará, estoy seguro.

Los ojos bondadosos del pastor brillaron de alegría. Volvió a tomar la mano del anciano y la apretó entre las suyas, profundamente conmovido.

—Vecino, usted ya había entrado en la verdadera Iglesia antes de bajar a la mía —le respondió—. Eso me llena de alegría. No se arrepentirá de regresar y vivir otra vez entre nosotros. Para mí siempre será bienvenido como un querido amigo y vecino. Espero pasar muchas tardes de invierno conversando agradablemente con usted, pues su compañía me es grata y valiosa. Y también encontraremos buenos amigos para la pequeña.

El pastor puso una mano cariñosa sobre los rizos de Heidi, la tomó de la mano y la acompañó hacia fuera mientras despedía al abuelo. Solo se separó de ellos delante de la puerta. Todos los que se encontraban allí pudieron ver cómo el pastor seguía estrechándole la mano al abuelo, como si fuera su mejor amigo y apenas pudiera decidirse a dejarlo marchar.

Apenas se cerró la puerta detrás del pastor, todos los reunidos se apresuraron a acercarse al abuelo. Cada cual quería ser el primero en saludarlo; tantas manos se tendían hacia él que no sabía cuál estrechar antes.

—¡Cuánto me alegro, abuelo, de que vuelva a visitarnos! —gritaba uno.

—¡Hace mucho que quería conversar otra vez con usted! —decía otro.

Por todas partes se oían saludos y exclamaciones. Cuando el abuelo respondió a aquellas muestras de afecto anunciando que pensaba volver a ocupar su antigua vivienda en el pueblecito y pasar el invierno con sus viejos conocidos, se produjo un alboroto todavía mayor. Parecía que el abuelo de la montaña fuera la persona más querida del lugar y que todos hubieran sufrido enormemente su ausencia.

Muchos acompañaron al abuelo y a Heidi un buen trecho de la subida. Al despedirse, todos querían que les prometiera que algún día iría a visitarlos cuando volviera a bajar. Cuando la gente se alejó montaña abajo, el anciano se detuvo a contemplarlos durante mucho rato. Su rostro tenía una expresión tan cálida y luminosa que parecía que el sol le brillara desde dentro.

Heidi no dejaba de mirarlo y dijo muy contenta:

—Abuelo, ¡hoy estás cada vez más guapo! Nunca te había visto así.

—¿Tú crees? —sonrió él—. Sí, Heidi, hoy me han ocurrido cosas mejores de lo que puedo comprender o merecer. ¡Estar en paz con Dios y con las personas hace tanto bien al corazón! El buen Dios fue muy bondadoso conmigo cuando te envió a la montaña.

Al llegar a la cabaña de Pedro, el abuelo abrió directamente la puerta y entró.

—¡Que Dios la bendiga, abuela! —saludó—. Me parece que tendremos que volver a hacer algunas reparaciones antes de que lleguen los vientos del otoño.

—¡Dios mío, es el abuelo de la montaña! —exclamó la anciana, sorprendida y feliz—. ¡Que pueda yo vivir para ver esto! ¡Y que pueda darle las gracias otra vez por todo lo que ha hecho por nosotros! ¡Que Dios se lo pague, que Dios se lo pague!

Con las manos temblorosas de alegría, tendió una mano hacia él. El abuelo se la estrechó cordialmente, y ella continuó, reteniéndola entre las suyas:

—Todavía llevo otra petición en el corazón. Si alguna vez le he hecho algún daño, no me castigue dejando que Heidi vuelva a marcharse antes de que yo vaya a descansar junto a la iglesia. ¡Usted no sabe lo que significa para mí esta niña!

Y abrazó fuertemente a Heidi, que ya se había acurrucado junto a ella.

—No se preocupe, abuela —la tranquilizó él—. No quiero castigarla a usted ni castigarme a mí mismo de esa manera. Ahora permaneceremos todos juntos y, si Dios quiere, durante mucho tiempo.

Brígida llevó entonces al abuelo discretamente a un rincón y le mostró el bonito sombrero de plumas. Le explicó cómo había llegado a sus manos y aclaró que, naturalmente, ella no quería quitarle algo así a una niña.

Pero el abuelo miró a Heidi con evidente satisfacción y dijo:

—El sombrero es suyo. Si ya no quiere ponérselo, tiene razón. Y si te lo ha regalado, puedes quedártelo.

Brígida se alegró enormemente por aquella decisión inesperada.

—¡Seguro que vale más de diez francos! ¡Mire! —exclamó, levantando el sombrerito con alegría—. ¡Cuántas bendiciones ha traído Heidi de Fráncfort! A veces he pensado si no debería mandar también a Pedrito una temporadita a Fráncfort. ¿Qué le parece, abuelo?

Una chispa divertida brilló en los ojos del anciano. Respondió que a Pedrito no le haría ningún daño, pero que habría que esperar una ocasión conveniente.

Precisamente en ese momento apareció Pedro por la puerta, después de haber chocado primero con la cabeza tan violentamente contra ella que todo había retumbado. Debía de llevar muchísima prisa. Se detuvo en mitad de la habitación, sin aliento y jadeando, y extendió una carta.

Era un acontecimiento nunca visto: una carta dirigida a Heidi, que le habían entregado a Pedro en la oficina de correos del pueblecito.

Todos se sentaron alrededor de la mesa, llenos de expectación. Heidi abrió la carta y la leyó en voz alta, de corrido y sin tropezar. La había escrito Clara Sesemann.

Clara le contaba que desde su partida la casa se había vuelto tan aburrida que no creía poder soportarlo durante mucho tiempo. Había insistido tanto a su padre que este ya había fijado un viaje al balneario de Bad Ragaz para el otoño siguiente. La abuela también quería acompañarlos, porque deseaba visitar a Heidi y a su abuelo en la montaña.

Además, la abuela enviaba un mensaje a Heidi: había hecho muy bien en llevarle los panecillos a la anciana. Y para que no tuviera que comerlos secos, también le mandaba café, que ya venía en camino. Cuando ella misma fuera a la montaña, Heidi tendría que acompañarla a visitar a la abuela.

Aquellas noticias provocaron tanta alegría y asombro, tantas preguntas y conversaciones —pues todos compartían la misma ilusión— que ni siquiera el abuelo reparó en lo tarde que se había hecho. Todos se

sentían tan felices ante la perspectiva de los días venideros, y acaso todavía más por la alegría de estar juntos aquel mismo día, que al final la abuela dijo:

—Lo más hermoso es que vuelva un antiguo amigo y nos estreche la mano como en otros tiempos. Eso llena el corazón de una esperanza tan consoladora: que algún día volveremos a encontrar todo cuanto amamos. ¿Volverá usted pronto, abuelo? ¿Y la niña mañana?

Se lo prometieron estrechándole la mano. Pero ya era hora de marcharse, y el abuelo subió con Heidi hacia la montaña. Así como por la mañana las alegres campanas los habían llamado desde cerca y desde lejos para bajar al pueblo, ahora el apacible repique de las campanas de la tarde los acompañaba desde el valle hasta la cabaña soleada, que los recibía resplandeciente con un brillo festivo bajo la luz del atardecer.

Cuando la abuela de Clara llegara en otoño, seguramente traería muchas otras alegrías y sorpresas para Heidi y para la abuela de Pedro. Y sin duda pronto habría también una cama de verdad en el desván, pues allí donde entraba la abuela de Clara las cosas acababan por quedar en el orden debido, tanto por fuera como por dentro.

SEGUNDA PARTE

Heidi pone en práctica lo aprendido

CAPÍTULO 15: PREPARATIVOS PARA EL VIAJE

El amable doctor que había decidido que Heidi debía regresar a su tierra caminaba por la calle ancha en dirección a la casa de los Sesemann. Era una mañana soleada de septiembre, tan clara y hermosa que se habría podido pensar que todo el mundo tenía que sentirse alegre. Pero el doctor miraba las piedras blancas del pavimento a sus pies y ni siquiera reparaba en el cielo azul sobre su cabeza.

En su rostro había una tristeza que nadie había visto antes, y sus cabellos se habían vuelto mucho más grises desde la primavera. El doctor había tenido una única hija, con la que había vivido muy unido desde la muerte de su esposa. Ella había sido toda su alegría. Hacía algunos meses, la muerte le había arrebatado a aquella muchacha en plena juventud. Desde entonces casi nunca se veía al doctor verdaderamente alegre, como solía estarlo antes.

Cuando tiró de la campanilla de la casa, Sebastián abrió la puerta con la mayor deferencia y comenzó a hacer todos los gestos de un criado servicial. El doctor no solo era el mejor amigo del dueño de la casa y de su hija, sino que, gracias a su bondad, se había ganado también la amistad de todos los criados, como le ocurría en todas partes.

—¿Todo sigue como siempre, Sebastián? —preguntó el doctor con su habitual voz amable, mientras subía las escaleras.

Sebastián lo siguió sin dejar de hacer demostraciones de respeto, aunque el doctor no podía verlas, porque le daba la espalda.

—¡Qué bien que has venido, doctor! —exclamó el señor Sesemann al verlo entrar—. Es absolutamente necesario que hablemos otra vez del viaje a Suiza. Necesito saber si mantienes tu opinión en cualquier circunstancia, incluso ahora que Clara ha mejorado claramente.

—Mi querido Sesemann, ¿qué voy a hacer contigo? —respondió el recién llegado, sentándose junto a su amigo—. ¡Cómo desearía que tu madre estuviera aquí! Con ella todo queda claro, sencillo y debidamente resuelto enseguida. Pero contigo nunca se acaba. Esta es la tercera vez que me haces venir para que vuelva a repetirte exactamente lo mismo.

—Sí, tienes razón. Comprendo que el asunto termine por impacientarte. Pero debes entenderme, querido amigo —dijo el señor Sesemann, poniendo una mano sobre el hombro del doctor casi como si le suplicara—. Me resulta terriblemente difícil negarle a mi hija algo que le prometí con tanta seguridad y que ha esperado con ilusión durante meses, de día y de noche. Incluso este último tiempo, tan difícil para ella, lo ha soportado con paciencia porque confiaba en que ya estaba cerca el viaje a Suiza y podría visitar a su amiga Heidi en la montaña. ¡Y ahora tendría que quitarle de golpe esa esperanza que ha alimentado durante tanto tiempo! A una niña tan buena, que ya debe privarse de tantas cosas... Casi no soy capaz de hacerlo.

—Sesemann, es indispensable —dijo el doctor con gran firmeza.

Su amigo permaneció sentado, callado y abatido. Después de un rato, el médico continuó:

—Piensa en la verdadera situación. Clara no había pasado un verano tan malo como este desde hacía años. No podemos ni hablar de un viaje tan largo sin temer las peores consecuencias. Además, ya estamos en septiembre. Todavía puede hacer buen tiempo en la montaña, pero también puede refrescar mucho. Los días son más cortos, y Clara no puede quedarse allí arriba a pasar las noches. Por tanto, apenas podría permanecer unas horas en la montaña. El trayecto desde Bad Ragaz ya debe durar varias horas, porque para subir hasta los pastos tendrían que llevarla necesariamente en su silla. En pocas palabras, Sesemann, ¡no puede ser!

»Pero entraré contigo a hablar con Clara. Es una niña razonable y quiero explicarle mi plan. El próximo mes de mayo viajará primero a Ragaz, donde seguirá un tratamiento en el balneario durante bastante tiempo, hasta que la temperatura sea agradable allá arriba. Entonces podrán llevarla de cuando en cuando a la montaña y disfrutará de aquellas excursiones de una manera muy distinta, descansada y fortalecida como estará, a como las disfrutaría ahora. Comprendes también, Sesemann, que, si queremos conservar siquiera una pequeña esperanza de que mejore el estado de tu hija, debemos extremar las precauciones y atenderla con el mayor cuidado.

Hasta entonces, el señor Sesemann había escuchado en silencio y con expresión de triste resignación. Pero ahora se incorporó de golpe.

—Doctor —exclamó—, dime la verdad: ¿todavía tienes esperanzas de que su estado cambie realmente?

El doctor se encogió de hombros.

—Pocas —dijo a media voz—. Pero vamos, piensa por un momento en mí, querido amigo. ¿No tienes una hija querida que te espera y se alegra de que regreses cada vez que te ausentas? Nunca tienes que volver a una casa desierta ni sentarte solo a la mesa. Y tu hija vive bien en su hogar. Aunque deba prescindir de muchas cosas de las que otros pueden disfrutar, tiene otras ventajas que muchos no poseen. No, Sesemann, ustedes dos no son tan dignos de lástima. ¡Qué felicidad poder estar juntos! Piensa en mi casa solitaria.

El señor Sesemann se levantó y comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos, como acostumbraba hacer cuando algún asunto lo preocupaba profundamente. De pronto se detuvo ante su amigo y le dio una palmada en el hombro.

—Doctor, ¡se me ha ocurrido algo! No puedo verte así. Ya no eres el de antes. Necesitas salir un poco de tu tristeza, ¿y sabes cómo? Tú harás el viaje y visitarás a Heidi en su montaña en nombre de todos nosotros.

El doctor quedó muy sorprendido por aquella propuesta y quiso oponerse, pero el señor Sesemann no le dio tiempo. Estaba tan entusiasmado con la nueva idea que tomó a su amigo del brazo y lo condujo hasta la habitación de su hija.

Para Clara, que estaba enferma, las visitas del bondadoso doctor habían sido siempre motivo de alegría. Desde hacía mucho la trataba con gran cariño y, cada vez que venía, sabía contarle algo divertido que la

hacía reír. Ella comprendía por qué ahora ya no podía hacerlo y habría deseado con todo el corazón devolverle la alegría.

En cuanto lo vio entrar, le tendió la mano y él se sentó a su lado. El señor Sesemann acercó también una silla y, tomando la mano de Clara, comenzó a hablar del viaje a Suiza y de cuánto había esperado disfrutarlo él mismo. Pero pasó rápidamente por el asunto principal —que aquel viaje ya no podía realizarse—, porque temía un poco las lágrimas que podían venir. Enseguida se apresuró a explicar su nueva idea e hizo ver a Clara cuánto bien haría a su querido amigo aquel viaje de descanso.

Las lágrimas ya habían aparecido y brillaban en los ojos azules de Clara, por mucho que intentara contenerlas, pues sabía cuánto le desagradaba a papá verla llorar. Era doloroso pensar que todo había terminado: durante el verano entero, la esperanza de ir a visitar a Heidi había sido su única alegría y su consuelo en tantas horas largas y solitarias.

Pero Clara no estaba acostumbrada a regatear ni a discutir por capricho. Sabía muy bien que su padre solo le negaba las cosas cuando podían perjudicarla y, por tanto, no debían hacerse. Tragó sus lágrimas y dirigió la atención a la única esperanza que le quedaba. Tomó la mano del buen doctor, la acarició y le suplicó:

—¡Oh, por favor, señor doctor! ¿Irá usted a visitar a Heidi? Y luego volverá para contarme cómo es todo allá arriba, qué hace Heidi, cómo están su abuelo, Pedro y las cabras. ¡Yo los conozco tan bien a todos! Y tendrá que llevarle las cosas que quiero enviarle. Ya lo tengo todo pensado, también algunas cosas para la abuela. Por favor, señor doctor, vaya. Yo prometo tomar entretanto todo el aceite de hígado de bacalao que usted quiera.

No se sabe si aquella promesa inclinó definitivamente la balanza, pero bien puede suponerse, porque el doctor sonrió y dijo:

—Entonces no me quedará más remedio que ir, Clarita. Así conseguirás ponerte redondita y fuerte, como queremos tu padre y yo. Y ¿cuándo tengo que viajar? ¿Ya has decidido la fecha?

—Si fuera posible, mañana temprano, señor doctor —respondió Clara.

—Sí, tiene razón —intervino su padre—. Hace sol y el cielo está azul. No hay tiempo que perder; cada día como este que no puedas disfrutar en la montaña es una verdadera lástima.

El doctor no pudo contener una pequeña risa.

—Al paso que vamos, pronto me reprocharás que todavía esté aquí, Sesemann. Tendré que apresurarme a partir.

Pero Clara detuvo al doctor, que ya se levantaba. Primero tenía que entregarle todos sus encargos para Heidi y pedirle que observara con atención muchas cosas y se las describiera después. El paquete destinado a Heidi tendría que llegarle más tarde, porque la señorita Rottenmeier debía ayudar a envolverlo todo y precisamente se encontraba en una de sus largas caminatas por la ciudad, de las que no regresaba demasiado pronto.

El doctor prometió transmitir fielmente todos los mensajes, emprender el viaje, si no a primera hora de la mañana, al menos dentro del día siguiente si era posible, y dar a su regreso un informe minucioso de cuanto hubiera visto y vivido.

Los criados de una casa tienen a menudo una sorprendente habilidad para enterarse de lo que sucede en la familia mucho antes de que los señores lleguen a contárselo. Sebastián y Tinette debían poseer aquel don en grado extraordinario. Justamente cuando el doctor bajaba las escaleras acompañado por Sebastián, Tinette entró en la habitación de Clara, que la había llamado con la campanilla.

—Lleve esta caja de pastelitos muy frescos y blandos, como los que servimos con el café, Tinette —dijo Clara, señalando una caja que llevaba mucho tiempo preparada.

Tinette la tomó por una esquina y la dejó colgar despreciativamente de su mano. Al pasar por la puerta comentó con insolencia:

—¡Como si valiera la pena tanto esfuerzo!

Abajo, Sebastián abrió la puerta al doctor con su cortesía habitual y, haciendo una reverencia, dijo:

—Si el señor doctor tuviera la amabilidad de llevarle también un saludo de parte de Sebastián a nuestra señorita pequeña...

—¡Ah, mira, Sebastián! —respondió el doctor amablemente—. ¿Así que usted también sabe ya que voy a viajar?

Sebastián tuvo que toser un poco.

—Yo... he... en realidad... ya no recuerdo bien... ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo. Pasaba por casualidad por el comedor y oí mencionar el nombre de la señorita pequeña. Y, como suele suceder, uno va enlazando una idea con otra, y así... de esa manera...

—Sí, sí —sonrió el doctor—. Y cuantos más pensamientos tiene uno, más cosas descubre. Hasta la vista, Sebastián. Daré su saludo.

El doctor se disponía a salir rápidamente por la puerta principal, que estaba abierta, pero encontró un obstáculo. Un viento fuerte había impedido a la señorita Rottenmeier continuar su paseo, y en ese preciso instante regresaba a casa e intentaba entrar por la misma puerta.

El viento había hinchado de tal manera el amplio chal con que la dama se había envuelto que parecía llevar las velas de un barco desplegadas. El doctor retrocedió inmediatamente. Pero la señorita Rottenmeier siempre había mostrado una consideración y cortesía especiales hacia aquel hombre. Ella también se retiró con exquisita educación y, durante un rato, ambos permanecieron haciendo gestos de deferencia y ofreciéndose mutuamente el paso.

Entonces llegó una ráfaga tan violenta que la señorita Rottenmeier salió volando hacia el doctor con todas sus velas desplegadas. Él apenas consiguió apartarse a tiempo. Pero el viento arrastró a la dama un buen trecho más allá, de manera que tuvo que retroceder para poder saludar como era debido al amigo de la familia.

El incidente la había malhumorado un poco, pero el doctor tenía una manera de tratarla que enseguida suavizaba su ánimo alterado y devolvía la tranquilidad a su espíritu. Le comunicó sus planes de viaje y le pidió con la mayor amabilidad que preparara el envío destinado a Heidi como solo ella sabía hacer un paquete. Después se despidió.

Clara había supuesto que tendría que librar unas cuantas batallas con la señorita Rottenmeier antes de obtener su consentimiento para mandar a Heidi todos los objetos que había elegido. Pero aquella vez se equivocaba: la dama estaba de un humor extraordinariamente bueno.

Retiró enseguida todo lo que ocupaba la mesa grande, extendió sobre ella los objetos que Clara había reunido y se puso a preparar el paquete delante de la niña. No era una tarea fácil, porque los objetos que debían envolverse tenían formas muy diferentes.

Primero apareció un abrigo corto, grueso y con capucha que Clara había elegido para Heidi, de modo que durante el invierno siguiente pudiera visitar a la abuela cuando quisiera, sin tener que esperar a que el abuelo viniera a envolverla en un saco para protegerla del frío.

Después vino un chal grande y abrigado para la anciana, para que pudiera cubrirse con él y no pasara frío cuando el viento volviera a azotar espantosamente la cabaña.

Luego llegó la gran caja de pastelitos. También estaban destinados a la abuela, para que alguna vez pudiera comer con su café algo distinto de un panecillo.

A continuación apareció una salchicha enorme. Clara la había elegido originalmente para Pedro, porque el muchacho casi nunca comía otra cosa que queso y pan. Pero después lo había pensado mejor: temía que Pedro, de pura alegría, se comiera toda la salchicha de una vez. Por eso la recibiría su madre, Brígida, quien debía separar primero una buena porción para ella y la abuela y darle a Pedro lo suyo en varias entregas.

Vino luego una bolsita de tabaco para el abuelo, a quien tanto le gustaba fumar su pipa sentado por las tardes delante de la cabaña.

Por último aparecieron varias bolsitas, paquetitos y cajitas misteriosas que Clara había reunido con especial placer, pues quería que Heidi encontrara en ellas toda clase de sorpresas que le causaran una gran alegría.

Por fin terminó la tarea y quedó en el suelo un bulto considerable, listo para viajar. La señorita Rottenmeier lo contempló absorta en profundas reflexiones sobre el arte de empaquetar. Clara, por su parte, lo miraba llena de alegre expectativa, porque se imaginaba a Heidi dando saltos y lanzando gritos de júbilo al recibir aquel paquete enorme.

En aquel momento entró Sebastián y, con un movimiento vigoroso, se echó el bulto al hombro para llevarlo sin demora a la casa del doctor.


HEIDI — Capítulos 13-15

CAPÍTULO 16: UN VISITANTE EN LA MONTAÑA

El resplandor rojizo del amanecer encendía las montañas, mientras una brisa fresca recorría los abetos y balanceaba vigorosamente sus viejas ramas. Heidi abrió los ojos, despertada por aquel sonido. El rumor de los abetos siempre le llegaba a lo más profundo de su ser y la atraía irresistiblemente hacia ellos. Saltó de su cama y casi no tuvo paciencia para terminar de vestirse, pero debía hacerlo, porque ahora sabía muy bien que había que presentarse siempre limpia y arreglada.

Bajó por la escalerita. La cama del abuelo ya estaba vacía. Heidi corrió afuera. Delante de la puerta se encontraba el anciano, observando el cielo por todas partes, como hacía cada mañana para saber qué tiempo traería el día.

Por lo alto pasaban pequeñas nubes rosadas; el azul del cielo se hacía cada vez más intenso y, al otro lado, una corriente de oro parecía extenderse sobre las cumbres y los pastos, porque el sol acababa de aparecer por encima de las rocas elevadas.

—¡Oh, qué hermoso! ¡Qué hermoso! ¡Buenos días, abuelo! —gritó Heidi, corriendo hacia él.

—Vaya, ¿también tus ojos se han despertado ya? —respondió el abuelo, tendiéndole la mano para saludarla.

Heidi corrió entonces bajo los abetos y comenzó a saltar de alegría por el rugido y el silbido del viento entre las ramas que se mecían sobre su cabeza. Con cada nueva ráfaga y cada estruendo de las copas, daba un grito de júbilo y saltaba todavía más alto.

Entretanto, el abuelo había ido al establo, había ordeñado a Blanquita y a Osita y después las había limpiado y lavado cuidadosamente para su excursión a los pastos. Ahora las sacaba al espacio abierto.

En cuanto Heidi vio a sus amigas, llegó corriendo y abrazó a ambas por el cuello. Las saludó con cariño, y las cabritas respondieron con balidos alegres y confiados. Cada una quería demostrarle más afecto que la otra y apretaba la cabeza cada vez más contra sus hombros, hasta que Heidi estuvo a punto de quedar aplastada entre las dos.

Pero la niña no tenía miedo. Cuando la vivaracha Osita la empujaba demasiado con la cabeza, Heidi decía:

—No, Osita, ¡empujas igual que el gran Turco!

Inmediatamente Osita retiraba la cabeza y se quedaba muy quietecita, como una cabrita bien educada. Blanquita ya había levantado también la suya y adoptaba una postura distinguida, de manera que se veía claramente que pensaba: «¡Que nadie pueda decir de mí que me comporto como el Turco!». Y es que la blanca Blanquita era un poco más refinada que la parda Osita.

Entonces se escucharon desde abajo los silbidos de Pedro y, poco después, aparecieron todas las cabras, alegres y saltarinas, encabezadas por el ágil Jilguero, que avanzaba dando grandes brincos. Heidi se encontró enseguida en medio del rebaño y, entre tantas muestras impetuosas de bienvenida, las cabras la empujaban de un lado a otro. Ella también tenía que abrirse un poco de paso, porque quería llegar hasta la tímida Copito de Nieve, a la que los animales más grandes apartaban cada vez que intentaba acercarse a Heidi.

Pedro llegó entonces y lanzó un último silbido formidable. Quería espantar a las cabras y ponerlas en marcha hacia los pastos, porque necesitaba espacio para hablar con Heidi. Al escuchar el silbido, las cabras se separaron un poco, y el muchacho pudo acercarse hasta quedar frente a la niña.

—Hoy ya podrías venir otra vez con nosotros —fue su saludo, algo malhumorado.

—No puedo, Pedro —respondió Heidi—. Ahora pueden llegar de Fráncfort en cualquier momento, y entonces debo estar en casa.

—Eso ya lo has dicho muchas veces —gruñó Pedro.

—Y sigue siendo cierto, y lo será hasta que lleguen —repuso Heidi—. ¿O acaso crees que no debo estar en casa cuando vengan desde Fráncfort a visitarme? ¿De verdad piensas eso, Pedro?

—Pueden venir a ver al abuelo —respondió Pedro entre dientes.

En ese momento resonó desde la cabaña la voz potente del abuelo:

—¿Por qué no avanza el ejército? ¿Falta el mariscal de campo o faltan las tropas?

Pedro dio inmediatamente media vuelta y agitó su vara en el aire, haciéndola silbar. Todas las cabras, que conocían bien aquel sonido, echaron a correr y el muchacho salió detrás de ellas. Todo el rebaño se alejó al trote, montaña arriba.

Desde que Heidi había vuelto a vivir con su abuelo, de vez en cuando se acordaba de cosas en las que antes no había pensado. Por ejemplo, ahora se esforzaba todas las mañanas por arreglar su cama y la alisaba una y otra vez hasta dejarla completamente lisa. Después iba de un lado a otro de la cabaña, colocaba cada silla en su lugar y guardaba en el armario cuanto encontraba tirado o colgado fuera de sitio.

Luego buscaba un trapo, se subía a una silla y frotaba la mesa hasta dejarla reluciente. Cuando el abuelo volvía a entrar, contemplaba satisfecho la habitación y solía decir:

—Ahora en nuestra casa parece que siempre sea domingo. No ha sido en vano que Heidi haya estado lejos de aquí.

También aquella mañana, después de que Pedro se marchara y de desayunar con su abuelo, Heidi comenzó enseguida con sus quehaceres. Pero apenas podía terminarlos. Afuera hacía un tiempo tan hermoso que a cada instante ocurría algo que interrumpía su trabajo.

De pronto, un rayo de sol entró alegremente por la ventana abierta. Parecía que la llamaba: «¡Sal, Heidi, sal!». La niña ya no pudo quedarse dentro y salió corriendo. El sol resplandecía alrededor de toda la cabaña, brillaba sobre todas las montañas y se extendía muy lejos, valle abajo. La ladera parecía tan dorada y seca bajo el sol que Heidi tuvo que sentarse un momento a contemplar cuanto la rodeaba.

Entonces recordó de repente que el pequeño taburete de tres patas seguía en medio de la cabaña y que todavía no había limpiado la mesa después del desayuno. Se levantó de un salto y corrió adentro. Pero apenas pasó un momento antes de que el viento volviera a rugir con tal fuerza entre los abetos que Heidi lo sintió en todo el cuerpo. Tuvo que salir otra vez y acompañar con sus saltos el movimiento de aquellas ramas que se agitaban y ondulaban allá arriba.

El abuelo estaba ocupado con diferentes trabajos en el cobertizo de detrás de la cabaña. De vez en cuando salía a la puerta y contemplaba sonriendo los saltos de Heidi. Acababa de volver a entrar cuando, de pronto, la niña lanzó un grito:

—¡Abuelo, abuelo! ¡Ven, ven!

El anciano salió rápidamente, casi alarmado, pensando que algo le había pasado. Entonces vio a Heidi correr hacia la pendiente y gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Y delante viene el señor doctor!

Heidi se precipitó al encuentro de su viejo amigo, que alargó la mano para saludarla. Cuando llegó junto a él, la niña abrazó cariñosamente el brazo que le tendía y exclamó con todo el gozo de su corazón:

—¡Buenos días, señor doctor! ¡Y muchísimas, muchísimas gracias otra vez!

—¡Dios te bendiga, Heidi! ¿Y por qué me das las gracias tan pronto? —preguntó el doctor con una sonrisa amable.

—Porque pude volver a casa con el abuelo —le explicó la niña.

Una claridad semejante a la del sol iluminó el rostro del doctor. No había esperado semejante recibimiento en la montaña. Sintiendo profundamente su soledad, había subido sumido en pensamientos tristes y ni siquiera se había fijado en la belleza del paisaje que lo rodeaba, cada vez más hermoso.

Había supuesto que Heidi apenas lo reconocería, pues lo había visto muy pocas veces. Además, se sentía como alguien que llega para causar una decepción y a quien no desean mirar, porque no trae consigo a los amigos esperados. Pero, en lugar de eso, los ojos de Heidi brillaban de alegría y la niña continuaba aferrada al brazo de su buen amigo, llena de agradecimiento y cariño.

Con ternura paternal, el doctor tomó a Heidi de la mano.

—Ven, Heidi —le dijo con la mayor amabilidad—. Llévame con tu abuelo y muéstrame dónde vives.

Pero Heidi permaneció todavía allí, mirando con asombro montaña abajo.

—¿Dónde están Clara y la abuela? —preguntó por fin.

—Ahora tengo que darte una noticia que nos entristece a los dos —respondió el doctor—. Mira, Heidi, he venido solo. Clara estuvo bastante enferma y no pudo viajar, y por eso la abuela tampoco vino. Pero en primavera, cuando los días vuelvan a ser cálidos y hermosos y duren mucho más, vendrán con toda seguridad.

Heidi se quedó profundamente afectada. No podía comprender que, de pronto, todo cuanto había imaginado con tanta certeza no sucediera. Permaneció un rato inmóvil y desconcertada ante lo inesperado. El doctor también guardó silencio. Alrededor todo estaba tranquilo; solo se oía el viento entre los abetos, allá en lo alto.

De pronto Heidi recordó por qué había corrido cuesta abajo: el doctor había llegado y estaba allí. Levantó los ojos hacia él. En la mirada que descendía hasta ella había una tristeza tan profunda como jamás había visto. El doctor no la había mirado así ninguna de las veces que lo encontró en Fráncfort.

Aquello conmovió el corazón de Heidi. La niña no podía soportar ver triste a otra persona, y mucho menos al bondadoso doctor. Sin duda estaba así porque Clara y la abuela no habían podido acompañarlo. Buscó inmediatamente alguna manera de consolarlo, y la encontró.

—¡Oh, la primavera volverá muy pronto, y entonces seguro que vienen! —dijo con ánimo—. Aquí nunca tarda demasiado, y después podrán quedarse mucho más tiempo. ¡Eso seguro que le gustará todavía más a Clara! Y ahora vamos a subir con el abuelo.

Tomada de la mano de su querido amigo, comenzó a caminar hacia la cabaña. Heidi tenía tantas ganas de devolver la alegría al doctor que volvió a asegurarle que en la montaña faltaba poquísimo para que regresaran los largos y cálidos días del verano, tan poco que casi no se notaría la espera. Acabó por convencerse a sí misma de sus palabras, de modo que, al llegar arriba, anunció al abuelo con verdadera alegría:

—¡Todavía no han venido, pero muy pronto vendrán también ellos!

Para el abuelo, el doctor no era un desconocido. Heidi le había hablado tanto de él que le tendió la mano y le dio una bienvenida cordial. Los dos hombres se sentaron en el banco junto a la cabaña. También hicieron un hueco para Heidi, y el doctor la invitó con una seña amable a sentarse a su lado.

Comenzó entonces a contar que el señor Sesemann lo había animado a emprender aquel viaje y que él mismo había pensado que le haría bien, porque hacía mucho tiempo que no se sentía realmente fresco y lleno de fuerzas. Después le susurró al oído a Heidi que pronto subiría también a la montaña algo que había viajado desde Fráncfort con él y que le proporcionaría una alegría mucho mayor que la visita del viejo doctor. Heidi sintió una curiosidad enorme por descubrir de qué se trataba.

El abuelo insistió en animar al doctor a pasar los hermosos días de otoño en la montaña o, por lo menos, a subir cada vez que hiciera buen tiempo. No podía invitarlo a alojarse allí arriba, pues no tenía dónde hospedar a un caballero. Pero le aconsejó que no regresara hasta Ragaz y que tomara una habitación en la posada del pueblecito, donde encontraría un alojamiento sencillo, pero perfectamente decente.

Así podría subir cada mañana a los pastos, lo que sin duda le haría mucho bien, según el abuelo. Además, él tendría mucho gusto en acompañarlo hasta distintos lugares más altos de la montaña, donde seguramente disfrutaría del paisaje. Al doctor le agradó mucho toda aquella propuesta y acordaron llevarla a cabo.

Entretanto, el sol había llegado a lo más alto. El viento había cesado hacía ya bastante tiempo y los abetos permanecían completamente quietos. El aire de aquellas alturas seguía siendo suave y agradable, y una frescura vivificante acariciaba el banco iluminado por el sol.

El abuelo se levantó, entró en la cabaña y regresó enseguida llevando una mesa, que colocó delante del banco.

—Bien, Heidi, trae ahora lo que necesitamos para comer —dijo—. Nuestro invitado tendrá que conformarse con lo que hay. La cocina es sencilla, pero el comedor es bastante digno.

—¡Claro que sí! —respondió el doctor, contemplando el valle iluminado por el sol—. Acepto encantado la invitación. Aquí arriba todo debe saber delicioso.

Heidi corría de un lado a otro como una comadreja y traía cuanto encontraba dentro del armario. Poder atender al doctor como invitado la llenaba de una alegría inmensa. Entretanto, el abuelo preparó la comida y salió con una jarra de leche humeante y un queso asado que brillaba como el oro. Después cortó hermosas lonchas tan finas que casi eran transparentes de una carne rosada que había dejado secar allí arriba al aire puro.

Al doctor le gustó aquella comida tanto como ninguna otra que hubiera probado durante todo el año.

—Sí, sí, aquí es donde tiene que venir nuestra Clara —dijo—. Recuperará fuerzas por completo, y si durante algún tiempo come como he comido yo hoy, se pondrá fuerte y rolliza como no lo ha estado jamás en su vida.

Entonces vieron subir por el camino a un hombre que llevaba un gran fardo a la espalda. Al llegar a la cabaña, dejó caer la carga al suelo y tomó unas cuantas bocanadas profundas del aire fresco de la montaña.

—¡Ah, aquí viene lo que ha viajado conmigo desde Fráncfort! —dijo el doctor, levantándose.

Llevó consigo a Heidi hasta el fardo y comenzó a abrirlo. Cuando quitó la primera envoltura gruesa, dijo:

—Bueno, pequeña, ahora sigue tú y saca por ti misma tus tesoros.

Heidi obedeció y, a medida que los paquetes se abrían, contemplaba todos aquellos objetos con los ojos muy grandes, llenos de asombro. Pero solo cuando el doctor se acercó otra vez, levantó la tapa de la caja grande y le dijo: «Mira lo que recibirá la abuela para acompañar el café», lanzó Heidi un grito de felicidad:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ahora la abuela podrá comer unos pastelitos tan buenos!

Comenzó a dar saltos alrededor de la caja y quiso volver a guardarlo todo inmediatamente para bajar corriendo a la casa de la abuela.

Pero el abuelo dijo que hacia el atardecer acompañarían juntos al doctor y llevarían las cosas. Heidi encontró entonces también la bonita bolsita de tabaco y se apresuró a entregársela al abuelo. A él le gustó muchísimo. Llenó inmediatamente su pipa y los dos hombres continuaron conversando sobre toda clase de asuntos, sentados en el banco y lanzando grandes nubes de humo, mientras Heidi saltaba de uno a otro de sus tesoros.

De pronto la niña regresó al banco, se plantó delante del visitante y, aprovechando la primera pausa de la conversación, declaró con mucha firmeza:

—No, todas esas otras cosas no me han dado más alegría que la visita del querido señor doctor.

Los dos hombres soltaron una pequeña carcajada. El doctor reconoció que no lo habría imaginado.

Cuando el sol estaba a punto de ocultarse hasta la mitad detrás de las montañas, el visitante se levantó para regresar al pueblecito y buscar allí alojamiento. El abuelo tomó bajo el brazo la caja de pastelitos, la salchicha enorme y el gran chal. El doctor llevó a Heidi de la mano y los tres descendieron hasta la casita de Pedro.

Allí Heidi debía despedirse por el momento. Esperaría con la abuela hasta que el abuelo regresara a buscarla, después de acompañar a su invitado al pueblo. Cuando el doctor le tendió la mano para decir adiós, la niña le preguntó:

—¿Le gustaría subir mañana a los pastos con las cabras?

Aquello era, para Heidi, la cosa más hermosa que podía imaginar.

—Así quedamos, Heidi —respondió él—. Iremos juntos.

Los dos hombres continuaron su camino y Heidi entró en casa de la abuela. Primero arrastró con gran esfuerzo la caja de pastelitos; después tuvo que salir otra vez a buscar la salchicha, pues el abuelo lo había dejado todo delante de la puerta. Finalmente salió una tercera vez por el gran chal. Colocó cada objeto tan cerca de la anciana como le fue posible, para que pudiera tocarlos y comprender bien de qué se trataba. El chal lo extendió sobre sus rodillas.

—Todo viene de Fráncfort, de Clara y de la abuela —explicó a la anciana, completamente asombrada, y a Brígida, que también miraba sin poder dar crédito a sus ojos.

La sorpresa había dejado a Brígida tan paralizada que apenas se había movido mientras Heidi arrastraba con enorme esfuerzo los objetos pesados y los desplegaba delante de ellas.

—Pero, abuela, ¿verdad que te alegran muchísimo los pastelitos? ¡Mira qué blanditos están! —preguntaba Heidi una y otra vez.

—Sí, sí, claro que sí, Heidi. ¡Qué buenas personas son! —confirmó la abuela.

Luego volvía a pasar la mano sobre el chal cálido y suave y decía:

—¡Pero esto sí que es algo maravilloso para el frío del invierno! ¡Es tan magnífico que jamás pensé que llegaría a tener una cosa así mientras viviera!

Heidi se maravillaba mucho de que el chal gris pudiera alegrar a la abuela todavía más que los pastelitos. Brígida continuaba inmóvil delante de la salchicha que había quedado sobre la mesa y la contemplaba casi con veneración. Nunca en su vida había visto una salchicha tan enorme. ¡Y pensar que ahora era suya y que incluso podría cortarla algún día! Le parecía increíble.

Movió la cabeza y dijo tímidamente:

—Tendremos que preguntarle al abuelo qué debemos hacer con esto.

Pero Heidi respondió sin la menor vacilación:

—¡Es para comer, y no para otra cosa!

En aquel momento Pedro entró tropezando:

—El abuelo viene detrás de mí. Heidi tiene que...

No consiguió terminar. Sus ojos habían descubierto la salchicha encima de la mesa y la impresión lo dejó sin palabras. Heidi, sin embargo, ya había comprendido qué mensaje traía Pedro, y se apresuró a tomar la mano de la abuela para despedirse.

Desde hacía algún tiempo, el abuelo no pasaba nunca por la cabaña sin entrar un momento a saludar a la anciana. Ella se alegraba siempre al oír sus pasos, porque él tenía invariablemente alguna palabra de ánimo para regalarle. Pero ese día se había hecho tarde para Heidi, que cada mañana estaba levantada en cuanto salía el sol. Su abuelo decía: «La niña necesita dormir bien», y en eso no admitía discusiones.

Por tanto, se limitó a desearle buenas noches a la anciana desde la puerta abierta, tomó de la mano a Heidi, que había corrido a su encuentro, y los dos caminaron bajo el cielo resplandeciente de estrellas hacia su apacible cabaña.

CAPÍTULO 17: UNA RECOMPENSA

A la mañana siguiente, muy temprano, el doctor subía desde el pueblecito hacia la montaña acompañado por Pedro y sus cabras. El amable caballero intentó varias veces entablar conversación con el pastorcillo, pero no tuvo éxito: apenas obtuvo unas respuestas vagas y monosilábicas a sus preguntas. Pedro no era de los que se dejaban llevar fácilmente a una conversación.

Así continuó toda aquella compañía silenciosa hasta la cabaña del abuelo. Heidi esperaba ya allí con sus dos cabritas; las tres estaban tan alegres y vivaces como el sol de la mañana sobre las montañas.

—¿Vienes? —preguntó Pedro, pues cada mañana expresaba aquella misma idea, ya fuera como pregunta o como invitación.

—Claro que sí, naturalmente, si el señor doctor viene con nosotros —respondió Heidi.

Pedro miró al caballero un poco de reojo.

En ese momento se acercó el abuelo con la bolsa del almuerzo en la mano. Primero saludó al visitante con todo respeto y después se acercó a Pedro y le colgó la bolsa al hombro. Pesaba más de lo habitual, porque el abuelo había introducido un buen trozo de aquella carne rosada. Había pensado que tal vez al doctor le gustara comer arriba, en los pastos, junto con los niños. Pedro sonrió casi de oreja a oreja, porque sospechaba que en la bolsa se escondía algo fuera de lo común.

Emprendieron entonces la subida. Todas las cabras se arremolinaron alrededor de Heidi, pues cada una quería estar más cerca de ella y apartaba ligeramente a las otras. Durante un rato la niña avanzó casi empujada en medio del rebaño. Por fin se detuvo y las reprendió:

—Ahora tienen que caminar bien adelante, pero sin regresar a cada momento para apretarme y empujarme. Tengo que ir un rato con el señor doctor.

Acarició la espalda de la pequeña Copito de Nieve, que siempre procuraba mantenerse más cerca de Heidi que las demás, y le pidió especialmente que se portara bien. Después consiguió abrirse paso entre las cabras y caminó junto al doctor, quien inmediatamente le tomó la mano.

Ahora el doctor ya no necesitaba esforzarse para encontrar un tema de conversación, como había sucedido antes con Pedro. Heidi comenzó a hablar enseguida y tenía tantísimas cosas que contarle sobre las cabras y sus ocurrencias extrañas, las flores de las alturas, las rocas y los pájaros, que el tiempo pasó sin que lo notaran y, cuando menos lo esperaban, llegaron a los pastos. Durante la subida, Pedro había dirigido al doctor algunas miradas de reojo tan feroces que le habrían dado un buen susto si este las hubiera advertido.

Una vez arriba, Heidi condujo a su querido amigo directamente al lugar más hermoso, adonde siempre iba para sentarse en la hierba y contemplar el paisaje, porque allí era donde más le gustaba estar. Se sentó como de costumbre y el doctor se acomodó inmediatamente a su lado sobre la pradera soleada.

A su alrededor, el dorado día de otoño iluminaba las cumbres y el extenso valle verde. Desde los pastos más bajos llegaban los sonidos de los cencerros de los rebaños, tan dulces y reconfortantes que parecían anunciar la paz por todas partes. En el gran campo de nieve, al otro lado, los rayos dorados del sol

brillaban y centelleaban de un lugar a otro, mientras el gris Falknis levantaba sus torres de roca con antigua majestad hacia el cielo azul oscuro.

La brisa de la mañana cruzaba suavemente los pastos y apenas movía las últimas campanillas azules que habían sobrevivido a la numerosa multitud de flores del verano. Sus pequeñas cabezas se mecían todavía con placer bajo el sol tibio. En lo alto volaba el gran ave rapaz, describiendo amplios círculos; pero ese día no lanzaba sus gritos roncos. Con las alas extendidas se deslizaba tranquila por el azul, disfrutando de la mañana.

Heidi miraba hacia todas partes. Las flores que parecían asentir alegremente, el cielo azul, la luz vivificante del sol, el pájaro que flotaba contento por el aire... ¡Todo era tan hermoso, tan hermoso! Los ojos de Heidi brillaban de felicidad. Entonces miró a su amigo para comprobar si él también veía bien toda aquella belleza.

Hasta ese momento el doctor había contemplado el paisaje en silencio, sumido en sus pensamientos. Al encontrarse con los ojos radiantes de alegría de la niña, dijo:

—Sí, Heidi, aquí podría sentirse uno muy feliz. Pero dime, ¿qué piensas tú? Si alguien viniera hasta aquí con el corazón triste, ¿qué tendría que hacer para poder alegrarse también de todas estas cosas tan hermosas?

—¡Oh, oh! —exclamó Heidi con toda naturalidad y muy contenta—. Aquí nunca se tiene el corazón triste; solo en Fráncfort.

El doctor esbozó una pequeña sonrisa que desapareció enseguida. Luego volvió a preguntar:

—¿Y si alguien llegara y trajera consigo hasta aquí toda la tristeza de Fráncfort, Heidi? ¿Sabes qué podría ayudarle?

—Cuando uno ya no sabe qué hacer, solo tiene que contárselo todo al buen Dios —respondió Heidi con absoluta confianza.

—Sí, es una buena idea, hija mía —observó el doctor—. Pero ¿y si lo que causa tanta tristeza y tanto sufrimiento viene de Dios mismo? ¿Qué se le puede decir entonces?

Heidi tuvo que reflexionar sobre aquella pregunta. Sin embargo, estaba completamente segura de que, para cualquier tristeza, se podía encontrar ayuda en Dios. Buscó la respuesta en lo que ella misma había vivido.

—Entonces hay que esperar —dijo finalmente, convencida—, y pensar siempre: «El buen Dios ya sabe de algo alegre que después saldrá de esto. Solo hay que quedarse tranquilo un poco más y no marcharse de su lado». Entonces, de pronto, todo sucede de tal manera que se ve muy bien que Dios había tenido durante todo ese tiempo una intención buena. Pero como al principio no podemos verla y solo vemos lo terriblemente triste, pensamos que las cosas van a quedarse siempre así.

—Es una hermosa fe. Debes conservarla siempre, Heidi —dijo el doctor.

Durante un rato contempló callado las imponentes montañas rocosas y el valle verde bañado por el sol. Después prosiguió:

—Mira, Heidi, podría sentarse aquí una persona con una sombra tan grande sobre los ojos que no pudiera recibir toda la belleza que la rodea. Su corazón estaría triste incluso aquí, quizá doblemente triste, en un lugar donde podría sentirse tan feliz. ¿Puedes comprenderlo?

De pronto, una pena atravesó el corazón alegre de Heidi. Aquella gran sombra sobre los ojos le recordó a la abuela de Pedro, que ya no podía ver nunca más la claridad del sol ni todas aquellas hermosuras de la montaña. Era un dolor que volvía a despertar en el corazón de Heidi cada vez que pensaba en ello. Permaneció en silencio un rato, pues el recuerdo había llegado a herirla en medio de su dicha. Finalmente respondió con seriedad:

—Sí, eso lo comprendo. Pero sé una cosa: entonces hay que recitar los himnos de la abuela. Con ellos vuelve a entrar un poquito de luz en el corazón y, a veces, tanta luz que uno llega a estar completamente alegre. La abuela misma lo ha dicho.

—¿Qué himnos, Heidi? —preguntó el doctor.

—Solo me sé los versos del que habla del sol y del hermoso jardín, y también algunos del otro, que es largo y que tanto le gustan a la abuela, porque esos tengo que leérselos siempre tres veces —respondió Heidi.

—Entonces recítame esos versos. A mí también me gustaría escucharlos.

El doctor se acomodó para prestar atención. Heidi juntó las manos y estuvo pensando un momento.

—¿Empiezo por la parte donde la abuela dice que vuelve a nacer la confianza en el corazón?

El doctor asintió con la cabeza. Entonces Heidi comenzó:

«Déjalo obrar y gobernar;

Él es un príncipe sabio

y dispondrá las cosas

de tal modo que te maravillarás,

cuando, como corresponde a su poder,

con consejo admirable,

lleve a término la obra

que hoy te causa aflicción.

»Puede tardar un tiempo

en darte su consuelo,

y obrar de su parte

como si en su pensamiento

te hubiera abandonado,

como si hubieras de vivir siempre

sumido en angustias y penas,

como si no se preocupara por ti.

»Pero cuando suceda

que permanezcas fiel a Él,

te levantará y sostendrá

cuando menos lo esperes.

Y librará tu corazón

de esa carga tan pesada

que, sin haber obrado mal,

has llevado hasta ahora».

Heidi se detuvo de repente. No estaba segura de que el doctor continuara escuchándola. Él se había cubierto los ojos con una mano y permanecía completamente inmóvil. La niña pensó que quizá se había quedado un poco dormido. Cuando despertara y quisiera oír más versos, seguramente se lo diría.

Todo quedó en silencio. El doctor no decía nada, pero tampoco estaba dormido. Sus pensamientos habían regresado a un tiempo muy lejano.

Se veía a sí mismo como un niño pequeño, de pie junto al sillón de su querida madre. Ella lo rodeaba con un brazo y le recitaba aquel mismo himno que acababa de escuchar de labios de Heidi y que no había vuelto a oír durante tantos años. Ahora escuchaba otra vez la voz de su madre, veía sus ojos bondadosos posarse sobre él con tanto cariño y, cuando terminaron los versos del himno, la oyó decirle todavía otras palabras.

Aquellas palabras debieron de serle muy queridas, pues siguió mucho tiempo pensando en ellas. Permaneció allí, callado e inmóvil, con el rostro apoyado en una mano.

Cuando finalmente se incorporó, vio que Heidi lo miraba con asombro. Tomó la mano de la niña entre las suyas.

—Heidi, tu himno es muy hermoso —dijo, y su voz sonaba más alegre que en cualquier momento anterior—. Volveremos a este lugar y entonces me lo recitarás otra vez.

Durante todo ese tiempo Pedro había tenido bastante trabajo en dar salida a su malhumor. Heidi llevaba muchos días sin acompañarlo a los pastos y ahora que, por fin, había vuelto, aquel señor mayor se pasaba todo el tiempo sentado junto a ella y Pedro no podía acercarse. Aquello lo irritaba muchísimo.

Se colocó a cierta distancia, detrás del desprevenido doctor, donde este no pudiera verlo. Allí levantó primero un puño enorme y lo agitó amenazadoramente en el aire. Al cabo de un rato levantó los dos puños. Cuanto más tiempo permanecía Heidi sentada junto al doctor, con más fuerza apretaba Pedro las manos y más altos y amenazadores elevaba los puños a espaldas del hombre al que dirigía sus amenazas.

Mientras tanto, el sol había llegado al lugar del cielo que indica la hora de comer, algo que Pedro sabía reconocer perfectamente. De pronto gritó a los dos con todas sus fuerzas:

—¡Hay que comer!

Heidi se levantó para ir a buscar la bolsa y que el doctor pudiera almorzar allí mismo. Pero él dijo que no tenía hambre. Solo deseaba beber un cuenco de leche y después le gustaría pasear otro poco por la montaña y subir algo más arriba.

Heidi decidió entonces que ella tampoco tenía hambre y que solo bebería leche. Después conduciría al doctor hasta las grandes piedras cubiertas de musgo, allá en lo alto, donde Jilguero casi se había precipitado al vacío una vez y crecían todas aquellas hierbas aromáticas.

Corrió hacia Pedro para explicárselo todo. Le dijo que primero debía sacar un cuenco de leche de Blanquita para el doctor y después otro para ella.

Pedro miró a Heidi, muy sorprendido, durante un rato. Luego preguntó:

—¿Y quién se queda con lo que hay en la bolsa?

—Puedes quedártelo tú. Pero antes tienes que traer la leche, ¡y deprisa! —respondió Heidi.

Pedro jamás había hecho algo con tanta rapidez como aquella tarea. Tenía los ojos puestos en la bolsa y todavía no sabía qué aspecto tendría lo que contenía y que ahora le pertenecía. En cuanto vio que los otros dos bebían tranquilamente su leche, abrió la bolsa y miró dentro. Al descubrir el maravilloso trozo de carne, todo su cuerpo se estremeció de alegría. Tuvo que mirar otra vez para asegurarse de que era verdad.

Metió la mano para sacar aquel delicioso regalo y comenzar a disfrutarlo. Pero de pronto la retiró como si no tuviera derecho a tocarlo. Recordó cómo había estado detrás del doctor levantando los puños contra él, mientras que ahora aquel mismo caballero le regalaba todo su incomparable almuerzo.

Pedro se arrepintió de lo que había hecho. Sentía que aquella mala acción le impedía sacar el regalo y comérselo con gusto. De repente se puso en pie de un salto y corrió hasta el lugar donde había estado antes. Allí levantó ambas manos bien abiertas, con las palmas extendidas, para indicar que sus amenazas con los puños ya no tenían validez. Permaneció así durante un buen rato, hasta que sintió que las cosas habían quedado compensadas.

Después regresó a grandes saltos hasta la bolsa y, una vez recuperada la tranquilidad de su conciencia, pudo dar grandes mordiscos a su almuerzo extraordinariamente delicioso, disfrutándolo plenamente.

El doctor y Heidi caminaron juntos durante largo rato y conversaron con mucho gusto. Por fin el doctor consideró que había llegado el momento de regresar y pensó que la niña también querría quedarse un poco más con sus cabras. Pero a Heidi ni siquiera se le había ocurrido tal cosa. ¡Eso significaría que el doctor tendría que descender completamente solo toda la montaña! Ella estaba decidida a acompañarlo hasta la cabaña de su abuelo y aun un buen trecho más abajo.

Continuaron siempre tomados de la mano. Por el camino Heidi todavía tenía muchísimas cosas que contarle. Le mostró los lugares donde las cabras preferían pastar y donde en verano crecían la mayor cantidad de flores amarillas brillantes de los prados, de centáureas rojas y de otras muchas especies. Ahora sabía nombrarlas todas, porque durante el verano su abuelo le había enseñado los nombres que él conocía.

Pero al final el doctor le dijo que debía regresar. Se despidieron y él prosiguió cuesta abajo, aunque de vez en cuando volvía la cabeza. Entonces veía que Heidi seguía en el mismo lugar, mirándolo y agitándole la mano para despedirse. Así hacía su propia y querida hijita cada vez que él salía de casa.

Fue un mes de otoño claro y soleado. Cada mañana el doctor subía hasta la montaña y enseguida salían a dar un hermoso paseo. A menudo iba con el abuelo hasta lo alto de las montañas rocosas, donde los viejos abetos, castigados por las tormentas, inclinaban sus copas y debía de vivir cerca el gran pájaro rapaz, pues algunas veces pasaba volando muy cerca de las cabezas de los dos hombres, con el silbido de sus alas y sus roncos gritos.

El doctor disfrutaba muchísimo de las conversaciones con su acompañante. Cada vez se maravillaba más de lo bien que conocía el abuelo todas las plantas de los pastos y de que supiera para qué servían, y de cuántas cosas buenas y valiosas sabía encontrar en las alturas: en los abetos resinosos, en los oscuros pinos de agujas aromáticas, en el musgo rizado que nacía entre las raíces de los árboles viejos y en las pequeñas plantas y flores discretas que brotaban de la tierra vigorosa de los Alpes, incluso a gran altura.

El anciano conocía igualmente bien las costumbres y el comportamiento de todos los animales de la montaña, grandes y pequeños. Sabía contarle al doctor historias muy divertidas sobre la vida de aquellos habitantes de las grietas de las rocas, las madrigueras subterráneas y las altas copas de los abetos.

Durante aquellas excursiones, el doctor no se daba cuenta de cómo pasaba el tiempo y, muchas tardes, al estrechar cordialmente la mano del abuelo para despedirse, tenía que repetirle:

—Querido amigo, nunca me marcho de su compañía sin haber aprendido algo nuevo.

Sin embargo, muchos días, especialmente cuando el tiempo era más hermoso, el doctor prefería salir con Heidi. Entonces ambos solían sentarse en el bonito saliente de la montaña donde habían estado el primer día. Heidi volvía a recitar los versos de sus himnos y contaba al doctor cuanto sabía. Algunas veces Pedro se sentaba detrás de ellos en su lugar, pero ahora estaba completamente amansado y nunca más levantaba los puños.

Así llegó a su fin el hermoso mes de septiembre. Una mañana el doctor apareció y no parecía tan alegre como de costumbre. Dijo que aquel sería su último día: debía regresar a Fráncfort. Le costaba mucho marcharse, pues había llegado a querer la montaña como si fuera su propia tierra.

Al abuelo le entristeció la noticia, porque también él había disfrutado enormemente de la compañía del doctor. Y Heidi se había acostumbrado tanto a ver cada día a su cariñoso amigo que apenas podía comprender cómo todo aquello iba a terminar de repente. Lo miró con asombro, como si le preguntara si hablaba en serio. Pero así era. El doctor se despidió del abuelo y preguntó si Heidi quería acompañarlo todavía un trecho.

La niña bajó de la montaña tomada de su mano, sin poder comprender del todo que se marchara definitivamente.

Al cabo de un rato el doctor se detuvo y le dijo que había caminado lo suficiente y que debía regresar. Le acarició varias veces con ternura los cabellos rizados y añadió:

—Ahora tengo que marcharme, Heidi. ¡Si pudiera llevarte conmigo a Fráncfort y tenerte a mi lado!

De pronto Heidi imaginó de nuevo toda la ciudad de Fráncfort, sus innumerables casas, las calles de piedra, la señorita Rottenmeier y Tinette. Respondió con cierta timidez:

—Yo preferiría que usted volviera a visitarnos.

—Sí, será mejor así. Adiós, Heidi —respondió el doctor con cariño, y le tendió la mano.

La niña puso la suya entre las de él y levantó la mirada hacia el hombre que se despedía. Los ojos bondadosos que la contemplaban se llenaron de lágrimas. El doctor se volvió rápidamente y comenzó a bajar por la montaña.

Heidi permaneció inmóvil. Aquellos ojos llenos de cariño y las lágrimas que había visto en ellos conmovían profundamente su corazón. De pronto rompió a llorar en voz alta y salió corriendo con todas sus fuerzas detrás del doctor, gritando entre sollozos:

—¡Señor doctor! ¡Señor doctor!

Él se volvió y se detuvo. Heidi lo alcanzó y, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, dijo entre sollozos:

—¡Estoy dispuesta a ir a Fráncfort ahora mismo con usted y quedarme allí todo el tiempo que quiera! Solo tengo que ir un momento a decírselo al abuelo.

El doctor acarició a la niña para tranquilizarla.

—No, mi querida Heidi —respondió con la voz más amable—, no ahora mismo. Tienes que permanecer todavía bajo los abetos, porque podrías volver a enfermarte por mi culpa. Pero escucha, quiero preguntarte algo: si algún día estoy enfermo y solo, ¿vendrás a verme y te quedarás conmigo? ¿Puedo pensar que entonces todavía habrá alguien que se preocupe por mí y me quiera?

—¡Sí, sí! Entonces iré sin falta, ese mismo día. Y usted me es casi tan querido como mi abuelo —aseguró Heidi, que seguía sollozando.

El doctor le estrechó una vez más la mano y reanudó rápidamente su camino. Heidi permaneció donde estaba y siguió despidiéndose con la mano mientras pudo distinguir siquiera un pequeño punto de la figura del hombre que se alejaba.

Cuando el doctor se volvió por última vez para mirar a Heidi, que todavía lo saludaba, y a la montaña soleada, murmuró para sí:

—¡Qué bien se está allá arriba! Allí pueden sanar el cuerpo y el alma, y uno recupera la alegría de vivir.

CAPÍTULO 18: EL INVIERNO EN EL PUEBLECITO

La nieve se había acumulado alrededor de la cabaña de la montaña hasta tal altura que parecía que las ventanas estuvieran a ras del suelo. De la cabaña no se veía absolutamente nada por debajo de ellas, y hasta la puerta de entrada había desaparecido por completo. Si el abuelo hubiera seguido allá arriba, habría tenido que hacer lo mismo que Pedro hacía todos los días, porque casi todas las noches volvía a nevar.

Cada mañana, Pedro tenía que saltar por la ventana de la habitación. Si el frío no había sido tan intenso como para helarlo todo durante la noche, se hundía tanto en la nieve blanda que debía agitar los brazos, las piernas y hasta la cabeza en todas direcciones, empujar y forcejear hasta conseguir salir. Entonces su madre le alcanzaba por la ventana la escoba grande, y con ella Pedro apartaba y raspaba la nieve que tenía delante hasta llegar a la puerta.

Allí lo aguardaba una tarea considerable, pues tenía que retirar toda la nieve. Si quedaba blanda y abrían la puerta, aquella enorme masa se desplomaría dentro de la cocina; y, si llegaba a helarse, quedarían encerrados como detrás de un muro, porque nadie podía atravesar semejante peñasco de hielo, y por la pequeña ventana solo Pedro era capaz de escabullirse. Para él, sin embargo, la época de las heladas traía muchas comodidades.

Cuando tenía que bajar al pueblecito, no necesitaba más que abrir la ventana y salir arrastrándose. Una vez fuera, se encontraba de pie sobre el campo de nieve endurecida, al mismo nivel que la ventana. Su madre le pasaba después el pequeño trineo, y Pedro solo tenía que sentarse y dejarse deslizar por donde quisiera: de una manera u otra llegaría abajo, porque toda la montaña se había convertido en una pista de trineo continua.

El abuelo no pasaba aquel invierno en la montaña: había cumplido su palabra. En cuanto cayó la primera nieve, cerró la cabaña y el establo y bajó al pueblecito con Heidi y las cabras. Cerca de la iglesia y de la casa parroquial se levantaba un edificio muy extenso, o más bien lo que quedaba de él. Antiguamente había sido una gran mansión señorial, como todavía podía advertirse en muchos de sus rincones, aunque ahora estaba derrumbada por completo en algunas partes y medio arruinada en otras.

En otro tiempo había vivido allí un valeroso hombre de armas. Había entrado al servicio de España, donde llevó a cabo numerosas hazañas y obtuvo grandes riquezas como botín. Cuando regresó al pueblecito, mandó construir con aquella fortuna una casa magnífica, decidido a vivir en ella. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el silencio del lugar comenzara a aburrirlo de manera insoportable, pues se había acostumbrado demasiado al bullicio del mundo exterior. Se marchó de nuevo y nunca volvió.

Muchísimos años después, cuando se supo con certeza que había muerto, un pariente lejano que vivía en el valle se hizo cargo de la casa. Pero el edificio ya empezaba a desmoronarse y su nuevo dueño no quiso restaurarlo. Algunas familias pobres se instalaron en él a cambio de un alquiler muy pequeño; y, cada vez que se desprendía alguna parte de la construcción, la dejaban donde había caído. Desde entonces habían transcurrido muchos años más.

Cuando el abuelo llegó al pueblecito con su pequeño hijo Tobías, ya se instaló en aquella casa ruinosa y vivió allí. Después, el edificio permaneció vacío casi siempre, porque nadie podía quedarse a menos que

supiera adelantarse un poco al deterioro y tapar o remendar en cuanto aparecían los agujeros y las grietas. Los inviernos en el pueblecito eran largos y fríos.

El viento se colaba y silbaba por las habitaciones desde todos los lados, apagaba las luces y hacía tiritar de frío a sus desdichados ocupantes. Pero el abuelo sabía arreglárselas. Tan pronto como decidió pasar el invierno en el pueblecito, volvió a ocuparse de la vieja casa, y durante el otoño bajó varias veces para acondicionarla a su gusto. A mediados de octubre se trasladó allí con Heidi.

Si uno se acercaba a la casa por detrás, entraba directamente en un espacio abierto: una de las paredes se había desplomado por completo y la otra hasta la mitad. Encima de esta todavía se veía una ventana de arco, aunque sus cristales habían desaparecido hacía mucho. Una hiedra espesa trepaba alrededor de ella y subía hasta el techo, del que aún se conservaba firme una mitad. Era un techo de hermosa bóveda, y se comprendía fácilmente que aquel lugar había sido la capilla.

Sin necesidad de atravesar puerta alguna, se pasaba a un gran salón. Aquí y allá quedaban hermosas losas de piedra en el suelo, y entre ellas crecía la hierba con fuerza. También las paredes estaban medio derruidas, al igual que grandes porciones del techo; si unas gruesas columnas no hubieran sostenido la parte que permanecía en pie, cualquiera habría pensado que esta podía venirse abajo en cualquier momento sobre las cabezas de quienes pasaran por allí.

El abuelo había levantado en el salón un cercado de tablas y había cubierto el suelo con una gruesa capa de paja, porque allí, en aquella antigua sala, iban a alojarse las cabras. Después se sucedían corredores de todas clases, abiertos a medias, por los que tan pronto se veía el cielo como el prado o el sendero del exterior. Pero en la parte delantera, donde una pesada puerta de roble todavía giraba firmemente sobre sus goznes, se entraba en una habitación grande y espaciosa que se conservaba en buen estado.

Sus cuatro paredes seguían enteras, recubiertas de oscuros paneles de madera sin una sola rendija. En un rincón se alzaba una estufa enorme, que llegaba casi al techo. Sus azulejos blancos estaban decorados con grandes escenas pintadas de azul. En unos aparecían viejas torres rodeadas de árboles altos, y bajo los árboles caminaba un cazador con sus perros. En otros se veía un lago tranquilo a la sombra de enormes robles, y en su orilla un pescador mantenía la caña extendida sobre el agua.

Alrededor de toda la estufa corría un banco, de modo que uno podía sentarse allí mismo a contemplar las pinturas. A Heidi aquel lugar le gustó enseguida. Apenas entró en la habitación con su abuelo, corrió hacia la estufa, se sentó en el banco y comenzó a mirar las imágenes.

Pero, al deslizarse por el banco hasta quedar detrás de la estufa, algo nuevo atrajo por completo su atención. En el espacio bastante amplio que había entre la estufa y la pared se habían colocado cuatro tablas como si formasen un cajón para guardar manzanas. Sin embargo, no contenían manzanas: allí estaba, sin la menor duda, la cama de Heidi, exactamente como había sido en la cabaña de la montaña. Era un lecho alto de heno, con su sábana y el saco que le servía de cobertor. Heidi lanzó un grito de alegría:

—¡Oh, abuelo, aquí está mi habitación! ¡Qué bonita! Pero ¿dónde vas a dormir tú?

—Tu habitación tiene que estar cerca de la estufa para que no pases frío —respondió el abuelo—. La mía también puedes verla.

Heidi cruzó dando saltitos la espaciosa habitación tras su abuelo, que abrió al otro lado una puerta. Esta conducía a una pieza pequeña, donde él había preparado su cama. Pero aún había otra puerta. Heidi la abrió apresuradamente y se quedó inmóvil de asombro: daba a una especie de cocina tan extraordinariamente grande que nunca en su vida había visto otra igual.

El abuelo había tenido mucho trabajo allí y todavía le quedaba bastante por hacer. Las paredes presentaban agujeros y grietas anchas por todas partes, por donde silbaba el viento. Ya había tapado tantos con tablas de madera que parecía como si hubiera empotrado pequeños armarios alrededor de toda la cocina.

También había conseguido asegurar la enorme y antiquísima puerta con alambres y clavos, de modo que pudiera cerrarse. Y eso era una suerte, porque más allá no había sino muros derruidos, entre los cuales crecía una espesa maleza y donde legiones de escarabajos y lagartijas tenían sus viviendas.

A Heidi le gustaba su nueva morada. Al día siguiente, cuando Pedro llegó para ver cómo se encontraban en la casa, ella ya había explorado con tanto detenimiento todos los rincones que se sentía enteramente en su hogar y pudo acompañarlo por todas partes. No le dio un momento de descanso hasta que hubo examinado con ella todas las cosas extraordinarias que contenía la nueva vivienda.

Heidi dormía magníficamente en su rincón junto a la estufa. Pero, al despertarse cada mañana, siempre creía por un momento que estaba en la montaña y que debía abrir enseguida la puerta de la cabaña para comprobar si los abetos habían dejado de susurrar, vencidos por la pesada nieve que se acumulaba sobre sus ramas.

Entonces tenía que mirar durante un buen rato a uno y otro lado, hasta recordar dónde se encontraba. Cada vez que comprendía que no estaba en su hogar de la montaña, sentía algo en el corazón que la oprimía y la ahogaba.

Sin embargo, cuando oía al abuelo hablar afuera con Blanquita y Osita, y las cabras respondían con balidos tan fuertes y alegres como si quisieran gritarle: «¡Vamos, Heidi, ven de una vez!», comprendía que, a pesar de todo, estaba en casa. Entonces saltaba dichosa de la cama y corría tan deprisa como podía hacia el gran establo. Pero al cuarto día dijo, preocupada:

—Hoy tengo que subir sin falta a ver a la abuela. No puede quedarse sola tanto tiempo.

El abuelo no estuvo de acuerdo.

—Ni hoy ni mañana todavía —le dijo—. En la montaña la nieve alcanza varios metros de profundidad y sigue nevando. Hasta Pedro, que es fuerte, apenas consigue abrirse paso. Una pequeña como tú, Heidi, quedaría sepultada en el acto bajo la nieve y nadie volvería a encontrarla. Espera un poco, hasta que hiele; entonces podrás caminar cómodamente por encima de la capa de nieve.

Al principio, tener que esperar entristeció un poco a Heidi. Pero ahora sus jornadas estaban tan llenas de ocupaciones que, sin darse cuenta, terminaba un día y comenzaba el siguiente. Todas las mañanas y todas las tardes iba a la escuela del pueblecito y aprendía con gran empeño todo lo que allí le enseñaban. En cambio, casi nunca veía a Pedro en clase, porque por lo general no asistía. El maestro era un hombre indulgente, que de vez en cuando decía:

—Me parece que Pedro vuelve a faltar. Le vendría bien la escuela, pero hay tanta nieve allá arriba que seguramente no ha podido llegar.

Sin embargo, hacia el atardecer, cuando terminaban las clases, Pedro casi siempre conseguía bajar y visitaba a Heidi.

Al cabo de algunos días volvió a salir el sol y extendió sus rayos sobre el suelo blanco. No obstante, se ocultaba muy temprano detrás de las montañas, como si le gustara mucho menos contemplar aquel paisaje que en verano, cuando todo reverdecía y florecía. Por la noche, en cambio, apareció la luna, grande y luminosa, y alumbró durante toda la noche las extensas llanuras nevadas. A la mañana siguiente, toda la montaña resplandecía desde la cima hasta el pie y centelleaba como un cristal.

Cuando Pedro quiso saltar por la ventana a la nieve profunda, como había hecho los días anteriores, le ocurrió algo completamente inesperado. Se lanzó hacia fuera, pero, en lugar de hundirse en la blandura acostumbrada, golpeó un suelo sorprendentemente duro, perdió el equilibrio y se deslizó montaña abajo durante un buen trecho, como un trineo que se hubiera escapado solo.

Finalmente logró ponerse de pie, muy asombrado. Empezó a pisotear la nieve con todas sus fuerzas para asegurarse de que lo sucedido era realmente posible. Y así era: por mucho que golpeaba con los talones, apenas conseguía desprender una diminuta astilla de hielo. Toda la montaña estaba helada y dura como una piedra. Aquello le venía muy bien a Pedro: sabía que era justamente lo que hacía falta para que Heidi pudiera volver a subir.

Regresó a toda prisa a la casa, se bebió de un trago la leche que su madre acababa de poner sobre la mesa, se guardó en el bolsillo un pedazo de pan y anunció apresuradamente:

—Tengo que ir a la escuela.

—Sí, ve, y procura aprender bien —respondió su madre, aprobando la decisión.

Pedro salió arrastrándose por la ventana, porque el montón de hielo que se había formado delante de la puerta los mantenía ahora encerrados, tiró de su pequeño trineo, se sentó encima y salió disparado montaña abajo.

Descendía como un rayo. Cuando llegó al pueblecito, al punto donde el camino seguía bajando hacia Maienfeld, Pedro continuó su carrera: le parecía que tendría que hacer un esfuerzo enorme, tanto él como el trineo, para detener de golpe aquella velocidad. Siguió, pues, deslizándose hasta alcanzar el llano, donde el trineo terminó por pararse solo. Entonces se bajó y miró alrededor. La fuerza del descenso lo había llevado bastante más allá de Maienfeld.

Se puso a pensar que, de todos modos, llegaría tarde a la escuela, pues las clases habían empezado hacía rato y tardaría casi una hora en volver a subir. Así que decidió tomarse todo el tiempo necesario para regresar. Y eso fue precisamente lo que hizo: apareció de nuevo en el pueblecito cuando Heidi ya había vuelto de la escuela y se disponía a almorzar con su abuelo.

Pedro entró en la habitación. Como esta vez tenía una noticia especial que comunicar, la llevaba tan presente en la cabeza que tuvo que soltarla nada más llegar.

—Ya la ha agarrado —anunció, quedándose de pie en medio de la habitación.

—¿A quién? ¿A quién, general? ¡Eso suena bastante guerrero! —replicó el abuelo.

—A la nieve —aclaró Pedro.

—¡Oh, oh! ¡Entonces ya puedo subir a ver a la abuela! —exclamó Heidi, que había comprendido inmediatamente aquella manera de expresarse—. Pero ¿por qué no fuiste a la escuela? Podías bajar perfectamente en trineo —añadió de pronto con tono de reproche, pues le parecía muy mal faltar a clase cuando el camino estaba transitable.

—Me fui demasiado lejos con el trineo. Llegué tarde —contestó Pedro.

—A eso se le llama desertar —declaró el abuelo—. Y a los que hacen semejante cosa se los agarra de las orejas, ¿me oyes?

Pedro tiró nerviosamente de su gorra, asustado, porque no había en el mundo nadie a quien respetara tanto como al abuelo de Heidi.

—Y además, un jefe como tú debería sentir doble vergüenza por escaparse de ese modo —prosiguió el abuelo—. Dime una cosa: si un día tus cabras corrieran cada una por su lado, no quisieran seguirte y se negaran a hacer lo que les conviene, ¿qué harías?

—Les pegaría —respondió Pedro, que conocía bien la respuesta.

—Y si un muchacho se comportara como una cabra indisciplinada y recibiera unos buenos golpes, ¿qué dirías entonces?

—Que se lo merece —fue la respuesta.

—Bueno, pues ya lo sabes, coronel de las cabras. Si alguna vez vuelves a pasar de largo por la escuela en tu trineo a la hora en que deberías entrar, ven después a verme y recibirás lo que te corresponde.

Ahora Pedro comprendió por fin el sentido de aquellas palabras y que el muchacho que se escapaba como una cabra rebelde era él mismo. Aquella semejanza lo impresionó tanto que miró con cierta inquietud hacia los rincones, por si encontraba algo parecido a los instrumentos que él solía emplear con las cabras en esas ocasiones.

Pero el abuelo añadió entonces en un tono alentador:

—Ven ahora a la mesa y come con nosotros. Después Heidi podrá ir contigo. Por la tarde la traerás de vuelta; aquí tendrás también tu cena.

A Pedro aquel cambio inesperado le produjo una alegría inmensa. Su cara se contrajo en todas direcciones de puro contento. Obedeció enseguida y se sentó junto a Heidi. Pero la niña ya había comido suficiente y estaba tan feliz de poder ir a ver a la abuela que no lograba tragar ni un bocado más.

Empujó hacia Pedro la gran patata y la porción de queso asado que todavía tenía en su plato. Por el otro lado, el abuelo ya le había servido tanto que los alimentos formaban ante el muchacho una auténtica muralla. Pero a Pedro no le faltó valor para atacarla. Heidi corrió al armario y sacó el abriguito que le había regalado Clara. Ahora podía emprender su viaje bien abrigada, con la capucha sobre la cabeza.

Se colocó al lado de Pedro y, en cuanto este se llevó a la boca el último trozo, le dijo:

—¡Vamos ya!

Y los dos se pusieron en camino. Heidi tenía muchas cosas que contarle sobre Blanquita y Osita. El primer día, en el nuevo establo, ninguna de las dos había querido comer; habían mantenido la cabeza gacha durante toda la jornada y no habían dejado oír ni un solo balido. Ella le había preguntado al abuelo por qué se comportaban así.

Él le explicó que les ocurría lo mismo que le había sucedido a Heidi en Fráncfort, porque las dos cabras nunca habían bajado de la montaña en toda su vida. Heidi añadió:

—¡Deberías saber lo que se siente, Pedro!

Casi habían llegado arriba sin que Pedro pronunciara una sola palabra. Parecía tan absorbido en sus pensamientos que ni siquiera escuchaba como de costumbre. Al llegar a la cabaña, se detuvo y dijo con cierto malhumor:

—Pues prefiero ir a la escuela antes que recibir del abuelo lo que me prometió.

Heidi pensaba lo mismo y lo animó con entusiasmo a cumplir su propósito.

Dentro de la habitación encontraron a la madre de Pedro, que estaba sola remendando ropa. Les explicó que la abuela tenía que permanecer en cama aquellos días porque hacía demasiado frío para ella y, además, no se encontraba bien. Aquello era nuevo para Heidi: la abuela siempre había estado sentada en su rincón de costumbre. La niña corrió enseguida a su pequeña alcoba.

La anciana yacía en su cama estrecha, cubierta con una manta delgada y envuelta por completo en la tela gris.

—¡Alabado y bendito sea Dios! —exclamó en cuanto oyó entrar a Heidi.

Durante todo el otoño había llevado escondido en el corazón un temor que aún la perseguía, especialmente cuando Heidi pasaba algún tiempo sin visitarla. Pedro le había contado que un señor desconocido había llegado de Fráncfort, que subía continuamente al prado y que quería hablar con Heidi. La abuela no podía imaginar otra cosa sino que aquel hombre había venido para llevársela de nuevo.

Aunque después se marchó solo, a ella le volvía una y otra vez el miedo de que algún enviado de Fráncfort apareciera para reclamar a la niña y llevársela otra vez. Heidi se acercó rápidamente a la cama y preguntó, preocupada:

—¿Estás muy enferma, abuela?

—No, no, hija —la tranquilizó la anciana, acariciándola con cariño—. Es solo que el frío me ha calado un poco los huesos.

—¿Entonces te pondrás buena en cuanto vuelva el calor? —insistió Heidi.

—Sí, sí, si Dios quiere, incluso antes, para que pueda volver a mi rueca. Hoy mismo pensé en intentarlo; mañana seguramente podré hacerlo —dijo la abuela con confianza, pues había notado que la niña se había asustado.

Sus palabras tranquilizaron a Heidi, que se había alarmado mucho porque nunca había visto a la abuela enferma en la cama. La observó por un momento con curiosidad y luego dijo:

—En Fráncfort las señoras se ponen un chal para salir a pasear. ¿Acaso creías que había que ponérselo también para acostarse, abuela?

—Verás, Heidi —respondió ella—, me envuelvo con este chal en la cama para no pasar frío. Estoy muy agradecida de tenerlo, porque la manta es un poco delgada.

—Pero, abuela —volvió a decir Heidi—, tienes la cabeza demasiado baja, cuando debería estar más alta. Una cama no debería ser así.

—Ya lo sé, hija, yo también lo noto —contestó la abuela, buscando en su almohada, tan delgada como una tabla, un lugar donde acomodarse mejor—. Mira, esta almohada nunca fue muy gruesa y llevo tantos años durmiendo sobre ella que la he ido aplastando un poco.

—¡Ay, si le hubiera preguntado a Clara en Fráncfort si podía traerme mi cama! —exclamó Heidi—. Allí tenía tres almohadas grandes y gruesas, una sobre otra. Yo no podía dormir así y me iba resbalando cada vez más abajo, hasta donde estaba plano; pero después tenía que volver a subir, porque allí se debía dormir de esa manera. ¿Tú podrías dormir así, abuela?

—Claro que sí. Así se está calentita y se respira mucho mejor cuando uno puede mantener la cabeza bien alta —dijo la abuela, levantándola con un poco de esfuerzo, como si buscara un lugar más elevado—. Pero no hablemos de eso. Tengo tantas cosas que agradecerle a Dios, cosas que otros ancianos y enfermos no tienen... Por ejemplo, el buen panecillo que recibo siempre, este hermoso chal tan caliente y el que tú vengas a verme, Heidi. ¿Me leerás algo otra vez hoy?

Heidi salió corriendo a buscar el viejo libro de himnos. Comenzó a escoger una hermosa canción tras otra, porque ahora ya las conocía bien y también a ella le alegraba volver a escucharlas. Hacía muchos días que no oía los versos que tanto quería.

La abuela permanecía acostada, con las manos juntas. En su rostro, que al principio había parecido tan afligido, se dibujó una sonrisa tan dichosa como si acabara de recibir una alegría inmensa.

De pronto, Heidi dejó de leer.

—Abuela, ¿ya te has puesto buena? —preguntó.

—Ahora me siento bien, Heidi; estas palabras me han hecho mucho bien. ¿Quieres terminar de leerlo?

La niña terminó el himno y, cuando llegó a sus últimos versos, leyó:

«Si mi mirada se oscurece y nubla,

entonces ilumina mi espíritu,

para que alegre cruce al otro lado,

como quien regresa a su hogar».

La abuela los repitió, y volvió a repetirlos una y otra vez. Su rostro mostraba ahora la alegría de quien espera con ansia algo hermoso. Al verla así, Heidi se sintió muy feliz. Recordó el día luminoso en que había regresado a su hogar y exclamó llena de alegría:

—¡Abuela, yo sé lo que se siente cuando uno regresa a su hogar!

La anciana no respondió, pero había escuchado perfectamente aquellas palabras, y su rostro conservó la expresión que tanto había alegrado a Heidi.

Al cabo de un rato, la niña volvió a hablar:

—Está oscureciendo, abuela, tengo que regresar. ¡Pero qué contenta estoy de que ahora te sientas mejor!

La abuela tomó la mano de Heidi entre las suyas y la sostuvo con fuerza. Luego dijo:

—Sí, yo también vuelvo a sentirme muy feliz. Aunque todavía tenga que quedarme en cama, ahora estoy bien. Mira, nadie puede comprenderlo sin haberlo vivido: pasar tantos, tantos días acostada, completamente sola, sin oír una palabra de otra persona y sin poder ver nada, ni siquiera un rayo de sol. Entonces llegan pensamientos tan tristes y pesados que a veces una cree que nunca volverá a amanecer y que ya no podrá seguir adelante.

»Pero cuando vuelvo a escuchar las palabras que me has leído, es como si se encendiera en mi corazón una luz que me permite alegrarme otra vez.

La abuela soltó la mano de la niña. Heidi le dio las buenas noches, volvió a la habitación y se llevó rápidamente a Pedro hacia fuera, pues entretanto ya había caído la noche. Sin embargo, la luna brillaba alta en el cielo e iluminaba la nieve blanca con tal claridad que parecía que el día estuviera a punto de amanecer de nuevo.

Pedro colocó bien su trineo y se sentó en la parte delantera; Heidi se acomodó detrás. Salieron disparados montaña abajo como si fueran dos pájaros que surcaban el aire.

Más tarde, mientras Heidi descansaba en su hermosa y alta cama de heno, detrás de la estufa, volvió a pensar en la abuela y en lo incómoda que tenía la cabeza. Recordó también todas las cosas que le había dicho y aquella luz que las palabras encendían en su corazón. Y pensó: «Si la abuela pudiera oír esas palabras todos los días, cada día se sentiría bien por lo menos un rato». Pero sabía que podía transcurrir una semana entera, o quizá dos, antes de que le permitieran volver a visitarla.

Aquello entristeció tanto a Heidi que empezó a pensar con más y más empeño qué podía hacer para que la abuela escuchara aquellas palabras a diario. De pronto se le ocurrió una solución. Se alegró tanto que le parecía imposible esperar hasta la mañana siguiente para poner en práctica su idea.

De repente, Heidi se incorporó del todo en la cama. ¡De tanto pensar se había olvidado de elevar a Dios su oración de la noche! Y había decidido no olvidarla nunca más.

Entonces rezó de todo corazón por ella misma, por su abuelo y por la abuela. Después volvió a recostarse sobre el heno blando y durmió profundamente, en paz, hasta que llegó la clara luz de la mañana.


HEIDI — Capítulos 16-18

CAPÍTULO 19: EL INVIERNO CONTINÚA

Al día siguiente, Pedro bajó en su trineo y llegó a la escuela exactamente a la hora debida. Llevaba el almuerzo en su morral, porque allí tenían esta costumbre: cuando al mediodía los niños del pueblecito se marchaban a sus casas, los alumnos que vivían muy lejos se sentaban sobre las mesas de la clase, apoyaban firmemente los pies en los bancos y extendían sobre las rodillas la comida que habían traído para almorzar.

Hasta la una podían entretenerse así; después volvían a comenzar las clases. Cuando Pedro pasaba un día entero de aquella manera en la escuela, al terminar se dirigía a la casa del abuelo y visitaba a Heidi.

Aquel día, apenas entró después de clase en la gran habitación del abuelo, Heidi se precipitó hacia él, porque precisamente lo estaba esperando.

—¡Pedro, ya sé una cosa! —exclamó al encontrárselo.

—Dila —respondió él.

—Ahora tienes que aprender a leer —anunció Heidi.

—Ya lo he hecho —contestó Pedro.

—Sí, sí, Pedro, pero no me refiero a eso —replicó Heidi con vehemencia—. Me refiero a aprender de verdad, para que después sepas leer.

—No puedo —observó Pedro.

—Eso ya no te lo cree nadie, y yo tampoco —declaró Heidi con mucha firmeza—. La abuelita de Fráncfort ya sabía que no era verdad, y me dijo que yo no debía creértelo.

Pedro se quedó pasmado ante aquella noticia.

—Yo te enseñaré a leer; sé muy bien cómo hacerlo —prosiguió Heidi—. Esta vez tienes que aprender, y luego tendrás que leerle todos los días a la abuela uno o dos himnos.

—De eso nada —gruñó Pedro.

Aquella resistencia obstinada a algo tan bueno y justo, que Heidi consideraba tan importante, la alteró profundamente. Se plantó frente al muchacho con los ojos centelleantes y le dijo en tono amenazador:

—Pues te contaré lo que sucederá si nunca quieres aprender nada. Tu madre ya ha dicho dos veces que también tendrías que ir a Fráncfort para aprender muchas cosas, y yo sé dónde van allí los muchachos a estudiar. Una vez, cuando salimos de paseo en el carruaje, Clara me mostró una casa terriblemente grande. Pero no van allí solo cuando son niños: siguen yendo incluso cuando ya son señores muy mayores. ¡Lo he visto con mis propios ojos!

»Y no creas que tienen un solo maestro, como nosotros, y tan bueno como el nuestro. Entran en aquel edificio filas enteras de hombres, muchos a la vez, todos vestidos de negro, como si fueran a la iglesia, y llevan en la cabeza sombreros negros altísimos.

Y Heidi indicó con las manos una altura que parecía comenzar en el mismo suelo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Pedro.

—Pues tendrás que entrar allí y sentarte entre todos esos señores —continuó Heidi con entusiasmo—. Y cuando te toque el turno, no sabrás leer y todavía te equivocarás al deletrear. ¡Ya verás cómo se burlan de ti todos ellos! Será mucho peor que con Tinette, y no te imaginas lo que es cuando ella se burla de alguien.

—Está bien, lo haré —dijo Pedro, con voz entre lastimera y enfadada.

Heidi se apaciguó al instante.

—¡Eso está bien! Entonces empecemos ahora mismo —dijo muy contenta.

Acto seguido llevó afanosamente a Pedro hasta la mesa y fue a buscar todo lo necesario.

En el gran paquete que Clara le había enviado había también un librito que le gustaba mucho a Heidi. La noche anterior se le había ocurrido que podría servirle perfectamente para enseñar a Pedro, pues era un abecedario acompañado de pequeños versos.

Los dos se sentaron a la mesa, inclinaron la cabeza sobre el libro y comenzó la lección.

Pedro tuvo que deletrear el primer verso una y otra vez, porque Heidi quería que aprendiera a leer correctamente y con soltura.

Al fin le dijo:

—Todavía no te lo sabes. Voy a leértelo entero para que escuches cómo debe sonar; así, cuando conozcas las palabras, podrás unir mejor las letras.

Y Heidi leyó:

«Si hoy no dominas A, B y C,

mañana ante el tribunal escolar te veré».

—Yo no voy —declaró Pedro obstinadamente.

—¿Adónde? —preguntó Heidi.

—Ante el tribunal —fue su respuesta.

—Pues procura aprenderte esas tres letras y entonces no tendrás que ir —le demostró Heidi.

Pedro empezó de nuevo y repitió con empeño las tres letras una y otra vez, hasta que Heidi le dijo:

—Ahora ya sabes las tres.

Pero, como había notado el efecto que aquel verso había producido en Pedro, quiso preparar un poco el terreno para las clases siguientes.

—Espera, ahora te leeré los demás versos —continuó—. Así verás todas las cosas que podrían suceder.

Y comenzó a leer con voz muy clara y comprensible:

«D, E, F, G has de decir de corrido;

si no, tras ellas vendrá un gran peligro.

Si olvidaste H, I, K,

la desgracia ya está aquí.

Si con L y M aún tartamudeas,

pagarás multa y vergüenza pasarás.

Hay algo que, si lo supieras tú,

aprenderías pronto N, O, P, Q.

Si todavía tropiezas con R, S, T,

después vendrá algo que te hará doler».

Aquí Heidi se detuvo, porque Pedro permanecía tan silencioso como un ratoncillo y quiso observar qué hacía. Todas aquellas amenazas y desgracias misteriosas lo habían impresionado tanto que estaba inmóvil, sin mover un solo miembro, mirando a Heidi con verdadero espanto.

A ella se le ablandó enseguida el corazón, siempre compasivo, y le dijo para tranquilizarlo:

—No tienes que tener miedo, Pedro. Ven todas las tardes a verme y, si aprendes como hoy, al final sabrás todas las letras y no te sucederá nada de eso. Pero tienes que venir todos los días, no como haces con la escuela. Aunque nieve, a ti no te pasa nada por eso.

Pedro prometió hacerlo. La impresión de aquellos versos amenazadores lo había vuelto tan dócil y obediente que ya no protestó. Después emprendió el camino de regreso a su casa.

Pedro siguió puntualmente las instrucciones de Heidi. Cada tarde estudiaban con empeño las letras siguientes y prestaban la debida atención al verso correspondiente.

Con frecuencia, el abuelo también se sentaba en la habitación a escuchar aquellos ejercicios. Fumaba satisfecho su pipa y, de vez en cuando, las comisuras de su boca se movían, como si estuviera a punto de soltar una gran carcajada.

Después de semejante esfuerzo, casi siempre invitaban a Pedro a quedarse a cenar. Aquello lo compensaba sobradamente por el miedo que el verso de la jornada le había hecho pasar.

Así fueron transcurriendo los días de invierno. Pedro acudía con regularidad y verdaderamente progresaba en el conocimiento de las letras.

Sin embargo, cada día tenía que luchar con los versos. Ya habían llegado a la U. Cuando Heidi leyó:

«Quien aún confunde la U con la V

irá a un lugar al que no quiere ir»,

Pedro refunfuñó:

—¡Sí, claro, como si fuera a ir!

Aun así, se aplicó con mucho empeño, como si temiera que alguien pudiera agarrarlo a escondidas por el cuello y llevarlo precisamente a aquel lugar al que no quería ir.

A la tarde siguiente, Heidi leyó:

«Si la W no has llegado a conocer,

mira la vara colgada en la pared».

Pedro miró hacia la pared y dijo con sorna:

—No hay ninguna.

—Sí, sí, pero ¿sabes lo que guarda el abuelo en el armario? —preguntó Heidi—. Un bastón casi tan grueso como mi brazo. Si lo sacara, bien podríamos decir: «¡Mira el bastón colgado en la pared!».

Pedro conocía aquel grueso palo de avellano. Inmediatamente se inclinó sobre su W y se esforzó por aprendérsela.

Al día siguiente le tocó el turno a otro verso:

«Si todavía quieres olvidar la X,

hoy te quedarás sin nada que comer».

Pedro echó una mirada inquisitiva hacia el armario donde se guardaban el pan y el queso, y dijo malhumorado:

—¡Pero si yo no he dicho que quiera olvidar la X!

—Me alegro de que no quieras olvidarla. Entonces podemos aprender otra más ahora mismo —propuso Heidi—. Así mañana solo te quedará una letra.

Pedro no estaba de acuerdo, pero Heidi ya había empezado a leer:

«Si ante la Y te quedas sin avanzar,

con burlas y desprecios te dejarán marchar».

Enseguida aparecieron ante los ojos de Pedro todos aquellos señores de Fráncfort, con sus altos sombreros negros y sus rostros llenos de burla y desprecio. Se lanzó inmediatamente sobre la letra Y y no la dejó en paz hasta conocerla tan bien que podía cerrar los ojos y seguir viendo su forma.

Al día siguiente, Pedro llegó a casa de Heidi con una actitud bastante altiva, porque solo quedaba una letra por aprender. Pero Heidi le leyó enseguida el verso:

«Si en la Z aún te detienes vacilante,

¡con los hotentotes[1] tendrás que marcharte!».

---

(1) **Nota editorial:** «Hotentotes» es una denominación histórica utilizada en Europa para referirse a los pueblos khoikhoi del sur de África. Actualmente se considera despectiva. Se conserva aquí porque forma parte del texto original de Johanna Spyri y permite comprender las referencias culturales de la época.

Pedro respondió burlonamente:

—¡Sí, claro! ¡Como si alguien supiera dónde están!

Por supuesto que el abuelo lo sabe, Pedro —le aseguró Heidi—. Espera, iré a preguntarle enseguida dónde están. Está aquí al lado, en casa del señor párroco.

Heidi ya se había levantado y se dirigía hacia la puerta cuando Pedro gritó, presa de un miedo terrible:

—¡Espera!

En su imaginación veía al abuelo llegar acompañado del párroco; los dos lo agarraban y lo enviaban directamente con los hotentotes, pues en realidad había vuelto a olvidar cómo se llamaba la letra Z. Su grito de angustia hizo que Heidi se detuviera.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, sorprendida.

—¡Nada! ¡Vuelve! ¡Quiero aprender! —consiguió decir Pedro entrecortadamente.

Pero a Heidi también le había entrado curiosidad por saber dónde vivían los hotentotes y estaba decidida a preguntárselo a su abuelo. Pedro la llamó a gritos con tanta desesperación que finalmente cedió y regresó. A cambio, él tuvo que trabajar de veras.

Pedro repitió la Z tantas veces que aquella letra debió de quedársele grabada para siempre en la memoria. Después, Heidi comenzó inmediatamente a enseñarle a unir las sílabas. Aquella tarde Pedro aprendió tanto que dio un gran salto hacia adelante. Y así continuaron día tras día.

La nieve había vuelto a ablandarse, y nuevamente nevaba un día sí y otro no. Por eso Heidi pasó unas tres semanas enteras sin poder subir a ver a la abuela. Con mayor empeño todavía se dedicó a enseñar a Pedro, para que él pudiera sustituirla en la lectura de los himnos.

Una tarde, Pedro regresó de casa de Heidi, entró en la habitación de su madre y anunció:

—¡Ya puedo!

—¿Qué puedes hacer, Pedrito? —preguntó ella expectante.

—Leer —respondió.

—¡Pero ¿cómo es posible?! ¿Lo has oído, abuela? —exclamó Brígida.

La abuela lo había oído, y también se preguntaba muy sorprendida cómo habría podido suceder aquello.

—Ahora tengo que leer un himno. Heidi lo ha dicho —informó Pedro.

Su madre bajó rápidamente el libro y la abuela se alegró muchísimo, porque hacía mucho tiempo que no escuchaba aquellas buenas palabras. Pedro se sentó a la mesa y comenzó a leer. Su madre permaneció a su lado escuchándolo atentamente y, después de cada estrofa, no podía dejar de repetir con admiración:

—¡Quién lo hubiera imaginado!

También la abuela siguió con gran atención una estrofa tras otra, pero no dijo nada.

Al día siguiente de aquel acontecimiento, ocurrió que en la clase de Pedro hicieron un ejercicio de lectura. Cuando llegó su turno, el maestro le dijo:

—Pedro, ¿tendremos que saltarte otra vez, como siempre, o acaso querrás probar de nuevo...? No voy a decir que leas, sino que intentes balbucear unas palabras de un renglón.

Pedro comenzó y leyó tres renglones seguidos, sin detenerse.

El maestro dejó su libro a un lado. Miró a Pedro con asombro silencioso, como si nunca hubiera visto nada semejante. Al fin dijo:

—¡Pedro, contigo ha ocurrido un milagro! Durante todo el tiempo que trabajé contigo con una paciencia indescriptible, no fuiste capaz ni siquiera de aprender a deletrear correctamente. Y ahora que, aunque de mala gana, había renunciado a seguir enseñándote porque lo consideraba inútil, apareces aquí sabiendo no solo deletrear, sino leer de manera aceptable y hasta con claridad. ¿De dónde pueden venir semejantes milagros en nuestros tiempos, Pedro?

—De Heidi —respondió el muchacho.

El maestro dirigió una mirada de profundo asombro hacia Heidi, que estaba sentada tranquilamente en su banco y no parecía tener nada de extraordinario. Luego continuó:

—También he observado otro cambio en ti, Pedro. Antes faltabas a la escuela muchas veces durante una semana entera y hasta durante varias semanas seguidas. En cambio, últimamente no has faltado ni un solo día. ¿De dónde puede venir una transformación tan buena?

—Del abuelo —respondió Pedro.

Cada vez más sorprendido, el maestro miró a Pedro, después a Heidi y luego otra vez a Pedro.

—Volvamos a intentarlo —dijo finalmente, con prudencia.

Pedro tuvo que demostrar sus conocimientos leyendo otros tres renglones. No había ninguna duda: había aprendido a leer.

En cuanto terminaron las clases, el maestro se apresuró a ir a casa del párroco para contarle lo ocurrido y explicarle de qué manera tan beneficiosa estaban influyendo el abuelo y Heidi en la comunidad.

Desde entonces, Pedro leyó un himno en su casa todas las noches. Hasta ese punto obedecía a Heidi, pero no más: nunca se atrevía a leer un segundo. La abuela, por su parte, tampoco se lo pedía.

Brígida seguía maravillándose a diario de que su hijo hubiera alcanzado aquella meta. Muchas tardes, una vez terminada la lectura y cuando Pedro ya estaba acostado, le decía otra vez a la abuela:

—No hay manera de alegrarse lo suficiente de que Pedrito haya aprendido a leer tan bien. ¡Quién sabe lo que llegará a ser ahora!

Una noche, la abuela respondió:

—Sí, es muy bueno para él haber aprendido algo. Pero, de todos modos, me sentiré muy feliz cuando Dios quiera enviarnos pronto la primavera, para que Heidi pueda volver a subir. Parece como si ella leyera unos himnos completamente distintos. Cuando Pedro lee, muchas veces falta algo en los versos y tengo

que buscarlo con el pensamiento; entonces pierdo el hilo y las palabras no llegan a mi corazón como cuando me las lee Heidi.

Y eso ocurría porque Pedro se tomaba algunas libertades durante la lectura para no incomodarse demasiado. Si encontraba una palabra muy larga o que parecía especialmente difícil, prefería saltársela por completo. Pensaba que a la abuela le daría igual perder tres o cuatro palabras de una estrofa, pues después vendrían muchas otras. Así sucedía que, en los himnos que Pedro leía, casi habían desaparecido todos los sustantivos.

CAPÍTULO 20: LOS AMIGOS LEJANOS SE PONEN EN MOVIMIENTO

Había llegado mayo. Desde todas las alturas, los arroyos de primavera bajaban crecidos hacia el valle. Un sol cálido y luminoso bañaba los pastos de la montaña. La hierba había vuelto a reverdecer; la última nieve se había derretido y, despertadas por los rayos que las invitaban a salir, las primeras florecillas asomaban ya sus ojos brillantes entre la hierba fresca.

Allá arriba, el alegre viento primaveral susurraba entre los abetos y sacudía sus agujas viejas y oscuras para dejar aparecer las nuevas, de color verde claro, que adornaban espléndidamente los árboles. En lo alto, la gran ave de rapiña volvía a extender sus alas por el aire azul, mientras alrededor de la cabaña la dorada luz del sol calentaba la tierra y secaba los últimos lugares húmedos, de modo que otra vez era posible sentarse donde a uno le apeteciera.

Heidi había regresado a la montaña. Saltaba de un lado a otro, sin saber qué lugar le parecía más hermoso. Primero se detenía a escuchar el viento, que descendía desde los peñascos con un rumor profundo y misterioso, cada vez más cercano y poderoso, hasta lanzarse entre los abetos, agitarlos y sacudirlos con tal fuerza que parecía lanzar gritos de júbilo. Heidi también tenía que gritar de alegría mientras el viento la zarandeaba como a una hojita.

Después volvía corriendo al rincón soleado frente a la cabaña, se sentaba en el suelo y observaba la hierba corta para descubrir cuántos pequeños cálices de flores estaban a punto de abrirse y cuántos ya se habían abierto.

Allí también saltaban, se arrastraban y bailaban al sol tantos alegres mosquitos y pequeños escarabajos que parecía que estuvieran celebrando una fiesta. Heidi se alegraba con ellos y aspiraba profundamente el perfume de la primavera que brotaba de la tierra recién despierta. Le parecía que la montaña nunca había estado tan hermosa. Los millares de animalillos debían de sentirse tan felices como ella, porque parecía que todos zumbaran y cantaran juntos, con voces jubilosas:

—¡En la montaña! ¡En la montaña! ¡En la montaña!

Desde el cobertizo detrás de la cabaña llegaban de cuando en cuando los golpes del martillo y el ruido de una sierra trabajando con empeño. Heidi también se paraba a escucharlos, pues eran sonidos familiares de su hogar, que conocía muy bien y que habían formado parte de su vida en la montaña desde el principio. Finalmente tuvo que ponerse de pie y correr hacia allí, porque quería saber qué hacía el abuelo. Delante de la puerta del cobertizo había una hermosa silla nueva completamente terminada, y el abuelo trabajaba hábilmente en una segunda.

—¡Ah, ya sé para qué son! —exclamó Heidi, llena de alegría—. Hacen falta para cuando lleguen de Fráncfort. Esa es para la abuelita y la que estás haciendo ahora es para Clara. Y entonces... entonces hará falta otra —continuó con vacilación—. O ¿tú crees, abuelo, que la señorita Rottenmeier no vendrá también?

—Eso no puedo saberlo —respondió el abuelo—, pero será más prudente tener una silla preparada para poder invitarla a sentarse si viene.

Heidi contempló pensativa las pequeñas sillas de madera, que no tenían respaldo, y se quedó imaginando cómo se vería la señorita Rottenmeier sentada en una de ellas. Al cabo de un rato dijo, moviendo la cabeza con preocupación:

—Abuelo, me parece que no se sentará allí.

—Entonces la invitaremos a sentarse en el sofá tapizado con esa hermosa hierba verde —respondió tranquilamente el abuelo.

Heidi todavía intentaba averiguar dónde estaría aquel hermoso sofá tapizado de césped cuando se oyeron de pronto, desde lo alto, silbidos, gritos y el chasquido de una vara agitada en el aire. Comprendió inmediatamente lo que sucedía. Salió disparada y al instante quedó rodeada por las cabras que bajaban dando brincos.

También las cabras debían sentirse tan felices como Heidi de encontrarse otra vez en la montaña, porque saltaban más alto y balaban con más entusiasmo que nunca. Empujaban a la niña de un lado a otro, pues cada una quería acercarse primero y demostrarle su alegría. Pero Pedro las apartó a empellones, unas a la derecha y otras a la izquierda: traía un mensaje para Heidi. Cuando consiguió llegar hasta ella, le tendió una carta.

—Toma —dijo, dejando que la propia Heidi averiguara todo lo demás.

La niña se quedó muy sorprendida.

—¿Has recibido una carta para mí en el prado? —preguntó, maravillada.

—No —respondió Pedro.

—Entonces ¿de dónde la has sacado, Pedro?

—Del morral del pan.

Y era verdad. La tarde anterior, el encargado del correo del pueblecito le había entregado una carta dirigida a Heidi. Pedro la había metido en su morral vacío. Por la mañana puso encima su queso y su pedazo de pan y salió de casa. Había visto al abuelo y a Heidi cuando fue a recoger sus cabras; sin embargo, solo al mediodía, después de terminar de comer el pan y el queso, cuando buscaba las últimas migajas dentro del morral, había vuelto a encontrarse la carta entre las manos.

Heidi leyó atentamente la dirección del sobre y luego regresó de un salto al cobertizo para mostrárselo al abuelo, rebosante de alegría.

—¡Es de Fráncfort! ¡De Clara! ¿Quieres que te la lea ahora mismo, abuelo?

Por supuesto que el abuelo quería escucharla. Pedro, que había seguido a Heidi, también se dispuso a oírla. Apoyó firmemente la espalda contra el poste de la puerta, pues así le resultaría más fácil seguir la rápida lectura de Heidi. La niña comenzó:

«Querida Heidi:

»Ya lo tenemos todo empaquetado, y dentro de dos o tres días pensamos salir de viaje, en cuanto papá también se marche. Pero él no vendrá con nosotras, porque antes tiene que viajar a París. El doctor viene

todos los días, y ya desde la puerta nos grita: "¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la montaña!". No puede esperar a que nos marchemos.

»¡Si supieras cuánto le gustó estar allí! Durante todo el invierno ha venido a vernos casi todos los días. Siempre decía que venía a visitarme porque tenía que contarme otra vez sus experiencias. Entonces se sentaba junto a mí y me hablaba de todos los días que pasó contigo y con tu abuelo en la montaña, de las cumbres, las flores, el silencio que reina allá arriba por encima de todos los pueblos y caminos, y del aire fresco y maravilloso. Muchas veces decía: "Allá arriba todos tendrían que recobrar la salud". Él mismo ha cambiado mucho respecto a cómo estaba hace algún tiempo: ahora vuelve a parecer joven y alegre.

»¡Cuánto deseo verlo todo, estar contigo en la montaña y conocer también a Pedro y a las cabras! Primero debo seguir en Ragaz una cura de unas seis semanas; así lo ha dispuesto el doctor. Después viviremos en el pueblecito, y los días de buen tiempo me subirán en mi silla hasta la montaña para que pase el día contigo. La abuelita vendrá y se quedará conmigo. También está deseando subir a verte.

»Pero imagínate: la señorita Rottenmeier no quiere acompañarnos. Casi todos los días la abuelita le dice alguna vez: "¿Y qué hay de su viaje a Suiza, estimada Rottenmeier? No tenga reparos en venir si le apetece". Pero ella siempre responde con una cortesía tremenda y dice que no quisiera ser indiscreta.

»Yo sé muy bien lo que piensa. Sebastián hizo una descripción espantosa de la montaña cuando regresó de acompañarte a casa. Contó que desde arriba sobresalen rocas terribles y que por todas partes se puede caer en grietas y precipicios; que el camino es tan empinado que a cada paso uno teme rodar hacia atrás, y que tal vez las cabras puedan trepar por allí, pero que ningún ser humano lo consigue sin poner en peligro su vida.

»A la señorita Rottenmeier le entraron escalofríos al oírlo y, desde entonces, ya no habla con entusiasmo de viajar a Suiza, como hacía antes. El miedo también se ha apoderado de Tinette, que tampoco quiere venir. De modo que iremos solas, la abuelita y yo; únicamente Sebastián deberá acompañarnos hasta Ragaz y después podrá regresar a casa.

»Casi no puedo soportar la espera hasta que llegue el día de reunirme contigo.

»Adiós, querida Heidi. La abuelita te manda mil saludos.

»Tu fiel amiga,

Clara».

En cuanto Pedro escuchó las últimas palabras, se apartó bruscamente del poste de la puerta y comenzó a repartir golpes con su vara, a derecha e izquierda, con tanta furia y sin consideración alguna que todas las cabras huyeron aterrorizadas montaña abajo, dando saltos desmesurados como pocas veces los habían dado. Pedro se lanzó detrás de ellas y siguió descargando varazos contra el aire, como si quisiera desahogar sobre un enemigo invisible una cólera extraordinaria.

Aquel enemigo era la perspectiva de que llegaran los visitantes de Fráncfort: eso era lo que había enfurecido tanto a Pedro.

Heidi, por el contrario, estaba tan llena de felicidad y alegría que decidió visitar sin falta a la abuela al día siguiente para contarle todo: quiénes vendrían de Fráncfort y, sobre todo, quiénes no vendrían. Aquellas

noticias tenían que ser de enorme importancia para la anciana, que conocía tan bien a todas esas personas y participaba siempre con el más profundo interés en todo cuanto ocurría en la vida de Heidi.

La niña salió temprano la tarde siguiente. Ahora podía volver a hacer sola sus visitas: el sol brillaba otra vez con fuerza y permanecía muchas horas en el cielo. Correr cuesta abajo por el terreno seco era una delicia, mientras el alegre viento de mayo soplaba tras ella y la empujaba para que bajara todavía más deprisa. La abuela ya no estaba acostada; había vuelto a sentarse en su rincón y se encontraba hilando.

No obstante, su rostro reflejaba preocupaciones muy graves. Así estaba desde la noche anterior, y aquellos pensamientos la habían perseguido toda la noche sin dejarla dormir. Pedro había regresado a casa dominado por una cólera inmensa y, de sus exclamaciones entrecortadas, ella había deducido que un grupo de personas procedentes de Fráncfort subiría hasta la cabaña.

Pedro no sabía qué ocurriría después; pero la abuela no había podido dejar de imaginarlo, y precisamente aquellas ideas la asustaban y le habían robado el sueño.

En ese momento entró Heidi de un salto y corrió directamente hacia la abuela. Se sentó en su taburete, que siempre la esperaba en el mismo sitio, y comenzó a contarle con tanto entusiasmo todo cuanto sabía que su alegría iba creciendo a medida que hablaba. Sin embargo, de repente se interrumpió a mitad de una frase y preguntó inquieta:

—¿Qué te pasa, abuela? ¿No te alegra nada de todo esto?

—Sí, sí, Heidi, claro que me alegra por ti, porque sé que te hace muy feliz —respondió la anciana, esforzándose por mostrar una expresión más alegre.

—Pero, abuela, veo perfectamente que tienes miedo. ¿Crees que quizá venga también la señorita Rottenmeier? —preguntó Heidi, sintiendo ella misma un poco de temor.

—No, no. ¡No pasa nada, no pasa nada! —la tranquilizó la abuela—. Dame un momento tu mano, Heidi, para sentir bien que todavía estás aquí. Sin duda será lo mejor para ti, aunque yo apenas pueda soportarlo.

—¡Yo no quiero nada que sea lo mejor para mí si tú apenas puedes soportarlo, abuela! —declaró Heidi con tanta firmeza que a la anciana le surgió inmediatamente una nueva preocupación.

La abuela no podía sino pensar que aquellos visitantes de Fráncfort venían a buscar a Heidi para llevársela de nuevo. Como la niña ya estaba sana, era natural que desearan tenerla otra vez con ellos. Ese era el gran temor de la anciana. Pero ahora comprendió que no debía dejar que Heidi lo notara. La niña era tan compasiva con ella que podría resistirse a marcharse, y eso no debía suceder. La abuela buscó alguna ayuda y no tardó en encontrarla, pues solo conocía una.

—Sé una cosa, Heidi —dijo—, que me hace bien y me devuelve los buenos pensamientos. Léeme ese himno que empieza diciendo: «Dios lo dispondrá».

Heidi conocía tan bien el viejo libro de himnos que encontró inmediatamente lo que la abuela le había pedido y leyó con voz clara:

«Dios lo dispondrá,

y todo sucederá

como sea para nuestro bien.

Deja que crezcan las olas,

que se alcen una y otra vez;

¡piensa cuán segura puedes estar!».

—Sí, sí, eso era exactamente lo que necesitaba oír —dijo la abuela, aliviada, mientras la preocupación desaparecía de su rostro.

Heidi la contempló pensativamente y luego preguntó:

—¿Verdad, abuela, que «para nuestro bien» quiere decir que todo se cura y que uno vuelve a sentirse completamente bien?

—Sí, sí, así debe de ser —asintió la abuela—. Y como Dios quiere disponer las cosas de ese modo, podemos estar seguras de ello, ocurra lo que ocurra. Vuelve a leerlo, Heidi, para que lo recordemos bien y no se nos olvide.

Heidi leyó otra vez la estrofa y luego unas cuantas veces más, porque también a ella le gustaba mucho aquella certeza.

Cuando llegó la tarde y Heidi emprendió el camino de regreso montaña arriba, empezaron a aparecer sobre su cabeza las estrellas, una tras otra, centelleando y enviándole su luz. Parecía que cada una quisiera despertar de nuevo una gran alegría en su corazón. A cada momento Heidi tenía que detenerse y levantar la mirada. Al ver cómo todas las estrellas brillaban a su alrededor con una alegría cada vez más luminosa, no pudo evitar exclamar en voz alta:

—¡Sí, ahora lo sé! Como Dios sabe perfectamente qué es lo mejor para nosotros, ¡podemos estar tan contentos y sentirnos tan seguros!

Todas las estrellitas siguieron reluciendo, brillando y guiñándole sus ojos a Heidi hasta que llegó a la cabaña. Allí estaba el abuelo, que también miraba hacia el cielo, pues hacía mucho tiempo que las estrellas no lucían con tanto esplendor.

No solo las noches, sino también los días de aquel mes de mayo fueron más claros y luminosos que en muchos años. A menudo, el abuelo miraba asombrado por la mañana cómo el sol volvía a elevarse sobre un cielo sin nubes con la misma magnificencia con que se había ocultado la tarde anterior, y repetía:

—¡Este es un año de sol extraordinario! Las hierbas tendrán una fuerza especial. ¡Ten cuidado, jefe, no sea que tus saltarinas se vuelvan demasiado atrevidas con semejante alimento!

Entonces Pedro levantaba con gran decisión su vara en el aire, y en su rostro podía leerse claramente la respuesta: «¡Yo ya sabré cómo arreglármelas con ellas!».

Así transcurrió el verde mayo y llegó junio con un sol aún más cálido y unos días tan largos y luminosos que hicieron florecer todas las plantas de la montaña. Por todas partes las flores brillaban y resplandecían, mientras su dulce perfume llenaba el aire hasta muy lejos. Ya casi terminaba también aquel mes cuando, una mañana, Heidi salió dando saltos de la cabaña, donde había terminado sus tareas matinales.

Quería acercarse rápidamente hasta los abetos y luego subir un poco más para comprobar si se había abierto entero aquel enorme macizo de centaureas rojas, cuyas florecillas eran de una belleza encantadora bajo la luz transparente del sol. Pero, justo cuando se disponía a dar la vuelta a la cabaña, lanzó de pronto un grito tan fuerte que el abuelo salió del cobertizo, pues aquello era poco habitual.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —gritó la niña, fuera de sí—. ¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Mira! ¡Mira!

El abuelo acudió al llamado y siguió con la vista el brazo extendido de la niña, que señalaba algo con gran agitación.

Subía por la montaña una extraña comitiva como nunca se había visto por aquellos lugares. Delante caminaban dos hombres que transportaban una silla abierta de viaje, en la que iba sentada una jovencita envuelta en numerosos chales. Detrás avanzaba un caballo montado por una señora distinguida, que observaba vivamente cuanto había a su alrededor y conversaba con entusiasmo con el joven guía que caminaba a su lado.

Más atrás venía una silla de ruedas vacía, empujada por otro muchacho, pues para transportar con seguridad a la joven enferma por aquella pendiente tan empinada habían preferido llevarla en la silla de mano. Cerraba la comitiva un porteador que había amontonado sobre una estructura de carga tantos cobertores, chales y pieles que la montaña de bultos sobresalía mucho por encima de su cabeza.

—¡Son ellas! ¡Son ellas! —gritó Heidi, saltando muy alto de alegría.

Y realmente eran ellas. Cada vez estaban más cerca, hasta que finalmente llegaron. Los porteadores depositaron la silla en el suelo; Heidi corrió hacia Clara y las dos niñas se saludaron con una alegría inmensa. La abuelita también había llegado y bajó del caballo. Heidi fue corriendo a abrazarla y recibió una bienvenida llena de ternura.

Luego la abuelita se volvió hacia el abuelo de Heidi, que se había acercado para recibirla. No hubo la menor rigidez en su saludo: se conocían tan bien, y cada uno conocía tan bien al otro, como si llevaran mucho tiempo tratándose.

Después de las primeras palabras de bienvenida, la abuelita exclamó con gran vivacidad:

—¡Mi querido amigo, qué residencia tan señorial tiene usted! ¡Quién lo hubiera imaginado! ¡Más de un rey podría envidiársela! ¡Y qué aspecto tiene mi Heidi! ¡Parece una rosa recién florecida! —continuó, atrayendo hacia sí a la niña y acariciándole las mejillas frescas—. ¡Qué maravilla hay por todas partes! ¿Qué me dices, Clarita, hija mía? ¡Qué me dices!

Clara contemplaba todo a su alrededor completamente embelesada. Nunca en su vida había conocido ni imaginado nada semejante.

—¡Oh, qué hermoso es todo! ¡Qué hermoso! —exclamaba una y otra vez—. No me lo había imaginado así. ¡Oh, abuelita, aquí me gustaría quedarme!

Mientras tanto, el abuelo había acercado la silla de ruedas y había tomado algunos chales de la carga para colocar con ellos unos almohadones blandos. Luego se acercó a la silla de mano.

—Si sentamos ahora a la señorita en su silla habitual, estará más cómoda, porque esta silla de viaje es un poco dura —dijo.

Pero no esperó a que nadie se ofreciera a ayudar. Con sus fuertes brazos levantó delicadamente a Clara de la silla de paja y la instaló con el mayor cuidado sobre el asiento mullido.

Después le acomodó las telas sobre las rodillas y apoyó sus pies sobre los cojines con tanta delicadeza que cualquiera habría pensado que el abuelo había pasado toda su vida cuidando a personas con dificultades para mover sus miembros. La abuelita lo observó con el mayor asombro.

—¡Mi querido amigo! —exclamó—. Si yo supiera dónde aprendió usted a cuidar enfermos, enviaría allí hoy mismo a todas las cuidadoras que conozco para que aprendieran a hacer lo mismo. ¿Cómo es posible semejante habilidad?

El abuelo sonrió ligeramente.

—Se aprende más practicando que estudiando —respondió.

Pero, a pesar de su sonrisa, había un dejo de tristeza en su rostro. Ante sus ojos había surgido, desde un pasado lejano, el semblante dolorido de un hombre que permanecía sentado, acomodado en una silla de manera parecida, tan gravemente herido que apenas podía mover ninguno de sus miembros.

Era su capitán. Después de una encarnizada batalla en Sicilia, el abuelo lo había encontrado tendido en el suelo y lo había llevado a un lugar seguro. Desde entonces el herido no permitió que nadie más lo cuidara y no quiso separarse de él hasta que terminaron sus grandes sufrimientos. El abuelo volvió a ver ante sí a su antiguo enfermo. Sentía que ahora le correspondía cuidar de Clara y prestarle todos aquellos servicios que alivian el dolor y que él conocía tan bien.

El cielo, de un azul intenso y sin una sola nube, se extendía sobre la cabaña, los abetos y los altos peñascos que se elevaban a lo lejos con destellos grises. Clara no podía dejar de mirar alrededor, fascinada por cuanto veía.

—¡Oh, Heidi, si pudiera pasear contigo alrededor de la cabaña y entre los abetos! —exclamó, llena de nostalgia—. ¡Si pudiera contemplar contigo todo eso que conozco desde hace tanto tiempo y que nunca había visto!

Heidi hizo un gran esfuerzo y, en efecto, consiguió empujar la silla. Rodó sin dificultad sobre la hierba seca hasta llegar debajo de los abetos, donde las niñas se detuvieron. Clara jamás había contemplado unos árboles semejantes: eran abetos altísimos y antiquísimos, cuyas ramas largas y anchas descendían hasta el suelo, haciéndose cada vez mayores y más gruesas. También la abuelita, que había seguido a las niñas, se quedó profundamente admirada.

No sabía qué era lo más hermoso de aquellos árboles centenarios: si las copas frondosas que susurraban en lo alto contra el cielo azul o los troncos rectos y firmes como columnas, cuyas ramas enormes hablaban de tantos y tantos años como llevaban allí arriba, contemplando el valle donde las personas aparecían y desaparecían y todo cambiaba sin cesar, mientras los árboles seguían siendo los mismos.

Entretanto, Heidi había empujado la silla de Clara hasta el establo y había abierto de par en par su pequeña puerta para que pudiera verlo todo. Claro que en aquel momento había muy poco que ver, puesto que sus habitantes no estaban en casa. Clara se volvió hacia la abuelita y exclamó con verdadera pena:

—¡Oh, abuelita, si pudiera esperar hasta que regresaran Blanquita y Osita, todas las demás cabras y Pedro! No voy a poder verlos si tenemos que irnos siempre tan temprano como dijiste. ¡Qué lástima!

—Querida niña, disfrutemos ahora de todas las cosas hermosas que tenemos delante y no pensemos en las que todavía nos faltan —la corrigió suavemente la abuelita, siguiendo la silla que Heidi ya volvía a empujar.

—¡Oh, las flores! —volvió a gritar Clara—. ¡Matorrales enteros de florecillas rojas tan delicadas y todas esas campanillas azules que inclinan la cabeza! ¡Si pudiera bajar a recogerlas!

Heidi salió corriendo inmediatamente y regresó con un gran ramo.

—Pero esto no es nada, Clara —dijo, depositando las flores sobre sus rodillas—. ¡Cuando vengas con nosotros allá arriba, al prado, entonces sí que verás algo! Hay muchísimos macizos juntos de aquellas flores rojas, y muchísimas más campanillas azules que aquí, y miles de flores amarillas tan brillantes que parecen pedazos de oro resplandeciendo en el suelo.

»Y están también las de hojas grandes, que el abuelo llama ojos de sol. Y otras pardas, ¿sabes?, con las cabecitas redondas, que huelen tan bien. ¡Allí es todo tan hermoso! Cuando uno se sienta, ya no quiere volver a levantarse, ¡de tan hermoso que es!

Los ojos de Heidi brillaban de deseo por volver a contemplar todo aquello que describía. Clara se contagió de su entusiasmo y sus suaves ojos azules reflejaron intensamente el ardiente anhelo de su amiga.

—¡Oh, abuelita, podré llegar hasta allí? ¿Crees que conseguiré subir tan alto? —preguntó con ansia—. ¡Oh, si al menos pudiera caminar, Heidi, y recorrer contigo toda la montaña, de un lugar a otro!

—Yo te empujaré —la tranquilizó Heidi.

Y para demostrarle lo fácil que era, tomó impulso y salió tan deprisa alrededor de una esquina que la silla estuvo a punto de salir disparada cuesta abajo. Afortunadamente, el abuelo se hallaba cerca y consiguió detenerla justo a tiempo.

Mientras los visitantes admiraban los abetos, el abuelo no había estado ocioso. Junto al banco de delante de la cabaña se encontraban ahora la mesa y las sillas necesarias, y todo estaba dispuesto para servir allí un buen almuerzo, que todavía humeaba dentro de la cabaña en la olla y se doraba en un gran tenedor sobre las brasas. El abuelo tardó muy poco en llevarlo todo a la mesa y pronto se hallaban todos sentados comiendo alegremente.

La abuelita estaba encantada con aquel comedor, desde el cual se podía contemplar el valle muy abajo, las montañas lejanas y el inmenso cielo azul. Una brisa suave refrescaba agradablemente a los comensales y susurraba entre los abetos con tanta dulzura que parecía una música de mesa encargada especialmente para la fiesta.

—¡Nunca me había ocurrido nada semejante! ¡Esto es una verdadera maravilla! —exclamaba una y otra vez la abuelita.

De pronto añadió con enorme admiración:

—Pero ¿qué veo? ¡Me parece que ya estás comiendo tu segunda porción de queso asado, Clarita!

Y era cierto: sobre la rebanada de pan de Clara brillaba una segunda porción dorada.

—¡Oh, es tan rico, abuelita! Mucho mejor que todos los platos que nos sirven en Ragaz —aseguró Clara, dando un gran mordisco a aquella comida sabrosa.

—¡Adelante, adelante! —dijo satisfecho el abuelo—. Es el viento de nuestra montaña, que abre el apetito cuando la cocina no consigue hacerlo.

Así continuó la alegre comida. La abuelita y el abuelo se entendían admirablemente, y su conversación se volvía cada vez más animada. Coincidían tan bien en sus opiniones sobre las personas, las cosas y la marcha del mundo que parecían amigos desde hacía muchos años. Transcurrió así un buen rato, hasta que de pronto la abuelita miró hacia el sol, que ya comenzaba a bajar, y dijo:

—Pronto tendremos que prepararnos, Clarita. El sol ya está bastante avanzado y no tardarán en regresar los hombres con el caballo y la silla.

El rostro de Clara, que hasta aquel momento había estado tan alegre, se entristeció de repente. Suplicó con insistencia:

—¡Oh, solo una hora más, abuelita, o dos! Ni siquiera hemos visto por dentro la cabaña, ni la cama de Heidi, ni cómo está todo arreglado. ¡Ojalá el día tuviera diez horas más!

—Eso no es posible —respondió la abuelita, aunque también tenía muchas ganas de conocer la cabaña.

Así que todos se levantaron enseguida de la mesa y el abuelo condujo la silla hacia la puerta con mano firme. Sin embargo, allí tuvieron que detenerse: la silla era demasiado ancha para atravesar la entrada. El abuelo no se lo pensó dos veces. Levantó a Clara y la llevó en sus brazos seguros al interior de la cabaña.

La abuelita recorrió la habitación de un lado a otro, examinando cuidadosamente cuanto había en ella, y se divirtió muchísimo al ver aquel hogar tan bonito, limpio y bien ordenado.

—Esa debe de ser tu cama, allí arriba, ¿verdad, Heidi? —preguntó.

Y sin mostrar el menor temor subió de inmediato por la escalerilla hasta el altillo del heno.

—¡Oh, qué bien huele! ¡Este dormitorio tiene que ser muy saludable!

La abuelita se acercó a la abertura y miró a través de ella. Enseguida subió también el abuelo, con Clara en brazos, y detrás de él apareció Heidi dando saltitos.

Todos rodearon la hermosa cama de heno, preparada con tanto cuidado para Heidi. La abuelita la contempló pensativa y aspiró varias veces, con evidente placer, el aroma penetrante del heno fresco. Clara estaba completamente fascinada por aquel lugar donde dormía su amiga.

—¡Oh, Heidi, qué divertido lo tienes todo! Desde la cama puedes mirar directamente al cielo, te rodea este perfume tan agradable y escuchas el rumor de los abetos ahí fuera. ¡Nunca había visto un dormitorio tan alegre y entretenido!

El abuelo dirigió entonces la mirada hacia la abuelita.

—Tengo una idea —dijo—, si usted quisiera hacerme caso y no le pareciera inconveniente. Creo que, si dejáramos a la señorita una temporada aquí arriba, podría recuperar fuerzas. Han traído muchos chales

y mantas; con ellos le prepararemos una cama especialmente blanda. Y usted no tendría que preocuparse por los cuidados de la niña: yo mismo me encargaría.

Clara y Heidi lanzaron al mismo tiempo un grito de alegría, como dos pájaros puestos en libertad, y el rostro de la abuelita se iluminó por completo.

—¡Mi querido amigo, es usted un hombre maravilloso! —exclamó—. ¿Sabe en qué estaba pensando precisamente ahora? Me decía a mí misma: «¿No le haría un bien extraordinario a esta niña pasar algún tiempo aquí arriba?». ¡Pero los cuidados que necesita! ¡La responsabilidad! ¡Las molestias para quien nos recibe! Y llega usted y propone exactamente eso, como si no tuviera ninguna importancia.

»Tengo que darle las gracias, mi querido amigo. ¡Se lo agradezco de todo corazón!

La abuelita estrechó la mano del abuelo una y otra vez, y él correspondió con una expresión igualmente satisfecha.

Sin perder un instante, el abuelo se puso manos a la obra. Llevó a Clara en brazos hasta la silla de ruedas que estaba delante de la cabaña. Heidi lo siguió, tan contenta que ya no sabía hasta dónde podía saltar de alegría. Después el abuelo recogió en sus brazos todos los chales y mantas de piel y dijo sonriendo satisfecho:

—Menos mal que usted se ha preparado como si fuera a una campaña militar de invierno. ¡Todo esto nos servirá!

—Mi querido amigo —respondió vivamente la abuelita, que se había acercado—, la prudencia es una hermosa virtud que nos protege de muchas desgracias. Si se consigue atravesar sus montañas sin tormentas, vientos fuertes ni aguaceros, no queda más que dar gracias, y eso haremos. Y mis pequeñas precauciones, como ve, de todos modos resultan útiles. ¡En eso estamos de acuerdo!

Mientras conversaban, los dos habían subido al altillo y comenzaron a extender los cobertores sobre la cama, uno encima de otro. Eran tantos que, al terminar, el lecho parecía una pequeña fortaleza.

—¡A ver si ahora consigue atravesar todo esto una sola brizna de heno! —dijo la abuelita.

Volvió a presionar con la mano por todos los lados, pero la muralla blanda resultó tan impenetrable que ninguna brizna podía traspasarla. Satisfecha, bajó la escalerilla y salió junto a las niñas. Estaban sentadas muy cerca la una de la otra, con los rostros radiantes, imaginando todo lo que harían desde la mañana hasta la noche mientras Clara pudiera permanecer en la montaña.

Pero ¿cuánto tiempo sería? Esa era la gran pregunta, que le hicieron inmediatamente a la abuelita. Ella respondió que el abuelo era quien mejor podía saberlo y que debían preguntárselo. En ese momento él apareció y, cuando le plantearon la cuestión, dijo que cuatro semanas serían el tiempo justo para comprobar si el aire de la montaña estaba haciendo el bien que debía a la niña.

Las dos pequeñas lanzaron gritos de alegría aún mayores: la posibilidad de permanecer juntas tanto tiempo superaba todo lo que habían esperado.

Entretanto, volvieron a aparecer por el sendero los hombres que transportaban la silla y el guía con su caballo. Los porteadores pudieron dar la vuelta enseguida.

Cuando la abuelita se disponía a montar, Clara exclamó alegremente:

—¡Oh, abuelita, ahora no es una verdadera despedida, aunque te marches a caballo! Vendrás de vez en cuando a visitarnos a la montaña para ver qué hacemos. ¡Eso será muy divertido! ¿Verdad, Heidi?

Heidi, que aquel día pasaba de una alegría a otra, solo pudo mostrar su conformidad dando un salto altísimo.

La abuelita montó entonces el resistente caballo de montaña, y el abuelo tomó las riendas y comenzó a conducirlo con mano segura por la empinada pendiente. La señora insistió en que no la acompañara tan lejos, pero fue inútil: el abuelo declaró que la escoltaría hasta el pueblecito, porque el camino era muy inclinado y el descenso a caballo no estaba libre de peligros.

La abuelita no pensaba quedarse sola en el apartado pueblecito. Regresaría a Ragaz, desde donde repetiría de vez en cuando sus excursiones a la montaña.

Antes de que el abuelo hubiera vuelto, apareció Pedro corriendo con sus cabras. En cuanto estas descubrieron dónde estaba Heidi, se abalanzaron todas hacia ella. Clara, sentada en su silla junto a su amiga, quedó inmediatamente en medio del rebaño. Las cabras se empujaban y atropellaban entre sí, asomando unas la cabeza por encima de las otras. Heidi fue nombrándoselas y presentándoselas todas a Clara.

Así, en muy poco tiempo, Clara tuvo por fin el placer de conocer a la pequeña Copito de Nieve, al alegre Jilguero, a las limpias cabras del abuelo y a todas las demás, hasta llegar al gran Turco. Pedro, entretanto, permanecía apartado y lanzaba miradas extrañamente amenazadoras hacia Clara, que estaba tan contenta.

Cuando las dos niñas lo llamaron amistosamente:

—¡Buenas noches, Pedro!

Él no contestó absolutamente nada. Se limitó a azotar el aire con su vara con tanta furia que parecía querer partirlo en dos. Luego echó a correr, seguido por todo su rebaño.

A todas las cosas maravillosas que Clara había visto aquel día en la montaña se añadió todavía una última.

Cuando por la noche se acostó en el altillo, sobre la cama grande y blanda, a la que también subió Heidi, pudo contemplar a través de la abertura redonda las estrellas que brillaban en el cielo. Exclamó completamente maravillada:

—¡Oh, Heidi, mira! ¡Parece que viajáramos en un carruaje muy alto, directamente hacia el cielo!

—Sí, ¿y sabes por qué las estrellas parecen tan contentas y nos hacen señas con sus ojos? —preguntó Heidi.

—No, no lo sé. ¿Tú qué piensas? —respondió Clara.

—Porque desde lo alto del cielo ven cómo Dios dispone todas las cosas tan bien para las personas que nadie tiene por qué sentir miedo. Podemos estar completamente seguros de que todo sucederá de la manera que sea mejor para nosotros.

»¡Eso las pone tan contentas! Mira cómo nos hacen señas para que también nosotras estemos alegres. Pero, ¿sabes una cosa, Clara? No debemos olvidar nuestras oraciones. Tenemos que pedirle de corazón a Dios que también se acuerde de nosotras cuando dispone todo tan hermosamente, para que podamos sentirnos siempre seguras y no tengamos miedo de nada.

Entonces las niñas volvieron a incorporarse y cada una rezó su oración de la noche. Heidi se acostó después apoyando la cabeza sobre su brazo redondeado y se durmió al instante. Clara, en cambio, permaneció despierta durante mucho tiempo, porque nunca en su vida había contemplado algo tan maravilloso como aquel lugar para dormir bajo la luz de las estrellas.

En realidad, casi nunca había visto las estrellas. Por la noche jamás salía de casa, y dentro de ella las gruesas cortinas se cerraban mucho antes de que aparecieran en el cielo. Por eso, cada vez que intentaba cerrar los ojos, tenía que abrirlos de nuevo para comprobar si aquellas dos estrellas grandes y brillantes seguían asomándose y guiñándoles los ojos de aquel modo extraordinario, como había dicho Heidi.

Y allí seguían, centelleando y brillando. Clara no se cansaba de contemplar su resplandor, hasta que finalmente sus ojos se cerraron por sí solos y, ya en sueños, continuó viendo las dos grandes estrellas luminosas.

CAPÍTULO 21: CÓMO CONTINÚAN LAS COSAS EN LA MONTAÑA

El sol acababa de elevarse por encima de las rocas y extendía sus rayos dorados sobre la cabaña y el valle. El abuelo había contemplado en silencio y con recogimiento, como hacía todas las mañanas, cómo los ligeros velos de niebla se disipaban alrededor de las alturas y en el valle, y cómo la tierra emergía de la penumbra y despertaba a un nuevo día.

Las nubes claras de la mañana, allá arriba, se iluminaban cada vez más, hasta que el sol apareció por completo y bañó con su luz dorada las rocas, los bosques y las colinas.

Entonces el abuelo regresó a la cabaña y subió silenciosamente por la pequeña escalerilla. Clara acababa de abrir los ojos y contemplaba con el mayor asombro los brillantes rayos de sol que entraban por la abertura redonda y bailaban y centelleaban sobre su cama. No comprendía lo que veía ni recordaba dónde estaba.

Pero enseguida descubrió a Heidi durmiendo a su lado y oyó la voz bondadosa del abuelo:

—¿Has dormido bien? ¿No estás cansada?

Clara le aseguró que no estaba cansada y que, desde que se durmió, no había vuelto a despertarse en toda la noche. Aquello agradó al abuelo, que comenzó inmediatamente a atenderla con tanta habilidad y comprensión que parecía haber dedicado toda su vida a cuidar de niñas enfermas y procurarles toda clase de comodidades.

Heidi también acababa de abrir los ojos. De pronto vio con sorpresa que el abuelo tomaba en brazos a Clara, que ya estaba completamente arreglada, y se la llevaba. ¡Ella tenía que estar presente! Se vistió con la rapidez de un relámpago, bajó la escalerilla y salió de la cabaña. Allí se quedó observando, muy sorprendida, lo que el abuelo había preparado.

La noche anterior, cuando las niñas ya habían subido a acostarse, él había pensado dónde podría guardar bajo techo la ancha silla de ruedas. La puerta de la cabaña era demasiado estrecha: resultaba imposible introducirla por allí. Entonces se le ocurrió una solución. En la parte trasera del cobertizo soltó dos grandes tablones, dejando una abertura lo bastante ancha. Introdujo la silla y volvió a colocar en su sitio las tablas altas, aunque sin fijarlas definitivamente.

Cuando Heidi llegó, el abuelo acababa de sentar a Clara en su silla dentro del cobertizo. Había retirado los tablones y ahora la conducía hacia la luz del sol matinal. Dejó la silla en medio del espacio abierto y se dirigió al establo. Heidi se puso de un salto junto a su amiga.

La brisa fresca de la mañana acariciaba los rostros de las niñas, y con cada soplo llegaba un aroma intenso de abetos que perfumaba el aire soleado. Clara aspiró profundamente y se recostó en su silla, sintiendo un bienestar que nunca había experimentado.

En toda su vida no había respirado aire fresco al aire libre a primera hora de la mañana. Ahora, aquel aire puro de las montañas la rodeaba, fresco y vivificante, y cada respiración le producía placer. Además, el sol resplandecía dulcemente sin quemar, como podía hacerlo en otros lugares: su calor se posaba con suavidad en sus manos y sobre la hierba seca que tenía a los pies. Clara jamás se había imaginado que estar en la montaña pudiera ser algo semejante.

—¡Oh, Heidi, si pudiera quedarme aquí arriba contigo siempre, siempre! —exclamó, acomodándose felizmente en su silla para recibir por todos lados el sol y el aire.

—Ahora ves que era verdad lo que te decía —respondió Heidi, encantada—: ¡que el lugar más hermoso de todo el mundo es la montaña, junto al abuelo!

En ese preciso instante, el abuelo salió del establo y se acercó a las niñas. Llevaba dos tazones llenos de leche blanca como la nieve y cubierta de espuma. Entregó uno a Clara y otro a Heidi.

—Esto le hará mucho bien a la señorita —dijo, asintiendo hacia Clara—. Es leche de Blanquita, que da mucha fuerza. ¡A tu salud! ¡Adelante!

Clara nunca había bebido leche de cabra, de modo que antes quiso olerla un poquito para asegurarse. Pero al ver con qué ganas Heidi se bebía la suya sin detenerse ni una sola vez —tan extraordinariamente deliciosa le parecía—, Clara se decidió a probar. Bebió y siguió bebiendo, y la leche era de veras tan dulce y sustanciosa como si tuviera azúcar y canela. Continuó hasta dejar el tazón vacío.

—Mañana tomaremos dos —dijo el abuelo, que había contemplado satisfecho cómo Clara seguía el ejemplo de Heidi.

Entonces apareció Pedro con su rebaño. Las cabras rodearon a Heidi para saludarla por todas partes y enseguida la dejaron atrapada en medio de ellas. El abuelo aprovechó para llevar a Pedro un poco aparte, donde pudiera entender lo que tenía que decirle, porque las cabras no dejaban de balar, cada cual más fuerte que la otra, de pura alegría y amistad cuando tenían a Heidi entre ellas.

—Escucha bien y presta atención —le dijo el abuelo—. Desde hoy dejarás que Blanquita vaya adonde quiera. Ella sabe dónde crecen las hierbas más nutritivas. Si quiere subir, tú la sigues; a las otras también les vendrá bien. Y si quiere subir más de lo que acostumbras a llevarlas, tú seguirás subiendo, sin hacerla volver atrás. ¿Me oyes? Aunque tengas que trepar un poco, no importa; irás adonde ella quiera, porque en estas cosas tiene más sentido común que tú. Solo debe comer las mejores hierbas, para que produzca una leche espléndida.

»¿Por qué miras hacia allí como si quisieras tragarte a alguien? Nadie te estorbará. ¡Ahora en marcha, y no lo olvides!

Pedro estaba acostumbrado a obedecer al abuelo sin replicar. Se puso en camino inmediatamente, aunque se veía que algo se traía entre manos, porque no dejaba de volverse y mover los ojos de un lado a otro. Las cabras lo siguieron y, al hacerlo, empujaron a Heidi un buen trecho hacia delante. Aquello le vino de maravilla a Pedro.

—¡Tienes que venir! —gritó amenazadoramente hacia el centro del rebaño—. ¡Tienes que venir si tenemos que seguir a Blanquita!

—¡No, no puedo! —respondió Heidi desde allí—. Y durante mucho, mucho tiempo no podré acompañarte, mientras Clara esté aquí conmigo. Pero algún día subiremos las dos juntas; el abuelo nos lo ha prometido.

Mientras hablaba, Heidi consiguió salir de entre las cabras y regresó dando saltitos hacia Clara. Entonces Pedro agitó ambos puños en dirección a la silla de ruedas, con un gesto tan amenazador que las cabras se apartaron asustadas. Pero de inmediato él mismo echó a correr tras ellas y no se detuvo hasta haber

subido un buen trecho y desaparecer de la vista. Pensaba que quizá el abuelo hubiera visto sus amenazas y prefería no averiguar qué impresión le habrían causado.

Clara y Heidi tenían tantos planes para aquel día que ni siquiera sabían por dónde comenzar. Heidi propuso escribir primero la carta a la abuelita, pues le habían prometido enviarle una cada día.

La abuelita no estaba completamente segura de que Clara pudiera encontrarse a gusto allí arriba durante mucho tiempo ni de cómo evolucionaría su salud. Por eso había hecho prometer a las niñas que le escribirían diariamente y le contarían todo cuanto les sucediera. Así sabría enseguida si necesitaban su presencia y, mientras tanto, podría permanecer tranquila abajo.

—¿Tenemos que entrar en la cabaña para escribir? —preguntó Clara.

No se oponía en absoluto a contarle todo a la abuelita, pero se encontraba tan bien al aire libre que no quería marcharse de allí.

Heidi encontró inmediatamente una solución. Entró corriendo en la cabaña y volvió cargada con todos sus útiles escolares y un pequeño taburete bajo de tres patas. Colocó sobre las rodillas de Clara el libro de lectura y el cuaderno de escritura, para que pudiera apoyarse en ellos al escribir. Ella se sentó en su banquito junto al banco de madera y así comenzaron las dos a relatarle sus experiencias a la abuelita.

Sin embargo, después de cada frase que Clara escribía, dejaba de nuevo el lápiz y se detenía a contemplar todo a su alrededor.

Era demasiado hermoso. El viento ya no era tan fresco; solo le acariciaba suavemente el rostro y susurraba entre los abetos cercanos. En el aire transparente bailaban y zumbaban alegres pequeños mosquitos, y un inmenso silencio reinaba sobre toda la extensión bañada por el sol. Las altas montañas rocosas se levantaban grandes y tranquilas, mientras el amplio valle parecía reposar por completo en una paz profunda.

Solo de vez en cuando resonaba por el aire el grito alegre de algún pastorcillo, y el eco repetía suavemente sus sonidos entre las rocas.

La mañana terminó sin que las niñas comprendieran cómo había pasado el tiempo. Ya venía el abuelo con una fuente humeante, pues había dicho que mientras hubiera un rayo de luz en el cielo, la señorita permanecería al aire libre. Prepararon, pues, el almuerzo delante de la cabaña, como el día anterior, y lo comieron con mucho gusto.

Después, Heidi llevó la silla de Clara hasta los abetos. Las niñas habían decidido sentarse aquella tarde a su hermosa sombra y contarse todo cuanto había ocurrido desde que Heidi se marchó de Fráncfort. Aunque en aquella casa la vida había continuado más o menos como siempre, Clara tenía muchos detalles interesantes que contar sobre las personas que vivían en casa de los Sesemann, a quienes Heidi conocía tan bien.

Así estuvieron sentadas, una junto a otra, debajo de los viejos abetos. Cuanto más animadamente conversaban, más fuerte silbaban los pájaros entre las ramas, pues parecía que les alegraba aquella charla y querían participar también. De ese modo, las horas pasaron volando y, sin darse cuenta, llegó el atardecer. Ya bajaba el ejército de cabras, seguido por su jefe, que traía el ceño fruncido y una expresión feroz.

—¡Buenas noches, Pedro! —le gritó Heidi al notar que no tenía intención de detenerse.

—¡Buenas noches, Pedro! —lo saludó también Clara con amabilidad.

Él no respondió a ninguno de los saludos y siguió haciendo avanzar a las cabras con un resoplido.

Cuando Clara vio que el abuelo conducía a la limpia Blanquita al establo para ordeñarla, sintió de repente tantas ganas de beber aquella leche sabrosa que casi no podía esperar hasta que se la trajera. Aquello la sorprendió a ella misma.

—¡Qué cosa tan extraña, Heidi! —dijo—. Desde que tengo memoria, he comido únicamente porque estaba obligada, y todo lo que me daban me sabía a aceite de hígado de bacalao. Miles de veces he pensado: «¡Ojalá no hubiera que comer nunca!». Y ahora apenas puedo esperar a que el abuelo venga con la leche.

—Sí, sé muy bien lo que es eso —respondió Heidi, comprendiéndola perfectamente.

Recordaba los días que pasó en Fráncfort, cuando sentía que todo se le quedaba atascado en la garganta y no podía tragarlo. Clara, sin embargo, todavía no comprendía por qué le ocurría aquello. Nunca antes en su vida había pasado un día entero al aire libre como aquel, y menos aún respirando un aire de montaña tan alto y vivificante.

Cuando el abuelo apareció con sus tazones, Clara tomó rápidamente el suyo y se lo agradeció. Bebió con avidez, en largos tragos, y aquella vez terminó incluso antes que Heidi.

—¿Podría tomar un poquito más? —preguntó, tendiéndole el tazón al abuelo.

Él asintió satisfecho, recogió también el recipiente de Heidi y regresó a la cabaña. Cuando volvió, llevaba en cada tazón una especie de tapa muy alta; pero aquellas tapas estaban hechas de algo muy diferente de lo habitual.

Durante la tarde, el abuelo había ido hasta el verde prado de las cabañas de verano, donde se encontraba la quesería en la que preparaban una mantequilla dulce y de color amarillo claro. Había traído de allí una hermosa bola redonda. Luego había cortado dos rebanadas gruesas de pan y extendido sobre ellas una capa generosa de aquella deliciosa mantequilla. Ese sería el alimento de las niñas para la cena.

Las dos dieron enseguida unos mordiscos tan grandes y apetitosos a las rebanadas que el abuelo se quedó observando cómo continuaban, pues aquello le producía una gran satisfacción.

Cuando más tarde Clara quiso contemplar otra vez las estrellas brillantes desde su cama, le sucedió lo mismo que a Heidi, acostada a su lado: los ojos se le cerraron inmediatamente y cayó en un sueño tan profundo y reparador como nunca antes había conocido.

El día siguiente transcurrió de una manera igualmente feliz, y también otro más. Después llegó una gran sorpresa para las niñas. Dos porteadores fuertes subieron por el sendero, cada uno cargando sobre su armazón una cama alta, completamente montada, con su colchón y ropa de cama. Las dos estaban cubiertas de la misma manera por una colcha blanca, y eran impecables y completamente nuevas. Los hombres también traían una carta de la abuelita.

En ella decía que aquellas camas eran para Clara y Heidi; que debían retirar el lecho de heno y cobertores y que, desde entonces, Heidi dormiría siempre en una cama de verdad. En invierno una de las dos camas

debía bajarse al pueblecito, mientras que la otra se quedaría arriba, para que Clara la encontrara cada vez que regresase.

La abuelita también felicitaba a las niñas por sus largas cartas y las animaba a seguir escribiéndole todos los días, para que pudiera participar en todo cuanto les ocurría como si estuviera con ellas.

El abuelo entró en la cabaña, arrojó sobre el gran montón de heno el contenido del antiguo lecho de Heidi y guardó las mantas. Luego regresó para ayudar a los hombres a transportar las dos camas hasta el altillo. Las colocó bien juntas, de manera que desde ambas almohadas se pudiera contemplar exactamente la misma vista por la abertura redonda. Conocía bien la alegría que sentían las niñas al mirar la luz de la mañana y los destellos del atardecer que entraban por allí.

Mientras tanto, abajo, en el balneario de Ragaz, la abuelita estaba encantada con las excelentes noticias que llegaban diariamente de la montaña.

El entusiasmo de Clara por aquella nueva vida crecía día tras día. No encontraba suficientes palabras para elogiar la bondad del abuelo y los cuidados que le prodigaba, ni para decir lo alegre y entretenida que era Heidi, incluso mucho más que en Fráncfort. Contaba también que cada mañana, en cuanto despertaba, lo primero que pensaba era: «¡Gracias a Dios, sigo en la montaña!».

Aquellas noticias extraordinariamente felices alegraban a la abuelita una y otra vez. Consideraba, además, que, si todo marchaba tan bien, podía aplazar un poco su próxima visita, cosa que no le desagradaba en absoluto, pues subir y bajar a caballo por aquella pendiente tan empinada le había resultado bastante agotador.

El abuelo debía de sentir un cariño especial por su pequeña huésped, porque no pasaba ni un día sin que se le ocurriera alguna cosa nueva para fortalecerla.

Todas las tardes realizaba ahora largas caminatas montaña arriba, entre las rocas, subiendo cada vez más alto. Siempre regresaba con un pequeño manojo de hierbas cuyo aroma se percibía desde lejos, como una mezcla intensa de clavo de olor y tomillo. Cuando por la tarde volvían las cabras, comenzaban todas a balar y a saltar, y querían entrar juntas en el establo donde se encontraba el manojo, porque reconocían su olor.

Pero el abuelo había cerrado bien la puerta. No había trepado hasta los lugares más altos de los peñascos en busca de aquellas hierbas raras para que el rebaño entero pudiera darse un banquete sin esfuerzo. Todas estaban destinadas a Blanquita, para que su leche fuera cada vez más nutritiva. Se notaba claramente que aquel cuidado extraordinario le sentaba bien: levantaba la cabeza con una vivacidad cada vez mayor y los ojos le brillaban llenos de energía.

Ya había comenzado la tercera semana desde la llegada de Clara. Hacía unos días que el abuelo, cada mañana, cuando la bajaba en brazos para sentarla en su silla, le preguntaba:

—¿No querría la señorita probar a mantenerse un poquito de pie sobre el suelo?

Clara intentaba complacerlo, pero siempre exclamaba inmediatamente:

—¡Oh, me duele demasiado!

Y se aferraba a él con fuerza. Sin embargo, el abuelo conseguía que cada día lo intentara durante un poquito más de tiempo.

Hacía años que no se disfrutaba de un verano tan hermoso en la montaña. Cada jornada, el sol resplandeciente atravesaba un cielo sin nubes, y todas las florecillas abrían bien sus cálices, brillaban y elevaban hacia él su perfume. Al atardecer, sus rayos teñían de púrpura y rosa las cumbres rocosas y las nieves lejanas, antes de hundirse en un mar de oro llameante.

Heidi contaba una y otra vez estas maravillas a su amiga Clara, porque solo desde lo alto del prado se podían contemplar en toda su belleza. Hablaba con especial entusiasmo de un lugar en la ladera donde ahora crecían enormes grupos de florecillas amarillas que centelleaban como el oro, y tantas campanillas azules que parecía que la hierba se hubiera vuelto azul. A su lado había matas enteras de pequeñas flores pardas, tan fragantes que uno no podía hacer otra cosa que sentarse junto a ellas en el suelo y no querer marcharse nunca más.

Precisamente entonces, mientras estaban sentadas bajo los abetos, Heidi acababa de volver a hablar de las flores allá arriba, del sol de la tarde y de las rocas luminosas. Al describirlas, sintió tantas ganas de regresar a aquel lugar que de repente se levantó de un salto y corrió hacia su abuelo, que estaba sentado en el cobertizo trabajando la madera.

—¡Oh, abuelo! —le gritó desde lejos—. ¿Vendrás mañana con nosotras al prado? ¡Está tan hermoso allá arriba!

—Lo prometido sigue en pie —respondió el abuelo, dando su consentimiento—. Pero, a cambio, la señorita tendrá que hacerme un favor: esta tarde debe volver a intentar mantenerse bien de pie.

Heidi regresó a Clara con aquella noticia, dando gritos de júbilo. Su amiga prometió inmediatamente que intentaría ponerse de pie tantas veces como el abuelo quisiera, pues también ella estaba extraordinariamente feliz ante la perspectiva de visitar los hermosos pastos de las cabras.

Heidi estaba tan llena de alegría que, en cuanto divisó a Pedro cuando bajaba por la tarde, le gritó:

—¡Pedro! ¡Pedro! Mañana iremos con vosotros y pasaremos todo el día allá arriba.

Como respuesta, Pedro gruñó como un oso irritado y descargó un golpe furioso contra el inocente Jilguero, que trotaba a su lado. Pero el ágil animal había visto venir el movimiento a tiempo. Dio un gran salto por encima de Copito de Nieve, y el golpe de la vara no alcanzó más que el aire.

Aquella noche, Clara y Heidi se acostaron en sus dos hermosas camas llenas de expectativas maravillosas. Estaban tan entusiasmadas con sus planes para el día siguiente que decidieron permanecer despiertas toda la noche, conversando sin cesar hasta que llegara la hora de levantarse.

Sin embargo, apenas apoyaron la cabeza en sus buenas almohadas, la conversación se interrumpió de golpe. Clara comenzó a soñar con un campo inmenso de un azul celestial, tan densamente cubierto de campanillas que todo parecía azul. Heidi, por su parte, oía en sueños al gran ave de rapiña allá arriba, que gritaba desde las alturas:

—¡Venid! ¡Venid! ¡Venid!


HEIDI — Capítulos 19-21

CAPÍTULO 22: SUCEDE LO QUE NADIE ESPERABA

A la mañana siguiente, muy temprano, el abuelo salió de la cabaña y contempló el paisaje para ver qué tiempo haría. Sobre las altas cumbres se extendía un resplandor rojizo y dorado; una brisa fresca comenzaba a mecer de un lado a otro las ramas de los abetos. El sol estaba a punto de salir.

El anciano permaneció todavía un rato contemplando con recogimiento cómo, después de las cumbres más altas, las verdes colinas empezaban a brillar como el oro. Lentamente, las sombras oscuras retrocedían en el valle, que se llenaba de una luz rosada, hasta que montes y hondonadas resplandecieron con los reflejos dorados de la mañana. Había salido el sol.

Entonces el abuelo sacó la silla de ruedas del cobertizo, la dejó preparada para la excursión delante de la cabaña y entró para contarles a las niñas qué hermosa había amanecido la mañana y ayudarlas a salir.

Precisamente en aquel momento llegaba Pedro montaña arriba. Sus cabras no caminaban a su lado con la confianza habitual, unas por delante y otras por detrás, sino que corrían asustadas en todas direcciones, porque Pedro descargaba sin cesar golpes furiosos con la vara, sin motivo alguno, y cuando acertaba a alguna le hacía daño. El muchacho había llegado al colmo de la ira y la irritación. Hacía semanas que no había podido tener a Heidi para él solo, como estaba acostumbrado.

Cuando subía por la mañana, siempre veía cómo sacaban a la niña extranjera sentada en su silla, y Heidi se ocupaba de ella. Cuando regresaba por la tarde, la silla de ruedas y su ocupante seguían bajo los abetos, y Heidi continuaba entretenida con su amiga. Durante todo el verano no había vuelto a acompañarlo al prado. Y ahora, precisamente aquel día en que iba a subir, lo haría con la silla y con la extranjera sentada en ella, y se pasaría todo el tiempo atendiéndola.

Pedro estaba convencido de que así sucedería, y aquello había hecho crecer su rabia hasta el límite. De pronto vio la silla de ruedas, tan orgullosamente apoyada sobre sus ruedas, y la contempló como a un enemigo que le había causado todas sus desgracias y que aquel día pensaba hacerle todavía más daño. Miró alrededor: todo estaba silencioso y no se veía a nadie.

Como un salvaje, se precipitó sobre la silla, la agarró y la lanzó ladera abajo con una fuerza tan llena de rabia que el vehículo salió volando y desapareció al instante.

Pedro salió entonces corriendo montaña arriba como si le hubieran brotado alas. No se detuvo ni una sola vez hasta llegar a un gran zarzal, detrás del cual podía esconderse, pues no deseaba que el abuelo lo viera. Pero sí quería contemplar lo que le ocurría a la silla, y aquel arbusto, situado en un saliente de la montaña, era perfecto para ello. Desde allí podía observar medio oculto la pendiente y esconderse por completo si aparecía el abuelo.

Así lo hizo, y ¡qué espectáculo se presentó ante sus ojos! Muy abajo ya, su enemigo se precipitaba montaña abajo, impulsado cada vez con mayor fuerza. Primero dio una vuelta sobre sí mismo, luego otra y otra más; después rebotó en el aire y volvió a golpearse contra el suelo, y así continuó rodando y dando tumbos hacia su destrucción.

Por todas partes saltaban pedazos de la silla: patas, apoyos, jirones del tapizado; todo volaba por los aires. Pedro sintió una alegría tan desenfrenada al contemplarlo que tuvo que saltar con ambos pies a la vez. Se

echó a reír a carcajadas, pataleó de placer, dio saltos en círculo y regresó una vez más al mismo lugar para mirar montaña abajo.

Volvieron las carcajadas y los saltos. Pedro estaba completamente fuera de sí de puro contento por la destrucción de su enemigo, porque imaginaba todas las cosas buenas que vendrían después. Ahora la extranjera tendría que marcharse, pues ya no disponía de ningún medio para trasladarse. Heidi volvería a estar sola y lo acompañaría otra vez al prado. Por la mañana y por la tarde estaría allí cuando él llegara, y todo volvería a ser como antes.

Pero Pedro no pensaba en lo que ocurre después de cometer una mala acción ni en las consecuencias que puede traer.

En ese momento Heidi salió de la cabaña dando saltos y corrió hacia el cobertizo. Detrás apareció el abuelo con Clara en brazos. La puerta del cobertizo estaba completamente abierta y los dos tablones habían sido apartados, de modo que hasta el rincón más profundo se hallaba lleno de luz. Heidi miró a un lado y a otro, dio la vuelta a la esquina y regresó. Su rostro reflejaba el asombro más absoluto. Entonces se acercó el abuelo.

—¿Qué ocurre? ¿Has sacado tú la silla, Heidi? —preguntó.

—¡La estoy buscando por todas partes, abuelo! Y tú dijiste que estaba junto a la puerta del cobertizo —respondió la niña, sin dejar de mirar a su alrededor.

Entretanto, el viento había cobrado fuerza. En aquel preciso momento hizo traquetear la puerta del cobertizo y la lanzó de golpe contra la pared con un estrépito.

—¡Abuelo, ha sido el viento! —exclamó Heidi, con los ojos iluminados por su descubrimiento—. ¡Oh, si ha empujado la silla hasta el pueblecito, tardarán muchísimo en devolvérnosla y no podremos hacer la excursión!

—Si ha rodado hasta allá abajo, nunca volverá; habrá quedado hecha cien pedazos —contestó el abuelo, rodeando la esquina de la cabaña y mirando hacia la pendiente—. Aunque es extraño que haya ocurrido así —añadió, fijándose en la curva que la silla habría tenido que describir para pasar la esquina.

—¡Oh, qué lástima! Ahora ya no podremos ir, quizá nunca —se lamentó Clara—. Seguro que tendré que volver a casa si me he quedado sin silla. ¡Qué pena! ¡Qué pena!

Pero Heidi levantó hacia su abuelo una mirada llena de confianza y dijo:

—¿Verdad, abuelo, que se te ocurrirá alguna solución para que no suceda lo que dice Clara y no tenga que marcharse de repente?

—Hoy iremos al prado tal como habíamos planeado; después veremos qué sucede —respondió el abuelo.

Las niñas lanzaron gritos de alegría.

El abuelo entró otra vez en la cabaña, sacó una buena cantidad de cobertores, los extendió en el lugar más soleado junto a la pared y sentó a Clara sobre ellos. Después trajo la leche de la mañana y condujo a Blanquita y a Osita fuera del establo.

—Me pregunto por qué tarda tanto en subir ese muchacho —murmuró para sí, porque todavía no se había oído el silbido matinal de Pedro.

Luego volvió a tomar a Clara en un brazo y los cobertores en el otro.

—¡Vamos, en marcha! —dijo, adelantándose—. Las cabras vendrán con nosotros.

Aquello le pareció magnífico a Heidi. Puso un brazo alrededor del cuello de Blanquita y el otro alrededor del de Osita, y caminó detrás del abuelo. Las cabras estaban tan contentas de poder salir otra vez con Heidi que casi la aplastaban entre las dos de puro cariño.

Cuando llegaron al lugar del prado donde pastaban las cabras, distinguieron enseguida grupos de animales que comían tranquilamente en distintas partes de la ladera. En medio de ellos, Pedro estaba tumbado cuan largo era sobre la hierba.

—¡La próxima vez te quitaré las ganas de pasar de largo, dormilón! ¿Qué significa esto? —le gritó el abuelo.

Pedro se incorporó de un salto al oír aquella voz tan conocida.

—No se había levantado nadie todavía —replicó.

—¿Has visto algo de la silla? —volvió a preguntar el abuelo.

—¿De cuál? —contestó Pedro con terquedad.

El abuelo no añadió nada. Extendió las mantas en un lugar soleado de la ladera, acomodó a Clara encima y le preguntó si se encontraba bien allí.

—Tan cómoda como en la silla —respondió ella, agradecida—. ¡Y me has puesto en el lugar más bonito! ¡Es tan hermoso, Heidi, tan hermoso! —exclamó, mirando a su alrededor.

El abuelo se dispuso a regresar. Les dijo que disfrutaran mucho de estar juntas y que, cuando llegara la hora, Heidi debía recoger la comida del mediodía, que había dejado empaquetada en un morral a la sombra, un poco más allá. Pedro tendría que darles también toda la leche que quisieran beber, pero Heidi debía vigilar bien que fuera leche de Blanquita.

El abuelo prometió volver hacia el atardecer. Antes de nada quería ir a buscar la silla y averiguar qué había sido de ella.

El cielo tenía un azul profundo, sin una sola nubecilla en ninguna parte. Sobre el gran campo de nieve que se extendía al otro lado centelleaban miles y miles de puntos luminosos, como estrellas doradas y plateadas. Las grises cumbres rocosas permanecían altas y firmes en su sitio, como desde tiempos remotos, contemplando con gravedad el valle. El ave grande se mecía en lo alto del cielo azul, mientras el viento de montaña recorría las cumbres y soplaba con frescura alrededor de los prados soleados. Las niñas se sentían indescriptiblemente felices.

De cuando en cuando se acercaba una cabrita y descansaba un poco junto a ellas. La que venía con mayor frecuencia era la cariñosa Copito de Nieve, que apoyaba la cabecita contra Heidi y seguramente no se habría apartado de allí si alguna otra cabra del rebaño no la hubiera ahuyentado. Así, Clara fue conociendo

tan de cerca a una cabra tras otra que ya nunca podría confundirlas, pues cada una tenía su propio rostro y una manera particular de comportarse.

También empezaron a confiar tanto en Clara que se le acercaban hasta rozar con la cabeza sus hombros, señal inequívoca de que la conocían bien y le tenían cariño.

Ya habían transcurrido varias horas cuando Heidi pensó que le gustaría acercarse al lugar donde crecían tantas flores y comprobar si estaban todas abiertas y seguían siendo tan hermosas como el año anterior. Solo al atardecer, cuando regresara el abuelo, podrían ir también con Clara, y para entonces las flores quizá habrían cerrado otra vez sus ojitos. El deseo de Heidi creció tanto que ya no pudo resistirse.

—Clara, ¿no te enfadarás si me voy corriendo un momento y tienes que quedarte sola? —preguntó con cierta timidez—. Tengo muchísimas ganas de ver cómo están las flores. Pero espera...

Acababa de ocurrírsele una idea. Saltó a un lado y arrancó unos hermosos puñados de hojas verdes. Luego rodeó con los brazos el cuello de Copito de Nieve, que se había acercado inmediatamente, y la llevó hasta Clara.

—Así ya no tendrás que quedarte sola —dijo Heidi, acomodando suavemente a la cabrita en el sitio que ella ocupaba junto a su amiga.

Copito de Nieve comprendió enseguida lo que se esperaba de ella y se echó en el suelo. Heidi dejó las hojas verdes sobre el regazo de Clara. Esta le dijo alegremente que podía marcharse y contemplar las flores todo lo que quisiera; ella estaba encantada de quedarse sola con la cabrita, pues nunca antes le había sucedido algo semejante.

Heidi salió corriendo, y Clara comenzó a ofrecerle a Copito de Nieve las hojitas, una por una. El animal fue tomando tanta confianza que terminó acurrucándose contra su nueva amiga y comiendo lentamente las hojas de entre sus dedos. Se veía claramente lo bien que se encontraba allí, tranquila y protegida, pues entre el rebaño tenía que soportar constantemente los empujones y las persecuciones de las cabras más grandes y fuertes.

A Clara le resultaba delicioso estar sentada completamente sola en la montaña, acompañada únicamente por una cabrita confiada que levantaba hacia ella una mirada de criatura necesitada de protección. De pronto surgió en su corazón un gran deseo: poder valerse alguna vez por sí misma y ayudar a otro ser, en lugar de ser ella quien necesitara siempre la ayuda de los demás.

Empezaron a acudirle muchos pensamientos que nunca había tenido y un deseo desconocido de seguir viviendo bajo aquel hermoso sol y hacer algo que alegrara a otro ser, tal como estaba alegrando a Copito de Nieve.

Una felicidad enteramente nueva llegó a su corazón. De repente le pareció que todo cuanto conocía y sabía podía ser mucho más hermoso y diferente de como lo había visto hasta entonces. Se sintió tan bien y tan alegre que tuvo que abrazar a la cabrita y exclamar:

—¡Oh, Copito de Nieve, qué hermoso es estar aquí arriba! ¡Si pudiera quedarme siempre con vosotros!

Entretanto, Heidi había llegado al lugar de las flores. Lanzó un grito de felicidad. Toda la ladera estaba cubierta de un oro resplandeciente: eran las pequeñas flores doradas que brillaban por todas partes.

Sobre ellas se mecían grupos espesos de campanillas de un azul profundo, y un aroma tan intenso y delicioso envolvía la pendiente soleada que parecía que alguien hubiese derramado allí los bálsamos más exquisitos.

Pero todo aquel perfume procedía de las florecillas pardas, que asomaban discretamente sus cabecitas redondas aquí y allá, entre los cálices dorados. Heidi se detuvo a contemplarlo todo y aspiró profundamente el dulce aroma. De pronto dio media vuelta y regresó junto a Clara, sin aliento por la emoción.

—¡Oh, tienes que venir sin falta! —le gritó desde lejos—. ¡Las flores son tan bonitas y todo está tan hermoso! Quizá al atardecer ya no sea igual. A lo mejor puedo llevarte en brazos, ¿no crees?

Clara miró sorprendida a su amiga, tan emocionada, y negó con la cabeza.

—No, no, ¡qué cosas dices, Heidi! Si eres mucho más pequeña que yo. ¡Oh, si al menos pudiera caminar!

Heidi comenzó a mirar a su alrededor, buscando algo. Era evidente que había tenido otra idea. Allá arriba, donde Pedro había estado tumbado antes, ahora se encontraba sentado mirando fijamente hacia las niñas. Llevaba horas en aquella posición, sin apartar la vista, como si no pudiera comprender lo que estaba viendo.

Había destruido la silla enemiga para que todo acabara y la extranjera no pudiera volver a moverse. Sin embargo, poco después había aparecido allí arriba, sentada en el suelo junto a Heidi. No era posible, ¡y aun así seguía sucediendo ante sus ojos! Cada vez que miraba hacia ellas comprobaba que seguían en el mismo lugar.

Entonces Heidi levantó la vista hacia él.

—¡Baja aquí, Pedro! —lo llamó con firmeza.

—No voy —contestó.

—Sí, tienes que venir. ¡Vamos, yo sola no puedo hacerlo! Tienes que ayudarme. ¡Ven rápido! —insistió Heidi.

—No voy —volvió a oírse desde arriba.

Heidi trepó un pequeño trecho de la ladera hacia él. Se detuvo allí, con los ojos centelleantes, y gritó:

—¡Pedro, si no vienes ahora mismo, yo también te haré algo que no te gustará nada! ¡Puedes estar seguro!

Aquellas palabras le produjeron a Pedro una punzada terrible y un gran miedo se apoderó de él. Había cometido una mala acción que nadie debía descubrir. Hasta entonces se había alegrado de lo sucedido, pero ahora Heidi hablaba como si lo supiera todo; y todo lo que ella sabía se lo contaba al abuelo, a quien Pedro temía más que a nadie en el mundo. ¡Si llegaba a enterarse de lo ocurrido con la silla!

La angustia se le hizo cada vez más insoportable. Se levantó y fue hacia Heidi, que lo esperaba.

—Voy, pero entonces no puedes hacer eso —dijo, tan dócil por el miedo que Heidi sintió enseguida compasión por él.

—No, no, ya no lo haré —le aseguró—. Ven conmigo ahora. No hay nada que temer en lo que tienes que hacer.

Cuando llegaron junto a Clara, Heidi explicó su plan: Pedro debía colocarse a un lado y ella al otro, y cada uno tendría que sostenerla con fuerza por debajo del brazo para levantarla. Aquello salió bastante bien, pero después vino la parte más difícil. Clara no podía mantenerse de pie; ¿cómo iban a sostenerla y hacerla avanzar? Heidi era demasiado pequeña para ofrecerle un apoyo adecuado con el brazo.

—Ahora tienes que rodearme el cuello con el brazo, bien fuerte, así —le explicó Heidi—. Y del otro lado tienes que agarrarte al brazo de Pedro y apoyarte con todas tus fuerzas. Entonces podremos llevarte.

Pero Pedro jamás había ofrecido el brazo a nadie. Clara intentó agarrarse a él, pero el muchacho lo mantenía rígido, pegado al cuerpo, como si fuera un palo largo.

—Así no se hace, Pedro —le dijo Heidi con mucha firmeza—. Tienes que doblar el brazo formando un aro, para que Clara meta el suyo por dentro y pueda apoyarse con fuerza. Y tú no debes ceder bajo ningún concepto. Entonces podremos avanzar.

Así lo hicieron, aunque les resultó difícil caminar. Clara no era precisamente ligera y los dos ayudantes tenían estaturas muy diferentes. A un lado quedaba demasiado baja y al otro demasiado alta, de modo que sus apoyos eran bastante inestables.

Clara intentaba alternativamente sostenerse un poco sobre sus propios pies, pero enseguida levantaba uno y luego el otro.

—Apoya el pie con fuerza en el suelo —le propuso Heidi—. Seguro que después te dolerá menos.

—¿Tú crees? —preguntó Clara con timidez.

Sin embargo, obedeció y se atrevió a dar un paso firme, apoyando el pie en el suelo; después hizo lo mismo con el otro. Soltó un pequeño grito de dolor, levantó nuevamente uno de los pies y volvió a colocarlo con más suavidad.

—¡Oh, ahora me ha dolido mucho menos! —dijo, llena de alegría.

—Hazlo otra vez —la animó Heidi con entusiasmo.

Clara lo hizo, y después una vez más, y otra, y otra. De pronto lanzó un grito:

—¡Puedo hacerlo, Heidi! ¡Oh, puedo! ¡Mira, mira! ¡Puedo dar pasos, uno detrás de otro!

Heidi comenzó a gritar de felicidad todavía más fuerte.

—¡Oh, oh! ¿De veras puedes dar pasos tú sola? ¿Ahora puedes caminar? ¿De verdad puedes caminar? ¡Oh, si viniera el abuelo! ¡Ahora puedes caminar, Clara! ¡Ahora puedes caminar! —repetía, rebosante de júbilo.

Clara seguía sosteniéndose con fuerza de sus dos ayudantes, pero con cada paso ganaba un poquito de seguridad. Los tres podían sentirlo. Heidi estaba fuera de sí de alegría.

—¡Oh, ahora podremos ir juntas al prado todos los días y recorrer la montaña adonde queramos! —exclamó de nuevo—. ¡Podrás caminar como yo, ya no tendrán que llevarte en una silla y estarás sana! ¡Oh, es la alegría más grande que podíamos recibir!

Clara compartía aquella felicidad de todo corazón. Ciertamente, no conocía una dicha mayor en el mundo que la posibilidad de estar sana y caminar como los demás, en vez de pasar sus días enferma y encerrada en una silla.

No quedaba lejos el lugar de las flores. Desde allí podían verse ya las flores doradas brillando al sol. Pronto llegaron a los grandes grupos de campanillas azules, entre los cuales la tierra soleada resultaba tan acogedora.

—¿No podemos sentarnos aquí? —preguntó Clara.

Aquello era exactamente lo que deseaba Heidi. Las niñas se sentaron en medio de las flores. Por primera vez Clara descansó directamente sobre el suelo seco y tibio de la montaña, y aquella sensación le resultó indescriptiblemente agradable. A su alrededor se mecían las campanillas azules, resplandecían las flores doradas y las rojas, y se extendía el dulce perfume de las florecillas pardas y las fragantes hierbas de montaña. ¡Era todo tan hermoso! ¡Tan hermoso!

Heidi, sentada a su lado, también pensaba que nunca había visto aquel lugar tan bonito. No comprendía por qué tenía el corazón tan lleno de alegría que deseaba gritar una y otra vez. Pero de repente recordó que Clara había recuperado la salud; aquella era la mayor felicidad de todas, añadida a las maravillas que las rodeaban.

Clara permaneció muy callada, dominada por el gozo de cuanto contemplaba y de todas las posibilidades que se abrían ante ella después de lo sucedido. La inmensa felicidad casi no cabía en su corazón y, junto con la luz del sol y el perfume de las flores, la inundaba una dicha tan grande que la dejaba sin palabras.

También Pedro estaba inmóvil y silencioso en medio del campo de flores, porque se había quedado profundamente dormido.

El viento soplaba suave y agradable detrás de las rocas que protegían aquel lugar, susurrando entre los arbustos más altos. De vez en cuando Heidi volvía a levantarse y corría hacia un lado o hacia otro, porque siempre descubría algún rincón todavía más hermoso, con flores más abundantes o un perfume más intenso que el viento esparcía de un lugar a otro. En todas partes tenía que volver a sentarse un rato.

Así transcurrieron las horas.

El sol había pasado hacía mucho del mediodía cuando un pequeño grupo de cabras se acercó con paso muy serio a la ladera florida. Aquel no era su lugar de pastoreo; nunca las conducían allí, porque no les gustaba comer entre las flores. Parecían una delegación formal, encabezada por Jilguero. Era evidente que las cabras habían salido a buscar a sus compañeros, que las habían abandonado durante demasiado tiempo, mucho más allá de lo acostumbrado, pues los animales conocían muy bien los horarios.

Cuando Jilguero descubrió a los tres desaparecidos entre las flores, lanzó un balido tan fuerte que enseguida todo el coro comenzó a responderle. Se acercaron todas trotando y balando sin cesar. Entonces Pedro despertó.

Tuvo que frotarse los ojos con fuerza, pues había soñado que la silla de ruedas estaba otra vez delante de la cabaña, intacta y con su hermoso tapizado rojo. Incluso al despertar había creído ver los clavos dorados del borde del asiento brillando al sol, pero ahora comprendió que lo que había visto eran las pequeñas

flores amarillas que resplandecían en el suelo. El miedo, que había desaparecido de su corazón mientras soñaba con la silla intacta, regresó de inmediato.

Aunque Heidi le había prometido que no haría nada, ahora Pedro temía que la verdad pudiera descubrirse por otros medios. Se dejó conducir con una docilidad extraordinaria y cumplió exactamente cuanto Heidi le pidió.

Cuando los tres regresaron al lugar del prado, Heidi fue enseguida a recoger el morral lleno de comida y se dispuso a cumplir su promesa, pues su amenaza a Pedro se había referido precisamente a lo que contenía aquel morral. Por la mañana había visto cuántas cosas buenas guardaba el abuelo en su interior y había pensado con alegría que a Pedro le correspondería una buena parte.

Sin embargo, como el muchacho se había mostrado tan terco, Heidi había querido darle a entender que no recibiría nada, aunque él interpretó la amenaza de otra manera. Ahora la niña fue sacando uno por uno los alimentos y formó tres montones tan altos que se dijo satisfecha:

—Y todavía le daremos todo lo que nos sobre.

Después llevó a cada uno su porción, se sentó con la suya junto a Clara y los tres comenzaron a comer con mucho apetito después de tanto esfuerzo.

Ocurrió tal como Heidi había previsto: cuando ella y Clara quedaron completamente satisfechas, sobró tanta comida que pudieron ofrecer a Pedro otro montón tan grande como el primero. Él se lo comió todo en silencio, sin detenerse, hasta la última migaja. Sin embargo, no parecía disfrutar de la comida como de costumbre. Había algo que le pesaba en el estómago, lo oprimía, lo atormentaba y parecía cerrarle la garganta con cada bocado.

Habían comenzado a comer tan tarde que, poco después de terminar, vieron al abuelo que subía para recogerlas. Heidi corrió a su encuentro. Necesitaba contarle inmediatamente lo que había ocurrido, pero estaba tan emocionada con aquella maravillosa noticia que casi no conseguía encontrar las palabras. El abuelo comprendió enseguida y una gran alegría iluminó su rostro.

Apresuró el paso y, al llegar junto a Clara, dijo con una sonrisa feliz:

—¡Así que nos hemos atrevido! ¡Y lo hemos conseguido!

Entonces ayudó a Clara a levantarse del suelo, la rodeó con el brazo izquierdo y le ofreció la mano derecha como un apoyo fuerte y seguro. Clara caminó junto a él con aquella firme pared a su espalda, todavía más segura y valiente que antes.

Heidi saltaba y gritaba de alegría a su lado, y el abuelo parecía haber recibido una felicidad inmensa. Pero de pronto levantó a Clara en brazos y dijo:

—No vamos a exagerar. También ha llegado la hora de volver a casa.

Y emprendió enseguida el descenso, pues sabía que Clara ya había realizado suficiente esfuerzo por aquel día y necesitaba descansar.

Cuando Pedro bajó muy tarde con sus cabras hasta el pueblecito, encontró a un grupo numeroso de personas que se agolpaban alrededor de algo. Cada cual empujaba un poco a los demás para ver mejor lo

que estaba tendido en el suelo. Pedro también tenía que averiguarlo. Se abrió paso a codazos entre los presentes hasta alcanzar el centro.

Entonces lo vio.

Sobre la hierba estaba la parte central de la silla de ruedas, con un trozo del respaldo todavía unido a ella. El tapizado rojo y los clavos brillantes daban testimonio de lo magnífica que había sido cuando estaba entera.

—Yo estaba presente cuando la subieron —dijo el panadero, que se encontraba junto a Pedro—. Valía por lo menos quinientos francos; lo apostaría con cualquiera. Lo único que me intriga es cómo habrá sucedido.

—Puede que el viento la haya empujado cuesta abajo. El propio abuelo de la montaña lo ha dicho —observó Bárbara, que no se cansaba de admirar la hermosa tela roja.

—Menos mal que no ha sido una persona quien lo ha hecho —volvió a decir el panadero—. ¡Menudo lío le esperaría! Cuando el señor de Fráncfort se entere, seguramente mandará investigar cómo ocurrió. Por mi parte, me alegro de no haber subido a la montaña desde hace dos años. Las sospechas pueden recaer sobre cualquiera que haya sido visto por allí en esos momentos.

Se expresaron muchas otras opiniones, pero Pedro ya había oído suficiente. Se deslizó despacio y mansamente fuera del grupo y salió corriendo montaña arriba con todas sus fuerzas, como si alguien lo persiguiera para atraparlo. Las palabras del panadero le habían infundido un miedo espantoso.

Ahora sabía que podía llegar de un momento a otro un agente de policía de Fráncfort para investigar el asunto. Entonces podrían descubrir que había sido él quien destrozó la silla, lo apresarían y se lo llevarían a una cárcel de Fráncfort. Pedro veía toda aquella escena delante de sus ojos y el cabello se le erizaba de terror.

Llegó a su casa completamente trastornado. No respondió a ninguna pregunta, no quiso comer sus patatas y se metió apresuradamente en la cama, donde permaneció gimiendo.

—Pedrito ha vuelto a comer acedera y por eso tiene el estómago revuelto y se queja tanto —comentó su madre, Brígida.

—Tienes que darle un poco más de pan para llevar. Mañana ponle también otro pedacito del mío —dijo la abuela, compadecida.

Aquella noche, mientras las niñas contemplaban las estrellas desde sus camas, Heidi dijo:

—¿No has pensado durante todo el día en lo bueno que es que Dios no nos conceda siempre aquello que le pedimos con todas nuestras fuerzas, cuando sabe que hay algo mucho mejor para nosotros?

—¿Por qué dices eso ahora, tan de repente, Heidi? —preguntó Clara.

—Verás, porque en Fráncfort yo rezaba con todas mis fuerzas para poder regresar inmediatamente a casa y, como no podía marcharme, llegué a pensar que Dios no me había escuchado. Pero ¿sabes una cosa? Si me hubiera ido tan pronto como deseaba, tú nunca habrías venido y no habrías recuperado la salud aquí en la montaña.

Clara se quedó muy pensativa.

—Pero, Heidi —comenzó de nuevo—, entonces no deberíamos pedir nada cuando rezamos, porque Dios siempre tendrá pensado algo mucho mejor de lo que sabemos nosotros y de lo que queremos pedirle.

—¡No, no, Clara! ¿De verdad piensas que debe ser así? —replicó Heidi con vehemencia—. Debemos rezarle a Dios todos los días y pedirle todas, todas las cosas, porque él tiene que oír que no olvidamos que todo lo recibimos de su mano. Y si queremos olvidarnos de Dios, él también se olvida de nosotros; eso me lo explicó la abuelita.

»Pero ¿sabes una cosa? Cuando no recibimos lo que nos gustaría tener, no debemos pensar que Dios no nos ha escuchado y dejar de rezar por completo. Entonces debemos orar de esta manera: «Ahora comprendo, querido Dios, que tienes pensado algo mejor, y me alegro de saber que quieres disponerlo todo tan bien».

—¿Cómo has llegado a comprender todo eso, Heidi? —preguntó Clara.

—Primero me lo explicó la abuelita, y después ocurrió exactamente así, y entonces lo comprendí. Pero también creo, Clara —continuó Heidi, incorporándose en la cama—, que hoy tenemos que darle especialmente las gracias a Dios por habernos enviado la gran felicidad de que ahora puedas caminar.

—Sí, claro, Heidi, tienes razón, y me alegro de que me lo hayas recordado. ¡De tanta alegría, casi me había olvidado!

Entonces las niñas rezaron de nuevo y cada una, a su manera, dio gracias a Dios por el maravilloso regalo que había recibido Clara después de haber estado enferma tanto tiempo.

A la mañana siguiente, el abuelo sugirió que podían escribir a la abuelita para preguntarle si no quería subir ya a la montaña, pues había algo nuevo que ver. Pero las niñas habían ideado otro plan: querían darle una gran sorpresa. Primero Clara debía aprender a caminar todavía mejor, hasta poder dar un pequeño paseo apoyándose únicamente en Heidi. Mientras tanto, la abuelita no tenía que sospechar nada.

Consultaron al abuelo cuánto tiempo haría falta, y como respondió que seguramente no más de ocho días, en la carta siguiente invitaron con mucho empeño a la abuelita a subir por esas fechas. Sin embargo, no dijeron ni una sola palabra acerca de las novedades.

Los días que siguieron fueron de los más hermosos que Clara había pasado en la montaña. Cada mañana despertaba con una voz de felicidad que resonaba dentro de su corazón: «¡Estoy sana! ¡Estoy sana! ¡Ya no tengo que permanecer en la silla de ruedas! ¡Puedo caminar por mí misma, como las demás personas!».

Después venían los paseos. Cada día le resultaba más fácil caminar, y podía recorrer distancias cada vez mayores. El ejercicio le abría tanto el apetito que el abuelo hacía un poquito más grandes sus gruesas rebanadas de pan con mantequilla, y contemplaba con satisfacción cómo desaparecían. También traía siempre un jarro grande lleno de leche espumosa y les llenaba un tazón tras otro.

Así llegó el final de la semana y, con él, ¡el día en que debía llegar la abuelita!

CAPÍTULO 23: LA DESPEDIDA, PERO CON LA ESPERANZA DE VOLVER A VERSE

La abuelita había escrito una carta a la montaña el día anterior a su llegada, para que allá arriba supieran con certeza que iría. A la mañana siguiente Pedro la llevó consigo cuando subió hacia los pastos. El abuelo ya había salido de la cabaña con las niñas. Blanquita y Osita también estaban fuera, sacudiendo alegremente la cabeza en el aire fresco de la mañana, mientras Heidi y Clara las acariciaban y les deseaban buen viaje para su subida a la montaña.

El abuelo permanecía satisfecho junto a ellas, mirando unas veces los rostros frescos y saludables de las niñas y otras a sus cabras limpias y relucientes. Ambas cosas debían de agradarle, porque sonreía complacido.

Entonces llegó Pedro. Al ver al grupo se acercó muy despacio y tendió la carta al abuelo. Pero apenas este la tuvo en la mano, Pedro dio un salto hacia atrás, como si algo lo hubiera asustado. Luego miró rápidamente por encima del hombro, como si también por detrás pudiera surgir algo aterrador, y enseguida dio otro salto y echó a correr montaña arriba.

—Abuelo —dijo Heidi, que había observado todo con gran asombro—, ¿por qué Pedro hace ahora siempre lo mismo que el gran Turco cuando nota que tiene una vara detrás? Sacude la cabeza de un lado a otro, se espanta y de repente salta por los aires.

—Quizá Pedro también sienta detrás de él una vara que se ha ganado —respondió el abuelo.

Pedro corrió sin detenerse mientras subía la primera pendiente. Sin embargo, apenas desapareció de la vista de quienes estaban abajo, su comportamiento cambió. Se detuvo y comenzó a mirar con miedo en todas direcciones. De pronto dio un salto y miró hacia atrás, tan asustado como si alguien acabara de agarrarlo por la nuca. Pedro creía ver al agente de policía de Fráncfort dispuesto a lanzarse sobre él desde detrás de cada arbusto y de cada seto.

Cuanto más se prolongaba aquella espera angustiosa, más temeroso se sentía. Ya no tenía ni un solo momento de tranquilidad.

Mientras tanto, Heidi debía ordenar la cabaña, pues la abuelita tenía que encontrarlo todo limpio y arreglado al llegar. A Clara le resultaba tan entretenido contemplar a Heidi mientras iba de un rincón a otro, muy ocupada con sus tareas, que la observaba con especial gusto.

Así transcurrieron para las niñas las primeras horas de la mañana casi sin que se dieran cuenta. Pronto llegó el momento de esperar la visita.

Cuando todo estuvo preparado, las dos salieron a recibirla y se sentaron una junto a otra en el banco de delante de la cabaña, llenas de expectación por lo que iba a suceder.

El abuelo se acercó también. Había salido a dar una vuelta y regresaba con un gran ramo de gencianas de un azul oscuro, que resplandecían bajo la intensa luz de la mañana con tanta belleza que las niñas gritaron de alegría al verlas. Él llevó las flores al interior de la cabaña. De cuando en cuando, Heidi saltaba del banco para comprobar si ya se distinguía a lo lejos la comitiva de la abuelita.

Y entonces, por fin, apareció subiendo desde abajo exactamente como Heidi había esperado. Delante caminaba el guía; detrás venía el caballo blanco con la abuelita sobre él, y cerraba la marcha el porteador

con su alta armazón cargada a la espalda, porque la abuelita nunca emprendía una excursión a la montaña sin llevar abundantes objetos de protección y abrigo.

La comitiva se acercó cada vez más. Cuando alcanzó la parte alta del sendero, la abuelita divisó desde su caballo a las dos niñas.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué estoy viendo, Clarita? ¡No estás sentada en tu silla! ¿Cómo es posible? —exclamó, alarmada, mientras se apresuraba a desmontar.

Antes incluso de llegar hasta ellas, juntó las manos y gritó con enorme emoción:

—¡Clarita! ¿Eres tú o no eres tú? ¡Tienes las mejillas redondas y sonrosadas! ¡Hija mía, ya ni te reconozco!

La abuelita estaba a punto de correr hacia Clara cuando, de improviso, Heidi se deslizó fuera del banco. Clara apoyó rápidamente las manos sobre los hombros de su amiga y ambas comenzaron a caminar tranquilamente, dando un pequeño paseo. La abuelita se quedó inmóvil, primero de puro susto, porque pensó que Heidi acababa de hacer algo verdaderamente temerario.

Pero ¡qué espectáculo tenía delante!

Clara avanzaba erguida y segura junto a Heidi. Y ahora regresaban las dos con rostros radiantes y mejillas de color rosa.

Entonces la abuelita corrió a su encuentro. Entre risas y lágrimas, abrazó primero a su Clarita, después a Heidi y otra vez a Clara. La alegría era tan grande que no encontraba palabras.

De pronto miró al abuelo, que permanecía junto al banco y contemplaba a las tres con una sonrisa satisfecha. La abuelita tomó del brazo a Clara y caminó con ella hasta el banco, sin dejar de exclamar maravillada que aquello era verdad, que realmente podía pasear con la niña. Allí soltó a Clara y tomó las dos manos del anciano.

—¡Mi querido amigo! ¡Mi querido amigo! ¡Cuánto tenemos que agradecerle! ¡Es obra suya! ¡De sus cuidados y de toda su atención...!

—Y del sol y del aire de la montaña que nos ha dado el Señor —interrumpió el abuelo con una sonrisa.

—¡Y también, seguramente, de la buena y hermosa leche de Blanquita! —añadió Clara—. ¡Abuelita, si supieras cuánta leche de cabra puedo beber y lo deliciosa que es!

—Sí, ya lo veo en tus mejillas, Clarita —dijo la abuelita entre risas—. ¡De verdad que no se te reconoce! Te has puesto tan llenita y redondita como nunca habría imaginado que llegarías a estar. ¡Y qué alta estás, Clarita! Pero ¿será posible? ¡No me canso de mirarte! Ahora tenemos que telegrafiar inmediatamente a mi hijo, que está en París. ¡Debe venir enseguida! No le diré por qué: esta será la mayor alegría de su vida.

»Mi querido amigo, ¿cómo podemos hacerlo? Supongo que habrá despedido ya a los hombres que la acompañaron.

—Ya se han marchado —respondió el abuelo—. Pero, si a usted le urge, podemos mandar bajar al pastor de las cabras; tiene tiempo de hacerlo.

La abuelita insistió en que debía enviar inmediatamente un telegrama a su hijo, pues no quería privarlo de aquella felicidad ni un solo día.

El abuelo se apartó un poco y lanzó un silbido tan penetrante entre los dedos que llegó hasta los peñascos más altos, donde el eco repitió el sonido a gran distancia. No pasó mucho tiempo antes de que Pedro bajara corriendo. Conocía bien aquel silbido. Venía blanco como la tiza, porque había pensado que el abuelo lo llamaba para juzgarlo por su mala acción.

Pero lo único que le entregaron fue un papel que la abuelita había escrito entretanto. El abuelo le ordenó llevarlo de inmediato al pueblecito y entregarlo en la oficina de correos; del pago ya se ocuparía él mismo más tarde, porque no era conveniente encargar a Pedro demasiadas cosas al mismo tiempo.

Pedro se marchó con el papel en la mano, muy aliviado por aquella vez. El abuelo no lo había llamado para juzgarlo y no había llegado ningún agente de policía.

Por fin todos pudieron sentarse tranquilos alrededor de la mesa delante de la cabaña. Ahora había que contarle a la abuelita, desde el principio, cómo había sucedido todo. Le explicaron que primero el abuelo había hecho practicar a Clara un poco cada día para mantenerse de pie y después dar algún paso; que luego llegó el día de la excursión al prado y el viento se llevó la silla de ruedas; que Clara sintió tantas ganas de contemplar las flores que logró comenzar a caminar, y que así una cosa condujo a otra.

Pero tardaron mucho en terminar su relato, porque la abuelita interrumpía a las niñas constantemente con exclamaciones de asombro, alabanzas y agradecimientos. Una y otra vez repetía:

—¡Pero ¿cómo es posible?! ¿No será todo un sueño? ¿Estamos realmente despiertos, aquí sentados frente a la cabaña? ¿Y esa muchacha de rostro redondo y fresco que tengo delante es mi antigua Clarita, tan pálida y sin fuerzas?

Heidi y Clara volvían a alegrarse cada vez que comprobaban lo bien que había resultado la sorpresa que habían preparado y cuánto seguía maravillando a la abuelita.

Entretanto, el señor Sesemann había terminado sus asuntos en París y también él planeaba preparar una sorpresa. Sin escribir una sola palabra a su madre, una luminosa mañana de verano subió al tren y viajó directamente hasta Basilea. Muy temprano, al día siguiente, reanudó su viaje, porque sentía unas ganas inmensas de volver a ver a su hija, de quien había estado separado todo el verano.

Llegó al balneario de Ragaz unas horas después de que su madre se marchara.

La noticia de que precisamente aquel día ella había subido a la montaña le vino muy bien. Enseguida tomó un carruaje hacia Maienfeld. Cuando le dijeron que también podía continuar en vehículo hasta el pueblecito, decidió hacerlo, pues imaginaba que la caminata restante sería bastante larga.

El señor Sesemann no se había equivocado. La subida constante hacia la montaña le resultó larga y fatigosa. Todavía no se divisaba ninguna cabaña, aunque sabía que a mitad del camino debía encontrar la vivienda de Pedro, el pastorcillo de las cabras, porque muchas veces le habían descrito aquel trayecto.

Había señales de que mucha gente caminaba por allí, pero los senderos estrechos se dividían a veces en varias direcciones. El señor Sesemann comenzó a dudar de si seguía el camino correcto o de si la cabaña se encontraba en otra parte de la montaña. Miró alrededor buscando a alguna persona a quien preguntar. Sin embargo, todo estaba en silencio; no se veía ni se oía a nadie en los alrededores.

Solo de cuando en cuando silbaba el viento de montaña, los pequeños mosquitos zumbaban bajo el cielo azul y soleado, y algún pajarillo alegre cantaba desde un alerce solitario. El señor Sesemann se detuvo un momento y dejó que la brisa le refrescara la frente acalorada.

Entonces apareció alguien corriendo desde arriba. Era Pedro, que llevaba el telegrama en la mano. Descendía en línea recta por la parte más empinada, no por el sendero donde estaba el señor Sesemann. Pero, cuando estuvo lo bastante cerca, este le hizo señas para que se acercara. Pedro se aproximó con vacilación y miedo, de costado, sin caminar de frente, como si solo pudiera avanzar bien con un pie y tuviera que arrastrar el otro.

—¡Vamos, muchacho, acércate sin miedo! —lo animó el señor Sesemann—. Dime, ¿por este camino se llega a la cabaña donde vive un anciano con una niña llamada Heidi y donde se alojan unas personas de Fráncfort?

La respuesta fue un sonido apagado de espanto terrible. Pedro salió disparado con tal violencia que cayó de cabeza por la ladera empinada y comenzó a rodar cuesta abajo, dando volteretas involuntarias una tras otra, cada vez más lejos. Su descenso se parecía mucho al que había hecho la silla de ruedas; por suerte, Pedro no se hizo pedazos como aquel vehículo.

Únicamente el telegrama quedó completamente destrozado y sus pedazos salieron volando.

—Qué muchacho de montaña tan extraordinariamente tímido —se dijo el señor Sesemann, convencido de que la presencia de un desconocido había impresionado de aquel modo al sencillo joven.

Después de observar un rato más la violenta bajada de Pedro, el señor Sesemann continuó su camino.

Pedro, por mucho que se esforzaba, no conseguía afirmarse en el suelo. Seguía rodando y de vez en cuando daba alguna voltereta especialmente aparatosa.

Pero aquel no era el aspecto más terrible de lo que estaba viviendo. Mucho peores eran el miedo y el terror que lo dominaban, porque estaba convencido de que el agente de policía de Fráncfort había llegado realmente. No podía dudarlo: el desconocido había preguntado por las personas de Fráncfort que se encontraban en casa del abuelo. Por fin, en la última ladera alta que dominaba el pueblecito, Pedro fue a chocar contra un arbusto y consiguió agarrarse a él.

Permaneció tendido un momento, tratando de comprender qué le había sucedido.

—¡Vaya, otro más! —dijo una voz muy cerca de él—. ¿Y a quién le tocará mañana un buen empujón allá arriba para que baje como un saco de patatas mal cosido?

Era el panadero, que se burlaba de él. Había salido a tomar un poco de aire después de su calurosa jornada de trabajo y había contemplado tranquilamente cómo Pedro rodaba montaña abajo, igual que había hecho la silla.

Pedro se puso de pie de un salto. Un nuevo sobresalto lo estremecía: ¡ahora también el panadero sabía que alguien había dado un empujón a la silla! Sin mirar atrás una sola vez, echó a correr nuevamente montaña arriba. Lo que más deseaba era volver a casa y esconderse en su cama, donde nadie pudiera encontrarlo, pues allí se sentía más seguro que en ninguna parte. Pero había dejado las cabras arriba, y el abuelo le había ordenado que regresara pronto para no dejarlas solas demasiado tiempo.

Pedro temía y respetaba al abuelo más que a nadie y nunca se habría atrevido a desobedecerlo. Lanzó un gemido y continuó cojeando; no tenía elección, debía subir otra vez. Pero ya no podía correr, porque el miedo y los numerosos golpes que había sufrido acababan de hacerle efecto. Así siguió montaña arriba, entre cojera y quejidos.

Poco después de encontrarse con Pedro, el señor Sesemann llegó a la primera cabaña y comprendió que seguía el camino correcto. Recuperó el ánimo y continuó subiendo. Finalmente, después de una caminata larga y trabajosa, pudo ver su destino. Allá arriba se encontraba la cabaña de la montaña, y por encima de ella se mecían las copas oscuras de los viejos abetos.

El señor Sesemann afrontó con alegría la última pendiente. ¡Dentro de muy poco sorprendería a su hija! Sin embargo, las personas reunidas frente a la cabaña ya lo habían descubierto y reconocido, y ahora preparaban para aquel padre algo que él jamás habría imaginado.

Cuando dio el último paso para alcanzar la parte más alta, dos figuras comenzaron a avanzar hacia él desde la cabaña. Una era una muchacha alta, de cabellos rubios claros y mejillas sonrosadas, que caminaba apoyándose en otra más pequeña, Heidi, cuyos ojos oscuros lanzaban destellos de alegría. El señor Sesemann se sobresaltó. Se detuvo y contempló fijamente a las niñas que se acercaban. De repente, grandes lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

¡Cuántos recuerdos acudieron entonces a su corazón! Exactamente así había sido la madre de Clara: una joven rubia con las mejillas suavemente teñidas de rosa. El señor Sesemann no sabía si estaba despierto o soñando.

—¡Papá! ¿Ya no me reconoces? —le gritó Clara con el rostro resplandeciente de felicidad—. ¿Tanto he cambiado?

El señor Sesemann corrió hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

—¡Sí, has cambiado! ¿Es posible? ¿Es verdad lo que estoy viendo?

El padre, rebosante de felicidad, retrocedió un paso para volver a mirarla, como si quisiera asegurarse de que aquella imagen no desapareciera ante sus ojos.

—¿Eres tú, Clarita? ¿De verdad eres tú? —no dejaba de repetir.

Luego volvía a abrazar a su hija y enseguida necesitaba separarse un poco para comprobar una vez más que era realmente su Clarita quien estaba de pie ante él.

La abuelita también se había acercado, pues no podía esperar más para contemplar el rostro feliz de su hijo.

—Bueno, querido hijo, ¿qué me dices ahora? —le gritó—. ¡La sorpresa que nos has dado es muy bonita, pero la que te hemos preparado es todavía mejor! ¿Verdad?

La madre, llena de alegría, saludó entonces a su querido hijo con gran cariño.

—Pero ahora, hijo mío —continuó—, ven conmigo a saludar a nuestro amigo de la montaña. ¡Él es nuestro mayor benefactor!

—Desde luego. Y también debo saludar a la pequeña Heidi, que vivió en nuestra casa —dijo el señor Sesemann, estrechándole la mano—. Bueno, Heidi, ¿sigues tan sana y llena de energía en la montaña? Pero ni siquiera hace falta preguntarlo: ninguna rosa alpina podría tener mejor aspecto. ¡Qué alegría me das, pequeña! ¡Qué gran alegría!

Heidi también levantó hacia el amable señor Sesemann una mirada llena de felicidad. ¡Cuán bueno había sido siempre con ella! Pensar que ahora él encontraba en la montaña una dicha tan grande hacía latir su corazón con fuerza.

La abuelita condujo a su hijo hasta el abuelo. Los dos hombres se estrecharon las manos con mucho afecto, y el señor Sesemann comenzó a expresarle su profunda gratitud y el inmenso asombro que sentía al pensar cómo había podido producirse semejante milagro. La abuelita, que ya había hablado de aquello largo y tendido, se apartó un poco. Quería acercarse a ver los viejos abetos.

Allí la esperaba otra sorpresa. En medio de los árboles, en un espacio libre entre las largas ramas, había un gran ramo de gencianas de un azul oscuro maravillosamente hermoso, tan fresco y brillante que parecía haber brotado allí mismo. La abuelita juntó las manos, embelesada.

—¡Qué delicia! ¡Qué maravilla! ¡Qué espectáculo! —exclamó una y otra vez—. ¡Heidi, querida, ven aquí! ¿Has preparado esto para darme una alegría? ¡Es absolutamente maravilloso!

Las niñas ya habían llegado.

—No, no, yo no he sido —respondió Heidi—, pero sé muy bien quién lo ha hecho.

—Así son las flores que crecen allá arriba, en el prado, abuelita, ¡y todavía más bonitas! —intervino Clara—. Pero ¡adivina quién ha bajado esta mañana las flores desde el prado para ti!

Clara sonreía con tanta satisfacción al decirlo que por un instante se le ocurrió a la abuelita que quizá la propia niña había subido hasta allí aquella misma mañana. Pero aquello le parecía casi imposible.

En ese momento se oyó un ruido leve detrás de los abetos. Era Pedro, que había conseguido regresar a la montaña. Al ver quién estaba junto al abuelo delante de la cabaña, había dado un gran rodeo y trataba de escabullirse a escondidas por detrás de los árboles. Pero la abuelita lo había reconocido, y de pronto se le ocurrió otra idea.

¿Sería Pedro quien había bajado las flores y ahora intentaba pasar inadvertido por pura timidez y modestia? ¡No podía permitirlo! El muchacho merecía una pequeña recompensa.

—¡Ven, muchacho, sal de ahí! ¡Acércate sin miedo! —lo llamó la abuelita en voz alta, asomando un poco la cabeza entre los árboles.

Pedro se quedó inmóvil, petrificado de terror. Después de todo lo vivido ya no tenía fuerzas para resistirse. Solo podía pensar una cosa: «¡Todo ha terminado!». Los cabellos se le erizaron y salió de detrás de los abetos completamente pálido, con el rostro descompuesto por el espanto.

—¡Vamos, acércate directamente, sin dar rodeos! —lo animó la abuelita—. Y ahora dime, muchacho, ¿has hecho tú eso?

Pedro no levantó los ojos y, por tanto, no vio hacia dónde señalaba el dedo de la abuelita. Había descubierto al abuelo de pie junto a la esquina de la cabaña, con sus ojos grises clavados penetrantemente en él. Y a su lado se encontraba lo más espantoso que Pedro conocía: ¡el agente de policía de Fráncfort!

Temblando de pies a cabeza, consiguió pronunciar una sola palabra:

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó la abuelita—. ¿Y qué tiene eso de terrible?

—Que... que... que se ha hecho pedazos y ya no se puede volver a arreglar —consiguió balbucear Pedro trabajosamente.

Las rodillas le temblaban tanto que casi no podía mantenerse de pie. La abuelita fue hacia la esquina de la cabaña.

—Mi querido amigo, ¿cree usted que este pobre muchacho ha perdido de veras el juicio? —preguntó, compadecida.

—De ninguna manera —aseguró el abuelo—. El muchacho es precisamente el viento que se llevó la silla de ruedas, y ahora espera recibir su merecido castigo.

La abuelita apenas podía creerlo. Pedro no tenía en absoluto el aspecto de ser malvado y, además, no parecía tener motivo alguno para destruir una silla que era tan necesaria.

Pero para el abuelo aquella confesión no hizo más que confirmar las sospechas que habían surgido en su mente inmediatamente después del incidente. No se le habían escapado las miradas furiosas que Pedro dirigía a Clara desde el principio ni otras señales de su resentimiento por los cambios que habían llegado a la montaña. Había unido unas observaciones con otras hasta comprender exactamente lo sucedido, y ahora se lo explicó todo con claridad a la abuelita.

Cuando terminó, ella respondió con gran vivacidad:

—¡No, mi querido amigo! ¡No, no! No castiguemos más a este pobre muchacho. Tenemos que ser justos y comprensivos. Llegamos nosotros, unos desconocidos de Fráncfort, y durante semanas enteras le quitamos a Heidi, su único tesoro, y verdaderamente un gran tesoro. Y él tiene que quedarse solo todos los días, sin poder compartir nada con ella. No, no, seamos comprensivos. La rabia lo dominó y lo llevó a una venganza bastante tonta; pero cuando estamos furiosos, todos hacemos tonterías.

La abuelita volvió entonces junto a Pedro, que seguía temblando sin cesar.

Se sentó en el banco bajo el abeto y le habló amablemente:

—Ahora ven aquí, muchacho, y ponte delante de mí. Tengo algo que decirte. Deja ya de temblar y escúchame atentamente, porque eso es lo que quiero. Tú empujaste la silla de ruedas montaña abajo para que se hiciera pedazos. Sabías muy bien que estaba mal hecho y que merecías un castigo; por eso te esforzaste tanto para que nadie descubriera lo que habías hecho.

»Pero mira: quien comete una mala acción y cree que nadie la conoce siempre se equivoca. Dios ve y escucha todas las cosas. Y cuando observa que alguien intenta ocultar una mala acción, despierta en su

interior a un pequeño vigilante que puso allí desde el día de su nacimiento y que puede dormir tranquilamente hasta que la persona hace algo injusto.

»Ese pequeño vigilante tiene en la mano un aguijón con el que pincha sin cesar al culpable, de manera que no puede encontrar ni un momento de paz. Y con su voz también atormenta a la persona, porque le repite una y otra vez: "¡Ahora se descubrirá todo! ¡Ahora vendrán a castigarte!". Así vive siempre angustiada y asustada, sin poder disfrutar de nada, absolutamente de nada. ¿No has experimentado tú precisamente eso, Pedro?

Pedro asintió con la cabeza, completamente abatido, pero con la seguridad de quien conocía demasiado bien la experiencia: exactamente eso le había sucedido.

—Y todavía te equivocaste de otra manera —continuó la abuelita—. ¡Mira cómo el mal que hiciste terminó siendo un bien para la persona a quien querías perjudicar! Como Clara ya no tenía una silla en la que pudieran llevarla y deseaba tanto contemplar las hermosas flores, se esforzó más que nunca en caminar. Así aprendió, y ahora lo hace cada vez mejor. Si permanece aquí, al final podrá subir al prado todos los días, mucho más a menudo de lo que habría subido en su silla.

»¿Lo comprendes, Pedro? Dios puede tomar rápidamente en sus manos lo que alguien pretendía hacer por maldad y convertirlo en algo bueno para la persona que iba a resultar perjudicada. En cambio, quien hizo el daño se queda sin lo que esperaba y carga con las consecuencias. ¿Has comprendido todo bien, Pedro? ¡Recuérdalo! Y cada vez que sientas ganas de hacer algo malo, piensa en ese pequeño vigilante que llevas dentro, con su aguijón y su voz desagradable. ¿Lo harás?

—Sí, lo haré —respondió Pedro, todavía muy abatido, porque no sabía cómo terminaría todo aquello mientras el supuesto policía seguía de pie junto al abuelo.

—Bien, ya está. Este asunto ha quedado resuelto —concluyó la abuelita—. Ahora quiero que tengas también un recuerdo agradable de las personas de Fráncfort. Dime, muchacho, ¿has deseado alguna vez tener algo? ¿Qué era? ¿Qué te gustaría tener más que ninguna otra cosa?

Pedro levantó la cabeza y miró a la abuelita con los ojos completamente redondos de sorpresa. Hasta aquel momento esperaba algo espantoso y, de pronto, le estaban ofreciendo lo que más quisiera. Sus pensamientos se mezclaron de tal manera que no sabía qué decir.

—Sí, sí, hablo en serio —le aseguró la abuelita—. Vas a recibir algo que te haga feliz, como recuerdo de los amigos de Fráncfort y como señal de que ya no tienen en cuenta tu mala acción. ¿Lo entiendes ahora, muchacho?

Pedro comenzó a comprender que no tenía que temer ningún castigo y que aquella buena señora lo había librado del poder del supuesto policía. Sintió un alivio tan grande como si se hubiera quitado de encima una montaña que estaba a punto de aplastarlo. Además, había comprendido que era mejor confesar enseguida las faltas cometidas. Por eso dijo de pronto:

—Y también he perdido el papel.

La abuelita tuvo que pensarlo un momento, pero enseguida comprendió de qué hablaba y le respondió amablemente:

—Ya veo. ¡Has hecho bien en decirlo! Siempre hay que reconocer enseguida aquello que uno ha hecho mal; así es posible arreglarlo. Y ahora dime, ¿qué te gustaría recibir?

Pedro podía pedir cualquier cosa del mundo. Casi se mareó ante semejante posibilidad. Toda la feria de Maienfeld comenzó a desfilar ante sus ojos, con aquellos objetos tan bonitos que él había contemplado durante horas y que siempre consideró inalcanzables. Nunca había tenido más de una moneda de cinco, y todas aquellas cosas tentadoras costaban al menos el doble. Allí estaban los hermosos silbatos rojos, que tan bien le vendrían para conducir a sus cabras.

También estaban los atractivos cuchillos de mango redondo, llamados «cuchillos de sapo», que le permitirían hacer maravillas entre los arbustos de avellano.

Pedro se quedó profundamente pensativo. Intentaba decidir cuál de las dos cosas deseaba más, pero no conseguía escoger. Entonces se le ocurrió una idea luminosa: podría aplazar la decisión hasta la feria siguiente.

—Una moneda de diez rappen —respondió por fin con determinación.

La abuelita soltó una pequeña carcajada.

—¡No es una petición exagerada! Ven aquí.

Sacó su monedero y extrajo un tálero grande y redondo; sobre él colocó otras dos pequeñas monedas de diez rappen.

—Vamos a hacer bien las cuentas —continuó—. Voy a explicártelo. Aquí tienes exactamente tantas monedas de diez como semanas tiene el año. De modo que podrás sacar una cada domingo y gastarla, ¡durante todo un año!

—¿Durante toda mi vida? —preguntó Pedro con absoluta inocencia.

La abuelita se echó a reír de tal manera que los señores que conversaban al otro lado tuvieron que interrumpirse para averiguar qué estaba sucediendo.

La abuelita seguía riéndose.

—¡También eso tendrás, muchacho! Pondré una cláusula en mi testamento. ¿Me oyes, hijo? Después la incluirás también en el tuyo. Quedará escrito así: «A Pedro, el pastor de cabras, una moneda de diez rappen cada semana mientras viva».

El señor Sesemann asintió desde el otro lado y se echó a reír también.

Pedro contempló otra vez el regalo que sostenía en la mano, como si quisiera asegurarse de que era real. Luego dijo:

—¡Gracias a Dios!

Y salió corriendo dando unos saltos extraordinarios, aunque esta vez consiguió mantenerse sobre los pies: ahora no huía impulsado por el terror, sino por una alegría que jamás había conocido. Todos los temores y espantos habían desaparecido y, durante toda su vida, podía esperar una moneda de diez cada semana.

Más tarde, cuando todos los reunidos frente a la cabaña habían terminado un alegre almuerzo y continuaban conversando de diversas cosas, Clara tomó de la mano a su padre. El señor Sesemann estaba radiante de felicidad y parecía un poco más dichoso cada vez que volvía a mirar a su hija. Clara le dijo con una vivacidad que nunca antes se había visto en ella:

—¡Oh, papá, si supieras todo lo que el abuelo ha hecho por mí! Han sido tantas cosas cada día que no podría contártelas todas, pero nunca las olvidaré mientras viva. Y siempre pienso que me gustaría hacer algo por él o regalarle algo que le diera una alegría grande, aunque fuera la mitad de la que él me ha dado a mí.

—Ese es también mi mayor deseo, querida hija —respondió su padre—. Llevo tiempo pensando cómo podríamos demostrar a nuestro benefactor, aunque solo sea en parte, cuánto le agradecemos lo que ha hecho.

El señor Sesemann se levantó y se acercó al abuelo, que estaba sentado junto a la abuelita conversando cordialmente. El anciano también se puso de pie. El señor Sesemann tomó su mano y le dijo con la mayor amistad:

—Mi querido amigo, permítame hablarle un momento. Comprenderá lo que quiero decirle cuando sepa que desde hace muchos años yo ya no conocía una alegría verdadera. ¿De qué me servían todos mis bienes y todo mi dinero cuando contemplaba a mi pobre hija y sabía que no podía devolverle la salud ni la felicidad con ninguna riqueza? Después de Dios, que está en el cielo, es usted quien ha devuelto la salud a mi hija y nos ha regalado a ambos una nueva vida.

»Dígame, pues, ¿cómo puedo mostrarle mi gratitud? Nunca conseguiré recompensarlo por todo lo que ha hecho por nosotros, pero pongo a su disposición todo cuanto esté en mi mano. Dígame, amigo mío, ¿qué puedo hacer?

El abuelo lo había escuchado en silencio, contemplando al padre feliz con una sonrisa satisfecha.

—Señor Sesemann, espero que me crea cuando le digo que también yo comparto plenamente la alegría de que la niña haya recuperado la salud en nuestra montaña —respondió con su manera firme de hablar—. Con eso ya me considero recompensado por mis esfuerzos. Le agradezco sus generosos ofrecimientos, pero no necesito nada. Mientras viva, tendré suficiente para la pequeña y para mí. Sin embargo, sí tengo un deseo. Si pudiera verlo cumplido, ya no tendría preocupaciones para el resto de mi vida.

—¡Dígamelo, dígamelo, querido amigo! —insistió el señor Sesemann.

—Soy viejo —continuó el abuelo—, y no podré permanecer aquí mucho tiempo más. Cuando me marche de este mundo, no podré dejarle nada a la niña, y ella ya no tiene otros familiares, salvo una persona que todavía querría sacar provecho de ella. Si usted pudiera darme la seguridad de que Heidi nunca tendrá que salir al mundo a buscar el pan entre desconocidos, me habría recompensado con creces por cuanto he podido hacer por usted y por su hija.

—¡Pero, mi querido amigo, eso ni siquiera puede ponerse en duda! —exclamó el señor Sesemann—. La niña pertenece también a nuestra familia. ¡Pregúntele a mi madre o a mi hija! Ninguna de ellas consentiría que Heidi quedara abandonada a personas extrañas. Y, si eso puede tranquilizarlo, aquí tiene mi mano.

Le prometo que nunca en su vida tendrá que salir a ganarse el pan entre desconocidos. Yo me encargaré de ello, incluso después de mi muerte.

»Y ahora quiero decirle algo más. Esta niña no está hecha para vivir lejos de su hogar, sean cuales sean las circunstancias. Nosotros mismos lo comprobamos. Sin embargo, ha conseguido amigos. Conozco a uno de ellos que todavía está en Fráncfort, donde termina sus últimos asuntos antes de retirarse y establecerse donde prefiera vivir.

»Se trata de mi amigo el doctor, que llegará aquí este mismo otoño y tiene intención de instalarse en estos alrededores, contando con sus consejos. En compañía de usted y de Heidi se ha sentido tan bien como en ningún otro lugar. Por eso, ya ve, nuestra pequeña tendrá desde ahora dos protectores cerca de ella. ¡Ojalá pueda conservarlos a ambos durante muchos años!

—¡Quiera Dios concederlo! —intervino la abuelita.

Y, para confirmar el deseo de su hijo, estrechó durante un buen rato la mano del abuelo con gran afecto. Después abrazó de pronto a Heidi, que estaba a su lado, y la atrajo hacia sí.

—Y a ti, mi querida Heidi, también tenemos que preguntarte algo. Ven y dime, ¿hay algún deseo que te gustaría ver cumplido?

—Sí, claro que lo hay —respondió Heidi, mirando a la abuelita con mucha alegría.

—¡Muy bien! Entonces dínoslo. ¿Qué te gustaría tener, pequeña?

—Quisiera traer mi cama de Fráncfort, con sus tres almohadas altas y su edredón grueso. Así la abuela no tendría que dormir con la cabeza tan baja que casi no puede respirar, y estaría bien calentita debajo de la manta, sin necesidad de acostarse siempre envuelta en su chal porque pasa muchísimo frío.

Heidi había dicho todo aquello de un solo tirón, con el entusiasmo de quien desea ardientemente alcanzar su propósito.

—¡Oh, mi querida Heidi, qué cosas me dices! —exclamó la abuelita, conmovida—. Has hecho muy bien en recordármelo. Cuando estamos tan felices, es fácil olvidarnos de aquello en lo que deberíamos haber pensado primero. Si Dios nos envía algo bueno, tendríamos que pensar enseguida en quienes carecen de tantas cosas. ¡Ahora mismo enviaremos un telegrama a Fráncfort! Hoy mismo la señorita Rottenmeier preparará la cama, y dentro de dos días podrá estar aquí. ¡Quiera Dios que la abuela descanse bien en ella!

Heidi comenzó a saltar de alegría alrededor de la abuelita. Pero de repente se detuvo y dijo con mucha prisa:

—Ahora tengo que bajar enseguida a ver a la abuela. Seguro que vuelve a estar preocupada porque hace tanto tiempo que no voy.

La niña no podía esperar para llevarle aquella buena noticia y había recordado también cuánto miedo había sentido la anciana durante su última visita.

—No, no, Heidi, ¿qué estás diciendo? —la reprendió suavemente el abuelo—. Cuando tenemos invitados, no salimos corriendo y los dejamos solos.

Pero la abuelita se puso de parte de Heidi.

—Mi querido amigo, la niña no se equivoca tanto —dijo—. Por mi causa, la pobre abuela lleva demasiado tiempo sin recibir las visitas que merece. Bajemos ahora todos juntos a verla. Creo que puedo esperar allí a que llegue mi caballo y después continuaremos el camino. Y en el pueblecito enviaremos enseguida el telegrama a Fráncfort. Hijo mío, ¿qué te parece?

El señor Sesemann todavía no había tenido ocasión de hablar sobre sus planes de viaje. Así que tuvo que pedir a su madre que no se pusiera en marcha inmediatamente, sino que permaneciera sentada un momento más, hasta que pudiera explicarle sus propósitos.

Había planeado realizar un pequeño viaje por Suiza con su madre y, primero, comprobar si su Clarita sería capaz de acompañarlos durante una parte del recorrido. Ahora se encontraba ante la posibilidad de hacer un viaje aún más agradable en compañía de su hija, y quería aprovechar enseguida aquellos hermosos días de finales de verano.

Pensaba pasar la noche en el pueblecito y regresar a la mañana siguiente para recoger a Clara en la montaña, llevarla hasta la abuelita, en el balneario de Ragaz, y desde allí continuar viajando.

A Clara la entristeció un poco la noticia de que tendría que marcharse tan pronto de la montaña. Sin embargo, había tantas alegrías a su alrededor que no había tiempo para dejarse dominar por la pena.

La abuelita ya se había levantado y había tomado de la mano a Heidi para encabezar el pequeño grupo. Pero de pronto se volvió sobresaltada.

—¡Santo cielo! ¿Y qué vamos a hacer ahora con Clarita? —exclamó, al recordar que el camino era demasiado largo para ella.

Pero el abuelo ya había levantado en brazos a su pequeña huésped, como acostumbraba, y seguía con paso firme a la abuelita, quien se volvió a mirarlo y asintió complacida. Detrás caminaba el señor Sesemann, y así emprendieron todos juntos el descenso.

Heidi no dejaba de dar saltos de alegría junto a la abuelita. Esta, por su parte, quería saberlo todo acerca de la abuela de Pedro: cómo vivía, qué sucedía en su casa y, especialmente, cómo soportaban el invierno y el frío tan intenso de aquellas alturas.

Heidi le contó todo con gran precisión, pues conocía perfectamente aquella vida y sabía que la anciana pasaba entonces muchas horas encogida en su rincón, temblando de frío. También sabía muy bien qué cosas tenía para comer y cuáles le faltaban.

La abuelita escuchó con el mayor interés cada detalle del relato de Heidi durante todo el descenso hasta la cabaña de Pedro.

Brígida estaba precisamente tendiendo al sol la segunda camisa de su hijo, para que pudiera ponérsela cuando hubiera usado la otra durante suficiente tiempo. Al divisar a los visitantes, corrió hacia el interior de la casa.

—Ahora mismo se van todos, madre —anunció—. Viene una comitiva entera. El abuelo de la montaña los acompaña y trae en brazos a la niña enferma.

—¡Ay, tenía que suceder esto! —suspiró la abuela—. Entonces también se llevan a Heidi, ¿verdad? ¡Ay, si al menos pudiera darme la mano una vez más! ¡Si pudiera escuchar otra vez su voz!

En ese momento se abrió la puerta de golpe y Heidi llegó en pocos saltos hasta el rincón de la abuela, a quien abrazó con fuerza.

—¡Abuela! ¡Abuela! Mi cama vendrá de Fráncfort, con las tres almohadas y también con el edredón grueso. ¡Estará aquí dentro de dos días! Lo ha dicho la abuelita de Clara.

Heidi había soltado las palabras a toda velocidad, porque apenas podía contener la impaciencia por ver la inmensa alegría que aquella noticia produciría en la anciana. La abuela sonrió, pero con un poco de tristeza dijo:

—¡Ay, qué buena señora debe de ser! Debería alegrarme de que ella te lleve consigo, Heidi, pero no creo que pueda soportarlo mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho semejante cosa a nuestra buena abuela? —preguntó una voz amable.

Al mismo tiempo alguien tomó su mano y se la estrechó con afecto: era la abuelita de Clara, que se había acercado y lo había escuchado todo.

—No, no, ¡de ninguna manera! Heidi se queda con su abuela para seguir dándole alegrías. Nosotras también queremos volver a ver a la niña, pero seremos nosotras quienes vengamos a visitarla. Cada año regresaremos a la montaña, pues tenemos motivos para dar especialmente gracias a Dios en este lugar donde ha realizado semejante milagro en nuestra hija.

Una expresión de verdadera felicidad iluminó entonces el rostro de la anciana. Sin encontrar palabras para agradecerlo, estrechaba una y otra vez la mano de la buena señora Sesemann, mientras algunas lágrimas grandes de alegría resbalaban por sus viejas mejillas. Heidi advirtió enseguida aquella felicidad en el rostro de la abuela y se sintió dichosa.

—¿Ves, abuela? —le dijo, acurrucándose junto a ella—. ¿No ha ocurrido ahora lo que te leí la última vez? ¿Verdad que esa cama de Fráncfort será para tu bien?

—¡Oh, sí, Heidi! ¡Y tantas otras cosas, tanto bien que Dios está haciendo conmigo! —respondió la abuela, profundamente conmovida—. ¡Cómo es posible que existan personas tan buenas, que se preocupan de una anciana pobre y hacen tanto por ella! Nada puede fortalecer tanto nuestra fe en un Padre bondadoso que está en el cielo y que no olvida ni al más pequeño de los suyos, como experimentar que existen personas llenas de bondad y misericordia hacia una pobre vieja que ya no sirve para nada, como yo.

—Mi querida abuela —intervino la señora Sesemann—, delante de nuestro Señor, que está en el cielo, todos somos igualmente pobres y necesitados, y todos precisamos de la misma manera que él no se olvide de nosotros. Ahora nos despedimos, pero con la esperanza de volver a vernos, pues en cuanto regresemos a la montaña el próximo año, visitaremos también a la abuela. ¡Ya nunca volveremos a olvidarla!

Al decirlo, la señora Sesemann tomó de nuevo la mano de la anciana y se la estrechó afectuosamente.

Pero no pudo marcharse tan pronto como había imaginado, porque la abuela no dejaba de darle las gracias y de desear a su benefactora y a toda su familia todas las bendiciones que Dios pudiera concederles.

Después, el señor Sesemann continuó valle abajo acompañado de su madre. El abuelo llevó a Clara de regreso a la cabaña, y Heidi no dejaba de dar grandes saltos a su lado, pues estaba tan feliz por la nueva alegría y la tranquilidad de la anciana que a cada paso necesitaba saltar.

Sin embargo, a la mañana siguiente Clara derramó muchas lágrimas al llegar el momento de despedirse de aquella hermosa montaña donde se había sentido mejor que en ninguna otra parte de su vida. Heidi la consoló diciéndole:

—¡Enseguida será verano otra vez! Entonces volverás y todo será aún más bonito. Desde el primer día podrás caminar, y podremos subir todos los días al prado con las cabras, ir hasta las flores y empezar de nuevo todas las cosas divertidas.

El señor Sesemann había llegado según lo acordado para recoger a su hija. En aquel momento conversaba con el abuelo un poco más allá; ambos todavía tenían muchas cosas que tratar. Clara se secó las lágrimas, pues las palabras de Heidi le habían dado cierto consuelo.

—Saluda también a Pedro de mi parte —añadió—, y a todas las cabras, especialmente a Blanquita. ¡Oh, si pudiera hacerle un regalo a Blanquita! Ha contribuido tanto a que me pusiera buena.

—Eso es muy fácil —le aseguró Heidi—. Basta con que le envíes un poco de sal. Ya sabes cuánto le gusta lamerla de la mano del abuelo por las tardes.

A Clara le pareció una idea excelente.

—¡Oh, entonces le enviaré cien libras de sal desde Fráncfort! —exclamó, contenta—. También ella debe tener un recuerdo mío.

El señor Sesemann hizo señas a las niñas, pues había llegado el momento de partir. Esta vez el caballo blanco de la abuelita había venido a buscar a Clara. Ahora podía bajar montada en él: ya no necesitaba una silla transportada por porteadores.

Heidi se colocó en el punto más exterior del borde de la ladera y saludó a Clara con la mano hasta que desapareció el último rastro del caballo y de su jinete.

La cama llegó, y ahora la abuela duerme tan bien cada noche que seguramente está recuperando nuevas fuerzas. La bondadosa abuelita de Clara tampoco se había olvidado del duro invierno que se pasa en la montaña. Envió a la cabaña de Pedro un gran fardo de mercancías, lleno de tantas telas y prendas de abrigo que la anciana puede envolverse en ellas por completo y ya nunca tendrá que permanecer temblando de frío en su rincón.

En el pueblecito se está llevando a cabo una obra de construcción muy importante. El doctor ha llegado y, por el momento, se ha instalado en el alojamiento que ya conocía. Siguiendo el consejo de su amigo, ha comprado el antiguo edificio donde el abuelo vivió con Heidi durante el invierno, aquel que en otros tiempos fue una gran residencia señorial, como todavía podía advertirse en la amplia habitación con la

hermosa estufa y los paneles de madera cuidadosamente trabajados. El doctor ha mandado restaurar aquella parte de la casa para instalar en ella su propia vivienda.

La otra parte del edificio se está acondicionando como residencia de invierno para el abuelo y Heidi, porque el doctor sabe que el anciano es un hombre independiente y necesita disponer de su propio hogar. En la parte más alejada también se está construyendo un establo sólido y bien abrigado, donde Blanquita y Osita pasarán los días de invierno con toda comodidad.

El doctor y el abuelo se hacen mejores amigos cada día. Cuando recorren juntos los muros para comprobar cómo avanzan las obras, casi siempre terminan hablando de Heidi, pues para ambos la mayor alegría de aquella casa será poder vivir allí cerca de su querida niña.

—Mi querido amigo —dijo recientemente el doctor, mientras ambos estaban de pie sobre uno de los muros—, tiene que ver las cosas como las veo yo. Comparto con usted toda la felicidad que me da esta niña, como si fuera la persona a quien más pertenece después de usted. Pero también deseo compartir todas las responsabilidades y cuidar de ella de la mejor manera que sepa. Así tendré también mis derechos sobre nuestra Heidi y podré esperar que me acompañe y me cuide cuando sea viejo, que es lo que más deseo.

»Heidi tendrá conmigo todos los derechos de una hija. De ese modo, cuando llegue el momento en que usted y yo debamos marcharnos de este mundo, podremos dejarla sin preocupaciones.

El abuelo estrechó durante largo rato la mano del doctor. No dijo ni una palabra, pero su buen amigo pudo leer en los ojos del anciano la profunda emoción y la inmensa alegría que aquellas palabras habían despertado en él.

Mientras tanto, Heidi y Pedro estaban sentados junto a la abuela. La primera tenía tantas cosas que contar y el segundo tantas que escuchar que casi no encontraban tiempo para respirar. En su entusiasmo se acercaban cada vez más a la anciana, que los contemplaba feliz.

¡Cuánto tenían que contarle de todo lo sucedido durante el verano! Habían pasado tan poco tiempo juntos durante aquellos meses que las novedades parecían interminables.

De los tres, cada uno parecía más feliz que el otro por haberse reunido otra vez y por todos aquellos acontecimientos maravillosos. Pero el rostro de Brígida, la madre de Pedro, parecía casi el más contento de todos, porque, con la ayuda de Heidi, por fin había conseguido comprender clara y completamente la historia de la moneda de diez que Pedro recibiría todas las semanas durante toda su vida.

Finalmente, la abuela dijo:

—¡Heidi, léeme un himno de alabanza y gratitud! Siento que ya no puedo hacer otra cosa que alabar, bendecir y dar gracias a nuestro Dios, que está en el cielo, por todo lo que ha hecho por nosotros.

FIN


HEIDI — Capítulos 22-23